

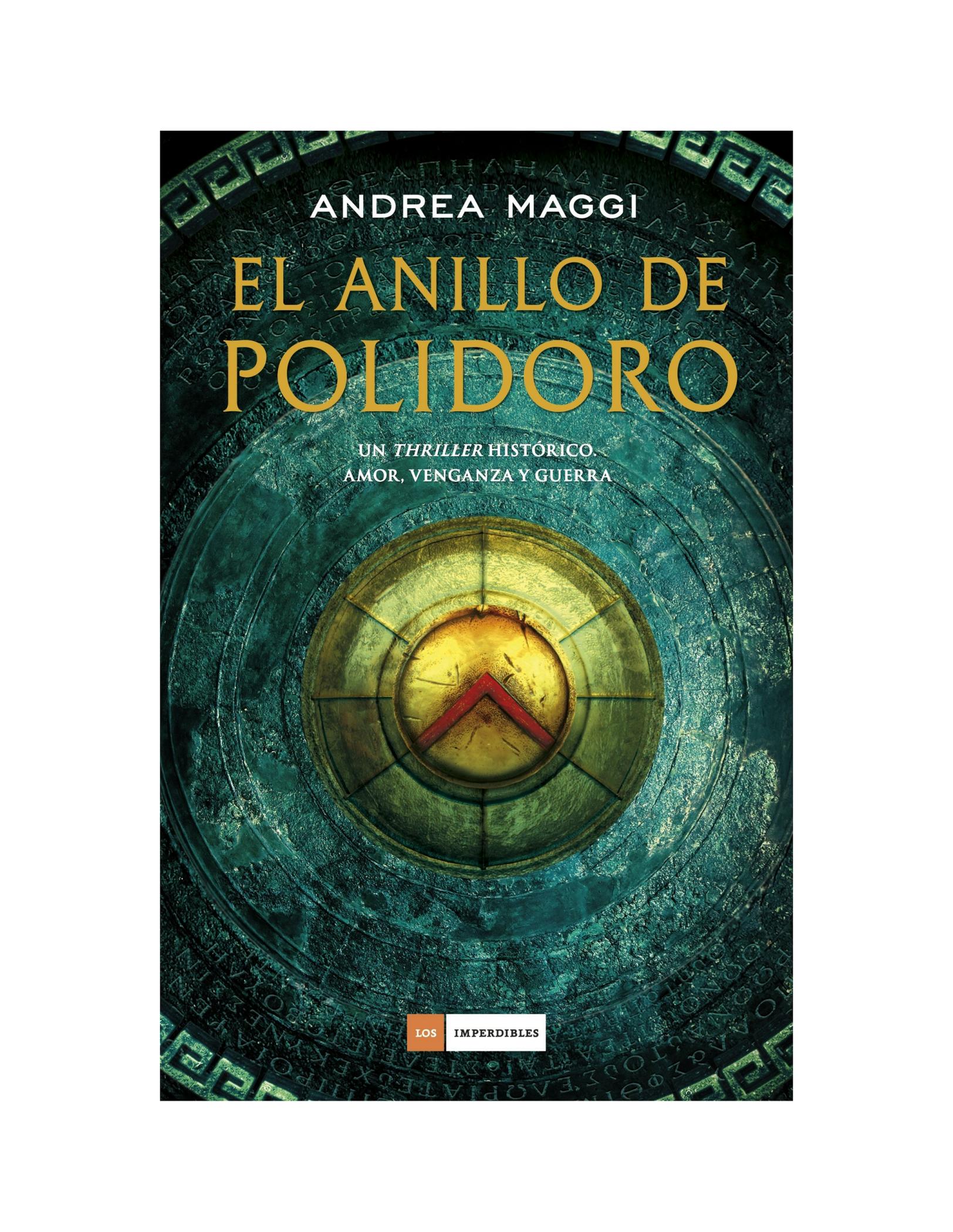
ANDREA MAGGI

# EL ANILLO DE POLIDORO

UN *THRILLER* HISTÓRICO.  
AMOR, VENGANZA Y GUERRA

LOS

IMPERDIBLES



ANDREA MAGGI

# EL ANILLO DE POLIDORO

UN *THRILLER* HISTÓRICO.  
AMOR, VENGANZA Y GUERRA

LOS

IMPERDIBLES

A mi hija Isabella

Acostumbrados a juzgar las buenas acciones.

*Lema espartano*

# Resumen

En una ciudad sumida en el caos, Apolófanes se enfrenta a su misión más difícil. Un anillo será su salvoconducto para adentrarse en los lugares más oscuros y secretos. La vida de la mujer que ama está en peligro y el destino de Esparta depende de su libertad.

Ambientada en una ciudad guerrera, maltrecha por el hierro y el fuego, Andrea Maggi atrapa al lector con una apasionante novela histórica, un protagonista inteligente y astuto que no se detiene ante nada y una mujer independiente que quiere escribir su propio destino.

# Prólogo

## En el que Apolófanes anuncia el final inminente

**E**l fuego devora Esparta.

*La revuelta se propaga por las calles, irrefrenable como las nubes en tempestad. Eros y Tánatos, los dioses de la guerra y de la muerte, amenazan a la ciudad y danzan sobre nuestras cabezas. Innumerables columnas de humo negro se alzan en el cielo de las casas en llamas.*

*Los habitantes tratan de salvarse de la matanza. Decenas de cuerpos yacen inertes en las calles.*

*Todos los colores de una ciudad se atenúan cuando la sangre anega sus calles, tiñéndolas de rojo.*

*Los rebeldes son millares. Los guerreros de la defensa de Esparta son superiores en valor, pero claramente inferiores en número. El avance del enemigo es incontenible. Las filas se rompen. No hay ya táctica. El enfrentamiento se ha vuelto una reyerta furibunda. Se combate para sobrevivir.*

*Resisten con la fuerza de la desesperación solamente las guarniciones que defienden los silos de almacenamiento, el último tesoro aún en manos de Esparta. Una vez perdidos*

*éstos, todo estará en manos de los rebeldes.*

*Mi fornido esclavo Estrepsíades y yo entramos en el templo de Ártemis Ortia justo antes de que las puertas sean atrancadas. Los refugiados en el interior invocan la ayuda de la diosa. Una falange de hoplitas armados al mando de un oficial se prepara para la defensa extrema. Descubro, entre todos los demás, a la máxima autoridad de Esparta, los dos reyes, los éforos y los gerontes.*

*En la mirada de todos puedo leer el terror que yo mismo siento. Sólo la estatua de Ártemis mira fijamente la gran puerta de la entrada con fría altivez. Los gritos amenazadores de los rebeldes se tornan cada vez más agudos. La diosa cazadora de rostro imperturbable tiene rasgos duros y anchas espaldas. Contemplo en su rostro la divina indiferencia ante los sufrimientos de los mortales.*

*Por debajo de la gran puerta penetra un humo que invade el ambiente en pocos instantes. Resulta fatigoso respirar. Pican los ojos. Toso violentamente. Entre nuestros refugiados, la sospecha que albergan sin manifestarla abiertamente se vuelve una certeza atroz: han decidido salir afuera con el fuego. El aire seco alimenta las llamas rápidamente. Alguien grita que es mejor abrir las puertas y salir a combatir. Cruzo la mirada con el rey Eudamidas, el más joven de los dos soberanos de Esparta. La tensión de su rostro significa una sola cosa: es el principio del fin para nosotros.*

*No existen alternativas: nos arrojaremos contra las armas enemigas.*

*Moriremos como guerreros que somos.*

*Nadie de nosotros está dispuesto a dejarse matar en el interior de un templo sin presentar batalla. Mucho menos Eudamidas, hijo de ese rey euripóntida que murió hace diez años luchando contra los macedonios en Megalópolis. La sangre de un euripóntida corre por las venas de un guerrero*

*vencedor o bien en un campo de batalla.*

*—¡Los espartanos no preguntan nunca cuántos son los enemigos —truenan el joven rey, el rostro transfigurado por la excitación—, sino dónde están! El enfrentamiento no durará más que unos pocos instantes. Luego no habrá, para nosotros, sino quietud.*

*Más que cualquier cosa, me aflige el no saber qué ha sido de Filoxena.*

*Los gritos de los refugiados se hacen ensordecedores. El rey Eudamidas ha tomado el mando de los hoplitas lacedemonios. Está ebrio de excitación. Se cala el yelmo. Las largas trenzas en que lleva recogidos los cabellos caen blandamente sobre la capa escarlata. No hay guerrero más bello que el hoplita espartano, tanto más eufórico cuanto más siente cerca la batalla. El rey Eudamidas blande la lanza apretada con la diestra. Semejante a Ares, está ansioso por el choque inminente. Dirige con determinación el asta apuntada hacia la gran puerta. A aquel gesto, los hoplitas se alinean disciplinados. El golpear cadencioso de las lanzas contra los escudos retumba entre las paredes del templo y hace temblar las rodillas.*

*Los ojos de cada uno de ellos brillan de loca alegría.*

*—¡No hay mayor deseo para un espartano que morir combatiendo! —insiste el rey, al que responde un estruendo de asentimiento de los suyos.*

*Un fuerte impacto hace temblar la gran puerta. El fragor revuelve las tripas. Los rebeldes tratan de echar abajo los batientes debilitados por el fuego. Tienen prisa por exterminarnos.*

*¿Se evitaría todo eso si se hubiese resuelto a tiempo el misterio sobre el que estaba indagando?*

*Blando la espada y alzo el escudo hasta la barbilla. Me llevaré al Hades al menos a un enemigo.*

*Un golpe de ariete del exterior hace temblar la gran puerta. Avanzamos con las armas apuntadas hacia delante.*

*El bueno del viejo Estrepsíades me posa una mano sobre el hombro. Es su manera de despedirse de mí, su amo, y de la vida.*

*—Es un honor morir en este templo, amo —me dice, con el orgullo pintado en la mirada y lágrimas en los ojos—. Libraremos esta última batalla uno al lado del otro, como dos hombres libres.*

*Otro golpe de ariete rompe la tranca, haciéndola estallar en una nube de astillas. Estrepsíades aprieta firmemente la lanza con ambas manos. Entre las llamas y la brecha que se ha abierto en la gran puerta entreveo los primeros rostros enfurecidos de los enemigos. El templo vibra como sacudido por un terremoto. Del techo llueven yesones sobre nuestras cabezas.*

*El grito de guerra del rey Eudamidas inflama los corazones de todos nosotros.*

*El enésimo asalto del ariete echa abajo la puerta. Las hojas se abren de par en par. Una nube de humo, llamas y astillas de madera nos arrolla y los rebeldes irrumpen dentro del santuario, imparables como la corriente impetuosa de un río en crecida. Todo tiembla aún. A nuestras espaldas, la antigua estatua de Ártemis Ortia se tambalea, luego se inclina y se quiebra contra el suelo con gran violencia, aplastando a algunos refugiados detrás de nosotros y obstruyendo la vía de salida a otros.*

*El estruendo es tremendo. Los gritos me trastornan. Unos pocos pasos más y los rebeldes nos arrollarán.*

*Sólo ahora comprendo plenamente que todo está perdido.*

*Y que no volveré a verte nunca más, Filoxena.*

*Ahora sí. Estoy listo para morir.*



# I

## Algún tiempo antes, la carta

Me alegrará saber, Filoxena, que estás bien de salud.

Imagino tu sorpresa al tener en tus manos esta carta mía, al cabo de tantos años de silencio. ¿Qué sentimientos provocará en tu corazón?

Dado que tampoco tú me has buscado nunca en todos estos años, supongo que tu ira hacia mí sigue viva. Sé que me la he merecido. Que sepas que no hay día que no me arrepienta de lo que hice. Nunca he olvidado la razón de mi destierro ni los sufrimientos que te provoqué.

Pero confío en que el tiempo haya aliviado las heridas de tu corazón y que estés dispuesta a prestar oídos a mi súplica.

Una grave amenaza se cierne sobre mi casa. La

angustia me quita la respiración. De nada han servido las muchas ofrendas hechas a Atenea. A causa de mis graves culpas, la diosa no está dispuesta a liberarme de las desgracias.

En el colmo de la desesperación, me dirigí al oráculo de Delfos. El dios se pronunció por boca de la Pitia, revelándome que escaparé a mi mortal destino sólo si Eleuteria, la Libertad, vuelve a mi lado. Tales fueron las palabras del dios. Por dicha razón en estos momentos te encuentras sosteniendo mi epístola entre las manos.

Por eso invoco tu ayuda.

En ti, libre para siempre, reside la diosa Eleuteria. Tú has hecho de la libertad tu única y exclusiva razón de vida. Por tanto, a ti dirigiré mi súplica.

Mi querida Filoxena, Apolo me ha mostrado la vía de salida. Concédeme tu ayuda, si tienes temor del dios, y te suplico que no tomes decisiones apresuradas. Reflexiona sobre cuál es el bien no sólo para mí, sino también para todos nosotros, luego haz tu elección.

Ojalá los dioses te infundan un sabio consejo, y rezo para que te conserven bien de salud.

Tisámeno

## II

### En el que Heracles se enfrenta a la Hidra

Desde hacía dos días avanzábamos por caminos de herradura y senderos impracticables. Las asperezas del interior de Laconia hacían añorar la vista que desde Atenas se disfruta del mar. ¡Qué no habría hecho por un poco de azul! La mirada se perdía a lo lejos en la línea irregular del horizonte, delimitado por la larga cadena de montañas puntiagudas y por un cielo sereno, pero envuelto de una insólita grisura. A lo largo de las laderas de los montes más próximos destacaban aquí y allá amplios trozos de desnuda roca que rompían la monotonía del bosque verdeante. Nos adentramos por un tupido encinar conocido con el nombre de Escotina.

—¡Laconia, puaj! —espetó Estrepsíades—. No hay tierra peor que visitar para un tebano.

Mi esclavo avanzaba a la cabeza del grupo, con una mano en la empuñadura de la espada. Muchos bandidos infestaban aquellos lugares, por lo que era conveniente estar preparados. Con la otra mano sujetaba las riendas de mi asno Midas, cargado de equipajes. Yo viajaba a pie a sus

espaldas. No paraba de mirar mis sandalias, preocupado porque necesitaban una buena limpieza. Filoxena montaba una magnífica yegua parda. La espesa hojarasca tapaba el sol. Un estremecimiento me obligó a ceñirme la capa.

—Pronto se pondrá el sol. Hemos de encontrar un lugar donde cobijarnos —dijo Estrepsíades.

Mi esclavo tenía razón. Miré a Filoxena y le pregunté si estaba de acuerdo, pero ella no dijo nada. Se hallaba absorta en quién sabe qué pensamientos. Desde el día en que se había presentado en mi casa para anunciarme su partida hacia Esparta, habían pasado dos meses sin dar señales de vida. De repente, sin darme una explicación siquiera, había desaparecido. No dejó, por tanto, de asombrarme que se hubiera parado delante de mí sin previo aviso, sólo para hacerme este anuncio. Me había parecido muy alterada. No había explicado la razón por la que se marchaba. Se limitó a decir que tenía que irse. Había sido así como, sin pensármelo demasiado, me había ofrecido a acompañarla; ella, por otra parte, no había puesto objeción alguna. Mi madre, que acababa de regresar de Olimpia, se había enterado de mi partida con su acostumbrada perplejidad ante todo lo que hacía Filoxena. Había insistido para que no siguiese a la que consideraba nada más que una mala pieza, pero frente a mi obstinación hubo de resignarse.

Acompañados por Estrepsíades, Filoxena y yo habíamos dejado Atenas en silencio y ese silencio se había prolongado durante todo el viaje, hasta el punto de convertirse en un desagradable intruso entre nosotros. Habría dado cuanto poseía por saber qué la afligía de aquel modo. Desde que había reaparecido en mi vida, llevaba un extraño anillo de oro en el que destacaba un camafeo que representaba el rostro de la diosa Atenea. Nunca antes le había visto ese anillo en el dedo.

—¿Qué te pasa, por Zeus? ¿Quieres moverte? —bramó

de repente Estrepsíades, dando unos tirones al asno que de golpe se había quedado clavado delante de un cruce de caminos. Midas permanecía insensible a los tirones y miraba el vacío delante de sí.

Un grito lejano se alzó agudo, rompiendo el silencio que envolvía el bosque. Mi esclavo se estremeció. Empuñamos las espadas. El grito parecía provenir del camino secundario que desde el cruce se adentraba hacia la izquierda.

—Vamos a ver —dije.

Estrepsíades hizo una seña de asentimiento.

—Mantengamos los ojos bien abiertos. Podría ser la trampa de algún bandido.

Por quién sabe qué misterioso juego del Hado, Midas decidió moverse y avanzó por su espontánea voluntad a lo largo del sendero por el que procedía el grito. No tardamos en llegar cerca de un trofeo de guerra erigido por algún ejército en memoria de una batalla ganada. A juzgar por su estado lamentable, debía de conmemorar un enfrentamiento de varios años antes. Miramos a nuestro alrededor, escrutamos con atención en la espesura del bosque, pero no descubrimos a nadie. Estrepsíades parecía cada vez más tenso. A los lados del sendero destacaba el encinar, cuyas copas tapaban el cielo por encima de nuestras cabezas. Avanzamos hasta que en lontananza vimos aparecer un templo solitario, envuelto por una trama intrincada de arbustos trepadores. Las columnas de la entrada mostraban la dura esencialidad del estilo dórico. Nos encontrábamos aún más bien lejos, cuando, precisamente desde aquella dirección, oímos llegar un segundo grito.

—¡Socorro! —bramó una voz desde el interior del templo.

Estrepsíades aferró al instante la brida de la yegua y del asno y las ató a una encina, mientras Filoxena y yo nos agazapamos detrás de los arbustos.

Desde nuestro punto de observación, la entrada del templo aparecía oscura. No descubrimos nada en su interior. En todo el bosque se había hecho de nuevo un silencio sombrío. Indiqué a Estrepsíades de que se reuniera conmigo.

—Avancemos —le susurré.

—Un momento —dijo Filoxena, y de la manga de su vestido desenfundó un puñal—. Vengo también yo.

—Ni hablar —dije, pero, por toda respuesta, Filoxena fue la primera en moverse.

—¡Alto! —le susurré, aferrándola por un brazo—. ¡No seas atolondrada! No sabemos quién hay ahí dentro.

Filoxena retiró el brazo, liberándolo de mi presión de modo más bien brusco. Ese gesto atento la había irritado terriblemente. ¿Por qué, me pregunté, todo ese resentimiento hacia mi persona?

Ordené a Estrepsíades llevar a cabo un registro del perímetro del templete. Cuando hubo completado la vuelta, nos hizo seña de que era seguro, de modo que Filoxena y yo avanzamos hacia la entrada. La luz menguaba, señal de que el sol se estaba poniendo tras la línea de los montes y que pronto la oscuridad avanzaría imparable. Teníamos que darnos prisa. Me asomé furtivamente al umbral y escruté el interior.

Parecía que el santuario estuviese en desuso, a juzgar por la suciedad, la falta de flores y de cualquier otro ornamento. Al fondo de la nave central destacaban dos estatuas. A la izquierda, un Heracles de piedra desnarigado, emasculado y casi sin ningún dedo en una mano vestía una piel de león y con la diestra empuñaba la clava. Enfrente del dios descollaba una aterradora Hidra. Sus patas de rapaz aferraban el pedestal y del dorso se desplegaban unas horrendas alas de murciélago en su máxima extensión. Las nueve cabezas del monstruo, semejantes a enormes

serpientes, despuntaban del cuerpo y se prolongaban hacia Heracles que, tenso en cada fibra de su cuerpo musculoso, blandía la clava, dispuesto a abalanzarse sobre aquel ser.

Justo debajo de la hidra yacía una muchacha de carne y hueso, firmemente atada al pedestal. Tenía la cabeza metida en un saco y se agitaba en el vano intento de liberarse. Advirtió nuestra presencia y se puso rígida.

—¿Estás sola? —pregunté desde la entrada.

La muchacha dudó un instante, luego hizo una seña asintiendo con la cabeza.

Estrepsíades me plantó una mano contra el pecho.

—Iré yo primero —dijo con la espada apuntada hacia delante.

Cuando se convenció de que en el interior del templo no había nadie más, devolvió el arma a su funda y nos invitó a entrar. Se acercó a la joven y le quitó el saco, descubriendo el rostro. Era muy bonita, con los cabellos castaños que le llegaban hasta los hombros, grandes ojos claros e intensos. Le colgaba del cuello una mordaza que debía de haber conseguido quitarse. Nos escrutaba aterrorizada.

—¿Eres tú quien ha pedido socorro? —preguntó Estrepsíades.

La joven asintió.

—No te haremos ningún daño —le aseguré acercándome unos pasos. Pero ella, nada convencida de mis palabras, se agitó y pegó un grito, lanzando coces en dirección a mí.

—Así la asustas —me reprochó Estrepsíades.

No me había dado cuenta de que empuñaba aún la espada.

—Ya me encargo yo —dijo Filoxena con tono servicial—. Deja que te libere de estas ataduras.

Lentamente la filósofa dio la vuelta a la estatua y con el puñal cortó las cuerdas. Una vez liberada, la joven clavó la mirada hacia la salida, indecisa de si intentar la huida o quedarse. Filoxena se colocó a su lado y le sonrió.

—Puedes irte, si quieres —le dijo señalando con la mano hacia la salida.

En aquel momento, la muchacha se convenció de que no tenía nada que temer. Mi esclavo le alargó el odre del agua del que bebió sólo un sorbo, casi por cortesía.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Filoxena.

—Mi nombre es Agesistrata —respondió, sacándose la mordaza por la cabeza y arrojándola al suelo con desprecio.

—¿Quién te ha atado a esta estatua? —le pregunté.

Las cabezas de la Hidra descendían hasta la altura de un hombre e infundían mucho pavor.

—No lo sé —dijo con voz rota por un llanto liberador—. Hace cinco días me raptó en Esparta y me trajo a este templo. Llevaba un yelmo espartano. A continuación me amordazó y encapuchó.

—¿Te ha... hecho daño? —la interrumpió Filoxena, preocupada.

La joven negó con la cabeza.

—Me ató aquí, pero luego ni me rozó. Venía una vez al día a traerme de comer y de beber. Cuando me quitaba el saco de la cabeza, lo veía con el yelmo calado sobre el rostro y la larga capa espartana en torno al cuerpo.

—¿Por qué crees que te raptó?

—Se lo pregunté, pero fue inútil.

—Quedarse aquí no es seguro —la interrumpió Estrepsíades, mirando a su alrededor con circunspección—. Será mejor irse cuanto antes.

—Un momento... —insistió Filoxena, y se puso a contemplar a Agesistrata con viva curiosidad.

De golpe se sobresaltó, como traspasada por una lanzada. Se le acercó y con la mirada fue escrutando cada uno de los rasgos del rostro de la muchacha, como si quisiera comprender quién sabe qué secretos.

La joven retrocedió recelosa. La extraña actitud de la filósofa la había inquietado.

—¿Qué le pasa? —me preguntó Estrepsíades.

Me encogí de hombros, sin saber qué responder. El rostro de Filoxena se había puesto de color cerúleo.

—Has dicho que viniste de Esparta. ¿Has oído hablar de un tal Tisámemo? Es ateniense, pero vive allí desde hace muchos años —preguntó Filoxena.

La muchacha, sorprendida, se llevó las manos al pecho.

—Tisámemo es... el nombre de mi padre —dijo con un hilo de voz.

Filoxena alargó una mano buscando mi brazo para no caer.

—¿Se puede saber qué pasa? —pregunté.

—Dioses del Olimpo... —exclamó Filoxena.

De debajo de la capa sacó un rollo y me lo alargó.

—¡Lee! —me dijo.

Lo desenrollé y estudié con atención las pocas líneas que había escritas. Cuando leí el nombre al pie de la carta, se me subió la sangre a la cabeza.

—¿Quién es este Tisámemo? —pregunté, preso de un ataque de atroces celos.

Filoxena me abrazó. El suyo fue un gesto espontáneo que me compensó por todo la ojeriza que me había demostrado hasta ese momento. Pero ella se echó para atrás casi

inmediatamente, como arrepentida. ¿Por qué se comportaba así? Un momento antes parecía necesitada de recibir consuelo de mí, mientras que ahora me rechazaba como si la causa de los dolores inescrutables que afligían su ánimo fuese precisamente yo.

Agesistrata y Estrepsíades se miraban con cara de pasmo.

—Amo... —apuntó mi esclavo, deseoso igual que yo de comprender qué estaba pasando.

Filoxena se volvió hacia mí y acto seguido se dirigió a la muchacha.

—Tisámeno es mi hermano —le dijo.

Agesistrata palideció. Filoxena se acercó a ella, que se había quedado con la boca abierta.

—Y tú eres mi sobrina.

### III

## En el que la educación está en la base de todo

A penas nos hubimos recuperado todos del susto, dejamos el templete y atravesamos el encinar de Escotina. Agesistrata era persona muy ducha en caminos de Laconia y nos guió a lo largo de un recorrido sin indicaciones, por la vertiente opuesta de colinas sinuosas plantadas de olivos.

—Aquí cerca hay un pueblo de ilotas —dijo—. Pero creo que es mejor hacer un trayecto algo más largo y llegar a una ciudad. Es más seguro.

Seguimos su consejo, pese a no comprender plenamente si sus palabras daban por sobreentendido algún mensaje implícito. Quizá que, si nos quedábamos con los ilotas, aquellos que pertenecían a la clase más baja de la sociedad espartana, ¿no habríamos estado a buen recaudo? Por otra parte, ninguno de nosotros pidió aclaración alguna a la muchacha, dado que Agesistrata parecía muy segura de lo que hacía. Cruzamos la puerta de la pequeña ciudad de Selasia y encontramos para pasar la noche una posada, donde finalmente pude sacar lustre a mis sandalias. Me ocupaba siempre personalmente de ellas porque mi padre me

había enseñado que el hombre de espíritu noble camina siempre con las sandalias relucientes, como si volase suspendido del suelo. Cuando la noche hubo cubierto la tierra con su manto estrellado, yo terminé de sacar brillo a mi calzado y las calles de la ciudad quedaron desiertas.

No estaba en absoluto sereno. Desde que habíamos dejado el templete de Heracles tenía la extraña sensación de que alguien no nos perdía de vista a escondidas. Confié mis sospechas a Estrepsíades ante un pedazo de pan y una humeante sopa de cebada y legumbres preparada para nosotros por la posadera.

—Habrán sido los bandidos —dijo mi esclavo— o una jauría de lobos.

—Será —respondí—, pero, tanto si eran bandidos o lobos, ¿por qué no nos han atacado?

Mi pregunta cayó en el vacío. Era demasiado el cansancio acumulado ese día para mantener una conversación. Terminada la comida, Estrepsíades bostezó hasta las lágrimas y, dado que también yo me cansaba de mantener los ojos abiertos, decidimos sin dudarlos irnos a dormir.

A la mañana siguiente salimos de la ciudad y bordeamos el dique del río Eurotas avanzando en sentido paralelo a la cordillera del Parnón. Durante el camino pregunté a Agesistrata cómo había ocurrido el rapto.

—Se produjo después de que yo hubiera salido del templo —explicó—. Como muchas chicas de mi edad, sirvo en el templo de Ártemis Ortia de Esparta. Tejemos la vestidura sagrada que la estatua de la diosa llevará el día de su fiesta. Por tradición, solamente puede ser realizado por jóvenes vírgenes. Como cada mañana, hace seis días me dirigí al templo y salí sola por la tarde. El raptor me atacó mientras volvía a casa, en un vehículo vacío. Tenía el yelmo calado sobre el rostro y una larga capa que le recubría del cuello a los tobillos.

—¿Los mismos con los que se presentó ante ti en los días siguientes?

Agesistrata asintió con la cabeza.

—¿Estabas sola cuando fuiste raptada?

—Sí. Me sorprendió en el callejón, me amordazó y luego me inmovilizó atándome las manos y los pies. A continuación me metió dentro de un saco. Me cargó a fuerza de brazos en un carro, luego éste echó a andar. Sólo al final del viaje comprendí adonde era conducida.

—Te esperaba, por tanto... —dije.

Caminamos durante algunas horas y llegamos a un valle muy amplio, ocupado en su mayor parte por pueblecitos y plantaciones cultivadas por los ilotas. La ciudad de Esparta se alzaba en medio de aquel valle, alejada tanto de las poquísimas ciudades amigas suyas como de las muchísimas enemigas. Al igual que una mujer noble y altiva, parecía estar orgullosa de su propio aislamiento. Accedimos a ella por el lado oriental, a través de un antiguo puente sobre el Eurotas. No franqueamos murallas defensivas, porque Esparta jamás había considerado necesario levantarlas. Para protegerla de las amenazas exteriores bastaban la cordillera del Parnón a oriente, el monte Taigeto a occidente y los bosques de la Arcadia, tierra de pastores y de lobos feroces, al norte. En el caso de que estas defensas naturales no hubiesen bastado, Esparta podía contar con los hoplitas más aguerridos de toda Grecia.

Las calles eran un hervidero de periecos, de artesanos de los pueblos y de las ciudades de Laconia, que llevaban a vender sus mercancías al ágora de Esparta, el mercado más rico de todo el Peloponeso. Gran número de ilotas entraban en la ciudad a depositar el fruto de su duro trabajo en los campos en forma de tributo. Sus amos eran los ilustres ciudadanos de Esparta, los espartiatas, descendientes de los dorios. Se distinguían de los periecos y de los ilotas porque

llevaban el cabello recogido en largas trenzas y por la burda capa escarlata, que ostentaban como símbolo de pobreza, de libertad y de desprecio por el lujo, la única actividad que les estaba permitida por la ley de Licurgo, el fundador del estilo de vida espartano.

Cuando pusimos los pies en la ciudad, tuve una vez más la sensación de que alguien nos estaba espiando.

Miré en torno a mí. Y finalmente noté algo.

A los lados de la calle, en los pasadizos más oscuros, unos ojillos estudiaban con atención nuestro avanzar majestuoso. Ojos blancos, engastados en minúsculos rostros huesudos y sucios. Decenas y decenas de niños con la cabeza rapada atisbaban y finalmente se mostraron ya sin temor. Sus pies ennegrecidos por la suciedad se apoyaban desnudos en el suelo polvoriento. No llevaban nada más que los taparrabos. Tenían cuerpos delgados en los que se hubieran podido contar todas las costillas, pero la expresión de sus rostros era orgullosa. No obstante las apariencias, parecían todo menos unos chiquillos frágiles.

—Vigilad bien vuestro equipaje —sugirió Agesistrata—. Éstos son pequeños espartiatas.

—¿Es que vamos a temer a esta turba de mocosos flacuchos? —preguntó maravillado Estrepsíades.

—Deberías —repuso Agesistrata—. Más allá de lo que pueda parecer, son peligrosos. El sistema de educación de esta ciudad obliga a los hijos de la aristocracia espartana a irse de casa hasta los ocho años para trasladarse a unas comunidades llamadas *aghelai*, donde aprenden a procurarse el sustento con el medio que sea. Les está permitido también robar, con tal de que no se dejen atrapar. En este caso reciben severos castigos, pero sólo por haberse dejado descubrir. Por esta razón son devotos de Hermes, el dios de los ladrones.

Poco a poco el camino fue invadido por esos pequeños espartiatas de rostros demacrados y rabiosos por el hambre, que se pusieron a caminar a nuestro lado.

—No me gusta. ¡Por Zeus, no me gusta ni un pelo! — rezongó Estrepsíades a regañadientes.

—Venid, tomemos por aquí —sugirió Agesistrata, llevándonos a una calle secundaria y menos frecuentada.

Pero también a lo largo de aquella calle asomaron niños en cada esquina como si fueran escarabajos. Algunos nos escrutaban con una actitud descarada, con las manos en jarras, el peso del cuerpo apoyado sobre una pierna y la barbilla alzada. No perdía de vista a Midas y nuestras pocas pertenencias que el asno transportaba en el lomo.

Un chiquillo enjuto y desdentado alargó una mano asquerosa sin temor. De un impulso, Estrepsíades se la golpeó.

—Largo de aquí... —le reprendió.

En las manos de un par de otros mocosos de golpe aparecieron unos puñales. Los rostros fríos y sucios de aquellos pequeños demonios decían que no tendrían empacho en sacarnos las tripas para llevarse aunque sólo fuera un pedazo de pan.

—Las cosas se ponen feas... —dijo Estrepsíades, cada vez más nervioso.

—No reacciones —le exhorté—. Estos son los hijos de la aristocracia de Esparta. Si les hacemos daño, acabaremos colgados en una horca.

En aquel momento llegó a gran velocidad un carro tirado por un par de caballos. El conductor daba fustazos a los corceles y decía a voz en grito:

—¡Largo! ¡Largo!

Los niños se hicieron a los lados de la calle justo a tiempo

para no acabar bajo los cascos de los caballos. El carro nos alcanzó y el conductor detuvo bruscamente la carrera, levantando una gran polvareda. Era un hombre de unos cuarenta años, con un rostro armonioso, los cabellos oscuros y cortos y una barba de chivo bien cuidada. Un costurón a lo largo del rostro le cortaba la ceja y el párpado del ojo derecho, obligándolo a mantener el ojo permanentemente semicerrado. Nos contempló con esa mirada asimétrica y nos dijo:

—Si queréis salvaros, subid al carro.

No lo tuve que decir dos veces. Estrepsíades y yo cargamos a Agesistrata en el carro y subimos de un salto. El hombre azotó a los caballos, que partieron de nuevo a buen ritmo. En cuanto a Filoxena, espoleó a su yegua al galope. A sus espaldas partió también mi asno; cargado como estaba, galopaba de modo torpe y perdió detrás de sí gran parte de nuestros equipajes.

El carro avanzó a gran velocidad por algunas calles estrechas, entre casas en ruinas e iguales la una a la otra, hasta que fuimos a parar al pueblo de Mesoa, uno de los cinco que forman la ciudad de Esparta junto con los de Pitana, Limnai, Kynosoura y, más al sur, Amidas. Allí proseguimos a lo largo de una famosa calle llamada Afetaide, en la que se cuenta que Ulises ganó una carrera pedestre y en premio se le adjudicó la mano de Penélope.

Al final de aquella calle, llegamos a los confines meridionales de Esparta. Cruzamos al galope un puente sobre el río Magoulitsa y salimos de la ciudad. Recorrimos un camino encajonado hasta que nos encontramos en un pequeño pueblo. Entonces nuestro salvador detuvo la carrera de sus caballos.

—Ya hemos llegado —anunció volviéndose hacia nosotros. Miré con curiosidad la cicatriz que le desfiguraba el rostro. Él se dio cuenta y me dijo—: En Esparta las cicatrices

son trofeos que exhibimos con orgullo.

Una vez que el carro estuvo parado, Agesistrata se reunió con el hombre con la cicatriz y le echó los brazos al cuello, rompiendo en infinitos sollozos. Él le devolvió el abrazo y la besó en la frente.

—Has vuelto, por fin —exclamó el hombre.

Filoxena en la grupa de su yegua observaba a los dos y parecía incapaz de mover un solo músculo.

Agesistrata se volvió hacia nosotros con lágrimas en los ojos.

—Éste es Tisámeno, mi padre.

Luego señaló a la filósofa y, mirando al hombre al que aún abrazaba, dijo:

—Y ésta, padre, es tu hermana Filoxena.

## IV

### En el que se rechaza el justo tributo al dios

Entramos en casa y Tisámene nos presentó a su mujer Atria, de unos treinta años, una mujer robusta y atractiva. Cuando ésta descubrió entre nosotros a su hija, fue a su encuentro, la estrechó entre sus brazos y dio gracias a los dioses entre lloros de emoción. Tisámene se acercó a Filoxena y la abrazó. Ella lo dejó hacer, pero se mostró fría con él y no devolvió el abrazo.

—Me alegra de que hayas hecho caso a mis súplicas —le dijo Tisámene—. Has venido a Esparta, como Apolo había indicado y, gracias a ti, he reencontrado a mi hija, a la que creía perdida para siempre.

Filoxena contemplaba en silencio el rostro de su hermano.

—Diecisiete años —continuó Tisámene—. Han pasado muchos desde que me fui de Atenas. Pero tú no has cambiado.

—Yo no diría eso —le contradijo la hermana—. Entonces tenía sólo seis años.

—Estás hecha una mujer —puntualizó Tisámeno—, pero tus ojos siguen siendo los de otro tiempo, despiertos y brillantes.

—Hemos de celebrar un sacrificio para dar gracias a Apolo —propuso Atria.

Encendimos un fuego sobre el altar del patio de casa y Tisámeno condujo a donde estábamos nosotros un cordero de pelaje leonado y grandes cuernos curvos. Lo hizo subir con las pezuñas sobre el mármol, luego le ayudamos a tenderlo de costado y le atamos las patas. El animal baló desesperado, presagiando el fin. Invocamos a los dioses, luego Tisámeno, tras sacar el puñal de la funda, degolló al cordero. La cálida sangre del animal roció el velo y el altar blanco, tiñéndolo de un rojo encendido. El cordero se meneó durante algunos momentos, luego apoyó la cabeza sobre el frío mármol y expiró. Mientras Atria y la hija encendían un segundo fuego, ayudé a Tisámeno a despellejar al animal, retiramos las entrañas y las arrojamos como ofrenda al dios entre las llamas del altar. Descuartizamos el resto de las carnes, les echamos sal, las cortamos y las ensartamos en los asadores. Cuando el fuego tomó fuerza, asamos la carne y su aroma se difundió por el patio y las estancias de la casa. Tisámeno nos invitó a sentarnos a una mesa en la sala principal. Cuando fue el momento, colocó los asadores sobre unas bandejas de madera y nos las sirvió. Sacó a la mesa unas hogazas de pan y mezcló vino con agua y le añadió dulce miel. Comimos y bebimos hasta que todos quedamos saciados. Todos excepto Filoxena. Fue la única que no tocó la comida ni se mojó los labios con el vino.

—Supongo que no querrás acarrear una ofensa al dios —le reprochó, aun cuando con moderación, su hermano Tisámeno.

Filoxena miró su cicatriz y no le respondió.

—Dejemos de lado los rencores al menos por hoy —le

rogó Tisámeno—. Habéis salvado a mi hija. Debemos dar gracias por ello al dios. Imagino que no querrás hacerlo irritarse.

—Estoy muy cansada —cortó por lo sano Filoxena—, Quisiera irme a descansar.

Tisámeno meneó la cabeza contrariado.

—No puedes retirarte sin haber tomado ni un bocado.

—Dime dónde puedo acomodarme para pasar la noche, por favor —insistió secamente Filoxena.

Tisámeno suspiró. Un velo de amargura descendió sobre su rostro.

—Han pasado diecisiete años desde la última vez que nos vimos, ¿y sin embargo ni siquiera soportas la idea de permanecer en la misma estancia en la que estoy yo también presente?

Tras haber leído la carta, me habría gustado saber distintas cosas sobre ellos. ¿Qué había obligado a Tisámeno al destierro? ¿Cuál era la causa de toda aquella frialdad por parte de Filoxena?

Las preguntas se superponían a las preguntas, pero no tenía derecho a aventurar ninguna petición de explicaciones. Por lo menos, aquél me parecía un momento poco oportuno.

Agestrata, desolada, observó aquella escena y se quedó boquiabierta. Comprendió que tampoco ella debía de conocer la razón de aquella frialdad por parte de Filoxena hacia su padre. En cuanto a Atria, mantuvo la mirada gacha y no dijo una palabra. ¿Estaba al corriente de los hechos referentes a los dos hermanos o bien los desconocía, como nosotros?

Tisámeno, abatido, se resignó a la voluntad de su hermana. Se puso en pie e impartió las disposiciones a la mujer y a la hija a fin de que se retirasen junto con Filoxena a los aposentos del gineceo. Atria y Agestrata se levantaron

tristes y nos dejaron. La cicatriz obligaba a la mitad del rostro de Tisámeno a una forzada inexpresividad, pero la otra mitad mostraba toda su amargura.

—Hace poco he recuperado a mi hija, que temía haber perdido para siempre, y he reencontrado a mi hermana, a la que no veía desde hacía diecisiete años —comentó Tisámeno—. He sentido una enorme alegría. Pero enseguida esta alegría se ha trocado en tristeza. Esa hermana que creía haber reencontrado, en realidad, no me considera ya hermano suyo.

## V

### **En el que se advierten dos coincidencias y una omisión**

La Constitución de Licurgo, la ley que regulaba los usos y las costumbres de Esparta, prohibía a los espartanos la ostentación del lujo. Aunque esta norma estuviese dirigida en particular a los espartiatas, era observada escrupulosamente también por la clase inferior de los periecos. No había habitante de Laconia que, por más acomodado que fuese, alardease de sus riquezas. También la casa de Tisámeno reflejaba este tipo de mentalidad, dado que estaba totalmente desprovista de cualquier objeto de adorno inútil. Volví la mirada hacia la viga que se extendía a lo largo de todo el techo. Parecía muy robusta, pero, bien mirada, estaba completamente recubierta de minúsculos agujeritos. En su interior estaba infestada de carcinoma. Sólida en apariencia, pero extremadamente frágil en realidad. Podría ceder de un momento a otro. La viga sustentante de aquella casa era como la ciudad de Esparta. Y Esparta era como la viga sustentante de aquella casa: dura y resistente en apariencia; frágil y precaria en la práctica. Los únicos elementos que decoraban las paredes de la sala principal

eran las armas. Espadas, lanzas, un escudo y un arco carente de cuerda colgado en un rincón y, por tanto, poco visible.

—Se diría de excelente factura —comenté, retirando el arco de los hierros que lo sujetaban a la pared—. Merecería que se viera mejor.

—En Esparta el arco es considerado un arma innoble —observó Tisámemo—. El arquero mata de lejos. El hoplita espartano, en cambio, se enfrenta al enemigo con la lanza, luchando cuerpo a cuerpo.

Salimos al patio, en cuyo centro se levantaba una estatua de Atenea.

—Había una idéntica en el patio de la casa en la que crecimos Filoxena y yo —dijo Tisámemo indicando la estatua.

Con la diestra, Atenea sostenía una pequeña Niké, la diosa de la victoria. Ésta estaba esculpida de modo insólito, dado que le faltaban las alas.

—Exactamente idéntica no creo —observé, haciendo notar aquella extraña anomalía.

—En Esparta la diosa de la victoria se representa sin alas para que no abandone nunca la ciudad —explicó Tisámemo.

—No tiene necesidad de alas para irse de Esparta —susurró a mi oído Estrepsíades con una punta de sarcasmo—. ¡Ha escapado de esta ciudad hace un tiempo, y a todo correr!

Enseguida capté la alusión de mi esclavo: se refería al éxito militar de su ciudad natal, Tebas, sobre Esparta en la batalla de Leuctra unos cincuenta años atrás. Entonces una guerra entre las dos potencias había asignado a Tebas un papel hegemónico sobre las otras ciudades de Grecia. Desde esa ocasión la enemistad entre Esparta y Tebas no había cesado nunca. Estrepsíades, en cuanto tebano, se sentía en Esparta como una mangosta en un nido de serpientes. Dispuesto a devorarlas a voluntad en cuanto depredador suyo, y sin embargo, atemorizado por el hecho de

encontrarse solo en casa del enemigo.

Tisámeno escuchó con atención mi resumen sobre la liberación de Agesistrata.

—Mucho me temía que hubiese sido secuestrada — confesó—, pero, a decir verdad, no estaba seguro del todo porque... —Dejó la frase en suspenso, encerrándose de golpe en un silencio meditabundo.

—... en estos días no has recibido ninguna petición por el rescate de tu hija. ¿No es así? —completé su pensamiento.

Tisámeno asintió, sorprendido por mi intuición.

—Ninguna condición por su rescate.

Para no violar las reglas de la hospitalidad, consideré oportuno posponer la pregunta sobre su destierro de Atenas; por tanto evité darle a entender que había leído la petición de ayuda que había enviado a su hermana.

—Filoxena me ha hablado de una amenaza que pesa sobre ti. ¿Crees que el rapto de tu hija tiene que ver con esta amenaza?

Tisámeno alzó la mirada al primer piso de la casa, donde se hallaba el gineceo, y suspiró.

—Creo que sí.

—¿Tienes enemigos en esta ciudad?

El hermano de Filoxena permaneció pensativo durante algún instante, antes de responder.

—Uno sólo —hubo de admitir finalmente—, pero muy poderoso.

—¿Quién es?

—Un espartiata. Su nombre es Dercilidas.

—¿Un espartiata? —repetí. Recordé lo que me había contado Agesistrata. El raptor llevaba un yelmo espartano y la capa del guerrero—. ¿Consideras que fue él quien raptó a

tu hija?

—En realidad, en estos días, muchos de los periecos y de los ilotas le han señalado a él como el responsable de su desaparición —respondió.

Abrí los ojos, maravillado.

—¿Acaso hay alguien que asistiera al rapto? —pregunté—. En cuyo caso, podremos atrapar fácilmente a Dercilidas.

Tisámene meneó la cabeza.

—Se trata de una mera sospecha que muchos alimentamos.

Inspiré profundamente.

—Barruntos, nada más que barruntos —observé—. Si se llevase a ese Dercilidas ante un tribunal, no nos serían de ninguna ayuda. —Me quedé un instante en silencio—. ¿En qué consiste esa amenaza que pesaría sobre ti?

De nuevo Tisámene esperó algunos instantes para responder, como si quisiera sopesar las palabras antes de pronunciarlas.

—Tiene que ver precisamente con Dercilidas. Quiere que mi familia y yo dejemos Esparta.

—¿Por qué?

—Por una propuesta de reforma que hice a los miembros de la *gherusia*, el senado espartano.

—¿De qué se trata?

—He sugerido a los gerontes abrir la clase de los espartiatas a los miembros más meritorios de los estamentos inferiores, periecos e ilotas.

—¿Por qué lo has hecho? ¿No imaginabas que antes o después serías víctima de las iras de algún espartiatas? —pregunté.

—En esa ciudad el poder está en manos de los

espartiatas, los descendientes de las estirpes lacedemonias. A los periecos y a los ilotas les ha estado vedado siempre con todo tipo de medios el acceso a los puestos de mando. Con este sistema tan rígido, los espartiatas se han vuelto cada vez más poderosos, y en los tiempos de la guerra del Peloponeso llevaron a Esparta a ser la ciudad hegemónica. Pero, tras la derrota contra Tebas, y con el más reciente dominio macedonio, se inició para la ciudad un período de grave crisis. Diez años atrás, Esparta trató de rebelarse contra los macedonios, pero fue derrotada en Megalópolis. Desde entonces su declive parece no tener fin. A causa del ordenamiento tan rígido de las clases sociales y de las numerosas bajas sufridas en la guerra, el número de los espartiatas se ha visto reducido de modo drástico. Tanto es así que, hoy, de la gloriosa estirpe de los lacedemonios no se cuentan más que un millar de hombres. ¿Comprendes? Para gobernar la ciudad ha quedado un reducido grupo de privilegiados, que explota al resto de la población sin ningún escrúpulo.

—¿Y tú esperas convencer a los espartiatas de que compartan sus privilegios con algunos miembros de las clases inferiores?

—Unos pocos espartiatas detentan todo el poder en sus manos y poseen la mayor parte de las tierras cultivables de Laconia, mientras que nosotros, los periecos, que somos mercaderes y artesanos libres, no contamos nada en el terreno político. En cuanto a los ilotas, no son sino los esclavos dedicados a cultivar las tierras por cuenta de los espartiatas. Los silos de almacenamiento de la familia espartiatata rebosan de provisiones, mientras que los ilotas en sus pueblos se mueren de hambre. No es que a nosotros los periecos nos vaya mejor: estamos obligados a pagar tal cantidad de tributos a la ciudad que a duras penas garantizamos la supervivencia de nuestras familias.

—Pero, por Cástor y Pólux, no veo por qué los espartiatas

deberían aceptar un compromiso como el que has propuesto —dije.

—La relación entre el número de espartiatas y el de periecos es de uno a diez, mientras que entre el número de espartiatas y el de ilotas es de uno a cien...

—Por tanto, si los espartiatas no hacen concesiones a las clases inferiores...

—... a no mucho tardar podría estallar contra ellos una revuelta —completó Tisámeno.

Dejé escapar un largo suspiro.

—Imagino que Dercilidas forma parte del grupo más intransigente de los espartiatas.

—Ya. Por si fuera poco, desempeña también el papel institucional de éforo. Como sabrás, el poder de los éforos es muy amplio. Puede llegar a vetar hasta las decisiones de los dos reyes de Esparta.

—¿Tú crees que Dercilidas ha raptado a tu hija para atemorizarte?

—Ahora estoy seguro —dijo Tisámeno—. Pero no me detendrá. Disfruto del apoyo de todos los periecos. Además, también los ilotas han mostrado interés por mi propuesta.

—Así que tú eres el portavoz de las demandas de los periecos. ¿Y los ilotas tienen alguien que los represente?

—Un hombre llamado Etímocles. No es muy querido por los espartiatas, pero se guardan bien de tocarle un solo pelo.

—Ya lo creo, si por cada espartiatas hay cien ilotas. Dejarlo en paz es una decisión más bien sabia.

—Por lo menos mientras no encuentren un pretexto para eliminarlo.

—¿Por qué deberían hacerlo?

—Etímocles es un cabeza loca. Sería propenso a usar

métodos más drásticos para obtener mejores condiciones de vida para los ilotas. Pero mi propuesta no le desagradó. Le he convencido de que intente la vía de la diplomacia. Las clases inferiores están exasperadas y los espartiatas en este momento son muy vulnerables; por tanto, deben prestar atención a no proporcionarnos ningún pretexto para levantarnos. Por eso estoy convencido de que no podrán dejar de tomar en consideración mi propuesta.

—¿Y es por esto por lo que, según tú, Dercilidas ha raptado a tu hija: para inducirte a renunciar? ¿Por qué entonces no lo acusas públicamente?

Tisámeno se encogió de hombros.

—Porque no obtendría ninguna ventaja. Es más, de este modo atraería sobre mí las iras de toda la clase de los espartiatas y haría volar por los aires toda posibilidad de negociación.

Medité sobre todo lo que me había referido.

—¿Estás seguro de que, desde que Agesistrata desapareció, el raptor no ha intentado en ningún momento establecer contacto contigo? —pregunté.

—No ha contactado conmigo. Te lo repito —replicó Tisámeno.

—Haz un esfuerzo de memoria: podría haberlo hecho con una media frase pronunciada a tus espaldas en el ágora o con una agudeza de doble interpretación, a la que en el momento pudiste no haberle concedido la importancia debida.

Tisámeno se concentró y reflexionó. Finalmente meneó la cabeza.

—Estoy seguro: no he recibido ninguna petición de rescate —confirmó.

—Es extraño..., muy extraño —dije.

En aquel momento, Atria salió del gineceo y bajó la escalera.

—¿Adónde vas? —se informó el marido.

Atria levantó del suelo un par de ánforas que había apoyadas contra la pared.

—Voy a por agua a la fuente. Tu hermana quiere darse un baño.

Aproveché la presencia de ambos para hacerles una pregunta.

—¿Suele dirigirse Agesistrata sola al templo de Ártemis Ortia?

—Así es —respondió Atria.

—¿No es peligroso para una muchacha andar por ahí sola?

—Lo es —replicó la mujer—, pero la ley de Esparta obliga a los jóvenes a aprender a arreglárselas en las circunstancias más adversas. La ley de Licurgo prohíbe que incluso de noche se enciendan antorchas en las calles de la ciudad para que todos sepan defenderse de eventuales agresores o de los ladrones.

Volví a pensar en aquel ejército de niños sucios y famélicos que poco antes nos habían asaltado en pleno día.

—Las calles de Esparta, por lo que he visto, reservan infinitas sorpresas.

—La educación de los jóvenes en nuestra ciudad funciona así. Quien no aprueba estos métodos es muy libre de marcharse —rebatí Atria, irritada por mi tono provocador.

Juzgué prudente cambiar de asunto.

—Mientras Agesistrata está en el templo, ¿normalmente en qué os ocupáis? —pregunté.

—Yo me quedo en casa —dijo Atria— para vigilar los

hornos.

—Somos alfareros —explicó Tisámeno—. En cuanto a mí, me dirijo al ágora para vender los vasos, las copas y las ánforas que hacemos.

—¿Recorres habitualmente el camino en el que hace poco nos has salvado de esa turba de niños?

—En realidad, está un poco a trasmano —observó Atria anticipándose al marido.

—¿Por qué, pues, te encontrabas en aquel lugar? —pregunté vuelto hacia Tisámeno.

—Había ido a cobrar una deuda de un cliente —respondió al punto—. Normalmente me quedo en el ágora por la mañana, hasta la puesta del sol.

—Una afortunada coincidencia, así pues —observé—. La segunda en dos días. Ayer, sin ir más lejos, mientras pasaba por la parte del templete de Heracles, mi esclavo, Filoxena y yo oímos el grito pidiendo auxilio de Agesistrata y la rescatamos.

—Los dioses del Olimpo han decidido la vuelta a casa de nuestra hija —dijo Tisámeno—, y así ha sido gracias a ti y a Filoxena.

Atria se mostraba más bien fría a nuestras agudezas. En particular, la mía sobre la seguridad en las calles de Esparta la había despechado inequívocamente. ¿O había algo más que le había causado ese malhumor imprevisto?

—¿Te encontrabas en el ágora cuando Agesistrata fue raptada? —pregunté a Tisámeno.

—Aquella tarde volví a casa antes —contestó.

Atria se volvió de golpe hacia él. Por la expresión de su rostro me pareció que quería contradecirlo, pero no añadió nada. Ensartó una pértiga en las asas de las ánforas, se la colocó sobre un hombro y salió a por agua para el baño de

Filoxena.

Alcé la mirada y vi a Filoxena atisbar desde una ventana. Como se dio cuenta de que me había percatado de su presencia, se retiró y desapareció de mi vista. ¿Por qué había desaparecido de mi vida sin darme ninguna explicación, para no volver hasta al cabo de dos meses de absoluto silencio a imponerme su presencia de modo tan prepotente?

¿Y por qué me había ofrecido a acompañarla a Esparta sin pretender recibir por su parte ni una explicación?

Por lo demás, ya conocía la respuesta a esta última pregunta.

Porque aún la quería.

## VI

### En el que Apolófanes recibe el sello de Polidoro

**A** la mañana siguiente fuimos despertados de imprevisto. Alguien llamaba a la puerta de entrada con fuertes golpes. Tisámeneo corrió a abrir y se encontró frente a un oficial espartano al mando de una unidad de hoplitas armados con lanza y escudo.

—¿Qué queréis? —les preguntó atemorizado.

—¿Es huésped tuyo el ateniense que llegó ayer a Esparta?

Tisámeneo asintió. En aquel momento me reuní con él. El oficial reparó en mí e hizo una seña afirmativa a los suyos.

—Vosotros dos debéis venir con nosotros —dijo clavando en mí sus ojos de dura mirada.

—¿Adónde? —preguntó Tisámeneo.

—Ya lo verás, perieco —respondió lapidario el oficial, infundiendo al término «perieco» un tono inequívocamente despectivo—. ¡Y ahora daos prisa!

Los hoplitas se hicieron cargo de nosotros y nos llevaron

a la ciudad. Tras llegar ante un edificio imponente, el oficial despidió a la unidad.

—Seguidme —dijo y nos condujo al interior de aquel edificio. Tisámeno estaba muy nervioso.

El interior del edificio era aún más austero que el exterior. El oficial llamó a una puerta de madera basta de doble batiente, que se abrió de par en par con gran ruido a una sala muy amplia. Entramos y, a nuestras espaldas, dos esclavos volvieron a cerrar las hojas, que chirriaron de modo siniestro. En el fondo de la sala, dos hombres vestidos con quitones blancos estaban sentados en dos tronos situados sobre una tarima. Uno parecía más bien joven, el otro debía de haber pasado los sesenta. A sus espaldas destacaba un grupo escultórico de los dioscuros con sus corceles. En el centro de la sala, un aedo entonaba una elegía acompañándose con la cítara. Reconocí los versos con los que Tirteo canta el momento en que Licurgo, tras dirigirse a Delfos, recibió de Apolo los preceptos para redactar su constitución:

*Escucharon a Febo y de Delfos trajeron a Esparta*

*las profecías del dios, sus palabras preñadas de verdad:*

*«Sean los primeros los reyes en el consejo,*

*que tienen a su cargo nuestra amadísima Esparta,*

*luego los ancianos ilustres, y finalmente los hombres del pueblo,*

*que deberá conformarse a las justas leyes».*

Cuando reparó en nosotros, el más anciano de los dos

despidió al aedo con gesto imperioso.

—Están aquí Tisámeno y el ateniense —anunció el oficial.

—¿Quiénes son? —pregunté en voz baja a Tisámeno.

—Son los dos reyes de Esparta —susurró él, aterrorizado—. El más anciano es Cleómenes, el soberano de la familia de los Agíadas. El joven, Eudamidas, desciende de la otra familia real, la de los Euripóntidas. Hace diez años, su padre, Agis, mandó el ejército espartano contra los macedonios y murió en Megalópolis.

—¿Qué querrán de nosotros? —pregunté.

En aquel momento, el más joven de los reyes hizo una seña con la mano en dirección a nosotros.

—¡Venid más adelante! —ordenó.

Apenas nos acercamos, los dos reyes nos escrutaron con severa atención. El oficial que nos había escoltado hasta allí se quedó a nuestras espaldas.

—Nos hemos enterado de lo que le ha sucedido a tu hija, Tisámeno —dijo el rey mayor en edad.

—Doy gracias a los dioses de que todo haya acabado bien, majestades —comentó Tisámeno, agachando la cabeza—. Tengo intención de descubrir quién ha querido raptar a mi hija y, cuando encuentre al responsable de este acto tan vil, lo arrastraré hasta vuestra presencia para que reciba la justa condena.

Los dos soberanos intercambiaron una señal de inteligencia. Luego el mayor de ellos retomó la palabra.

—También nosotros queremos que el asunto se aclare —dijo Cleómenes—. En efecto, lo sucedido a tu hija puede comprometer la concordia entre las clases sociales de Esparta.

—¿Qué concordia, majestad? —replicó Tisámeno—. Desde hace tiempo, los periecos y los ilotas padecen

vejaciones por parte de los espartiatas y reivindican concesiones que os obstináis en no aprobar.

—Estamos al corriente del descontento de las clases inferiores —hubo de admitir Eudamidas—. Precisamente por eso hemos sugerido a los gerontes valorar tu petición. Por desgracia, después de la desaparición de tu hija, los periecos y los ilotas han propalado graves acusaciones acerca de las responsabilidades de este rapto que no ayudan en absoluto a nuestros sabios a llevar de modo sereno la discusión sobre tu... propuesta de reforma.

—No estoy seguro de no querer la paz, majestad —replicó Tisámeno.

—Reconozcamos tus buenas intenciones —continuó Cleómenes—. Pero no podemos permitir que un miembro de la gloriosa estirpe lacedemonia, de la que somos los sumos representantes, sea acusado de un acto tan vil como un rapto.

Capté al vuelo que el espartiatas al que se refería el rey de más edad debía de ser el tal Dercilidas, del que Tisámeno me había hablado.

—Vuestra majestad... —trató de replicar Tisámeno, pero el rey lo interrumpió con un gesto perentorio de la mano.

—Si tales insinuaciones continúan circulando —dijo resuelto el rey Cleómenes—, acabarán por hacer imposible toda negociación entre nosotros, espartiatas, y las clases inferiores. No olvides nunca, Tisámeno, que somos nosotros quienes detentamos el poder aquí, en Esparta. Vosotros los periecos sois ciudadanos libres, pero carentes de derechos políticos. Y si esto no os gusta, siempre podéis iros. En cuanto a los ilotas, son los descendientes de los pueblos que nuestros gloriosos predecesores sometieron en tierras de Laconia y de Mesenia. Por esto son nuestros esclavos y, por tanto, nos deben ciega obediencia. Aprecia, pues, el privilegio que te concedemos a ti, simple perieco, de poder

presentar a los prudentes ancianos tu propuesta de reforma...

Las puertas se reabrieron y entraron en la sala dos hombres, el uno de unos cuarenta años y el otro mucho mayor. Cada uno de los dos blandía el símbolo espartano del mando, el *bakterion*, un bastón con la empuñadura en forma de T que todos los espartiatas poseían. Ambos se pusieron el *tribon*, el único indumento que la ley de Licurgo permitía a los espartiatas, una capa escarlata llevada muy ceñida al cuerpo, demasiado ligera en invierno para proteger del frío y demasiado pesada para permitir a quien lo llevaba en verano soportar el calor. Una prenda inoportuna para cualquier griego, excepto para los espartiatas, dispuestos a mostrar su tenacidad también mediante la austeridad de su forma de vestir. Los dos recién llegados llevaban los cabellos largos recogidos en trenzas que les colgaban de la nuca. La barba confería a ambos un aspecto severo. Se colocaron a nuestro lado sin dirigirnos siquiera una mirada. Tisámeneo, por el contrario, los escrutó con aspecto feroz. No necesité ninguna explicación para comprender que el más joven de los dos era precisamente Dercilidas. El viejo que lo acompañaba debía de tener unos ochenta años, y, sin embargo, mantenía una postura firme y tenía unos ojos vividos y decididos.

—¿A qué debemos la visita del éforo Dercilidas y del anciano Aristolco, el mayor y más sabio de todos los espartiatas? —preguntó Cleómenes.

Quien habló de los dos fue Dercilidas.

—Hemos venido, majestad, para ponerlos en guardia. Sobre todos nosotros, espartiatas, y sobre la orden impuesta por Licurgo a nuestra amada ciudad, se cierne una amenaza muy seria.

—Precisamente por esto hemos convocado a Tisámeneo a nuestra presencia —dijo el rey Eudamidas.

Dercilidas miró fijamente a Tisámeneo con desprecio.

—Habéis de saber que lo que se oye por ahí sobre mi persona es el fruto de viles calumnias.

—Estamos convencidos de ello —replicó Cleómenes—. Y es lo que acabamos de decirle a Tisámeno, para que pueda así comunicárselo a sus pares.

Tisámeno se volvió hacia Dercilidas.

—Tú que dices ser ajeno al rapto de mi hija, ¿acaso tienes alguna sugerencia que hacerme para dar con el culpable? —preguntó con tono de desafío.

Me estremecí por su atrevimiento.

Dercilidas le devolvió una mirada feroz y le respondió con la celeridad típica de los espartanos.

—Trata de preguntar quién sopla sobre el fuego de la rebelión.

—¿Acaso estás acusando a Etímocles de haber raptado a mi hija para alimentar la cólera de los periecos hacia vosotros? —le preguntó Tisámeno.

El anciano seguía el intercambio entre Dercilidas y Tisámeno con los ojos cerrados.

—No soy yo quien lo dice. Lo acabas de decir tú mismo —contestó Dercilidas.

Sabía que la lengua de un espartano era tan afilada como la hoja de su espada, pero permanecí asombrado por la agudeza verbal que aquel hombre demostraba. Si era tan rápido con la espada como con la palabra, pensé, ese espartiatá debía de ser un guerrero invencible.

—¡Ya basta! —tronó el rey Cleómenes.

Dercilidas se volvió hacia el soberano y, dueño de sí, hizo un mesurado gesto de asentimiento con la cabeza. Tisámeno, por su parte, estaba muy agitado y, a diferencia de Dercilidas, se esforzaba por mantener el control de los nervios.

—¿Y tú qué piensas, anciano Aristolco? —preguntó el rey Eudamidas al anciano ilustre—. Te ruego que nos ilustres con tu sabiduría.

Interpelado por su soberano, Aristolco entreabrió apenas los ojos y lo miró con un aire grave. Su mirada echaba chispas debajo de las pobladas y canas cejas.

—Lo que veo, majestad, llena mi corazón de indignación —empezó diciendo con voz cavernosa.

—¿Y qué ves, anciano? —le apremió el rey Cleómenes.

El geronte dio un paso adelante y golpeó el bastón contra el suelo, como para dar mayor énfasis a lo que iba a decir.

—Veo a la estirpe de espartiatas, descendientes de los dorios y de sus reyes lacedemonios, incapaces de plantar cara a las clases inferiores. Veo una ciudad que contuvo con sólo trescientos hombres el avance de decenas de miles de persas en las Termópilas, y que a continuación derrotó a la poderosa Atenas, ahora demasiado débil para sostener una sola batalla contra cualquier enemigo a causa del número exiguo de sus hoplitas. Veo la ley de Licurgo, que por voluntad de Apolo rige desde hace siglos la vida de los ciudadanos de Esparta, y que llevó a nuestros antepasados a conocer una gloria inmensa, cada día más ignorada, pisoteada, envilecida, cuando no incluso objeto de escarnio. La ciudad donde viví y combatí en mi juventud dominaba sobre toda Grecia, mientras que ahora que soy viejo cuesta hasta reclutar un ejército.

El geronte hizo una breve pausa. Luego, tras dejar escapar un suspiro, prosiguió:

—Nuestro nombre de lacedemonios debería hacer temblar de miedo a toda Grecia. En cambio, hasta entre los que deberían obedecernos en la patria no falta quien osa levantarnos la mirada con arrogancia para reivindicar derechos que nosotros mismos conquistamos sobre ellos a

sangre y fuego.

El anciano se interrumpió de nuevo, lanzando torvas miradas a todos los presentes.

—La ruina llama a las puertas de esta ciudad. Sí, majestad, esto es lo que ven mis ojos —concluyó, humedeciéndose los labios resecaos.

Los dos reyes asintieron con aire grave. Tisámeno estaba cada vez más nervioso. Temblaba y tenía el semblante rojo. Sentía que quería replicar al viejo, por lo que intervino:

—Otra palabra fuera de lugar y tu voz no tendrá ya ningún peso en presencia de los reyes de Esparta —le susurró, y afortunadamente se convenció de la necesidad de dominarse.

El rey Cleómenes y el rey Eudamidas intercambiaron otra mirada de inteligencia. Luego el más anciano se levantó de su asiento y se acercó a nosotros. Tisámeno se puso rígido. El rey se detuvo a un paso de todos nosotros, sacó de un pliegue de su quitón un anillo y se lo mostró a Aristolco y a Dercilidas. Luego, inesperadamente, se volvió hacia mí, me cogió la mano derecha y me puso el anillo en un dedo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Dercilidas, estupefacto.

—Este anillo —dijo el rey Cleómenes vuelto hacia mí— lleva el sello de Polidoro. Polidoro, hijo de Alcámenes, es un antepasado mío. En tiempos antiguos fue un rey muy amado por el pueblo espartano porque no llevó a cabo nunca ninguna acción violenta contra sus súbditos y se mostró equilibrado al juzgar las causas. Aún hoy los espartanos honran grandemente a Polidoro, por encima de todos los soberanos que se han sucedido en Esparta, hasta el punto de que los máximos cargos de la ciudad sellan todavía los documentos más importantes con su efigie.

Miré incrédulo al soberano.

—¿Por qué su majestad me concede precisamente a mí el

honor de llevar este anillo? —pregunté.

—Porque has salvado a Agesistrata. Y precisamente tú, que has obtenido ya una vez el apoyo de los númenes, por mandato de los soberanos de Esparta descubrirás al autor del rapto —respondió el rey.

Me quedé espantado por la gravosa investidura recién recibida. Tisámeno, por su parte, miraba estupefacto, ya al soberano, ya al anillo que yo llevaba en el dedo.

—¡Pero es absurdo! —exclamó Dercilidas—. ¿Quién es éste para asumir un encargo semejante? ¿Cómo pueden vuestras majestades confiar una indagación tan delicada a un forastero? ¡Un ateniense, por añadidura! ¿No os dais cuenta de que está en juego el destino de Esparta?

—Nosotros los soberanos nos damos cuenta de todo —puntualizó el rey Cleómenes, visiblemente irritado por las protestas de Dercilidas—. Y es por esto por lo que le confiamos a él, que ha salvado a Agesistrata, la tarea de salvar también a Esparta, ya que nosotros, espartanos, por lo que parece, en los últimos tiempos no hacemos sino arrastrarnos unos a otros al abismo.

Dicho esto, el rey más joven bajó de su trono y se acercó a mí.

—Y ahora vamos, ateniense, descubre quién ha raptado a la hija de Tisámeno. Pero trata de no abusar del poder que te ha sido conferido —añadió, mirándome directamente a los ojos.

—Recuerda —glosó a su vez el rey Cleómenes al despedirse de todos—: el sello de Polidoro acompaña la palabra de los reyes.

## VII

### En el que Filoxena conoce la otra mitad de Esparta

Agesistrata no había querido atender a razones.

Su madre había insistido en decir que era peligroso y que por su bien debía permanecer encerrada en casa. Pero la hija le había contestado que si tenía temor de los dioses debía dejarla ir al templo para reanudar la confección de la vestidura sagrada. Ártemis, su protectora, se había mostrado benévola con ella y, por tanto, Agesistrata no podía dejar de servirla. Para tranquilizar a Atria, Filoxena se había ofrecido a escoltar a su sobrina en compañía de Estrepsíades. Mi esclavo, por su parte, fue muy feliz de acompañarlas porque no veía la hora de salir de casa, ansioso de saber adónde me conducirían los hoplitas espartanos.

El templo surgía a lo largo de la orilla del Eurotas, en el lado oriental de la ciudad. En su interior un gran número de muchachas estaban atareadas en decenas de telares. Muchas otras mujeres más adultas se ocupaban en los cuidados y en la limpieza del santuario. En el centro de la nave destacaba un altar de mármol blanco cuya parte superior presentaba una aureola rojiza, el residuo de la sangre de las víctimas

sacrificiales derramada en cientos de años. En el fondo de la nave descollaba altísima la estatua de madera de una diosa de rasgos severos y masculinos.

—Ésa es Ártemis Ortia —dijo Agesistrata—. El mito cuenta que Orestes e Ifigenia, los hijos de Agamenón, se la llevaron a Táuride y la trajeron aquí, a Esparta. Se custodia en este templo desde hace muchos siglos.

Estrepsíades y Filoxena observaron las líneas duras del rostro de la diosa, sus grandes ojos de cierva y sus facciones más parecidas a las de un hombre que a las de una mujer. Tenía hombros y cuello anchos, brazos robustos, y en la mano sostenía un arco.

—Nosotras las muchachas somos las guardianas de la estatua —continuó Agesistrata—. Cada día nos ocupamos de abrillantar la madera con aceites especiales que retrasan la corrupción del templo. Además, tejemos su vestidura para el día de su fiesta.

Filoxena y Estrepsíades habían percibido un agradable perfume de ungüentos desde el momento de su entrada.

La estatua estaba vestida con un peplo de factura sencilla. Por debajo de los bordes de la vestidura asomaban los dedos de los pies largos y puntiagudos, semejantes a unas garras animales.

—La diosa cazadora es celosa de su desnudez y se mantiene lejos de los hombres, que en cambio la desean más que a cualquier otra mujer. Todos conocen el mito de Acteón, el joven que espió a escondidas a Ártemis desnuda mientras se lavaba en un lago y que, por la ira de la diosa, fue descuartizado por su propia jauría de perros.

Filoxena contempló a la diosa Ártemis Ortia.

—Se diría que te gusta —observó Agesistrata.

—Siento simpatía por ella —explicó Filoxena—. Me recuerda a mí misma, en algunos aspectos, y el voto que he

hecho, en nombre de la filosofía, de permanecer siempre libre de lazos, en particular de los amorosos.

Filoxena hizo una pausa, luego repuso:

—Sobre todo de los amorosos.

Agestrata le dirigió una mirada dudosa.

Filoxena intuyó la perplejidad de su sobrina.

—El amor, enseña Platón, es un demonio que obliga a desear lo que no se tiene y vuelve al enamorado semejante a un vil mendigo. Un sentimiento demasiado peligroso para el filósofo que aspira a contemplar las altas esferas de la sabiduría.

—Por tanto, en cuanto filósofa, no estás dispuesta a someterte a ningún hombre —arguyó Agestrata.

Filoxena dirigió instintivamente una mirada a Estrepsíades. El esclavo tenía los ojos fijos en otra parte, lo que no quería decir que no pudiera oír la conversación.

—El filósofo dedica su vida a la búsqueda de lo justo y de lo verdadero —dijo finalmente, mirando a Estrepsíades.

—¿Es realmente posible? —preguntó Agestrata.

Filoxena se volvió hacia ella.

—¿El qué? ¿Dar con lo justo y lo verdadero?

—No, escapar al demonio del amor —precisó la joven.

Filoxena suspiró. Y, desde lo alto de su sabiduría, no respondió.

Agestrata no comprendió si no había sabido o no había querido responderle.

Estrepsíades carraspeó para reclamar su atención. Filoxena se dio la vuelta y vio acercarse a una de las mujeres presentes en el templo. Tenía una nariz de estatua y los ojos vivos y clarísimos típicos de la estirpe dórica. Entre los treinta y los cuarenta años, era de complexión esbelta y

llevaba un peplo sin motivos decorativos. El velo en la cabeza cubría una melena voluminosa color castaño claro del que solamente se escapaba algún mechón. Cuando estuvo delante de ellos, miró de arriba abajo a Agesistrata con frialdad.

—La diosa no espera sino buena disposición por tu parte —le dijo con tono sosegado, pero un tanto resuelto—. Vuelve a ocupar tu puesto en el telar y ponte manos a la obra.

Las otras jóvenes en los telares, contentas de volver a ver a Agesistrata sana y salva, levantaron la cabeza de la trama y de la urdimbre en la que estaban trabajando y le sonrieron.

—¡No paréis! —les reprochó la mujer.

Ellas, atemorizadas, se pusieron de nuevo a tejer a ritmo rápido.

—Vosotros debéis de ser los forasteros que llegaron ayer —continuó la mujer vuelta hacia Filoxena—. Mi nombre es Anaxandra. Soy la pedagoga de estas muchachas.

—Se diría que la liberación de Agesistrata no ha afectado en absoluto a su pedagoga —comentó Filoxena en voz alta.

Anaxandra le clavó dos ojos de hielo.

—Los sentimentalismos no van con la mujer lacedemonia —dijo, y, acto seguido, dirigió también una dura mirada a Agesistrata—. Y tú, ¿a qué esperas? ¡Únete a tus compañeras!

La joven se sobresaltó, hizo una leve inclinación y corrió a pasitos hacia un telar libre.

—Muchas viudas como yo se ocupan de la educación de las muchachas de Esparta —prosiguió Anaxandra.

Filoxena miró a su alrededor.

—¿Las mujeres presentes en este templo son todas viudas?

Anaxandra asintió.

—Gran parte de nosotras se despidió de su hombre hace diez años, cuando Esparta puso sitio a la ciudad de Megalópolis. Los vimos partir con los escudos al brazo y sobre sus mismos escudos los vimos volver sin vida, transportados por sus compañeros supervivientes. Cada una de nosotras, sin embargo, está orgullosa de poder decir que su marido ha vuelto muerto de una batalla perdida. Sentimos vergüenza de todas aquellas que han tenido que abrazar de nuevo a sus hombres vivos, pero derrotados.

Justo en ese momento se asomó a la entrada del templo otra mujer. Algo más joven que Anaxandra, entre los veinticinco y los treinta, tenía una mirada ceñuda y la nariz torcida, que en cualquier caso no le confería un aspecto desagradable. Más aún, en conjunto se hubiera dicho un tanto sensual. Franqueó la entrada con paso seguro y, al pasar por el lado de Filoxena y de Estrepsíades, les dirigió una mirada de suficiencia. Hizo un gesto de saludo a Anaxandra y se reunió con Agesistrata, que trabajaba ya en el telar activamente. Cuando vio a la recién llegada pararse delante de ella, la muchacha se puso rígida, como si la presencia de aquella mujer le hubiese turbado.

—He oído lo que se dice por ahí —dijo la mujer a Agesistrata—, y no me gusta en absoluto.

—¿Quién es ésa? —preguntó Filoxena, expresando, más que una verdadera pregunta, un pensamiento en voz alta.

—Su nombre es Cinisca. Es la mujer de Dercilidas —le respondió Anaxandra—. Su marido ocupa uno de los cargos más altos del Gobierno de Esparta: es un éforo.

La recién llegada continuaba instando a Agesistrata, que la miraba espantada.

Filoxena tuvo un arranque de irritación.

—No te metas... —le sugirió en voz baja Estrepsíades,

que había intuido las intenciones de la filósofa.

Filoxena no hizo caso al esclavo y dejó que su ánimo intrépido se impusiera a la razón. Se reunió con su sobrina, que, debido a un respeto temeroso, no estaba en condiciones de replicar.

—¿A qué habladurías te refieres? —preguntó la filósofa.

Cinisca se volvió y la miró de arriba abajo.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo te atreves a dirigirte a una lacedemonia?

Filoxena no se dejó intimidar.

—Con dos compañeros de viaje, he liberado a esta muchacha del lugar en que había estado recluida. Además, Agesistrata es sobrina mía. En mi ciudad soy una ciudadana libre, por tanto, con derecho a hablar con cualquiera.

Cinisca tuvo tras aquellas palabras una reacción inesperada. Ensanchó sus finos labios en una sonrisa irónica.

—¡Ah! —exclamó—, así que tú eres la hermana de Tisámeno.

Filoxena asintió. Aquella mujer la estaba intranquilizando.

Cinisca le dio una explicación.

—Decía a tu sobrina que entre los periecos y los ilotas circula la sospecha de que quien la ha raptado ha sido mi marido.

—¿Y es falso? —preguntó Filoxena con una actitud intencionadamente provocadora.

Cinisca apretó los párpados, entrecerrando los ojos hasta el punto de afilarlos como la hoja de una espada.

Estrepsíades se pasó las manos por los cabellos. Ultrajar con semejantes insinuaciones a la mujer de un éforo podía ponerla en un serio aprieto. Pero Cinisca no se dejó llevar por ningún arranque de rabia ni amenazó a Filoxena tal como el

esclavo había previsto. Más bien, la mujer espartiatá apartó la mirada de Filoxena y con ánimo sereno se dirigió a Agesistrata.

—Que sepas, joven perieca, que no hay nada más falso que tales habladurías —declaró en tono inesperadamente manso—. Dercilidas no tiene nada que ver con lo que te ha pasado.

Filoxena se quedó sorprendida ante la extraña actitud de aquella mujer.

—Debes creerme —dijo también Cinisca a Agesistrata—. Por lo demás, los compañeros lacedemonios rivalizarían por testimoniar la honestidad, integridad y lealtad de Dercilidas. En cuanto a tu padre —añadió, deformando su rostro en un mohín burlón—, no creo que en Atenas goce de la misma consideración de los ciudadanos que son sus pares.

Ante aquellas palabras, Agesistrata palideció.

Cinisca, complacida por el efecto demoledor que habían producido sus palabras, esbozó un fingido asombro y pasó a la estocada siguiente, aún más punzante. Y para ella más satisfactoria todavía.

—Por lo que veo, deduzco que tu padre no te ha revelado nunca la razón por la que se fue de Atenas.

Agesistrata invocó con la mirada la ayuda de Filoxena, pero la filósofa esta vez no estaba en condiciones de socorrer a su sobrina. Las palabras de Cinisca la habían aterrado no menos de lo que hubieran aterrado a la muchacha.

La mujer se congratuló por su victoria.

—Si tu padre es tan vil como para ocultarte la verdad —dijo a Agesistrata antes de irse—, siempre puedes preguntarle a su hermana. Tengo la impresión de que ella sabe perfectamente a qué me refiero.

Cinisca consideró que había dado a las dos la lección que

se merecían, por lo que les dio la espalda y salió del templo satisfecha.

Agesistrata encontró fuerzas para redimirse del extravío en el que había caído. Por el contrario, Filoxena estaba aún trastornada. La muchacha se le acercó y le posó las manos sobre los hombros. Filoxena miraba un punto del suelo a un paso de ella.

Su voz sacudió a Filoxena, que volvió en sí y la miró a los ojos. Luego asintió triste.

—Por favor, dime una cosa: ¿por qué mi padre se fue de Atenas?

Filoxena tomó las manos de la sobrina entre las suyas y se las apretó, como para prepararla para algo que no debería haber oído nunca.

—Hace diecisiete años, en Atenas, Tisámeno se enemistó con Diké, la diosa de la justicia —dijo Filoxena con voz apagada.

Agesistrata se quedó asombrada. Las manos de la filósofa apretaron las de su sobrina con mayor vigor.

—Tu padre, querida mía, es un asesino.

## VIII

### En el que se presenta una visita inesperada

Volví a casa junto con un Tisámemo aún incrédulo por la investidura que había recibido de los dos reyes de Esparta. No menos asombrado estaba yo que él. Atria nos recibió en la entrada con un cesto lleno de frutos secos. Probé un puñado y a continuación pedí grasa para lustrarme el calzado. Ella me contentó y mientras frotaba las sandalias me informó de que Agesistrata, Filoxena y Estrepsíades se habían dirigido al templo de Ártemis Ortia.

—Mientras todos estabais fuera, he recibido una visita —nos contó Atria.

—¡No habrán vuelto los hoplitas! —exclamó Tisámemo, alarmado.

Su mujer meneó la cabeza.

—Ha llegado una mujer que dice conocerte —añadió vuelta hacia mí.

—¿Quién puede ser? —pregunté—. Excepto a vosotros, no conozco a nadie aquí en Esparta.

—Acaba de llegar de Atenas. No ha querido esperarte en casa. Te aguarda en el establo, quería ver tu asno. Ha dicho llamarse Sofronia.

Entré en el establo y la vi ocupada en acariciar a Midas. Llevaba su acostumbrado peplo largo. Del velo oscuro que recubría por entero la tupida cabellera quedaba al descubierto el rostro flaco y que revelaba fuerza de voluntad, en el que había engastados dos ojos de mirada severa que conocía muy bien.

—¡Madre! —exclamé, y le besé las manos en señal de reverencia—. No hubieras tenido que emprender por ti sola un viaje a través de unas tierras tan peligrosas.

Ella se dejó besar las manos en silencio manteniendo su sobria mirada fija en mí.

—Para empezar, no soy tan lanzada como para afrontar por mí sola un viaje por tierra hasta aquí —precisó con voz firme—. He llegado por mar, navegando desde Atenas con una de tus naves hasta el puerto de Gitión. Una vez desembarcada, he proseguido hasta Esparta junto con unos mercaderes escoltados por sus esclavos armados.

—Has sido muy prudente —hube de reconocer.

—Siempre lo he sido —puntualizó ella—. Mucho más que tú. Por eso estoy aquí.

Midas se dejaba acariciar por mi madre quedándose inmóvil y mirando fijamente un punto delante de ella.

—¿Has venido a controlar que no me meta en líos?

—Te has visto arrastrado a Esparta por esa mujer. Era lo mínimo que podía hacer —respondió ella con tono de reproche.

—Estoy aquí por propia voluntad —dije.

Mi madre dejó escapar una carcajada biliosa.

—Cuando anda de por medio ésa, tu voluntad es nula.

—No ha sido ella quien me pidió que la acompañara —  
expliqué.

—Sin embargo, antes de partir fue a avisarte de que se  
iría —objetó.

—Hacía dos meses que no nos veíamos —repuse al  
punto.

Mi madre suspiró casi con nostalgia.

—Lo sé perfectamente. Han sido los meses más  
despreocupados de mi vida, desde que os conocisteis.

Reí amargamente.

—Si has venido a protegerme de ella, que sepas que has  
hecho el viaje en balde. Filoxena no tiene ningún interés por  
mí.

—Claro que no... —ironizó mi madre con una risita  
nerviosa.

Le mostré el sello de Polidoro.

—Los reyes de Esparta me han confiado un encargo muy  
delicado —dije para cambiar de tema.

—Esto quiere decir que he llegado demasiado tarde —  
comentó ella, mirando el anillo—. Esa mujer ha conseguido  
meterte otra vez en líos.

—Son los dioses los que me han elegido para esta  
indagación. Ha sido Apolo quien ha querido que viniese a  
Esparta con Filoxena.

—No culpes a los dioses por llevar ese anillo en el dedo  
—me reprochó mi madre—. Ambos sabemos a quién  
debemos dar las gracias. Esa mujer es como Pandora. Para ti  
será una vez más causa de desgracias, como cuando  
decidiste defender a Eurifemo en el tribunal.

—Filoxena no es en absoluto... —traté de defenderla,  
pero mi madre me interrumpió bruscamente.

—Una mujer que no pasa su tiempo en el telar no es una mujer como es debido.

—Madre, Filoxena es una filósofa —dije.

—Llámala como quieras. Lo importante es que te dejó sin darte una explicación y, al cabo de dos meses, llamó de nuevo a tu puerta sin tener siquiera la decencia de decirte dónde había estado. ¿Cómo puedes fiarte de una mujer así? ¿Qué ha hecho durante esos dos meses? ¿Acaso te lo ha dicho?

Meneé la cabeza.

—No lo ha hecho —le confesé.

—¿Y si hubiese escapado de los brazos de otro hombre, para luego volver contigo sólo después de haber dilapidado todos sus bienes? —preguntó ella con actitud recelosa.

—Lo que dices es pura maldad —espeté, irritado por aquellas palabras suyas.

—Demuéstramelo —dijo—. Y me sentiré dichosa de cambiar de opinión sobre ella. Pero mientras no lo hagas, la tendré por un mal bicho. Por eso, o vuelves a Atenas conmigo ahora, o te anuncio que me quedaré en Esparta hasta que no hayas comprendido lo que pasa por la cabeza de esa...

—No volveré contigo a Atenas —afirmé con determinación.

Mi madre se cruzó de brazos y se plantó delante de mí. Su rostro era duro como la piedra.

—Siendo así, me quedaré también yo en Esparta con vosotros.

Me encogí de hombros.

—Quédate todo lo que quieras —dije—. Has de saber, de todos modos, que malgastas tu tiempo, puesto que Filoxena no tiene ninguna mira con respecto a mí. Lo único que te

ruego es que no interfieras con la indagación que he de llevar a cabo.

—¿De qué se trata? —preguntó mi madre.

—He de encontrar al responsable del rapto de la sobrina de Filoxena.

—¿Esa degenerada tiene también una sobrina? —dijo ella sinceramente maravillada.

—¡No te permito que la llames así! —le reproché.

La vi enseguida impresionada por mi tono.

—¿Te has doblegado hasta el punto de encararte con tu madre? —comentó abatida—. ¡Si tu padre pudiera oírte! Que su alma vele por ti desde los verdes campos del Elíseo.

—Te pido perdón —dije con sincero remordimiento.

Mi madre tomó mi rostro entre las manos, me acercó a ella y me besó en una mejilla. Sus modales se habían dulcificado de golpe y así también el tono de su voz.

—Harías mejor en olvidarte de este asunto del rapto y buscar una buena chica con la que casarte —me exhortó.

Tomé sus manos y las aparté de mi rostro.

—Ahora tengo que irme. Les diré a Tisámeno y a Atria que te preparen una habitación en el gineceo de su casa. Aunque sé que no recibiré de tu parte ningún apoyo para la indagación, me alegra de que estés aquí.

Ella escrutó el anillo con el sello de Polidoro y dejó escapar un largo suspiro.

—La voluntad de los dioses es inescrutable —dijo—. Se compadecen de algunos hombres, mientras que a otros los abandonan sin escrúpulos. A nosotros no nos ha sido dado comprender por qué algunos se salvan mientras que otros se pierden. Un dios que decide no salvarnos no nos da explicaciones ni escucha nuestras plegarias.

Hizo una pausa y me puso una mano huesuda sobre una mejilla. Su caricia estaba llena de melancólica aprensión.

—Por eso —concluyó—, antes de que sea demasiado tarde, hijo mío, deberías aprender a defenderte por ti solo de las adversidades.



## IX

### En el que Apolófanes visita un pueblo de ilotas

Los primeros reyes de Esparta subyugaron a los pueblos de Laconia y de Mesenia, se apoderaron de sus tierras y los redujeron a la esclavitud atribuyéndoles el nombre de ilotas.

Todos los reyes de Esparta habían sido belicosos, excepto Polidoro. Aunque la ciudad estuviese dominada por la guerra, los espartanos habían amado al rey Polidoro por encima de todos los otros soberanos, por su talante modesto y el gran sentimiento de humanidad con el que había dictado sus sentencias.

Esparta no acababa de sorprenderme.

Así, encerrada en la observancia de sus tradiciones, había confiado a mí, un ateniense, la tarea de resolver un caso delicado como el del rapto de Agesistrata que tanto amenazaba la estabilidad del orden fundado sobre la ley de Licurgo.

Miraba de continuo el anillo y su sello. Una vez más, los dioses me imponían su voluntad sin hacerme comprender su

propósito. Las palabras de mi madre resonaban en mi cabeza continuamente: «La voluntad de los dioses es inescrutable». Por tanto, a fin de evitar lo peor, tendría que pensar por mi cuenta en mí mismo.

Había pedido indicaciones a Tisámeno sobre cómo reunirme con ese Etímocles, el representante de los ilotas. Y él se había ofrecido a acompañarme a su pueblo, pero yo había insistido en ir solo. Quería que Etímocles respondiese a algunas preguntas, pero temía que en presencia de Tisámeno no fuese espontáneo y mucho menos sincero.

Emprendí el viaje hacia el pueblo de Etímocles a lomos de Midas y no tardé en darme cuenta de que el camino indicado por Tisámeno era el mismo que había recorrido ya para llegar a Esparta. Midas y yo bordeamos durante algunas horas la cordillera del Parnón y llegamos a un pueblo de campesinos y de pastores. Unas pocas cabañas, algunos establos y arrayanes infestados de hiedra. Cabras encerradas dentro de recintos inseguros pateaban sobre la paja salpicada de excrementos y devoraban pimpollos de mimbre. Pregunté por Etímocles a un pastorcillo enjuto de pelo desgredado, que me indicó una cabaña delante de nosotros. Me fui para allí. Llamé y me abrió un hombre flaco, de unos treinta años, de pelo rasurado y mirada arisca.

—Busco a un ilota llamado Etímocles —dije.

El hombre me estudió con aire desconfiado.

—¿Quién eres? —preguntó.

Cuando le mostré el sello de Polidoro, observó el anillo de mi dedo en silencio. A mis espaldas oí el balido de un cordero. El hombre emitió un gruñido y me hizo seña de que entrase.

El interior era muy angosto, con un hogar encendido en el centro del pequeño espacio. En torno al fuego, algunos niños casi en los mismos huesos estaban desplumando

pájaros atrapados con liga y los iban ensartando en los asadores para hacerlos a la brasa. El hombre señaló dos taburetes de madera, luego se acomodó en uno de ellos, dejándome a disposición el otro.

Una mujer con la cabeza cubierta por un velo removía el caldo hirviente en una olla. Los niños no se habían preocupado por mi entrada y la mujer me había dirigido nada más que una mirada temerosa para luego volver a concentrarse en aquel calducho maloliente.

—Venga, fuera —dijo el hombre a los niños.

Éstos protestaron, pero él levantó la voz y los pequeños desaparecieron rápido, como habrían hecho los pájaros que estaban desplumando si se hubiesen encontrado aún con vida.

—Ponle de beber —ordenó aquel hombre a la mujer.

Ella recogió un ánfora del suelo y sirvió vino en dos copas.

—Y ahora, déjanos tú también —añadió el hombre con tono brusco.

La mujer, sin decir una palabra, salió cerrando la puerta a sus espaldas.

Una vez solos brindamos por Dioniso. El vino era muy áspero.

—¿Tú eres Etímocles? —pregunté.

—El mismo en persona —dijo el hombre, tras haber tomado un sorbo generoso de su copa.

Me observó una segunda vez de pies a cabeza, permaneciendo en silencio.

—Tú no eres espartiata —prosiguió—. A la vista está por el quitón que llevas y por tu acento. ¿Por qué, pues, has venido a verme con ese anillo en el dedo? —preguntó a la defensiva.

Tomé otro sorbo de vino. Lo saboreé con calma, estudiando la expresión nerviosa de aquel hombre. Volví la mirada para observar el interior de aquella cabaña. En el suelo, al amparo de las paredes, había puestas en desorden numerosas yacijas de hojarasca. Traté de figurarme cómo Etímocles, su mujer y su numerosa prole debían comer y dormir en aquel reducido espacio. Imaginé la promiscuidad de aquella situación y sentí aversión.

—Has dicho bien: no soy un espartiatas. Soy ateniense y estoy indagando sobre el rapto de Agesistrata, la hija de Tisámeno.

Etímocles se dio una palmada sobre las rodillas y soltó una carcajada sarcástica.

—¿Los espartiatas han confiado una indagación a un ateniense? ¡Has perdido completamente la cabeza!

—No hay ningún motivo para tomárselo a risa —repliqué—. Es un asunto muy serio.

El semblante del ilota se ensombreció al instante.

—Ya sé que es un asunto muy serio. No hay necesidad de que vengas tú de Atenas a decírmelo —precisó—. Sé también que la muchacha ha sido liberada.

—El templete donde la retuvieron prisionera no está a mucha distancia de este pueblo —observé.

Etímocles me clavó unos ojos pétreos.

—¿Y qué pasa? —preguntó.

—Según tú, ¿por qué se llevó el raptor a la hija de Tisámeno precisamente a ese templo? —le pregunté.

Etímocles tomó otro sorbo de vino, lo mezcló en la boca con la lengua y deglutió pensativo.

—Porque quería hacer recaer la culpa sobre los ilotas. Y, desde el momento que estás aquí con ese anillo, creo que ha tenido éxito en su intento.

—¿Tú crees que el raptor es un espartiatas? —aventuré.

—Habrás escuchado los rumores que circulan —dijo Etímocles.

—Alguien lo ha hecho en nombre de Dercilidas. Este está haciendo irritar no poco a los altos cargos de la ciudad. ¿Tú qué piensas? —insistí.

—¿De qué? —preguntó a su vez Etímocles. No comprendía o, más probablemente, fingía no comprender.

—De los rumores que inculpan a Dercilidas. ¿Los consideras plausibles?

Etímocles suspiró y no respondió.

—Dercilidas, por su parte, sostiene que Agesistrata fue raptada por un ilota —proseguí.

Etímocles tensó la mandíbula.

—En mi opinión, si dice esto, es que está desesperado —observó—. No pierde ocasión para cargar contra nosotros, los ilotas.

—¿Por qué habría de hacerlo? —pregunté.

Antes de responder, el ilota miró una vez más el anillo con el sello de Polidoro que llevaba en el dedo. Luego me miró directamente a los ojos. Tenía un aire muy desconfiado.

—Tú no eres de aquí —repuso—. ¿Qué crees saber acerca de nuestros problemas?

—Nada, por Cástor y Pólux —hube de admitir—. He venido a verte precisamente para entender algo.

Etímocles se inclinó hacia delante como si quisiera confiarme un secreto.

—La verdad es que la propuesta de Tisámeno espanta mortalmente a Dercilidas.

—¿Por qué?

—Porque sabe muy bien que los lacedemonios no tienen elección —sentenció Etímocles haciendo silbar las palabras entre los dientes, tanta era la acritud con la que las pronunció.

—¿Por qué razón debería consentir el Gobierno de Esparta a una parte de los periecos y de los ilotas compartir los privilegios de los que han disfrutado siempre sólo los espartiatas?

—Los espartiatas hoy en día han quedado reducidos a un número tan ridículo que en una o dos generaciones se extinguirán. Está claro también, por lo que hace a ese obtuso de Dercilidas, que él y sus semejantes serán los últimos de su estirpe, si no hacen algo para aumentar a toda prisa su número.

Bebí otro sorbo de vino.

—¿Qué pasaría si se aprobara la propuesta de Tisámeno?

Etímocles prorrumpió en una ronca risotada, que le provocó un ataque violento de tos. Cuando consiguió respirar de nuevo, carraspeó y escupió entre las llamas. Se levantó del taburete y se fue hasta la puerta.

—Ven conmigo —dijo invitándome con un cabeceo para que le siguiera.

Me llevó al exterior. Afuera de la cabaña algunos pastores conducían las cabras de vuelta de los pastos. Avanzamos a lo largo de un caminito cochambroso, recubierto de un lodo maloliente que me salpicó todo el calzado. Me estremecí. Delante de la casa de Etímocles, sus niños semidesnudos armaban alboroto robándose mutuamente los pájaros capturados con la liga.

—Mira a tu alrededor —me exhortó Etímocles.

Hacia cualquier parte que me volviese, podía ver hombres y mujeres trabajando. Las mujeres cardaban la lana, mientras una parte de los hombres cribaba la cebada;

otros ordeñaban la leche en cubos de madera y otros también hacían cuajar quesos para que se curasen en cañizos.

—Se diría que nuestro pueblo es próspero —continuó Etímocles—. Trabajamos duro todos y, sin embargo, por la noche, cuando volvemos a casa, sólo nos llenamos el buche con esos pájaros en los huesos que capturan con liga nuestros niños. ¿Y sabes por qué? Porque todo el fruto de nuestro duro trabajo va a parar a los silos de nuestros amos, en Esparta. ¿Comprendes? Nosotros trabajamos y ellos llenan sus depósitos con el fruto de nuestro esfuerzo. Esa lana, esa cebada, la leche y el queso que ves no son para nosotros, sino para los espartiatas. Cada día hay en el pueblo un niño que se muere de hambre, y ello ocurre también en los otros pueblos de los ilotas. ¿Cuánto crees que podremos soportar más esta miseria?

Suspiré amargado. Me crucé con las miradas de algunos aldeanos. Eran apagadas y tristes.

—Hace más de un siglo, como consecuencia de un terremoto que destruyó parcialmente Esparta, los periecos y los ilotas se alzaron contra los espartiatas —me explicó Etímocles—. La revuelta encontró el favor de algunas ciudades sujetas al dominio espartano y se prolongó por espacio de diez largos años. Al final, Esparta consiguió sofocar la rebelión. Entonces los espartanos eran todavía un número consistente, pero si los periecos y los ilotas se unieran hoy en una lucha común, los espartiatas no tendrían ninguna esperanza de salirse con la suya.

—Tengo entendido que entre los cabecillas de la revuelta hay también un antepasado tuyo —dije.

—Estás bien informado —hubo de admitir Etímocles, sorprendido.

Asentí. Tenía la buena costumbre de recabar información por adelantado sobre aquel a quien debía interrogar.

—Desde entonces tu familia no ha visto con buenos ojos a los espartiatas.

—Ya. ¿Y sabes por qué no me han expulsado aún? —me preguntó en tono provocador—. Porque tienen miedo. Saben que, si me sucediera algo, los ilotas se levantarían en armas.

—Pero ¿por qué no os rebeláis vosotros, los ilotas? En número sois muy superiores a vuestros amos.

Etímocles rio amargamente.

—La razón es simple: porque un lacedemonio armado vale lo que cien ilotas desarmados. No tenemos armas para levantarnos ni estamos en condiciones de procurárnoslas, vista la pobreza con la que nos vemos obligados a vivir.

Lo miré fijamente con atención. Etímocles se pasó la lengua por los dientes recubiertos de una densa pátina de sarro. Estaba rumiando un pensamiento que se guardaba para sí.

—¿De veras no te has preguntado, ateniense, por qué te han inducido a sospechar de mí, respecto al rapto? —me preguntó finalmente Etímocles.

Sus palabras me cogieron por sorpresa. El ilota observó una vez más el anillo que llevaba en el dedo.

—Parece que lo sabes bien. Así que oigamos —le rogué.

—Porque tienen miedo. Saben que la cosa ha rebasado toda medida. Por eso necesitan un pretexto legítimo para quitarme de en medio, de una vez por todas.

## X

### En el que Tisámeno explica la razón de su destierro

A su vuelta del templo, Agesistrata, Filoxena y Estrepsíades se encontraron una sorpresa esperándolos. Llamaron a la puerta y, cuando ésta se abrió, para gran maravilla suya, los recibió Sofronia.

—¿Quién eres? —le preguntó Agesistrata, sorprendida de ver a aquella desconocida en la puerta de su casa.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Estrepsíades, el único de los tres que la conocía—. ¿Eres tú o un dios ha adoptado tus facciones para tomarnos el pelo?

—¿Conoces a esta mujer? —preguntó Agesistrata al esclavo.

—Su nombre es Sofronia —respondió Estrepsíades, presentándola a Agesistrata y a Filoxena—. Es la madre de Apolófanes.

—Tú debes de ser Filoxena —dijo Sofronia, que en aquel momento veía a la filósofa con sus propios ojos por primera vez—. Eres de veras muy hermosa. Ahora comprendo por qué los hombres pierden la cabeza por ti.

—La belleza no lo es todo en una mujer —observó Filoxena, despechada, pues el tono de Sofronia había dado a entender que aquello no había sido en absoluto un cumplido.

—En cambio, lo es para una mujer que no trabaja ni en el telar ni con el huso y que no se dedica al resto de las labores femeninas —rebatía al punto Sofronia.

Filoxena sintió que se le subía la sangre a la cabeza, pero consiguió mantener el control. Había oído decir de Apolófanes que su madre era un hueso duro de roer, pero no pensaba que ya en el primer encuentro embestiría con la cabeza gacha, como estaba haciendo.

Las dos se estudiaron durante unos instantes en silencio, como dos ciervos que, alzados en pie sobre las patas traseras, se lanzan a la carga el uno contra el otro.

—Apolófanes me ha hablado mucho de ti —dijo Filoxena.

—¡Me imagino! —respondió altiva Sofronia—. Soy su madre.

—Aunque no todo lo que he sabido de ti podría definirse como edificante —precisó cáustica la filósofa.

—Viniendo de ti, suena casi como un cumplido.

Filoxena encajó otro golpe. Sofronia rechazaba su sarcasmo y reaccionaba con extraordinaria prontitud. Su delgada figura era totalmente engañosa, puesto que a primera vista se la habría juzgado una mujer frágil, cuando, por el contrario, de palabra sabía ser dura y fría como la punta de una flecha.

—¿A qué debemos tu visita a Esparta? —le preguntó la filósofa, esforzándose por mantener el control de los nervios.

—Quería hacer una ofrenda a Fobos, el dios del miedo —repuso Sofronia.

—¿Qué necesidad había de venir hasta Esparta? Muchas otras ciudades tienen un templo dedicado a ese dios —replicó

Filoxena.

—Es cierto —hubo de admitir Sofronia—. Pero su santuario más importante se alza precisamente en esta ciudad.

—¿Pretendes pedirle a Fobos que ahuyente tu miedo o bien infundir alguno? —quiso saber la filósofa.

Sofronia se acercó a Filoxena y la estudió con aire de desafío.

—Ambas cosas —dijo.

Filoxena hizo acopio de todas sus fuerzas para no montar en cólera.

—Cuando sea así, te convendrá hacer una ofrenda muy generosa. Ciertas personas no caen fácilmente presas del miedo —comentó con una actitud que no esperaba poder mantener.

—Se ve que no me conocen aún bien —replicó Sofronia.

—¿Dónde están mis padres? —preguntó de golpe Agesistrata a Sofronia, poniendo fin a aquel intercambio feroz.

—Estaban en el patio, hace poco —respondió Sofronia, indicando el interior de la vivienda.

En efecto, Atria y Tisámemo se encontraban en el patio interior. Discutían acaloradamente. Cuando vieron llegar a la hija, se callaron de repente.

—¿Qué final ha tenido mi amo? —les preguntó Estrepsíades.

Tisámemo explicó al esclavo lo que había sucedido en el palacio real.

—¿El amo ha ido solo al pueblo de los ilotas? —preguntó Estrepsíades, angustiado, y, tras obtener las indicaciones para reunirse con él, se hizo prestar un caballo y partió al

galope. Cuando se hubo ido, también Sofronia dejó el grupo y subió al gineceo.

Agesistrata estaba muy enojada y no hablaba.

—¿Qué te pasa, hija? —quiso saber Tisámeno.

La joven apretó los puños y reunió valor.

—Me he enterado de algo sobre ti —le dijo.

Él se quedó mudo.

—Parece que todos saben que, hace mucho tiempo, mataste a un hombre en Atenas —dijo Agesistrata, y, al cabo de una oportuna pausa, añadió —: Todos menos yo.

Tisámeno miró duramente a su hija.

—No quiero hablar de ello.

Filoxena, no menos turbada, miraba a su hermano con desprecio.

—¿Por qué no me has explicado nunca el motivo por el que te fuiste de Atenas? —le preguntó Agesistrata.

El rostro de su padre se ensombreció.

—El pasado retorna y me trastorna —dijo suspirando—. Pensaba haberme echado esa historia a la espalda, pero todo vuelve a atormentarme como una bandada de erinias malvadas.

—¡Tengo derecho a saber lo que todos conocen de mi padre y que sólo yo ignoro!

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Tisámeno a la hija, dirigiendo una mirada de sospecha a su hermana.

—No ha sido ella —la disculpó Agesistrata—, sino Cinisca.

—¡Esa condenada perra! —espetó Tisámeno a regañadientes.

—No blasfemes —replicó la muchacha—. Está defendiendo a su marido de las acusaciones que circulan

sobre él. Más bien, a diferencia de Dercilidas, yo creía que mi padre era inmune a ciertos ataques. Te consideraba un ejemplo de rectitud y honestidad. En cambio, descubro que eres un asesino...

—Aún hoy siento vergüenza de lo que hice hace muchos años —confesó Tisámeno—. Pero no te mentaré, si tú me preguntas sobre mi pasado. —El hombre hizo una pausa y dejó escapar un segundo suspiro—. Si quieres saber, pregunta, hija mía.

Agestrata, con el corazón angustiado, se arrojó a los pies de su padre y le abrazó las rodillas.

—No quiero saberlo por otros, sino por ti. Te ruego, pues, que cuentes...

Tisámeno, compadecido, la cogió por el brazo y la ayudó a incorporarse.

—Filoxena y yo descendemos de una familia de la aristocracia ateniense —comenzó—. Mi padre era muy respetado por todos. En cuanto a mí, era un joven disoluto. Me entregaba a las francachelas y no hacía más que malgastar las riquezas de la familia. Una noche, borracho como siempre, regresaba a casa con mis compañeros, cuando me crucé con un hombre que llegaba por la parte opuesta acompañado por su escolta. Era un miembro del Consejo de los Quinientos, aparte de un buen amigo de mi padre. Su nombre era Soféneto. Éste observó que estaba ebrio y me lo reprochó. Bastó esto para calentar los ánimos de mis compañeros. Enseguida se desencadenó una trifulca tremenda entre nosotros y la escolta de aquel hombre. Yo me abrí paso entre los suyos y, tras llegar donde estaba Soféneto, le acuchillé mortalmente. Para evitar que fuera apresado, mis compañeros me condujeron al interior de un templo donde solicité amparo como suplicante.

—¿Luego el tribunal te condenó al destierro? —preguntó Agestrata.

Tisámeno meneó la cabeza.

—En realidad, los jueces me absolvieron.

—¿Fuiste absuelto? —repitió incrédula la hija.

Tisámeno dirigió una segunda mirada a Filoxena, que lo escrutaba con renovado desprecio.

—Un logógrafo amigo de mi padre me hizo decir un alegato muy eficaz para mi defensa. Me bastó pronunciarlo ante el jurado para ser absuelto.

—¿Por qué te fuiste al destierro, entonces?

—Para escapar a la familia de Soféneto. Después de mi absolución, me juraron venganza. Por eso busqué refugio en Esparta y no volví más a Atenas.

—¿Cómo convenciste a los jueces para ser exculpado? —insistió Agesistrata, cada vez más maravillada—. Ese hombre tenía una escolta..., había testigos...

—La línea de la defensa que se me propuso insistía en un punto muy preciso: debía sostener ante el jurado que había dado muerte a aquel hombre no por propia voluntad, sino porque había sido convencido por un esclavo de casa que aquella noche me había acompañado en mis habituales rondas nocturnas.

—¿Quién era el logógrafo que escribió ese discurso? —preguntó Agesistrata.

—Nunca lo he sabido —respondió Tisámeno—. El discurso me lo entregó un hoplita de guardia en la prisión. Al pie simplemente figuraba la firma «un amigo de tu padre».

—¿Nunca has tratado de descubrir quién era?

—Mi padre contaba con muchos logógrafos entre sus amigos, pero él mismo no supo decirme cuál de ellos había escrito ese discurso cuando se lo mostré.

—¿Así que, adoptando esa línea de defensa, atribuiste la

responsabilidad del homicidio a un esclavo?

Tisámeno dudó un instante. La mirada llena de desprecio de Filoxena le intimidaba. Por tanto, asintió tristemente.

—Pero ¿fue realmente él quien te empujó a apuñalar a ese hombre? —se obstinó en preguntar Agesistrata.

—Yo... no lo sé —dijo Tisámeno—. Estaba ebrio y no recuerdo casi nada de aquella noche. Por otra parte, en el tribunal todos los testigos, tanto los amigos como los hombres de la escolta de la víctima, declararon que fui yo quien apuñaló a Soféneto. Es probable que a causa del vino no supiera sopesar las consecuencias de las acciones que el esclavo me había inducido a cometer...

Filoxena prorrumpió en una carcajada histérica.

—¡Qué embustero! —espetó—. ¡No me quedaré ni un instante más escuchando estas mentiras! —Y, volviendo la espalda a los presentes, se retiró a toda prisa a su aposento del gineceo.

Agesistrata dirigió a su padre una mirada de desilusión.

—Dijiste que no me mentirías...

—No lo he hecho. ¡Debes creerme, hija mía! —le suplicó él.

Pero la muchacha había dejado de escucharle y, tras subir la escalera, se reunió con Filoxena en el gineceo. Tisámeno, solo con la mujer, se arrebuja en la capa.

—¿Dónde piensas ir ahora? —le preguntó Atria, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

Tisámeno se le acercó con aire severo.

—Mujer —le dijo resuelto—, tú ocúpate de tus quehaceres. Yo tengo cuestiones de hombres que solventar.

## XI

### En el que se inspecciona el templete de Heracles

**D**ecidí no volver enseguida a Esparta. Dejé el pueblo de los ilotas y me dirigí de nuevo al templete de Heracles, que no distaba mucho de allí. No sé por qué volví ni si había sido la conversación con Etímocles la que me inspiró ese impulso. De todos modos, monté a lomos de Midas y me adentré en el bosque de Escotina. Al poco llegué al templo, envuelto como el día anterior en la penumbra de los árboles e inmerso en el más sombrío silencio que hubiera oído nunca. Dejé a Midas mordisqueando una mata de arrayán y entré. Una vez más, las que llamaron mi atención fueron las dos estatuas de Heracles y de la Hidra de Lerna. La vista de aquel horrible monstruo, en particular, me llenaba el ánimo de inquietud. Examiné de cerca las facciones de aquella estatua, que reconocí que había sido ejecutada con gran maestría. Con una mano osé rozar uno de los nueve cuellos que se extendían amenazadores contra el dios. Comprobé que estaban más alisados que el cuerpo del monstruo y que eran de color ligeramente más claro. En la base de cada uno de aquellos largos cuellos de mármol corría una canaladura

revestida con pasta de yeso y, por dicha razón, apenas visible. Signo de que las cabezas de Hidra eran de fabricación más reciente. Habían sido aplicadas en un segundo momento sobre una estatua de factura mucho más antigua. El efecto de una restauración reciente, pensé. Sobre el pedestal en que había estado atada Agesistrata encontré el grabado con el nombre del autor, pero no conseguí leerlo porque estaba muy gastado por el tiempo. Otro grabado más reciente era, en cambio, perfectamente legible, en él se leía el nombre de quien la había encargado.

## PROTOO ME HA DEDICADO A ESTE TEMPLO

Me demoré, pues, en examinar la estatua de Heracles, que por su estado de conservación parecía tener la misma edad que el cuerpo de Hidra. Busqué en su pedestal la inscripción con el nombre del escultor, pero, al igual que en la de la Hidra, estaba erosionada e ilegible. Extrañamente, sobre ese pedestal no encontré la dedicatoria de quien la había encargado. Quien había restaurado la Hidra había descuidado a Heracles.

«¿Por qué he vuelto aquí? ¿Qué estoy buscando?», me dije a mí mismo, desalentado. Temía haber perdido un tiempo precioso dirigiéndome nuevamente a ese templete. Me asomé al exterior y me senté en un peldaño. El sol estaba empezando a ponerse. Había comprado a los ilotas pan y un trozo de requesón. Los saqué de una alforja de tela y engullí un bocado de lo uno y de lo otro. Seguidamente me desaté las sandalias sucias de barro, un recuerdo de mi visita al pueblo de los ilotas, y las froté enérgicamente con grasa que había traído conmigo. No soportaba tener el calzado sucio, recuerdo de cuando mi padre me repetía siendo yo un

chavalillo: «Lo que es noble vuela alto en el cielo y no es manchado por el polvo». Midas oyó mi frotar incesante y desvió la cabeza de su matojo de arrayán. Cuando las sandalias recobraron un lustre aceptable, me las calcé satisfecho.

En el bosque reinaba una quietud irreal. Me quedé sentado para contemplarlo un poco. ¿Era posible que el rapto hubiese sido organizado por Etímocles? ¿Y qué decir de Tisámemo? Había tenido la sensación de que no me había dicho la verdad, cuando me contaba que estaba en casa en el momento en que la hija había sido raptada. Su mujer, Atria, parecía maravillada por lo que su marido había declarado. Si no estaba en casa, ¿dónde se encontraba Tisámemo? Y respecto a nuestro primer encuentro, ¿había ido en verdad a cobrar una deuda, cuando nos había salvado de la turba de niños?

Y, de nuevo, ¿qué decir de Dercilidas? ¿Realmente podía haber raptado él a Agesistrata para inducir a Tisámemo a renunciar a su propuesta de extender el título de espartiatas también a los campeones de los periecos y de los ilotas?

¿Por qué el raptor no había cometido ningún acto de violencia contra Agesistrata? ¿Por qué la muchacha había sido escondida precisamente en aquel templo? ¿Por qué no había habido ninguna petición de rescate?

Mientras me hallaba preso en la vorágine de todas aquellas preguntas, algo desvió de nuevo a Midas de su mata de arrayán. Pero esta vez mi asno volvió el morro hacia mí y empezó a rebuznar desesperadamente. Me puse en pie y miré a derecha e izquierda. No había ni rastro de alma viviente.

—¿Qué te pasa, amigo? —pregunté, desconocedor de cuál era la causa de la agitación de mi fiel compañero.

Di un paso adelante hacia el asno. Y fue suficiente para salvarme la vida. En aquel instante, en efecto, a mis espaldas

una lanza cayó desde lo alto casi rozándome y fue a clavarse con gran fuerza entre las losas del pavimento, vibrando sonoramente. Me volví de golpe y vi el asta a un palmo de mi nariz. Alcé la vista y, antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando, algo llovió del techo del templo, me arrolló con violencia y me hizo rodar por los suelos. ¡Meneé la cabeza y vi con horror que quien me había asaltado había sido un hoplita espartano! «He aquí por qué Midas rebuznaba», pensé. Trataba de ponerme en guardia contra una asechanza. Pero ¿cómo había conseguido aquel agresor acercarse tanto sin que yo me diera cuenta? Debía de haber sucedido mientras lustraba mi calzado. Me dedicaba siempre a ello con tal concentración que me enajenaba por completo de todo cuanto sucedía a mi alrededor. Con el brazo derecho, el hoplita sostenía el pesado escudo espartano de bronce, marcado por una telaraña de surcos dejados por lanzas, flechas y espadas enemigas. En el centro del escudo destacaba en relieve una gran letra lambda, inicial de Lacedemonio, el rey que impuso el propio nombre a su pueblo y que llamó a su ciudad con el nombre de su propia mujer, Esparta. El guerrero extrajo la lanza del pavimento con la mano izquierda y avanzó hacia mí haciendo ondear amenazadoramente la cimera a cada paso. El reluciente yelmo de bronce estaba dotado de una protección para la nariz que le cubría el rostro y que me impedía descubrir los rasgos. Únicamente noté la barba que le asomaba por la parte inferior de la visera. A cada paso la coraza producía un sordo clamor, así como las grebas aseguradas a las piernas. Una larga capa escarlata ocultaba su entera figura y le confería un aspecto solemne y espantoso como el de Ares, el dios de la guerra.

—Por Cástor y Pólux, ¿quién eres? —grité.

Me puse en pie y desenvainé la espada que mantenía atada al costado. El hoplita se puso en guardia detrás del escudo y me apuntó con la lanza encima. Dudé un instante

de más y mi adversario fue el primero en atacar, obligándome a la defensiva. Paré las primeras estocadas, pero enseguida me di cuenta de que el hoplita manejaba su arma con una destreza muy superior a la mía. Intenté el contraataque. Lancé un par de golpes que detuvo el escudo. Una estocada de lanza repentina me abrió una herida en el brazo derecho. Gemí del dolor. La sangre empezó a manar. Sentí los miembros enflaquecerse de golpe. Más que en el físico, aquel golpe de lanza me había herido en el ánimo. Mi adversario, por el contrario, se ensañó asestando golpes durísimos que yo rechacé no sin esfuerzo. Avanzaba irrefrenable, como una fiera sedienta de sangre. Mi espada desvió dos estocadas mortales a la garganta y al tórax, pero no vi, sin embargo, llegar la patada en el estómago que salió de debajo de la capa. El golpe me levantó del suelo y me estampó por segunda vez contra el polvo. El hoplita me acosó como si no conociera el cansancio. Entretanto Midas rebuznaba y coceaba en el aire como un loco. ¡Con sólo que alguien del pueblo cercano lo hubiese oído! Tendido en el suelo, alcé los ojos hacia lo alto y vi encima de mí al hoplita blandir la lanza en la mano. Se preparaba para asestar el golpe mortal. De golpe asió firmemente el asta de fresno y la levantó en el aire, pero en el momento de hundirla en mi garganta algo le hizo retroceder. Un gran mazo procedente de lejos fue a dar contra su escudo y provocó un fragor ensordecedor. El impacto hizo caer la lanza de la mano del hoplita, que se tambaleó pero permaneció de pie. La gruesa piedra, llovida de quién sabe dónde, tras impactar contra el escudo, fue a parar a un palmo de mi cabeza. Aún trastornado por el temor a la muerte que me atenazaba los miembros, miré detrás de mí y reconocí a mi salvador. Era Estrepsíades. Forzudo como Heracles, había levantado del suelo una piedra y la había lanzado contra el hoplita justo en el instante antes de que éste acabase conmigo. El caballo a espaldas de mi esclavo echaba espumarajos del esfuerzo. Estrepsíades desenfundó la espada, lanzó un aullido bestial y

se arrojó a la carrera contra el hoplita. Este último, en vez de aceptar el enfrentamiento, recogió la lanza del suelo y escapó por la parte trasera del templo.

Estrepsíades se reunió conmigo a la carrera.

—¡Amo, estás herido! —exclamó angustiado al ver mi brazo ensangrentado.

—No pienses en mí. ¡Persíguelo! —ordené, y mi esclavo se puso a seguir los pasos del hoplita.

Al cabo de unos instantes de que hubiera desaparecido de mi vista, oí un relincho y el pisar de los cascos que hendían el terreno y se alejaban a gran velocidad. Estrepsíades volvió sobre sus pasos lanzando al cielo una maldición tras otra.

—Ese canalla tenía el caballo escondido detrás del templo. ¡Maldita sea, se me ha escapado!

—No importa —dije, sentándome—. Lo importante es que tú hayas llegado a tiempo de salvarme la vida.

Estrepsíades arrancó un jirón de su quitón y lo ató en torno a mi brazo ensangrentado para cortar la hemorragia.

—¿Quién era? —preguntó mientras trataba de restañar la herida.

—Supongo que era el raptor de Agesistrata. Me ha tendido una emboscada desde el tejado del templo.

Estrepsíades miró a lo alto del santuario.

—Por tanto, ¿te ha seguido desde Esparta?

—Creo que no nos pierde de vista desde que liberamos a la hija de Tisámeno —dije—. Por el camino de Esparta tenía la clara sensación de que alguien nos estaba espiando. Lo que no quiere decir que viniera de Esparta. Este de hoy puede perfectamente haberme seguido del vecino pueblo de ilotas.

—¿Sospechas que ese hoplita es en realidad un ilota? —preguntó mi esclavo.

—Es una posibilidad —respondí—. Hoy he hablado con un ilota llamado Etímocles. Un antepasado suyo encabezó la revuelta de hace más de cien años contra los espartiatas. Dada la osadía de su antepasado, Etímocles podría no estar falto de arte militar. Y ese hoplita era ducho con la lanza y el escudo.

—¿Qué te hace sospechar de este Etímocles? —me preguntó Estrepsíades.

—Tres elementos. El primero: el templo donde estaba oculta Agesistrata se encuentra cerca de su pueblo. El segundo: el raptor ha alimentado a la hija de Tisámeno con regularidad y no ha usado ninguna violencia contra ella. Un comportamiento demasiado improbable hasta para un espartiatas que no siente sino desprecio por las clases inferiores. Menos improbable sería si se hubiese tratado de alguien que perteneciese a una clase social inferior y, en cuanto tal, solidario con aquella a la que pertenece Agesistrata.

Estrepsíades asintió.

—¿Y el tercero?

—El raptor no ha hecho llegar a Tisámeno ninguna petición de rescate.

Estrepsíades no comprendía.

—Probablemente sólo quería mantenerla escondida por un tiempo; para luego liberarla. ¿Con qué fin, si no, hacerla desaparecer de Esparta sin anunciar siquiera a sus padres que había sido raptada?

Estrepsíades rumió acerca de mis palabras.

—¿Y cuándo la habría liberado?

—Después de haber obtenido aquello por lo que la había

raptado.

—Es decir...

—Cuando la desaparición de Agesistrata hubiese desencadenado abiertos enfrentamientos entre periecos e ilotas, por una parte, y los espartiatas, por otra.

—¿Sospechas que Etímocles raptó a Agesistrata sólo para hacer fracasar la negociación acerca de la propuesta de Tisámeno? Pero ¿con qué finalidad?

—Para convencer a los periecos de unirse a los ilotas en una rebelión armada contra los espartiatas —dije.

Miré el anillo que llevaba en el dedo de la mano derecha. La sangre había chorreado a lo largo del brazo y había manchado el sello. Lo apreté contra el pecho de mi esclavo; cuando bajé la mano, en el quitón de Estrepsíades había quedado la efigie de Polidoro impresa con mi propia sangre.

—¿Se puede saber qué te pasa por la cabeza? —preguntó mi esclavo, horrorizado por aquel gesto.

Contemplé la imagen en el lado izquierdo del pecho de Estrepsíades. Esa mancha de sangre parecía querer sugerir algo. Finalmente comprendí y me sobresalté.

—¿Qué te pasa, amo? —preguntó alarmado Estrepsíades, temiendo que no me encontrase bien.

—Ese hoplita ha estado a punto de matarme hace apenas un momento —dije, presa de un estremecimiento que me recorrió el espinazo—, pero ahora, por Cástor y Pólux, precisamente gracias a la emboscada que me ha tendido tenemos un elemento más para conocer su identidad.

—¿Y cuál sería?

—Éste —respondí yo, indicando la figura de Polidoro de contornos rojos en el pecho de Estrepsíades.

Mi esclavo finalmente comprendió y sus ojos se iluminaron.

—Con la lanza te ha herido el brazo derecho...

Asentí.

—Por tanto, el hoplita que estamos buscando es zurdo.

## XII

### En el que se abate una tempestad sobre Apolófanes

**R**egresamos a Esparta ya de noche. Dejamos las cabalgaduras en el establo y cuando salimos encontramos a Filoxena en la puerta esperándonos. Sostenía en la mano una lámpara de aceite que le iluminaba el rostro.

—¿Qué haces aquí afuera, en la oscuridad? —le pregunté asombrado.

—He oído ruidos. Esperaba tanto que fueses tú —dijo aliviada.

Su tono había cambiado. No era ya frío y distante como hasta pocas horas antes. Había esperado de pie mi regreso. ¿Qué le había pasado? Filoxena vió mi brazo vendado y se estremeció. La puse al corriente sobre mi visita al pueblo de los ilotas y la emboscada en el templo.

—¿Dónde está Tisámeno? —pregunté.

—No hace mucho que ha vuelto —respondió ella—. Salió de casa al poco que lo hizo Estrepsíades.

—¿Adónde fue?

Filoxena meneó la cabeza.

—No lo sé. Después de él, salió también Atria. Acaba de volver antes que su marido.

—¿Han salido y vuelto por separado? —repetí para comprobar si había comprendido correctamente.

Filoxena asintió.

—Hoy los hemos sorprendido justo en medio de lo que parecía a todos los efectos una pelea —me contó Estrepsíades—. Cuando nos han visto, han cortado de golpe la discusión.

—¿Habéis intuido de qué estaban hablando?

Filoxena negó con la cabeza.

—¿Sabes dónde habían ido? —le pregunté.

—Me encontraba en el gineceo y, por lo que he podido oír, Atria no tenía idea de a dónde iba Tisámeno. No creo que él supiese que la mujer había salido al poco de hacerlo él.

—¿Ha comentado Agesistrata de algún modo el comportamiento de sus padres?

—No se lo explica —respondió Filoxena.

—Los espartiatas no tienen costumbre de tener esclavos en casa. Por tanto, aquí dentro no hay nadie más en condiciones de revelarnos algo particular sobre su vida. —Hizo una pausa para pensar—. Hoy he descubierto algo interesante sobre Tisámeno —dijo Estrepsíades, dirigiendo una mirada a Filoxena—. Creo que deberías hablar de ello a mi amo —añadió, invitándola a referirme lo que él ya sabía.

Filoxena suspiró.

—Tu esclavo se refiere a la razón del destierro de Tisámeno —explicó.

—¿Y bien? —pregunté impaciente.

—Cuando tenía dieciséis años, Tisámeno mató a un

hombre en Atenas. Yo era apenas una niña.

Filoxena me contó brevemente la historia de su hermano y las razones por las que había tenido que ir a buscar refugio en Esparta.

—Mi hermano es un mentiroso. Es un asesino —sentenció con tono resentido.

Mi brazo no sangraba ya, pero me abrasaba mucho. Filoxena se dio cuenta de mi sufrimiento.

—Ven —dijo—, te limpiaré la herida.

Me volví e hice una seña a Estrepsíades a fin de que me dejase solo con ella. El esclavo resopló contrariado. Sabía que no se fiaba de Filoxena y, por otra parte, nunca le había gustado ese viaje a Esparta que había decidido emprender con ella.

—Si ya no me necesitas, amo —dijo Estrepsíades más bien fastidiado—, me iré a dormir.

Se despidió y se retiró, subrayando su desencanto con una rápida caminata.

La casa estaba oscura y desierta. En el andrón, la sala principal, había olor a leña quemada. Las brasas estaba aún rojas en el hogar. Bastó echarles un leño para que las llamas se reavivasen en un instante. Afuera era de noche y reinaba el silencio.

Nos sentamos al calor del fuego. Filoxena limpió mi herida con una esponja empapada de vinagre.

—Imagino que hoy has conocido a mi madre —le dije.

Dicho esto, Filoxena apretó con fuerza la esponja contra la herida y me hizo sobresaltar.

—¡Quema! —me quejé.

Comprendí que no debía de haber sido un encuentro agradable. Conociendo a mi madre, supuse que habría

mostrado lo peor de sí misma en su primera reunión a solas con Filoxena. De pronto, de forma inesperada, la filósofa sonrió. Hacía mucho que no contemplaba aquel rostro iluminado por una sonrisa. Secó el vinagre en mi brazo y aplicó un ungüento que me quitó la sensación de quemazón. Me esforcé por adivinar sus pensamientos. Del hogar subían densas volutas de humo. A la luz del fuego, sus ojos verdes brillaban. De repente me habló de Agesistrata y de Cinisca, las dos espartiatas que había conocido en el templo de Ártemis Ortia.

—Si también ellos conocen el pasado de mi hermano —arguyó—, creo que lo conoce toda Esparta.

Reflexioné en silencio, luego dejé escapar un largo suspiro.

—¿Tú hermano es zurdo? —pregunté.

—No lo recuerdo —dijo—. Era pequeña cuando se fue de Atenas. ¿Por qué?

Meneé la cabeza, como para decir que era una fútil curiosidad mía.

—¿De dónde proviene ese anillo? —me preguntó.

—Un regalo de los dos reyes de Esparta —expliqué.

Filoxena se mostró sorprendida.

—Me han encargado oficialmente descubrir quién raptó a Agesistrata y este anillo representa mi investidura.

—¡Ah! —comentó asombrada la filósofa.

—Los dos soberanos temen que se produzcan desórdenes si no se encuentra cuanto antes al culpable.

—¿Y por eso Tisámemo invoca mi ayuda y los reyes de Esparta te encargan a ti llevar la indagación?

—Yo no lo he pedido —me justificué—, ni me han dado alternativas. —Me quité el anillo y se lo alargué—. No quiero

que te enojas conmigo, por eso, si lo deseas, guárdalo tú.

Filoxena meneó la cabeza, y su humor me pareció que se aplacaba. Tomó en su mano el anillo y me lo volvió a poner en el dedo.

—Para Platón, la justicia es la armonía entre las diferentes partes del Estado. Si los soberanos te han confiado este encargo, significa que los dioses quieren que seas tú quien indague.

Sonreí, aliviado por aquella meditada reacción suya.

—¿Y este anillo, en cambio, de dónde ha salido? — pregunté a mi vez—. ¿Representa quizá un vínculo de algún tipo con alguien?

Filoxena miró su anillo con el camafeo de Atenea.

—Era de mi madre. Lo encontré entre sus cosas hace un tiempo y por eso decidí llevarlo.

La miré fijamente en silencio, tranquilizado.

Filoxena se dio cuenta y rio.

—¿Acaso creías que era el anillo de prometida?

—¿Yo? ¡Claro que no! —apunté, sonrojándome.

—Lo apreciaba tanto —prosiguió, y su sonrisa se veló de una dulcísima emoción.

—¿También apreciabas al esclavo al que tu hermano inculpó del homicidio?

Filoxena contuvo el aliento, luego asintió.

—Se llamaba Filesio. Cuando Tisámeno fue absuelto, un grupo de hoplitas hizo irrupción en nuestra casa, se llevó a Filesio a la fuerza y desapareció ante mis ojos. Apenas tuve tiempo de despedirme de él.

Filoxena miró durante unos instantes las volutas de humo del hogar y se esforzó por contener las lágrimas que ya le humedecían los ojos. Poco a poco se fue tranquilizando. El

brazo ya no me dolía. Advertí en el pecho una grata sensación de paz. De pronto, Filoxena se volvió hacia mí.

—¿Por qué has venido hasta aquí? —me preguntó.

Contemplé su figura iluminada por las llamas del hogar. Sus formas resaltaban bajo el peplo blanco. Sus ojos relucían como estrellas.

—Estoy aquí por ti —susurré casi temeroso de que mis palabras la irritasen.

Pero Filoxena se acercó e inesperadamente me besó en los labios. Dentro de mí, como una gigantesca oleada de resaca, volvió a aflorar todo el amor que después de su imprevista desaparición había expulsado con esfuerzo en los meandros más recónditos del ánimo. Con aquel beso, todo el amor que me había disimulado a mí mismo por no enloquecer retornó violentamente a la superficie. Un incendio indomable envolvió mi corazón. El sabor de aquel beso intensísimo y el susurro de nuestros vestidos alimentaron el deseo. Todo mi cuerpo conservaba memoria de ella. La abracé y volví a sentir de golpe las perfectas geometrías de su cuerpo adherirse al mío con increíble armonía. Filoxena me quitó la capa, que cayó sobre el pavimento. Mis manos se hundieron en sus rizos, que olían a flores. La besé en el cuello. Saboreé con emoción la sal de su piel. La línea sinuosa de su espalda dibujaba un arco perfecto bajo mis dedos. Filoxena se tumbó y empezó a jadear. El resuello de ambos se aceleró, como también el latido del corazón. El calor de su boca me excitó. De un tirón le quité el peplo, que resbaló susurrando a lo largo de sus costados dejándola completamente desnuda. Su piel era cálida y lisa. Filoxena me liberó del quitón. Contempló mi cuerpo, las líneas de los músculos. Sus manos se posaron sobre mi tórax, apretaron sus formas con ansia. Descendieron al abdomen y al sexo. Nos tumbamos sobre nuestros indumentos. Ella se me subió encima. Noté sus pezones endurecerse sobre mi pecho.

Levantó el busto y abrió ágilmente los muslos, permaneciendo a horcajadas sobre mí. La miraba con ojos encendidos. Era de una belleza escultural. Resplandecía como una diosa, a la luz del fuego. Sus brazos hicieron de palanca sobre mi pecho. Me miraba con esos ojos suyos maravillosos de cervatilla, melancólicos y llenos de deseo. Leí en ellos una gran pasión y un terrible tormento. Mi sexo se deslizó dentro de ella. Filoxena gimió. Sus uñas se clavaban en mi tórax haciéndome sentir un dolor excitante. Su pelvis osciló sobre mi ingle con un ritmo lento, para acogerme hasta el fondo. Contemplé cómo ondeaban sus largos cabellos rizados a los movimientos de ella, presa de los impulsos del placer. Secundé sus gestos sinuosos empujando a mi vez hacia su pelvis a un ritmo cada vez más intenso. Apreté sus pechos en mis manos. Ella se aferró en señal de aprobación y se arqueó para recibir el máximo empuje que podía ofrecerle. Cerró los ojos, como arrebatada por una especie de manía divina, dejando que fuese yo quien impusiera el ritmo. Gemí de placer. Alcé el busto, buscando su boca con mi lengua. Y, así como una tempestad en el bosque desordena las copas de los árboles y lo destroza todo con fuerza devastadora, trayendo con impetuosidad las lluvias que la tierra abrasada por el sol implora desde hace meses, así el amor de Filoxena me arrolló, trastornando todos mis sentidos, todo mi equilibrio, todo mi principio y todo mi fin. Prisioneros de aquella tempestad, acabamos ambos envueltos dentro del torbellino de placer, preguntas antiguas y eternas que sólo en el amor encuentran una respuesta, tan insensata como razonable. Porque sólo en el amor lo irracional encuentra un sentido. En el punto álgido del goce, ella me retuvo dentro de sí, como si desease que aquella unión nuestra no se acabase nunca; como si nuestras vidas, unidas en aquel acto, pudieran volverse eternas, explicando al mundo que su esencia estaba encerrada en el ritual que nosotros dos estábamos llevando a cabo en aquel momento. Todo era tan ilógico y, sin embargo, tan maravillosamente esencial.

Cuando todo terminó, me quedé en silencio dentro de ella, escuchando su resuello y el latido de mi corazón. Filoxena se vio sacudida por unos espasmos de placer. Me senté y la estreché entre los brazos. Sólo en aquel momento me di cuenta de que estaba temblando. De felicidad. De miedo. De placer. Tomé su mano y me la llevé al pecho, para que comprendiese el trastorno que había provocado dentro de mí, de modo que comprendiese lo sincero que era mi amor. Ella se dio cuenta y se estremeció. Como si de improviso en mi cuerpo hubieran asomado unos agujones que la traspasaran, retiró la mano. Espantada, se levantó, se volvió a vestir de prisa y, envuelta nuevamente en la capa, se fue a toda prisa.

Dejándome sin palabras.

Y, una vez más, solo.

## XIII

### En el que una piedra busca su quietud

**F**ilesio estaba sentado en la acostumbrada piedra del patio, donde se acomodaba siempre al final de la clase con Tisámeno, y se aguantaba la cabeza con las manos. Las clases con aquel muchacho lo agotaban. Tisámeno era indisciplinado; sin embargo, su padre pretendía que fuese instruido como es debido. Un día ocuparía un asiento en el Consejo de los Quinientos y, en aquella sede, debería mantener bien alto el nombre de su antigua familia. Por el momento, sin embargo, las únicas actividades que parecían interesar a Tisámeno eran dilapidar el dinero del padre y emborracharse con los amigos. Nada le apartaba de tales ocupaciones.

Mientras el ánimo de Filesio estaba atenazado por la frustración, la hermana de Tisámeno, la pequeña Filoxena, permanecía acucillada, a escasa distancia del esclavo, al pie de la estatua de la diosa Atenea colocada en el centro del patio de la casa. La niña, que en aquel tiempo tenía seis años, mantenía los brazos estrechados en torno a las rodillas y miraba fija e intensamente una piedra en el suelo. Filesio la observaba en silencio. Se mostraba siempre alegre y vivaz, y, por tanto, sólo de verla, el esclavo se sentía lleno de buen

humor. La pequeña cogió la piedra y la lanzó al aire. Filesio siguió la parábola de la piedra hasta que retornó al suelo. Filoxena se volvió hacia él y le sonrió. Sus largos cabellos estaban recogidos en una trenza que caía sobre un hombro. Tenía unos ojos color esmeralda de mirada despierta.

—¿Por qué la piedra no ha volado al cielo? —le preguntó Filoxena.

Las cejas del esclavo se enarcaron. La pregunta de la niña lo había impresionado, pues era muy sencilla, pero requería una respuesta muy compleja. Sólo los grandes sabios sabían interrogar de aquel modo a la naturaleza. La pequeña, con aquel quitón blanco y aquellos ojos de un verde brillante, al pie de la estatua parecía precisamente una Atenea niña. Filesio decidió responderle con una pregunta.

—¿Por qué piensas que ha vuelto a la tierra?

—Porque buscaba la quietud —respondió la pequeña.

Filesio asintió admirado.

—Así pues, ¿la piedra en el suelo ha encontrado su quietud? —preguntó el esclavo.

La niña asintió.

—¿Por qué? —insistió Filesio.

Filoxena pensó en ello unos instantes, apretando los ojos.

—Porque todo tiene su lugar en el mundo.

Filesio se quedó sin aliento.

—La piedra que he lanzado al aire no se ha quedado en el cielo porque el cielo no es su sitio. Por tanto, ha vuelto a la tierra y ahora se queda parada donde está.

—Si enciendo un fuego, en cambio, éste sube hacia lo alto —dijo el esclavo—. Por tanto, ¿el fuego encuentra su quietud en el cielo?

Filoxena miró a lo alto protegiéndose los ojos con una

mano.

—Arriba están el sol y las estrellas. El lugar del fuego es simplemente el cielo. Por eso el fuego sube y la piedra lanzada al aire vuelve a la tierra.

La respuesta de la niña asombró a Filesio una vez más.

—¿Por qué eres un esclavo? —preguntó la pequeña.

—Porque no soy dueño de mí mismo —explicó Filesio con el tono de quien dice una obviedad.

—¿También mi madre es una esclava? —preguntó Filoxena.

—¡Por supuesto que no! —respondió seguro Filesio.

—Pero pertenece a mi padre —replicó ella—. Y también yo pertenezco a él.

—Sí, pero no porque seáis esclavos. Es porque sois mujeres...

—¿Por qué las mujeres pertenecen a los varones? —le insistió la niña.

Filesio dudó un instante, como si la pregunta de la pequeña le hubiese creado problemas.

«No es sencillo explicar la realidad a la mente pura de los niños», pensó.

—El hombre es superior a la mujer en inteligencia y en constitución física. Lo dice Aristóteles... —dijo como recitando una lección aprendida de memoria—. Lo has dicho tú misma, hace poco. Cada cosa tiene su lugar en el mundo y allí encuentra su quietud.

La niña frunció el ceño y apretó los puños hasta hacerlos temblar.

—¿Así que tú crees que yo soy inferior a ese estúpido de mi hermano? —preguntó con tono ofendido.

Filesio se sintió deslumbrado. A través de aquella niña, le

*pareció que estaba hablando la diosa Atenea en persona. De golpe la sonrisa bondadosa desapareció de sus labios y las piernas empezaron a temblarle. El esclavo se puso en pie, se acercó a la niña y se arrodilló delante de ella. Filoxena lo miraba con sus ojazos severos, semejantes a los de la gran Atenea.*

*Filesio le cogió las manos y se las besó.*

*—No, pequeña mía —dijo—. Nunca lo he pensado.*

## XIV

### En el que se descubre un delito

La aurora tiñó Esparta del rojo del azafrán.

Me despertaron las voces excitadas de una enorme multitud que transitaba a lo largo de la calle.

Estrepsíades irrumpió en mi habitación. Estaba más bien agitado.

Me levanté de golpe de la yacija. Mi esclavo echó un vistazo a la herida en el brazo, restañada y recién vendada.

—Veo que alguien ha cuidado de ti... —comentó.

—No me digas que estás celoso —dije irónico.

Estrepsíades hizo chasquear la lengua.

—Lo único que te digo es que tengas cuidado —me advirtió—. ¿No te acuerdas? Te hiciste ilusiones con esa mujer. Pero ella ha desaparecido, sin decir ni siquiera por qué.

—¿Te has aliado por casualidad con mi madre? —pregunté.

—Movámonos —cortó por lo sano—. Vamos a ver qué pasa.

Tisámemo, Atria, Agesistrata, Filoxena y mi madre estaban ya despiertos y esperaban en el patio.

Filoxena tenía un semblante sombrío. Cuando me acerqué, apenas me dirigió una mirada.

—Vamos todos a la ciudad —observó Tisámemo.

—Vosotros no os mováis de aquí —dije—. Iré a ver qué ha pasado.

—Procura no meterte en líos —me recomendó mi madre.

—Descuida —la tranquilicé.

—Vendré contigo —se ofreció Estrepsíades.

Le puse una mano en el hombro.

—Prefiero que te quedes aquí con Agesistrata. Será mejor ofrecerle la máxima protección, hasta que lleguemos al final de esta historia.

Salí de casa y seguí a la multitud. Recorrí toda la calle Afetaida y llegué al pueblo de Limne. Una vez allí, noté una densa concentración de hombres y mujeres vociferantes en torno al templo de Ártemis Ortia. Un presagio oscuro se insinuó en mi mente. La multitud armaba un gran ruido y era retenida por un cordón de hoplitas armados que rodeaba el santuario y que no permitía a nadie acceder a él. El oficial de lo alto de la gradería, a la entrada del templo, era el mismo que me había conducido ante los dos reyes. Mostré el sello de Polidoro a un hoplita de guardia que contenía a la multitud, y éste se puso al punto en posición de firmes y luego me hizo pasar.

—Tú eres ese ateniense... —dijo el oficial cuando me reuní con él—. Debes entrar a ver...

En el interior había numerosos lacedemonios, en su mayoría ancianos, envueltos en capas escarlatas. Estaban reunidos todos en torno al altar y hablaban animadamente entre sí. Reconocí al viejo Aristolco entre aquellos

venerables. Miraba en silencio algo en la base del altar que no conseguía descubrir debido al gentío. El viejo tenía una expresión contrita. Los telares con los que tejían las vírgenes habían sido arrinconados en un ángulo del templo. No había rastro de las mujeres que habitualmente frecuentaban el santuario. Aristolco reparó en mí y me hizo seña de que me acercase.

A aquel gesto, los otros venerables, que luego comprendí que eran los restantes miembros del Consejo de los Ancianos, interrumpieron su conversación y me miraron fijamente con aire grave.

Avancé hacia el geronte. Los otros, como el agua que hiende la quilla de una nave, se hicieron a un lado, dejando pasar.

Lo que vi al pie del altar me hizo estremecer.

El cadáver de un hombre envuelto en una capa escarlata yacía semitendido, con la cabeza abatida sobre el pecho y la espalda apoyada en el altar. Enseguida noté un detalle horrible: en el lado derecho del cuello asomaba la empuñadura de un cuchillo, cuya hoja se hundía completamente en la carne. De la herida brotaba un río de sangre que había ensuciado el cadáver y el pavimento. Por la capa escarlata y los cabellos largos, comprendí que se trataba de un espartiatá. Un terrible presagio me anticipó lo que descubrí instantes después.

—¿Quién es? —pregunté.

Aristolco se acercó y sin ningún miramiento asió de los cabellos al cadáver, levantó la cabeza y así lo reconocí. Tenía ante mí el cadáver de Dercilidas.

—¡Por Cástor y Pólux! —exclamé, al contemplar horrorizado la boca, la nariz y los dientes de la víctima anegada en sangre.

Aristolco soltó la cabeza de Dercilidas, que se abatió

nuevamente sobre el pecho, como los borrachos que duermen sentados a la vera de los caminos.

Mi mirada recayó sobre la funda atada al cinto del cadáver. Estaba vacía.

—El homicida ha usado el puñal de Dercilidas para matarle —deduje.

—No es así como quería morir —dijo Aristolco, indignado—. Como todo espartiatas, soñaba con caer traspasado por el acero enemigo, con el fragor de la batalla en los oídos. ¿Qué honor hay en morir apuñalados como corderos llevados al sacrificio?

El venerable geronte, lleno de rabia y desconsuelo, apretó los puños hasta hacerlos temblar.

—¡La muerte de Dercilidas es un golpe contra todos nosotros los lacedemonios! Ésta es la manera en que se nos paga por haber mostrado una pizca de consideración hacia los periecos y los ilotas. A sus ojos no hemos aparecido en absoluto magnánimos, sino débiles y vulnerables. Pongo a los dioses por testigos: juro que este homicidio no quedará impune. ¡Debemos vengar este ultraje o para nosotros los lacedemonios será la ruina!

Aristolco arengaba a sus compañeros gerontes, que escuchaban y asentían a sus palabras. Me reuní con el oficial de los hoplitas encargados de la guarda y custodia del templo.

—¿Quién es el último que lo ha visto con vida? —le pregunté.

—Yo —dijo—. Soy el oficial de la unidad militar a la que estaba asignado antes de recibir el encargo de éforo. Mi nombre es Esfodrias.

—¿Cuándo le has visto vivo por última vez?

—En la fidicia, la comida colectiva que se celebra entre

compañeros de armas —respondió.

—¿Dercilidas no hubiera tenido que compartir la comida con los otros cuatro éforos?

—Sí —admitió Esfodrias—, sin embargo, estaba muy unido a los compañeros de fidicia, y así cada tanto venían a verle.

—¿Cómo se organiza esta comida colectiva?

—Nos reunimos en grupos de quince lacedemonios. Cada uno de nosotros contribuye al gasto de la fidicia trayendo un medimno de harina, ocho congios de vino, cinco minas de queso, dos minas y media de higos, amén de dinero para otras compras.

Reflexioné en silencio: si la noche antes Dercilidas estaba con sus compañeros, no podía ser él el hoplita que me había asaltado en el templo de Heracles.

—¿Cuándo dejó la fidicia? —pregunté.

—Se fue a la caída de la noche —respondió el oficial.

—¿Dijo adónde iba?

—A casa, con su mujer.

—¿Acaso estaba borracho?

—La borrachera para un lacedemonio es indecorosa —me hizo notar—. Ninguno de nosotros se emborracha nunca en las fidicias.

—Si es como dices, no me explico cómo su homicida ha conseguido quitarle el puñal de la funda.

Esfodrias asintió.

—En efecto, Dercilidas no era el tipo de hombre al que se pudiese robar fácilmente un arma ante sus propias barbas.

Volví hacia el cadáver y Esfodrias me siguió. Aristolco había terminado su invectiva contra las clases inferiores y me observó lleno de curiosidad. Ante los ojos de todos los

presentes examiné con cuidado las manos del cadáver. A continuación observé atentamente la cabeza, apartando con cuidado los largos cabellos.

—¿Qué buscas? —me preguntó Esfodrias.

—¡Esto! —exclamé, indicando un grueso hematoma hinchado en la nuca, que descubrí luego de haber levantado un espeso mechón de cabellos.

—Se habrá golpeado la cabeza contra el altar después de haber sido acuchillado —dijo Aristolco, notando el chichón violáceo en la nuca del éforo.

—¿Habéis encontrado su vara de mando?

Esfodrias indicó un *bakterion* que yacía en el suelo no lejos del altar.

—Creo que es éste —dijo.

Recogí el bastón del suelo y examiné el mango a forma de X.

—Cabellos... —dije.

Esfodrias se acercó. Le hizo notar que en el mango había pegados cabellos idénticos a los de Dercilidas.

—Este hematoma fue hecho antes de la cuchillada que lo ha matado. El homicida debe de haberle cogido por sorpresa: primero lo ha aturdido con un golpe de bastón en la nuca y luego, cuando estaba aún aturdido, le ha hundido en el cuello la hoja de su propio puñal. No cabe duda de que estaba sin conocimiento: he aquí por qué Dercilidas no ha intentado siquiera sacar el puñal. A decir verdad, parece que no ha intentado defenderse: en efecto, no hay huellas de lucha ni en las uñas, donde habrían quedado los restos de piel si en los últimos instantes de vida hubiese luchado desesperadamente contra su homicida. Cuando fue acuchillado debía de estar vivo, pero sin sentido. Queda por saber si fue aturdido cuando se encontraba ya aquí o si ello

sucedió en otra parte.

Había otro detalle que noté, pero que me guardé de revelar a los presentes.

Quienquiera que fuese el que había dado muerte a Dercilidas asestó la puñalada mortal en el lado derecho del cuello. Encontré además interesante observar la inclinación del puñal: enfrente del cadáver, en efecto, noté que la línea del mango dibujaba un ángulo agudo respecto al hombro derecho de Dercilidas. Este detalle me hizo intuir que quien había lanzado el golpe mortal debía de haberse puesto de frente a su víctima. Por tanto, no le había golpeado por la espalda. De haberlo acuchillado por detrás, en efecto, el mango del puñal habría presentado una inclinación totalmente diferente respecto a la línea de la parte derecha de la espalda.

El asesino había acuchillado a Dercilidas en el lado derecho del cuello cuando estaba delante de él.

Por tanto, como el hoplita que me había asaltado, era zurdo.

## XV

### **En el que quien no es espartano no puede llegar a serlo**

Atria removía con energía el *melas zomós*, la sopa de carne y sangre que borbollaba en un caldero calentado mediante un gran fuego. El largo cucharón en sus manos giraba lentamente con un movimiento circular. A cada paso hacía flotar pedacitos de carne de cerdo a la superficie densa de la «sopa negra». Las burbujas estallaban perezosamente, pesadas por la densidad de la sopa, de la que emanaba un intenso olor a vinagre. En un mortero que había sobre un tablero de madera descansaba una picada de dientes de ajo, sal y frutos secos.

Observé desde el patio a la mujer, ocupada en cocinar, hasta que se reunió con ella Tisámemo. Entró en la cocina desde otra estancia y, sin darse cuenta de que lo estaban mirando, comenzó a hablar por los codos con la mujer. Debido a la distancia que nos separaba, no conseguí captar el sentido de sus palabras, pero me di cuenta desde el primer momento de que su charla era todo menos sosegada.

Mientras trataba de captar algunas palabras de aquellos dos, se presentó mi madre.

—Se diría que no están muy de acuerdo —observó.

Le hice seña de que no hablara.

—Deben de discutir por la salida ayer tarde de Tisámeno —añadió mi madre, manteniendo la mirada fija en ellos.

—¿Tú que sabes de ello? —pregunté.

Mi madre indicó una ventana del gineceo.

—Los vi salir, ayer. En mi opinión, Tisámeno no le cuenta las cosas como son a su mujer.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene toda la pinta de ser un asiduo de los burdeles —insinuó ella.

—Pero ¿qué dices? —repliqué, sorprendido por la malicia de mi madre.

—Y creo también que su mujer alberga sospechas al respecto. ¿Por qué si no corrió fuera de casa tras él?

—Eres demasiado mal pensada —sentencié.

—En cambio, tú lo eres demasiado poco, hijo mío. Me acuerdo perfectamente de él cuando vivía en Atenas. Se fue cuando tú tendrías en torno a los ocho años. Era un joven conocido por su vida disoluta. No me extrañaría que no hubiese cambiado en absoluto.

—Por Cástor y Pólux, ¿ahora querrías enseñarme también cómo llevar una indagación?

Mi madre se encogió de hombros.

—Cuanto antes acabes, antes nos iremos de Esparta. No soporto tener que compartir el gineceo con esa... filósofa.

—Nadie te ha invitado; si quieres quedarte, debes convivir con Filoxena.

—Estoy aquí para convencerte de que te vengas conmigo.

—No me iré, y menos ahora que se ha cometido un homicidio.

—Si sospechas de Tisámeno, creo que yerras. Estoy convencida de que ayer por la noche se encontraba en un *porneion*.

—Para tu información, te diré que los espartanos no son asiduos de los burdeles —repliqué—. Su estilo de vida sobrio les prohíbe caer presos de la lujuria.

—Pero Tisámeno no es espartano, es ateniense —puntualizó mi madre.

Me pasé una mano por los cabellos y resoplé exasperado.

—Te ruego que me dejes en paz, ahora.

—¡He comprendido, me voy! —dijo, alzando las manos en señal de rendición—. Que sepas, de todas formas, que considero indigno de confianza tanto a Tisámeno como a su hermana. La sangre no miente.

Por los gestos de las manos y por las expresiones del rostro de ambos, se intuía que Atria y Tisámeno estaban discutiendo. Sólo conseguí oír una frase del marido, la última que pronunció, antes de dar la espalda a las mujeres e irme con paso decidido.

—¡Te lo digo por última vez: no lo he matado yo!

Como su marido se había ido por donde había venido, Atria miró afuera, reparó en mí y su mirada adoptó los mismos rasgos de los niños cogidos haciendo algo prohibido.

Entré en la cocina. Allí dentro el olor a ajo y a vinagre molestaba en la nariz. Atria suspiró y se concentró en la sopa que hervía en el caldero.

—Un ateniense no puede acostumbrarse al sabor de esta pitanza. Aunque lleve viviendo aquí desde hace diecisiete años, Tisámeno la encuentra aún incomible —dijo Atria, como para quitarse el embarazo por la situación que se había

creado.

Me prodigué en una sonrisa de circunstancias.

—¿Aún le parecen tan desagradables las costumbres espartanas?

—Sólo quien se baña desde niño en las aguas del Eurotas consigue apreciarlas, como también gustar de esta comida.

Los rasgos duros de su rostro se distendieron. Cogió el mortero y echó la picada de ajo en el caldero, luego volvió a remover con energía. Una tufarada de olor urticante invadió la cocina.

—Este añadido es anómalo respecto a la receta original —observé.

Atria asintió.

—Una variante de mi madre. Ella era de origen egipcio —explicó sonriente—. Sirve para hacer la sopa aún más desagradable.

Rei de la ocurrencia. Atria la encontró graciosa y sus nervios se calmaron un poco.

—Por lo demás, ésta es una comida de espartiatas —dije.

La sonrisa de Atria disminuyó levemente, dejando en su rostro una expresión de amargura.

—Pese a la repugnancia, Tisámeno insiste en que en casa comamos como los espartiatas —explicó—. Dice que, cuando se haga caso a su propuesta de reforma, tendremos que dar prueba de que somos dignos del rango de lacedemonios también en la mesa...

No terminó la frase, porque de sopetón se vio ahogada por el llanto.

Su reacción me cogió por sorpresa. Me acerqué y le puse una mano sobre mi hombro en un intento más bien torpe de consolarla. Ella, en aquel punto, cayó de rodillas y me abrazó

las piernas en actitud suplicante. El cucharón se quedó inerte, inmerso en el caldo negro que seguía humeando e hirviendo perezosamente. Los sollozos de Atria fueron en aumento.

Suspiré.

—¿No era a propósito de la sopa que discutíais Tisámeno y tú hace un rato, verdad?

Ella meneó la cabeza.

—No finjas haber entendido mal —dijo.

—La tarde en que Agesistrata fue raptada, Tisámeno dijo que se encontraba aquí, en casa. ¿Es la verdad? —pregunté.

Atria, abrazada a mis piernas como a los únicos asideros disponibles para no caer en un abismo, no me miró, pero meneó la cabeza.

—¿Sabes acaso dónde estaba?

Una vez más, abrumada por los sollozos, Atria negó con la cabeza.

—Supongo que no sabes siquiera dónde fue ayer tarde, después de que Estrepsíades saliese para venir a buscarme —dije.

Se quedó sorprendida por mi pregunta.

—No lo sé, en efecto. Hace poco se lo he preguntado, pero no ha querido decírmelo —respondió.

—¿Tienes alguna sospecha?

La mujer me miró a los ojos.

—Sospecho todo lo que una mujer celosa puede sospechar. Pero no he conseguido nunca descubrir dónde se esconde de vez en cuando.

—Comprendo —suspiré.

¿Era posible que mi madre tuviera razón?

—Después de que él se fuera, tú también saliste —dije.

—¿Te lo ha contado Filoxena? —preguntó—. Le he seguido a escondidas, pero me ha hecho perder la pista. Le he buscado durante algunas horas. Por desgracia no he conseguido dar con él, por lo que me he vuelto a casa.

—¿Sospechas que él mató a Dercilidas anoche?

La sopa negra emanaba un olor a quemado. Atria no me respondió enseguida, se levantó, enjuagó sus lágrimas y se puso de nuevo a remover.

—Tú mismo lo has oído. Ha dicho que no lo mató él.

—¿Tú qué crees?

Esta vez Atria no respondió en absoluto. Llevaba las mangas de su peplo arremangadas hasta el hombro y dejaban al descubierto los brazos que, para gran sorpresa mía, me parecieron vigorosos. Ella se dio cuenta y bajó púdicamente el peplo. Desvié la mirada, ruborizándome por haberle causado tanta incomodidad.

—La ley de Licurgo prevé que también las mujeres se ejerciten, como los hombres —explicó como para justificar sus brazos torneados—. Desde niñas, también nosotras las mujeres nos ejercitamos en la lucha, en la carrera, en el lanzamiento de disco y de jabalina. De este modo, aprendemos a soportar los dolores del parto con dignidad y proporcionamos unas raíces robustas a nuestros hijos.

—Pero la ley de Licurgo obliga a este régimen de vida solamente a las mujeres pertenecientes a la clase de los espartiatas —precisé.

—Sin embargo, esta costumbre no está prohibida para el resto de las mujeres de Esparta. Si acaso, se aconseja —replicó Atria—. Mi padre y mi madre, aunque periecos, me han criado como a una espartiatas.

—Comprendo —comenté—. ¿Tú y Tisámeno educáis

también a Agesistrata de acuerdo con estos principios?

—Ciertamente —respondió con convencimiento.

—¿Tisámeno está de acuerdo?

—Él mismo ha pretendido que su hija creciese como una espartiata.

—En esto, pues, estáis de acuerdo —observé—. ¿Acostumbráis Tisámeno y tú a discutir a menudo?

Tras una breve y silenciosa meditación, asintió.

—¿Por qué razón? —pregunté.

—Los asuntos de casa no van bien —hubo de admitir Atria.

—¿Pasáis apuros?

La mujer dejó de remover, cogió un objeto próximo al mortero y me lo puso en la mano. Lo observé. Era una magnífica copa lacónica de figuras rojas y negras, enriquecida por una tupida decoración interior, útil para retener las impurezas del agua. Había grabada una escena muy elaborada. En el centro estaban representados dos cazadores lacedemonios con los cabellos recogidos en trenzas y atados con una cinta tras la espalda. Descalzos y armados de una lanza, perseguían un grueso animal, quizá un caballo o un toro. Uno de los dos cazadores, el más viejo, tenía la barba coloreada de rojo y descendía en punta hasta la altura del esternón. El más joven no llevaba barba, pero sí dos trenzas a los costados del rostro que le caían sobre los hombros, separadas por las otras que estaban atadas juntas con una cinta. La carrera de ambos cazadores estaba acompañada por el vuelo de algunos pájaros coloreados; a sus pies, había representado un mar estilizado donde nadaban unos enormes atunes.

—Tisámeno y yo somos los mejores productores de copas lacónicas —precisó Atria—. Sin embargo, estamos a punto de

vernos en la calle.

—Si sois los mejores, ¿cómo es que no vendéis vuestras copas? —pregunté.

—El misterio es precisamente éste —observó Atria—. En el mercado de Esparta, hay mucha demanda de nuestras copas. El problema es que Tisámeno, no sé cómo, hace desaparecer casi todas las ganancias. Y así la economía de nuestra casa va de mal en peor. Y por eso discutimos. Yo trato de comprender qué hace con el dinero ganado, mientras que él sostiene que no hay más dinero que ese poco que trae a casa cada día del mercado.

—Por tanto, no te salen las cuentas —argüí.

—Eso es —dijo ella, pero se interrumpió, puesto que el caldo negro, a causa del excesivo hervor, rebosó del caldero y se salió, apagando el fuego.

Una densa humareda apestosa invadió la cocina y me hizo toser.

—¡Qué desastre! —exclamó Atria, agitando los brazos para dispersar el humo y contemplando desconcertada los efectos de su momentánea distracción—. Será mejor que lo limpie todo de prisa —dijo— o el olor quedará durante meses. —Y, tras coger una pértiga, la ensartó entre dos ánforas por las asas. Acto seguido, hizo ademán de salir de la cocina.

—Una cosa más —le dije, parándola en el umbral.

Atria se volvió. En el extremo de la pértiga que mantenía en equilibrio sobre el hombro musculoso pendían las ánforas vacías.

—¿Tisámeno es zurdo?

Atria se quedó sorprendida al oír aquella pregunta. Dudó unos instantes. Finalmente respondió:

—¿Cómo lo sabes?



## XVI

### **En el que se comprende realmente a duras penas a las mujeres**

Más tarde, Estrepsíades y yo nos encontramos en el patio de casa para nuestro habitual adiestramiento en la lucha. Nos desnudamos conservando únicamente el taparrabos y distendimos los músculos con algún ejercicio de calentamiento. Até una venda al brazo derecho para proteger la herida. Estrepsíades me dominaba en altura, tenía un cuerpo rocoso y, pese a que hubiese pasado la cincuentena, estaba dotado aún de una fuerza desmedida. Un gran número de cicatrices rayaban su pecho. De joven, desde que era un hombre libre, había librado muchas batallas en defensa de Tebas, su ciudad natal. En Queronea, casi veinte años antes, el ejército tebano se había enfrentado con los macedonios y había sufrido una grave derrota. Al término de la batalla, Estrepsíades había caído prisionero y fue reducido a la esclavitud. La nariz y las orejas tumefactas le conferían un aspecto amenazador. Terminamos el calentamiento y comenzamos enseguida a luchar. Empezamos de modo ligero. Una vez calentados, aumentamos el ritmo. Estrepsíades se movía con la conciencia del luchador experto.

Se desplazaba con gran agilidad y empleaba las técnicas con eficacia. No hay luchador más temible que el dotado de un método refinado, y Estrepsíades lo poseía. En cuanto a fuerza, no habría podido nunca competir con él, pero a lo largo de los años mi esclavo me había enseñado a refinar la técnica a tal punto de permitirme presentar batalla. Durante todo el adiestramiento pensé mucho en el hoplita que me había asaltado en el templo de Heracles. Me las había hecho pasar moradas, señal de que era un gran combatiente.

Al término del adiestramiento estábamos empapados de sudor y cubiertos de polvo de la cabeza a los pies. Por si fuera poco, mi herida había empezado a sangrar de nuevo. La restañé mientras la hemorragia no se paraba. Encontramos un barreño en el que nos lavamos. El agua estaba tan fría que se me cortó el aliento apenas me hube sumergido. Luego el frío intenso atenazó los miembros y me hizo jadear. Estrepsíades, al verme en aquel estado ridículo, rio a gusto.

—¿Acaso te esperabas que el agua fuese caliente, amo?  
—me preguntó desternillándose—. ¡Recuerda que estamos en Esparta!

Habría saltado fuera inmediatamente del barreño; sin embargo, decidí quedarme inmerso para dar prueba a mi esclavo de resistencia. Traté de hacer unas inspiraciones profundas y, frotándome con una esponja, lavé meticulosamente toda la suciedad de mi cuerpo. Apenas hube salido del barreño, fue el turno de Estrepsíades. Mi esclavo se sumergió en el agua haciendo rebosar una gran cantidad, dado que era una mole. Pero el frío era tal que también Estrepsíades se puso pálido como la cera.

—No te ríes ya ahora, ¿eh? —le dije con una risa burlona.

Una vez que nos hubimos secado, noté con placer que el agua fría había revigorizado los miembros cansados por el adiestramiento y había devuelto también lucidez a la mente.

Recuperé mi quitón y me lo puse. Estrepsíades hizo lo propio. Me senté en un rincón del patio en compañía de mi esclavo y me dediqué al habitual abrillantamiento del calzado.

—¿Qué piensas de ese hoplita que me agredió ayer? — pregunté a Estrepsíades.

Mi esclavo se encogió de hombros.

—¿Quieres saber lo que pienso del hecho de que sea zurdo? —preguntó él—. Pues bien, pienso que no he visto uno solo en toda mi vida.

El calzado desprendía un fuerte olor, una mezcla de ajo, cebolla y sangre quemada. Debía de tratarse de la sopa negra salida del caldero de Atria, que había inundado el suelo de la cocina. Las suelas se habían impregnado de él. Mientras brillaban las sandalias, aquel hedor me atenazaba las fosas nasales.

—Por Cástor y Pólux, ¿no has visto nunca a un zurdo? — pregunté.

Estrepsíades hizo chasquear la lengua.

—No he visto nunca a un hoplita hacer la guardia diestra. Especialmente un hoplita espartano —aclaró.

Estrepsíades tenía razón.

—En efecto —hube de admitir—, todo espartano, zurdo o no, es adiestrado en sostener el escudo con la izquierda y empuñar la lanza con la derecha. La razón es simple: en la batalla cada hoplita detrás del propio escudo no se protege sólo a sí mismo, sino también al hoplita de su izquierda. Cada uno puede atacar con la determinación adecuada sólo si está seguro de que el compañero de su derecha le protegerá el flanco descubierto en el acto de manejar la lanza con el brazo derecho. Por eso es inconcebible que un hoplita, aunque zurdo de natural, luche con el escudo a la derecha y la lanza a la izquierda.

—En cualquier caso, realmente era muy hábil —observó Estrepsíades torciendo el gesto. El olor que había impregnado mi calzado había llegado también a sus fosas nasales—. De no haber intervenido yo, te habrías llevado la peor parte.

Asentí pensativo.

—¿Qué pasa, amo? —preguntó Estrepsíades, notando que estaba absorto en mis pensamientos.

Resoplé y me puse las sandalias. Estaban perfectamente lustradas.

—Tisámeno es zurdo.

Estrepsíades se quedó impresionado por aquella noticia.

—Por todos los dioses —exclamó—. No se encontraba en casa cuando Agesistrata fue raptada, ni cuando fuiste agredido. Aunque salió después de mí, podría conocer unos atajos para llegar deprisa al templete de Heracles. ¡Podría ser él el hoplita que te asaltó! También podría haber sido él quien mató a Dercilidas.

—En efecto, los tiempos coinciden —confirmé.

—Si suponemos que es él tu agresor y el asesino de Dercilidas —observó mi esclavo—, entonces debemos admitir que es también el autor del rapto de Agesistrata, pero esto es un verdadero absurdo.

—Yo no diría eso —le contradije—. Hace poco mi madre me ha confirmado que en Atenas Tisámeno era muy conocido por su vida disoluta. Además, sabemos que con sólo dieciséis años mató a un hombre. Sin duda, alguien como él podría haber simulado el rapto de su hija.

—Pero ¿por qué? —preguntó Estrepsíades.

—Para inducir a las clases inferiores a incrementar el odio hacia los espartiatas —dije—. No ha hecho falta mucho, en efecto, para que por toda Esparta se difundiese la sospecha de que el raptor era Dercilidas.

—Por tanto, ¿habría simulado el rapto de Agesistrata sólo para dejar en mal lugar a Dercilidas? —preguntó Estrepsíades.

Asentí.

—Nadie sospecharía del padre de la raptada. Por otra parte, se ha tratado de un rapto más bien anómalo. No ha habido ninguna petición de rescate ni ningún tipo de violencia contra la muchacha. Nunca he oído hablar de nadie que, habiendo sido raptado, fuese tratado tan bien por sus propios raptos. Probablemente quería mantenerla escondida hasta que las iras de los periecos y de los ilotas obligasen a los gerontes a acelerar la aprobación de su propuesta de reforma de las clases sociales.

—¿Habría simulado raptar a su hija para empujar a los espartiatas a aceptar su propuesta?

—Pero llegamos nosotros, liberamos a Agesistrata antes de lo previsto y desbaratamos su plan. Así, primero trató de echarnos fuera del templo y, al no conseguirlo, ha corrido a donde estaba Dercilidas y lo ha matado. ¿Recuerdas? Te había hablado de esa sensación que me perseguía, la de ser vigilado de continuo. Debía de ser Tisámeno el que nos espiaba hasta en el momento en que liberamos a su hija. He aquí por qué, cuando esos niños nos asaltaron en Esparta, llegó oportunamente en nuestra ayuda: no se encontraba en casa de su deudor. En realidad, no nos había perdido de vista ni un instante.

Me tomé una pausa para reflexionar sobre lo que acababa de decir. Finalmente, meneé la cabeza, perplejo.

—Y, sin embargo, aunque aceptásemos como plausible el absurdo de un padre que simula el rapto de su propia hija —proseguí—, no consigo explicarme algunas cosas. Primera: si Tisámeno raptó primero a Agesistrata y ha matado a Dercilidas, ¿por qué había enviado con anterioridad una petición de ayuda a Filoxena? Segunda, lo has dicho tú

mismo, mi fiel esclavo: un hoplita que combate con la guardia diestra es totalmente inconcebible. Yo mismo no lo creería si no hubiera visto con mis propios ojos...

Estrepsíades meditó sobre mis últimas palabras.

—Pero ¿qué otro individuo tenía una buena razón para llevar a cabo el rapto y el homicidio?

—Etímocles, el ilota —respondí—. Ese hombre tiene un espíritu irreductible. Un antepasado suyo fue uno de los fundadores de la revuelta de los ilotas de hace más de un siglo contra los espartiatas. Etímocles es mucho más dado a la violencia que Tisámemo, por eso podría haber organizado el rapto para inducir a los periecos a adherirse a su propósito de rebelión contra los espartiatas. No olvides que su pueblo no dista mucho del templete de Heracles donde Agesistrata estaba retenida. Visité su casa ayer poco antes de dirigirme al templete. Podría haberme seguido hasta allí.

Estrepsíades reflexionó.

—En efecto, con el asesinato de Dercilidas, las puertas del diálogo entre los espartiatas y las clases inferiores están destinadas a cerrarse de una vez por todas. Es más probable que Dercilidas haya sido asesinado por alguien que quería truncar el diálogo que por alguien que quisiera acelerarlo.

—¿Qué mejor ocasión para quien alienta desde hace tiempo las llamas de la insurrección? —observé yo—. Para ganarla, a Etímocles y a los ilotas sólo les hace falta el dinero de los periecos para la compra de armas. Y, posteriormente, un pretexto brindado por los espartiatas para desencadenar la revuelta. Los ilotas son mucho más numerosos que los espartiatas y, si se uniesen a ellos también los periecos, sería el final para la oligarquía de los lacedemonios.

Mientras terminaba mi razonamiento vi a Filoxena bajar por los escalones del gineceo a paso ligero. Estaba furiosa. Vestía la capa y parecía dispuesta a irse.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—Estoy preparando mis cosas. Dentro de poco me vuelvo para Atenas —dijo dejándome estupefacto.

—¿Te vas sola?

—Tú haz lo que quieras —respondió resuelta.

Miré mi anillo con el sello de Polidoro.

—No puedo irme ahora. He recibido un encargo de los reyes de Esparta y, al mismo tiempo, la situación se ha agravado con el homicidio de Dercilidas. ¿Te das cuenta de que, si no encontramos al culpable, por este crimen podría ser acusado precisamente tu hermano?

Ella me dirigió una mirada gélida. ¿Qué había sido de la Filoxena de la noche anterior? ¿Adónde había desaparecido? ¿Qué demonios se había apoderado de ella y le había transformado el alma en hielo?

—No me extrañaría si se descubriese que él es el culpable —dijo—. Tisámeno ya mató una vez.

—¿Cómo puedes hablar así de él? —pregunté trastornado por la dureza de sus palabras—. Sigue siendo tu hermano.

Filoxena me lanzó una mirada resentida.

—Desde hace años no lo considero ya como tal.

—No es cierto, te envié una petición de ayuda y tú has acudido a él —objeté y, tras haberme tomado un respiro, añadí—: Trayéndome también a mí.

Ella meneó la cabeza:

—Yo no te pedí que me siguieras.

—¿Por qué, pues, viniste a anunciarme tu partida, después de haberme tenido durante dos meses sin noticias tuyas? Volviste porque querías que yo viniese contigo.

Filoxena apartó la mirada.

—Yo no quería...

Su voz ahora sonaba menos severa a mis oídos. Observé su anillo con el camafeo que representaba a Palas Atenea.

—¿Me ocultas algo? ¿Acaso hay alguien que te espera en Atenas?

Enseguida comprendió a qué aludía.

—¿No crees que éste sea el anillo de mi madre? —me preguntó.

No respondí. Mi mente estaba ofuscada por la duda y por los celos.

Filoxena recobró seguridad y se puso nuevamente rígida.

—Eres libre de pensar lo que quieras —sentenció orgullosa—. Por lo demás, eres más propenso a creer en las insinuaciones de tu madre que a mí.

—Con que me dijeras sólo la verdad...

—La verdad —repitió ella, despectiva, dejando caer en el silencio sus pensamientos inasibles—. Creía que tenías confianza en mí.

—¿Cómo puedes sacar a relucir la confianza? —la atosigué—. También tu hermano tiene confianza en ti, pero has decidido abandonarlo en el momento en que tiene más necesidad de tu presencia.

—He liberado a su hija —precisó Filoxena con voz firme—. Por eso considero haber hecho ya bastante por él. Lo que ha sucedido después no es de mi incumbencia. Tú quédate si quieres. Yo me voy.

Suspiré. Sus palabras me habían entristecido profundamente.

—Me siento tan confuso —le confesé—. Solamente esta noche, durante todo el tiempo que hemos pasado juntos, parecías haberte vuelto esa a la que tanto he amado y que

todavía amo. Antes de que desaparecieses de mi vida, casi te había arrancado una promesa de matrimonio. Pues bien, esa misma mujer por la que me había sentido amado de golpe me ha dado la espalda, luego ha vuelto a verme esta noche, pero ahora de esa Filoxena no veo ya nada en ti. ¿Ha sido todo pura ilusión?

Ella me miró. Durante un instante sus ojos se empañaron de lágrimas; pero enseguida su mirada se enfrió.

—Debo preparar mis cosas —dijo con voz rota por una emoción que le costaba contener.

Yo estaba tan quebrantado que me dejé llevar por una reacción incontrolada: prorrumpí en una carcajada amarga.

—¿De qué materia está hecha el alma? —le pregunté.

Filoxena se quedó sorprendida por mi pregunta.

—El filósofo Anaxímedes dice que el alma está compuesta de aire —respondió—. Pero ¿qué tiene esto que ver?

Imité con los labios una sonrisa acre.

—Como el aire sale caliente y frío de la boca, así se comporta tu alma: a veces me inflama —dije y, después de una pausa—, a veces, en cambio, me congela.

Filoxena se dio la vuelta y se fue sin replicar. En cuanto a mí, sabía bien a quién dar las gracias por aquel giro imprevisto. Subí a toda prisa al gineceo y llamé al aposento de mi madre. Entré. Estaba sentada en un taburete hilando. Sacaba un hilo fino y resistente de un voluminoso lío de lana. Sus hábiles manos se movían con la conciencia y la precisión de los expertos.

—Si has venido para darme las gracias —comenzó diciendo sin apartar la mirada de su trabajo—, te advierto que no hay ninguna necesidad.

—¿Qué le has dicho? —le pregunté rojo de ira.

Ella interrumpió el hilado y me miró fijamente con

altivez.

—Le he dicho que se mantenga lejos de ti.

—¿Por qué lo has hecho?

—Te está ocultando algo —dijo, mirándome directamente a los ojos y recuperando el huso que colgaba a un dedo del suelo—. Lo siento.

—Tú no tienes derecho a...

—Es mejor que la dejes ir —me interrumpió decidida—. Olvida a esa mujer. No quiero verte sufrir más por ella.

Me encaminé hacia la salida, pero, antes de irme, me volví por última vez hacia mi madre.

—Si la pierdo por tu culpa —le advertí—, no te dirigiré nunca más la palabra.

## XVII

### En el que Filoxena debe mirar «por su propio bien»

*—Estás seguro de que no te ha visto nadie? —preguntó la dueña.*

*—Descuida. Los esclavos están en el trabajo y el amo descansa —le respondió Filesio—. En cuanto a tu hijo Tisámeno, está fuera de casa.*

*La dueña recibió furtivamente al esclavo en el interior del gineceo y, antes de cerrar la puerta, se aseguró de que desde el exterior no hubiera nadie espiando.*

*En el fondo de la estancia, esperando la llegada del esclavo, estaba la pequeña Filoxena con la tablilla de cera en una mano y el punzón en la otra. Filesio la saludó con una sonrisa.*

*—¿Estás lista para la lección de hoy? —le preguntó.*

*La pequeña sonrió y asintió expresivamente con la cabeza. Para Filesio, enseñar a aquella niña tan inteligente se había convertido en un auténtico placer. Desde hacía algún tiempo había tenido que convencer a la dueña de que, tras las primeras negativas, frente a las insistencias del esclavo,*

*había decidido colaborar a espaldas del marido. Cada día Filesio se colaba en el gineceo con la complicidad de la madre de Filoxena y, mientras la niña estudiaba filosofía y geometría, su madre ponía a su propia sierva personal en el telar de la niña, de modo que su trabajo avanzase regularmente, y así no provocaba sospechas en el marido. El padre de Filoxena no habría aprobado nunca que su hija recibiese una instrucción igual a la que el esclavo impartía a su otro hijo, varón y primogénito.*

*Cuanto más avanzaban las lecciones, más Filesio y la madre de la niña se daban cuenta de hasta qué punto Filoxena era especial. La madre se había convencido fácilmente del hecho de que aquella hija merecía más atenciones de lo que era admisible respecto a una niña corriente. Por su parte, Filoxena era consciente de los riesgos que corría el esclavo al impartir las lecciones clandestinas y le estaba muy agradecida, igual que su madre. Por eso se comprometía con todas sus fuerzas a aprenderse enseguida de memoria todo cuanto el esclavo le enseñaba para no dejar rastro de las lecciones que seguía.*

*Filesio y la pequeña Filoxena se sentaron el uno al lado del otro y se pusieron a estudiar geometría.*

*No pasó mucho tiempo hasta cuando se oyó llamar enérgicamente a la puerta del gineceo.*

*La madre, que para no obstaculizar la clase se había retirado a una estancia contigua, se sobresaltó.*

*—¡Abrid! —tronó desde el exterior la voz del amo de la casa.*

*Filoxena apretó contra el pecho su tablilla de cera. Filesio miró al ama, que había asomado en la estancia y lo miraba con ojos aterrados. No había manera de salir ni el esclavo tenía un lugar donde esconderse.*

*—Sé que dentro está Filesio —dijo la voz desde el*

exterior.

*El esclavo sintió que la sangre le fluía por los miembros a causa del miedo. La pequeña Filoxena lo miró aterrorizada.*

*Un golpe enérgico y la puerta del gineceo se abrió de par en par. Hizo su entrada un hombre corpulento, envuelto en un suntuoso quitón de color lechoso. Cuatro pelos en la cabeza y una barba cerrada hacían su rostro particularmente austero. Los ojos estaban rojos de ira.*

*—Así pues, lo que me has dicho es verdad —dijo vuelto hacia la sierva de la mujer que hilaba en el telar en el lugar de la pequeña.*

*—iTú, espía ingrata! —le recriminó entre dientes la madre de Filoxena. La sierva palideció a las palabras del ama.*

*—iChitón, mujer! —la hizo callar su marido.*

*Filoxena miraba a su padre aterrorizada. Él se dio cuenta y se le acercó. La pequeña retrocedió como si quisiera escapar a una fiera feroz, y al hacerlo dejó caer la tablilla de cera. El padre la recogió y escrutó el contenido. La niña había grabado un triángulo inscrito en un círculo y algunas fórmulas. El hombre dirigió una mirada severa al esclavo.*

*—Así, en vez de instruir como es debido a mi hijo, pierdes el tiempo en enseñar geometría a mi hija, que no hará nunca nada con todos estos conocimientos —exclamó el padre de Filoxena, golpeando con los nudillos en el reverso de la tablilla.*

*—Te aseguro, amo, que no estoy en absoluto descuidando a tu hijo... —trató de justificarse Filesio.*

*—iChitón! —le interrumpió molesto el amo—. ¡Si considero toda la confianza que tenía puesta en ti! ¿No piensas en la desilusión que me has causado? ¡Por no hablar de la humillación que me has infligido personalmente! Has entrado a escondidas en el gineceo donde viven mi mujer y*

*mi hija... ¡Imagina tú, si llegara a saberse fuera de esta casa, el escándalo que se armaría!*

*—Amo, no era mi intención... —se excusó Filesio, y se postró delante de él.*

*—Has convencido hasta a mi mujer para que se vuelva cómplice tuya. La has convencido con tu artera oratoria a fin de secundar tu voluntad. De no haber sido por esta esclava que me ha contado que os estabais conchabando a escondidas aquí dentro, ¿hasta dónde habrías llegado? ¿Qué te proponías, perro esclavo?*

*Filesio desencajó los ojos preso del terror.*

*—¡Te aseguro, amo, que mi intención no era otra que instruir a tu hija! —dijo con un hilo de voz—. Si supieses lo dotada que está...*

*—¡Si pusieses mayor empeño en instruir a mi hijo, también él aprendería rápido! —tronó el amo—. En cambio, mira cuáles son los resultados. Tisámemo no hace más que holgazanear malgastando su dinero en todas las tabernas de mala fama. ¡Pero ha llegado la hora de poner fin a todo esto!*

*Dos esclavos macizos irrumpieron en el gineceo y cogieron a Filesio por los brazos. La pequeña Filoxena gritó del espanto y corrió a agarrarse a las piernas de la madre, que miraba lo que sucedía ante sus ojos rígida del terror.*

*—Has traicionado mi confianza —sentenció el amo, vuelto hacia el esclavo—. Has deshonrado a mi familia. Por eso morirás...*

*—¡No! —gritó Filoxena. La pequeña se apartó de la madre, se arrojó ante el padre y se abrazó a sus rodillas en señal de súplica—. ¡Te ruego que le perdones la vida! —resonó su voz argentina entre las paredes del gineceo.*

*—No puedo hacerlo —respondió el padre—. Este esclavo se ha mofado de mí y ha manchado de infamia a nuestra familia. No puedo perdonar un ultraje semejante.*

*—Te prometo que no tomaré más lecciones y que volveré a ocuparme del telar. ¡Pero, te lo suplico, no le mates!*

*El padre se conmovió a la vista de las lágrimas de la hija y al final decidió no dar muerte a Filesio. Los dos energúmenos llevaron al esclavo al corral y, tras haberlo, desnudado, lo ataron de manos y pies a una columna. Cogieron un vergajo cada uno y se pusieron a azotarlo en la espalda ante la mirada del ama y de la hija.*

*Filoxena lloraba desesperadamente. Al restallar de los vergajos, en la espalda de Filesio se abrían profundas heridas. La pequeña podía advertir el dolor también dentro de sí. Trató de apartar la mirada, pero la mano del padre posada sobre su cabeza la obligaba a mantener los ojos fijos en aquella escena atroz.*

*—Mira, hija mía, por tu bien —le dijo con tono obsequioso.*

*La madre, con la cabeza envuelta en el velo, miraba al esclavo con una mirada ausente, como si su ánimo hubiera sublimado el nivel de máximo sufrimiento y, sin conocer ulteriores categorías de dolor del ánimo, no estaba ya en condiciones de expresar lo que sentía en aquel terrible momento.*

*Filoxena estaba afligida por una enorme sensación de culpa. Sabía perfectamente que Filesio había comenzado a darle aquellas clases clandestinas infringiendo las reglas de la casa. Había alterado el estado de quietud natural que le era propio, como la piedra que Filoxena había lanzado al aire y que luego había vuelto a caer al suelo. ¡Con sólo que lo hubiese dejado en el suelo donde se encontraba! Era por ella por lo que Filesio había violado el orden impuesto por su padre.*

*Por su parte, Filesio se había prometido de nuevo no dar muestras de su sufrimiento a la niña y aguantar todo grito de dolor. Pero los azotes caían a un ritmo tan intenso sobre su*

*espalda, y era tan lancinante el dolor, que no estaba en condiciones de contener los gritos y menos aún las lágrimas.*

*A una señal del amo, los dos verdugos interrumpieron el suplicio. Filesio fue desatado y arrastrado, como muerto, a los alojamientos de los esclavos. Al pasar junto a Filoxena levantó apenas la cabeza, pero enseguida se desplomó entre los brazos de sus esbirros y perdió el conocimiento.*

*A su regreso, siendo ya noche cerrada, Tisámeneo no sabía aún qué había sucedido en su ausencia.*

*No se había dado cuenta siquiera de que, aquella misma noche, también a la sierva personal de su madre le había sucedido algo muy grave. Había sido en el gineceo, mucho antes de su vuelta, avanzada la tarde, poco antes del término del atroz tormento infligido a Filesio.*

*Como cada tarde, la sierva estaba peinando los cabellos del ama, que se preparaba para ir a dormir. Filoxena, con los ojos enrojecidos aún por el llanto, esperaba en silencio su turno junto a la madre. Pero sucedió que la esclava pinchó la nuca del ama. O, mejor dicho, esto fue lo que afirmó a continuación el ama, porque, por el contrario, habría replicado con insistencia que ella no había pinchado a su ama, toda vez que no había utilizado nada agudo al peinarla por la noche. En cualquier caso, el ama se había encendido de ira, había puesto la muñeca de la esclava contra la mesita y le había clavado una aguja grande en la mano, traspasándosela de parte a parte. Al hacerlo había impreso tal fuerza que la punta de la aguja, al perforar la mano de la esclava, se había clavado en la superficie del mueble en el que estaban los maquillajes y los perfumes.*

*Parece también que, poco antes de infligir ese castigo a la sierva, la madre le había regalado a la hija su anillo con un camafeo que representaba a la diosa Atenea, y le había dirigido las mismas palabras que pronunció el padre al obligarla a asistir al castigo de Filesio: «Mira, hija mía, es por*

*tu propio bien».*

*Los gritos de dolor de la sierva se habían oído hasta en la calle. La hemorragia había tardado en detenerse porque el ama, ateniéndose a lo que había contado la esclava, tras haberle ensartado la mano había hecho girar con toda intención la aguja en las carnes ensangrentadas para agravar la herida. En efecto, ésta resultó enseguida muy seria: la aguja, como tuvo oportunidad de diagnosticar el médico el día siguiente, había sajado algunos nervios, provocando una parálisis irreversible de cuatro dedos de cinco. Por eso la esclava quedó inútil y así no pasó mucho tiempo antes de que el amo la vendiese a un porneion por un puñado de dracmas. Algunos meses después, devastada por el nuevo régimen de vida, enfermó de gravedad y murió.*

*De ella en casa de Filoxena no se habló nunca más.*

## XVIII

### **En el que Aristolco invoca un remedio extremo**

**L**a Acrópolis de Esparta, que se erguía a una altura más bien modesta, estaba delimitada por largos pórticos y por varios templos. Había llegado a ellos de buena mañana a lomos de mi asno Midas y en compañía del inseparable Estrepsíades. Una gran multitud vociferante llenó de prisa la explanada al pie del templo principal, el de Atenea Calcieco. Precisamente allí fuera había sido convocada con carácter urgente la Apella, la asamblea de los espartiatas mayores de treinta años. Los dos reyes, los veintiocho gerontes y los cuatro éforos ocupaban sus tronos dispuestos al aire libre delante del templo de Atenea. En su presencia, un millar de espartiatas, los últimos descendientes de la gloriosa estirpe lacedemonia, observaba con espanto el único asiento desguarnecido entre los de los más altos cargos de la ciudad, el de Dercilidas. Todos estaban ataviados con la misma capa escarlata ceñida al cuerpo. Todos en perfecta forma física, con largas trenzas que les caían sobre los hombros hasta la mitad de la espalda. Todos con las barbas terminadas en punta, como la del hoplita que me había asaltado en el

templete de Heracles. En cuanto a mí, pese a que fuese un forastero, había conseguido el permiso de asistir a aquella asamblea en virtud de mi encargo de indagador. Conseguí un buen punto de observación subiendo a la gradería del templo en compañía de mi esclavo. Midas, en cambio, tuvo que esperarnos en el exterior del área destinada a la asamblea.

Aristolco se levantó de su trono y se exhibió a la multitud, dando la espalda a los otros magistrados. Los dos reyes, Cleómenes y Eudamidas, lo observaban en silencio. Sus rostros delataban una gran preocupación. Aristolco golpeó contra el pavimento el *bakterion*, el bastón en forma de x, y de golpe en toda la asamblea se hizo un disciplinado silencio. Sólo entonces el venerable geronte se dirigió a los dos reyes.

—No habría pedido nunca a vuestras majestades permiso para pronunciar este discurso de no haberlo creído necesario. Pero en nuestra querida ciudad se ha cometido un crimen tan grave que esta asamblea no puede dejar de discutir sobre él. Todos vosotros, compañeros lacedemonios, habréis oído hablar del homicidio del éforo Dercilidas, cuyo asiento vacío contemplamos tristemente hoy —dijo el anciano, señalando el trono vacante a pocos pasos de él—. El asesinato de Dercilidas es un delito que no nos podemos permitir dejar impune —prosiguió el venerable geronte mirando hacia mí—. ¡Porque esto suena a nuestros oídos como un desafío, como un grito de guerra! —tronó, poniendo énfasis en las palabras con un bastonazo en el suelo. La multitud prorrumpió en un cuchicheo que se tornó cada vez más intenso—. ¡Pero nosotros no nos dejaremos coger desprevenidos!

Entre la muchedumbre se alzó un vocerío excitado que no hizo sino aumentar la tensión.

—¿No lo comprendéis, compañeros? Es entre los ilotas donde se esconde el asesino de Dercilidas —sentenció Aristolco.

Un retumbo de desconcierto resonó en el interior de la Acrópolis.

—El viejo domina el arte de la palabra —observó Estrepsíades.

Le hice seña de que se callara para permitirme seguir con la máxima atención.

El geronte se volvió un instante hacia los dos reyes que contemplaban la escena con mal disimulada inquietud. Los éforos, por su parte, comentaban y asentían.

—Sin nombrarlo, está acusando a Etímocles —dije vuelto hacia mi esclavo.

—Ya. Pero ¿por qué no pronuncia su nombre? —preguntó Estrepsíades—. ¿Por qué no lo denuncia abiertamente?

—No lo sé. No comprendo adonde quiere ir a parar —admití.

—¡Han dado muerte a uno de los nuestros y, si no lo castigamos, pronto vendrán a matarnos a todos! —prosiguió Aristolco, pesaroso—. El único medio que tenemos para vengar a Dercilidas, y para evitar otras muertes entre los hombres de nuestra estirpe gloriosa, es despertar de prisa el terror en los ánimos de los ilotas. Todo el que se convierte en presa del demonio de Fobos, el dios del miedo, desiste de toda acción audaz. Por eso, mis queridos compañeros, para alejarme de la amenaza inminente que se cierne sobre Esparta,ipropongo anticipar la *krypteia* de cada año!

A aquellas palabras, la multitud lanzó ensordecedores gritos de aprobación. Un estrépito de aplausos retumbó a lo largo de los pórticos y se amplificó bajo la columnata de los templos. Un coro de voces invocó el nombre de Aristolco repitiéndolo machaconamente al unísono.

—¡Por Cástor y Pólux! —exclamé.

—¿Qué es la *krypteia*? —me preguntó Estrepsíades.

Dudé un instante en responder, trastornado por cuanto mis oídos habían oído.

—La *krypteia* —expliqué a mi esclavo— es una caza a los ilotas, una especie de guerra que los lacedemonios declaran a sus esclavos. Una vez al año, los jóvenes espartiatas que terminan el adiestramiento militar son enviados en plena noche a los campos, armados tan sólo de un puñal, a tender emboscadas a los ilotas. Deben matar al mayor número posible de ellos.

Para esos jóvenes la *krypteia* es una práctica de iniciación que les permite ser admitidos en la sociedad adulta, pero para Esparta es también un sistema totalmente legal de inducir a los ilotas a vivir constantemente bajo el terror y de debilitar todo intento de rebelión por su parte. Ha pasado casi un siglo y medio desde la última revuelta, ¡por Cástor y Pólux, no se puede decir que no sea una medida disuasoria eficaz!

Me esforcé en hacerme oír por Estrepsíades a pesar de que estaba sentado a mi lado. El clamor de la multitud era tan ruidoso que nos embestía de continuo, como las olas del mar en plena tempestad.

—En este período del año el adiestramiento de los jóvenes espartiatas no ha concluido aún —proseguí—. En general la *krypteia* se celebra más adelante. Es evidente que Aristolco quiere coger a los ilotas por sorpresa. Pero, al hacerlo, quiere servirse de las jóvenes hornadas cuando aún no están del todo preparadas.

—El viejo tiene mucha prisa por ver correr sangre —comentó Estrepsíades—. Esto no es de buen augurio.

El venerable geronte levantó los brazos al cielo, pidiendo nuevamente la palabra a la multitud. Lentamente se fueron aplacando los gritos y los coros, y el anciano se volvió hacia los dos reyes.

—Majestades, habéis confiado a un ateniense la indagación sobre el rapto de Agesistrata, pero está claro que éste no ha demostrado estar a la altura de la tarea que le habéis asignado. De haber descubierto al autor del rapto, Dercilidas no habría muerto...

Estrepsíades se puso del color de la grana y en pie de golpe, levantando el puño derecho al cielo.

—Por Zeus, cómo se permite ese...

—Chitón, Estrepsíades —le ordené—. Vuelve a sentarte de inmediato o tendremos un problema. Cualquier cosa que diga ese viejo, nosotros no estamos en condiciones de poder defendernos. Aquí, en Esparta, yo soy un simple extranjero carente de derechos. Si me retiraran el encargo, nos tendríamos que ir sin rechistar.

Como, por lo demás, había ya decidido hacer Filoxena, pensé. ¿Era éste el plan de los dioses? ¿Por qué absurda razón habíamos acudido hasta Esparta, si ahora debíamos volvernos a Atenas sin haber resuelto nada? Contemplé el sello de Polidoro y sentí una profunda desilusión hacia mí mismo.

El rey Eudamidas, el más joven de los dos, consultó con el rey Cleómenes, y luego, tras hacer una seña con la cabeza, se alzó del trono.

—Los soberanos sentimos horror por lo que le ha sucedido a Dercilidas —dijo— y, al igual que todos los lacedemonios, queremos que la mano de Diké, la diosa de la justicia, lave la sangre de nuestro compañero muerto. Sin embargo, estamos convencidos de que, antes de declarar anticipadamente la *krypteia*, son necesarias pruebas que certifiquen la responsabilidad de alguno de los ilotas en esta triste historia.

La multitud que estaba escuchando se quedó atónita, en parte desilusionada, en parte consciente de que el soberano

hablaba con cordura.

El rey Eudamidas, tras hacer una breve pausa, se volvió en dirección hacia mí.

—¡Encuentra al asesino de Dercilidas y entréganoslo, Apolófanes, para que podamos hacer justicia!

—Majestad —objetó Aristolco—, el homicidio de Dercilidas es obra de los ilotas y, si no les declaramos la guerra cuanto antes, inuestros esclavos se rebelarán y subvertirán el orden impuesto por la ley de Licurgo! Entonces, será la ruina para nosotros los espartiatas...

La multitud prorrumpió en un coro de aprobación hacia el venerable geronte. El rey Eudamidas miró a su alrededor.

Comprendió que los espartiatas estaban del lado de Aristolco y que también los otros magistrados eran favorables a la *krypteia*. El rey Cleómenes se levantó del trono y le dijo algo al oído. En ese momento Eudamidas, tranquilizándose o, mejor dicho, resignándose, alzó las manos e impuso silencio.

—Las indagaciones proseguirán, como han decidido los soberanos —repuso—, pero, si dentro de tres días, no se encuentra al culpable, será declarada la *krypteia*.

Las palabras del rey fueron acompañadas por un estruendo de acuerdo.

—Y por el delito de Dercilidas pagarán los ilotas —concluyó el rey Eudamidas, entre las aclamaciones de la asamblea.

Por lo que respecta a mí, ya había oído bastante.

—Vámonos —dije a mi esclavo.

Bajé la gradería del templo con las piernas que pesaban mucho más que cuando había entrado en aquella Acrópolis. Recuperamos a Midas y salté sobre su grupa. Embargaba mi ánimo una angustia tremenda. Las vidas de miles de ilotas

dependían de mi indagación.

—Tres días... —comentó pasmado Estrepsíades— ¿Cómo pueden ponerle un límite de tiempo a una indagación?

Nos encaminamos hacia el pórtico meridional y, tras dejar atrás el templo de Zeus y la tumba de Tindáreo, salimos por la puerta meridional cuando aún los lacedemonios en el interior de la Acrópolis aclamaban a grandes voces unos a Aristolco, otros a la expulsión de los ilotas. Al oír aquellos gritos, Midas meneó sus ralas crines, como para estremecerse. Interpreté su reacción como un signo infausto. Nos dirigíamos hacia la casa de Tisámeno cuando, tras llegar a las inmediaciones del templo de Poseidón Tenario, oí una voz que me llamaba. Me volví y descubrí detrás de una columna una figura envuelta en una capa oscura que miraba en dirección hacia mí.

—¿Quién es? —preguntó Estrepsíades.

El hombre levantó la capa mostrando su rostro, por lo que lo reconocí. La cabeza rasurada, el rostro enflaquecido, los ojos de mirada resuelta. Era Etímocles.

—Vamos —dije, dirigiendo mi asno hacia el ilota.

—Amo, yo que tú...

No me preocupé por las prisas de Estrepsíades. Desmonté y confié las riendas de Midas a mi esclavo.

—Quédate aquí y cuida de Midas —le ordené, y me reuní a solas con Etímocles, que permanecía escondido detrás de la columna, receloso.

—¿Declararán la *krypteia*? —me preguntó el ilota sin circunloquios cuando lo tuve delante.

—Dentro de tres días si no les entrego al asesino de Dercilidas —dije.

Etímocles soltó un juramento.

—Están convencidos de que lo mataste tú —añadí.

Etímocles rio amargamente.

—No les importa nada quién haya matado a Dercilidas —replicó—. Aunque tú me entregaras a ellos, no cambiaría nada. ¿Es que no has comprendido, ateniense? No sólo me quieren a mí, nos quieren exterminar a todos.

—¿Fuiste tú? —pregunté con sequedad.

El ilota me miró fijamente. Su mirada era firme. Se pasó la lengua por los dientes recubiertos de sarro.

—Reflexiona un momento, ateniense. ¿Crees que habría matado a un espartiatas a sabiendas de que la venganza sería la masacre de mi gente? ¿De veras me crees tan insensato?

—Y, por tanto, ¿ni siquiera raptaste a Agesistrata, para inducir a Tisámemo a sospechar de Dercilidas y vengarse en su persona?

Etímocles contrajo los músculos del rostro en una expresión dura.

—Ateniense, andas muy desencaminado. Yo no tengo nada que ver con esta historia.

—Si no quieres que sea proclamada una *krypteia*, debes ayudarme a demostrar tu inocencia y la de tus semejantes —dije.

—Yo no puedo demostrar nada. La única solución es encontrar al culpable —respondió Etímocles—. Cuidado, ateniense: no permitiré que mi gente siga sufriendo.

—¿Cómo os defenderéis sin armas si os atacan los espartiatas?

Etímocles permaneció un instante en silencio.

—No importa cómo. Nos defenderemos con todos los medios a nuestro alcance —repuso resuelto—. Este sello trae más dolores que alegrías —añadió acto seguido, indicando mi anillo.

Suspiré.

—Polidoro fue un rey justo —dije.

El ilota asintió.

—En efecto, precisamente a su espléndida fama debe el final que tuvo.

—¿Por qué lo dices, cómo murió? —pregunté.

—¿No lo sabes? En el apogeo de su popularidad, Polidoro murió a manos de uno de sus conciudadanos.

—Tuvo el final de todos los soberanos prudentes y justos —comenté con amargura.

Etímocles redujo la capa para recubrir su rostro y se preparó para irse.

—Es mejor que me vuelva al pueblo —dijo—. Para mí es demasiado arriesgado quedarme en Esparta. En cuanto a ti, ateniense, ruego a los dioses que te asistan en tu indagación y que te infundan la sabiduría de Polidoro.

El ilota se alejó, pero al cabo de unos pocos pasos se detuvo y se volvió una sola vez.

—Procura únicamente no acabar como él —me puso en guardia al despedirse.

## XIX

### En el que la carcoma no infesta todas las vigas

Tres días.

No hacía más que repetírmelo a mí mismo.

Tres días. Tras los cuales, mi fracaso sería motivo de un verdadero estrago entre los ilotas.

Una vez vuelto a casa de Tisámeno, encargué a Estrepsíades que escoltara a Agesistrata hasta el templo de Ártemis Ortia con la orden de no perderla en ningún momento de vista. Le sugerí, además, que se llevara también a mi madre, de modo que pudiera quedarme solo con Filoxena. Cuando se hubieron ido, subí al gineceo. Encontré a Filoxena ocupada en preparar sus cosas y le expliqué la situación.

—¿De qué modo su salvación dependería de mí? —preguntó ella.

—No conseguiré encontrar al culpable, si tú no estás a mi lado —respondí apretando sus manos entre las mías.

Filoxena me miró con sus ojos verdes, refulgentes como

esmeraldas. Por un instante me pareció que su mirada era la de otro tiempo, lo que deparó a mi corazón un enorme alivio. Pero ese idilio duró lo que un pestañeo. En efecto, la filósofa se volvió enseguida fría y desprendió sus manos de las mías. Tal como había dicho Etímocles, el anillo con el sello de Polidoro traía más dolores que alegrías.

—Me quedaré —dijo Filoxena, tras habérselo pensado durante un instante que me pareció interminable—. Pero sólo por algunos días.

—Tu decisión me llena de alegría —repliqué sinceramente aliviado.

—¿Has pensado ya en tu próximo movimiento? —preguntó atajando mis melindres.

Para responder, cité algunos versos de la *Iliada*: «Ésta fue la esposa de Héctor, el guerrero que más se señalaba entre los teucros, domadores de caballos, cuando en torno a Ilión peleaban».

Filoxena comprendió enseguida a quién aludía con esos versos, en los que Héctor anuncia a su mujer, Andrómaca, la caída inminente de Troya y sus próximas aventuras después de que él haya muerto en la batalla.

—¿Quieres hablar con la viuda de Dercilidas?

Asentí. Filoxena se mostró perpleja.

—Cuando la encontraste en el templo de Ártemis Ortia, se mostró muy hostil.

—A los espartiatas no les gustan los forasteros —le hice observar.

—Precisamente por eso creo que encontrarla no te será de gran ayuda, ni aunque lleves contigo ese anillo.

—Quiero intentarlo en cualquier caso —insistí.

—Siendo así, te acompañaré —dijo.

Este ofrecimiento espontáneo por su parte me dejó cuando menos sorprendido.

El poeta Alcmán, hablando de las mujeres lacedemonias, las comparaba con yeguas purasangre. En otras ciudades, como también en Atenas, mujeres tan avezadas en el adiestramiento del cuerpo habrían sido consideradas inmortales. Pero los lacedemonios disponían de mucho tiempo para cuidar de su forma física, desde el momento que los hijos eran sustraídos a sus cuidados con sólo siete años para ser conducidos a las *aghelai*, las comunidades de adiestramiento. Por otra parte, muchas de ellas se quedaban muy pronto viudas y, por tanto, no tenían ni siquiera un marido al que cuidar. Aunque no fuese bonita de rostro, Cinisca constituía a todos los efectos un ejemplar muy válido de ese tipo de yeguas purasangre. Nos recibió en el umbral de su casa y nos hizo entrar. Me quedé impresionado por su físico atlético, que pude admirar a causa del peplo muy ceñido. Tenía una musculatura sinuosa y perfectamente delineada.

También la casa de Cinisca, como la de quien me hospedaba, estaba decorada con un mobiliario esencial, y en las paredes, como en la vivienda de Tisámemo, había expuestas muchas armas.

—No te habría hecho entrar si no hubiese sido por él — dijo Cinisca, indicando el anillo de mi dedo.

La nariz ligeramente torcida confería una natural hosquedad a la expresión de su rostro. Su cáustica franqueza verbal, por otra parte, no ayudaba en absoluto a sacarme de la gran inquietud en la que me encontraba.

—Imagino que sabes por qué he venido a verte —le dije tamborileando en el anillo con el dedo de la otra mano—. Estoy seguro de que ambos queremos lo mismo.

Cinisca se acomodó en un asiento y cruzó sus largas y flexibles piernas de modo manifiestamente provocativo.

Parecía que quisiera desfogar toda la sensualidad delante de mí. Filoxena lo advirtió y dio muestras de irritación. Cinisca le había lanzado un desafío y lo que estaba en juego, a mi pesar, no era sino mi persona. Esto no hizo otra cosa que aumentar mi incomodidad. La viuda se dio cuenta y rio burlescamente, como si asignase un punto a su favor a Filoxena, luego me examinó con aires de suficiencia.

—¿Tú qué quieres, ateniense? —me preguntó.

Me recuperé de ese pasmo pasajero y dirigí una mirada a Filoxena, que se volvió despechada hacia el otro lado.

Me senté enfrente de la dueña de la casa.

—Quiero descubrir cuanto antes quién ha matado a tu marido.

Cinisca hizo un mohín cargado de rencor.

—Lo han matado como a un animal en el templo consagrado a Ártemis Ortia.

Filoxena se acercó hasta donde estaba yo y, mientras Cinisca hablaba, me rozó uno de los hombros con el costado. Cinisca se dio cuenta e hizo una seña a la filósofa, reconociéndole un punto a su favor. Empate. Y mi incomodidad aumentó.

—Los pueblos de Táuride que antiguamente veneraban la estatua de Ártemis Ortia le ofrecían sacrificios humanos — prosiguió Cinisca—. Por eso, cuando la estatua fue llevada al templo de Esparta, un vaticinio impuso seguir mojando el altar de la diosa con sangre humana. Se estableció que las víctimas que había que sacrificar fuesen elegidas a suerte y así durante mucho tiempo los espartanos siguieron esta ley crudelísima. Fue Licurgo quien cambió el rito, después de que hubiera conquistado el poder en Esparta: sustituyó los sacrificios humanos con la fustigación de los jóvenes. En el altar de la diosa se continuó vertiendo sangre humana, como el antiguo vaticinio imponía, pero de este modo no hubo más

víctimas.

—Dercilidas ha muerto como un cordero llevado al sacrificio —dije—. Éstas han sido las palabras de Aristolco.

Cinisca asintió sombría.

—Quien lo ha atado ha querido humillarlo ante los hombres, pero sobre todo ante los dioses.

—¿Esa noche esperabas que viniera aquí? —pregunté.

—La virtud de una mujer lacedemonia es la de engendrar lacedemonios —se limitó a decir la viuda.

—Por eso, Dercilidas vino a hacerte una visita para...

—Esa noche no estuvo aquí. Le esperaba, pero mi espera fue en vano.

—¿Por qué no diste la alarma cuando no lo viste llegar?

—Pensaba que se habría pasado por la fidicia con los compañeros. No habría sido la primera vez.

—Por tanto, debió de haber sido agredido a lo largo del trayecto entre la fidicia y su casa.

—Supongo que sí —dijo ella.

—¿Quién fue el primero en encontrar el cuerpo de tu marido en el templo de Ártemis Ortia?

—Yo —respondió Cinisca—. Soy la guardiana del templo. A la mañana siguiente fui a abrir las puertas y lo encontré al pie del altar.

—¿De noche el templo permanece cerrado?

La mujer asintió.

—Como guardiana del templo, tengo las llaves.

—¿Dercilidas tenía una copia? —pregunté.

Cinisca meneó la cabeza.

Cambié de posición en el asiento, que era más bien

incómodo.

—Por tanto, para entrar en el templo el asesino tuvo necesidad de la llave.

—Imagino que sí —dijo Cinisca con mucha naturalidad.

—Pues bien —proseguí—, ¿la has perdido de vista en algún momento?

—Nunca —respondió segura Cinisca.

—Así pues, ¿siempre la has custodiado tú?

—Por supuesto —repuso la viuda.

Me aclaré la voz.

—Siendo así, es fácil pensar que fuiste tú quien abrió las puertas del templo esa noche.

—Pero no fui yo —dijo Cinisca, del todo tranquila.

—Entonces, ¿qué otros pueden haberlas abierto la noche de autos?

—No soy la única guardiana del templo —explicó ella.

—¡Ah! —exclamé—. Por Cástor y Pólux, ¿por qué no me lo dijiste antes?

Cinisca abrió los labios en una sonrisa cargada de escarnio.

—Porque no me lo has preguntado, ateniense.

Esa mujer sabía causarme una gran incomodidad. Cambió ligeramente de posición en su asiento, descubriendo el muslo y exhibiéndolo con descarada desenvoltura. Filoxena pareció irritada por un gesto tan provocativo. Dos a uno, parecían decirle los ojos de Cinisca.

—¿Quién tiene copias de esa llave? —pregunté.

—Existe una sola copia. La tiene otra mujer lacedemonia llamada Anaxandra.

—La recuerdo —dijo Filoxena posando una mano por

encima de mis hombros y mirando fijamente a Cinisca a los ojos. Dos a dos.

—Es la pedagoga de Agesistrata.

—Tienes una buena memoria, para ser un ateniense — comentó sarcásticamente Cinisca.

Filoxena le dirigió una sonrisa cargada de irritación.

—Aparte de ser la pedagoga de las muchachas destinadas a tejer la vestidura de Ártemis Ortia, Anaxandra es la otra guardiana del templo.

—¿También ella es viuda? —pregunté.

—Su marido era un compañero de armas de Dercilidas. Combatieron juntos en Megalópolis, cuando el ejército de Esparta fue derrotado por los macedonios. Su nombre era Prótoo.

No bien Cinisca lo hubo pronunciado, aquel nombre comenzó a rondarme por la cabeza como una hoja transportada por una tromba de aire. Estaba convencido de haberlo oído antes. Finalmente recordé.

—¿El mismo Prótoo que restauró la estatua de la Hidra de Lerna en el templete de Heracles, en el bosque de la Escofina?

Cinisca se quedó sorprendida de mi pregunta.

—Precisamente él —confirmó—. ¿Cómo sabes lo de esa restauración?

—Leí su nombre en el pedestal de la estatua. El raptor había retenido a Agesistrata justo en aquel templete — observé.

—No tenía idea —dijo Cinisca, sorprendida al oír la noticia.

—¿Por qué Prótoo comenzó la restauración de la Hidra?

—Quería agradecer a los dioses por el dinero recibido de

los persas para financiar la rebelión contra los macedonios.

—¿De los persas?

—Cuando Esparta se levantó contra los macedonios, nuestro rey Agis puso rumbo hacia la isla de Sifnos, se presentó ante los sátrapas persas Farnabazo y Autofradates, y pidió su apoyo a nuestra revuelta. De la escolta de Agis formaban parte Dercilidas, Prótoo y el estratega Hipias.

—¿Por qué Agis pidió ayuda precisamente a los persas, los sempiternos enemigos?

—El ejército de Darío acababa de perder la batalla de Issos contra Alejandro, por tanto, la noticia de la rebelión de Esparta suscitó el favor de los dos sátrapas. Pensaron que la apertura de un frente antimacedonio en Europa debilitaría a Alejandro en Asia y por eso entregaron al rey Agis mucho oro y plata, aparte de diez trirremes. Nuestro soberano partió con Autofradates hacia Halicarnaso y encargó al estratega Hipias poner vela hacia Ténaro con las trirremes persas, para que le entregase a su hermano Agesilao. Dercilidas y Prótoo, en cambio, fueron encargados de llevar a la patria el oro y la plata recibidos. Una vez llegados sanos y salvos a Esparta, Prótoo hizo restaurar la estatua de la Hidra en señal de agradecimiento, como había prometido a los dioses antes de su partida.

—A decir verdad, la restauración se hizo de un modo, digamos, no precisamente óptimo —comenté.

—Disponía de poco dinero, y sin embargo quería mantener la promesa hecha a los dioses en la medida de lo posible.

—¿Por qué restauró la estatua de la Hidra y no la de Heracles?

—Esto no lo sé —respondió Cinisca.

—¿Tienes idea de la razón por la que alguien ha querido matar a tu marido?

Cinisca se quedó impresionada por el brusco cambio de tema.

—Dercilidas tenía muchos enemigos. Uno de ellos era Tisámeno, el hermano de esta mujer... —dijo con tono rencoroso mirando fijamente a Filoxena—. Los espartiatas han decidido mantenerlo alejado de toda acusación, pero yo estoy segura de que ha sido él quien lo ha matado.

Filoxena se puso nerviosa.

—¿Crees que Tisámeno mató a Dercilidas porque lo consideraba el autor del rapto de su hija? —preguntó.

Cinisca asintió.

Pasé dos dedos sobre el sello de Polidoro, como para sacarle brillo. En realidad quería sólo llamar la atención de Cinisca sobre mi anillo. En efecto, la viuda lo miró fijamente.

—Me gustaría echar un vistazo a los efectos personales de Dercilidas.

—¿Qué esperas encontrar? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

Cinisca sonrió maliciosamente.

—Con ese anillo en el dedo no podría negarte nada.

Un punto para la viuda y una mirada de erinia pintada en el semblante de Filoxena.

Cinisca se puso en pie y me hizo seña de que la siguiera. Miré al techo de la estancia.

—No todas las casas de Esparta tienen vigas toscas e infestadas de carcoma —comenté admirando las vigas sólidas y robustas del techo.

—El techo estaba a punto de ceder —explicó Cinisca—, por lo que Dercilidas hizo cambiar las vigas viejas por unas nuevas.

La viuda nos condujo a una estancia muy pequeña y completamente blanca, dotada de un ventanuco más bien alto. En el suelo había una yacija de paja trenzada y un arcón de madera oscura.

—Allí dentro están todas las pertenencias de Dercilidas. Tú mismo —dijo la viuda, señalando el mueble.

Lo abrí. No había gran cosa. Los espartiatas no tienen interés en acumular bienes y aquel arcón era la prueba inconfundible. En su interior había puestos cuidadosamente una capa escarlata y algunos rollos de papiro.

—¿Dónde están las armas de Dercilidas? —pregunté.

—Colgadas de las paredes del andrón —respondió Cinisca—. ¡Son los únicos adornos admitidos en la casa de un espartiatá!

Asentí.

—¿Puedo? —dije cogiendo los rollos guardados en el arcón.

Cinisca hizo un gesto de asentimiento. Desenrollé uno. Era un certificado de propiedad.

—Dercilidas poseía varios terrenos —observé.

—Constituyen la única fuente de renta de un espartiatá, ya que la ley de Licurgo nos prohíbe a todos nosotros los lacedemonios trabajar.

Filoxena desenrolló a su vez un documento y lo leyó con particular atención.

—Éste es distinto de los otros —observó ceñuda.

Me acerqué y leí su contenido.

—Parecen los apuntes para una oración —comenté.

Cinisca pareció sinceramente sorprendida.

—Es probable. Dercilidas solía escribir todos los discursos que iba a pronunciar ante los altos cargos de Esparta —

explicó acto seguido.

—De estos apuntes —dije— parece deducirse que estaba trabajando en una nueva *rhetra*, una nueva ley.

—¿Qué ley? —preguntó Cinisca.

Terminé la lectura de los apuntes. Estaban más bien revueltos. Meneé la cabeza.

—Aquí no se especifica. Deduzco que no te habló nunca de ellos —contesté a la viuda.

Cinisca hizo una seña negativa con la cabeza. Juzgué que mi visita a su casa podía tocar a su fin.

—Tendré que hablar con la mujer que custodia la otra llave del templo, Anaxandra, la viuda de Prótoo —informé a Cinisca.

—La encontrarás en el templo instruyendo a las vírgenes —dijo. De golpe su mirada se detuvo en mi herida en el brazo—. Se diría que te has enfrentado con un hoplita espartano.

—Ya —confirmé—. Un hoplita que combatía con la guardia diestra.

—Imposible —comentó la viuda.

—También yo lo creía —dije—, pero he tenido que cambiar de parecer muy a mi pesar.

Cinisca levantó la capa escarlata del marido y la observó en silencio durante unos instantes.

—La capa de un lacedemonio no debe permanecer encerrada en un baúl —sentenció—. La colgaré de la pared del andrón, junto a sus armas.

Salí de la habitación seguido por Filoxena y por la mirada altiva de aquella mujer.

—¿Por qué has insistido en acompañarme a casa de Cinisca? —pregunté a Filoxena cuando hubimos salido de la

casa.

Ella se puso rígida.

—¿Qué pretendes decir?

—Estabas segura de que intentaría seducirme. ¿Por eso trataste de disuadirme de que fuera a hacerle una visita?

—Te equivocas —respondió Filoxena.

—Parecías celosa —insinué complacido.

—¿Quién? ¿Yo? ¡En absoluto! —exclamó la filósofa sonrojándose.

Viéndola incómoda, corté la conversación, convencido de que esta última no era más que una tan palmaria como, para mí, dulcísima mentira.

—Tal como yo lo veo —dije para atemperar su creciente incomodidad—, Dercilidas dejó la fiducia para correr a casa de su mujer, pero alguien le agredió por la calle. Lo aturdió con su propio *bakterion* y a continuación lo trasladó al interior del templo de Ártemis Ortia. Una vez en el santuario, lo apuñaló en la garganta con su cuchillo. Queda por saber cómo un espartiatá avezado en el combate se ha dejado arrebatarse no sólo el bastón, sino también el puñal en sus mismas barbas.

—Su agresor debía de ser un ladrón y un combatiente excepcional.

—No cabe duda de esto, si es el mismo que me agredió a mí.

Filoxena meneó la cabeza.

—Pero, entonces, podría haber sido cualquiera. No hay espartano que no se ejercite en el arte de la guerra.

—Sin embargo, tiene una peculiaridad que lo hace único. Combate con la guardia diestra. He aquí por qué estoy albergando la sospecha de que, pese a ser un hábil combatiente, el hoplita zurdo no es en realidad un verdadero

hoplita.

## XX

### En el que sucede lo imprevisto

-¿Qué tratabas de decir con eso de que el hoplita zurdo no es un verdadero hoplita? —preguntó Filoxena, mientras nos dirigíamos al templo de Ártemis Ortia por una calle desierta y silenciosa.

—Quiero decir que también podría ser una mujer —dije.

—¿Una mujer? —exclamó sorprendida Filoxena.

—Ningún hombre que se haya adiestrado para una vida de lucha con la guardia siniestra podría plantar cara tan hábilmente con el escudo embrazado a la derecha y la lanza en la mano izquierda. Y viceversa, en Esparta las mujeres se adiestran duramente, y, sin embargo, no se las utiliza en la lucha. ¿Quién nos dice que una de ellas no se haya vuelto hábil en combatir también con el escudo embrazado en la derecha? Las mujeres en Esparta no se adiestran para combatir, sino para engendrar guerreros. Por lo demás, detrás del yelmo, el escudo y la capa de mi agresor podía esconderse también una mujer. Tenía los cabellos largos y recogidos en trenzas, como las de los hombres lacedemonios. ¿Qué peinado mejor para una mujer que quiera pasar por un espartiatá varón?

—Pero viste despuntar la barba por debajo de la visera — objetó Filoxena.

—Podía tratarse de una barba postiza —repliqué.

—También las trenzas podían ser falsas —observó la filósofa.

Suspiré.

—Es cierto. Este detalle permitiría mantener a tu hermano entre los sospechosos.

—Mi hermano mató ya en una ocasión —repuso Filoxena—. No me sorprendería si descubriésemos que es culpable también del homicidio de Dercilidas.

—Pero ¿no sería absurdo pensar que sea también el autor del rapto de su propia hija?

—Para nada, conociendo a Tisámemo —dijo Filoxena.

—¿Estás diciendo que no puedo excluirlo de los sospechosos?

Ella suspiró.

—Tisámemo es un desconsiderado. Hace años no tuvo ningún escrúpulo en atribuir a un esclavo inocente la responsabilidad de su delito, para salvar su vida. ¿Por qué no habría esta vez de servirse de su hija para luego inducir a todos a sospechar de Dercilidas?

—¿Tú crees que ha hecho todo esto para quitarse de en medio al más acérrimo opositor a su reforma de las clases espartanas?

—Podría haber intentado desacreditarlo, primero, atribuyéndole la responsabilidad del rapto de Agesistrata, pero al no haber obtenido el resultado apetecido habría decidido finalmente matarlo. Mi hermano carece de prejuicios, pero ahora los magistrados lacedemonios se guardan de acusarlo del delito, dado que para ellos es más conveniente inculpar a un ilota de ambos delitos. Ya has oído

a Cinisca hace un rato. Aunque no sea de mi agrado, estoy de acuerdo con ella: de este modo las autoridades de Esparta tienen un pretexto para inculpar a los ilotas y para declarar la *krypteia* anticipadamente. En este momento a las autoridades les urge más conjurar la tan temida revuelta de los ilotas que encontrar al verdadero asesino de Dercilidas.

Meneé la cabeza, contrariado.

—Yo creo que Cinisca sólo quería provocarte —dije—. Desde que hemos entrado en su casa, he tenido la impresión de que la viuda habría hecho cualquier cosa para hacerte perder el control. Olvidas, en efecto, un detalle: si Tisámeno tenía de veras en la mente este plan tan enrevesado, ¿por qué habría invocado tu ayuda?

Filoxena se calló y detuvo de golpe.

—La verdad, no lo entiendo.

En aquel preciso instante, oí un silbido que me hizo estremecer. Instintivamente me arrojé sobre Filoxena. La arrollé y ambos acabamos en el suelo, rodando en el polvo.

—¿Se puede saber qué te ha dado? —gritó la filósofa tratando de liberarse de mi peso, que la aplastaba.

—¡Rápido! —dije, incorporándome y tirando de ella bruscamente para ponerla en pie—, detrás del muro.

Dando la vuelta a la esquina, puse a Filoxena a cubierto detrás de una casa.

—¿Por qué te comportas así? —me reprochó ella sacudiéndose el polvo.

—¿No te has dado cuenta? —le pregunté aterrorizado—. ¡Alguien nos ha disparado una flecha!

Incrédula, Filoxena se asomó cautamente por la esquina y observó el punto en la calle donde me había arrojado sobre ella. Con sumo horror vio que en la otra pared de la casa había clavada firmemente una flecha a la altura de un

hombre. Noté la inclinación del asta. Había sido lanzada desde lo alto. Observé atentamente los tejados de las casas de enfrente, pero no descubrí ni siquiera la sombra de un arquero. Por el camino no se veía ni un alma.

—No te pongas al descubierto —rogué a Filoxena—. Podría estar aún apostado.

—Ha faltado poco —suspiró—. El disparo iba directo contra ti.

Me estremecí. Si Filoxena no se hubiese parado, obligándome a detener el paso, esa flecha me habría traspasado de pleno la sien.

—¿Quién puede haber sido? —preguntó.

—No existen arqueros entre los lacedemonios —dije—. Para un espartiata, golpear al enemigo a distancia es una práctica vil. Ellos se adiestran exclusivamente para el cuerpo a cuerpo. Generalmente los arqueros del ejército de Esparta están enrolados todos entre los ilotas...

—... y entre los periecos —añadió Filoxena—. ¿Recuerdas? En casa de mi hermano hay un arco colgado en una pared.

Asentí.

—Rápido —dije, cogiéndola de la mano—, vamos a comprobar si ese arco se encuentra aún en su lugar.

—Un momento —dijo ella desprendiendo su mano de la mía y poniéndose al descubierto de golpe para alcanzar el punto en el que se había clavado la flecha—. Ésta podría servirnos.

—¡Por Cástor y Pólux, no te quedes ahí! —grité mientras la filósofa, tras coger la flecha, con ambas manos, se esforzaba por extraerla del muro sin tener en cuenta mis advertencias. Alcancé a la carrera a Filoxena y le cogí por la cintura para ponerla a cubierto, pero justo en ese instante oí

un segundo silbido. Otra flecha me pasó rozando la cabeza y fue a clavarse en el muro, vibrando con un sonido siniestro.

Tras llegar a casa de Tisámeno, abrí de par en par la puerta de la entrada e irrumpí. Atria vino a nuestro encuentro entre jadeos.

—Estaba arriba, en el gineceo —dijo para disculparse del jadeo. Notó que estaba más bien acalorado y se inquietó.

—¿Dónde está Tisámeno? —le pregunté.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Atria.

—Acaban de intentar matarnos —le conté—. Nos han acosado con arco y flechas —expliqué, mostrando uno de los dos dardos que había conseguido recuperar del muro.

Me acerqué al vestíbulo, y, con sumo desconcierto, tuve que constatar que el arco que había observado en la pared no se encontraba en su sitio.

—¿Qué ha sido del arco? —pregunté a Atria.

Ella observó asombrada el espacio vacío en la pared donde antes estaba colgado.

—No tengo ni idea —respondió espantada con un hilo de voz.

—¿Cuándo has visto a Tisámeno por última vez? —le pregunté, aferrándola por los hombros.

Ella se desprendió de mi apretón, que a posteriori juzgué que había sido excesivo.

—No lo he vuelto a ver desde ayer, desde que se fue después de nuestra discusión —explicó.

—¿Dónde se habrá metido?

Atria meneó la cabeza.

—Juro por los dioses que no lo sé.

—¿El arco estaba aún en casa después de que Tisámeno

se hubo ido?

—De veras, no lo recuerdo —respondió Atria, confusa—. Siempre ha estado colgado en ese rincón apartado de la sala. Está en una posición tan descentrada que las más de las veces ni siquiera reparo en él.

Dejé la sala irritado y me dirigí a la carrera por el pasillo.

—¿Adonde vas? —me preguntó Filoxena cuando me hubo alcanzado.

—A la habitación de Tisámeno.

Una vez dentro, rebusqué en cada rincón. Entre sus efectos personales encontré dos pequeños recipientes de madera que llamaron mi atención.

Abrí el primero. En su interior había custodiados objetos con forma de escuadra.

—¿Qué son? —preguntó Filoxena.

Los observé con atención.

—Parecen huesos —dije—. Huesos de animal. Pulimentados.

Aún asombrado ante aquel extraño hallazgo, descubrí el segundo recipiente. Contenía plumas de oca.

—Sirven para empenachar flechas —comenté con expresión sombría.

—Deja de negar lo que es evidente incluso para ti —me recriminó Filoxena—. Está claro que ha sido Tisámeno quien ha disparado contra ti esos dardos.

—El arco de Tisámeno ha desaparecido y estas plumas se encuentran en su habitación —admití—, pero olvidas que el arco es un arma que puede utilizar tanto un zurdo como un diestro.

Filoxena me miró incrédula.

—No sospecharás de... —Y sin acabar la frase, miró hacia

la entrada de la estancia, donde de un momento a otro aparecería Atria.

—Atria dijo que se encontraba en casa sola cuando Agesistrata fue raptada, pero ninguno puede confirmármelo. Y sabemos de cierto que no estaba en casa cuando fui asaltado en el templo de Heracles, como también cuando Dercilidas fue asesinado. Por lo demás, hace poco Atria estaba de nuevo sola, dado que Agesistrata se hallaba en el templo de Ártemis Ortia con Estrepsíades y mi madre. ¿Quién nos asegura que no ha sido ella la que ha retirado el arco de la pared y se ha servido de él para tratar de eliminarme?

—Pero para volver a casa antes que nosotros hubiera tenido que correr rauda como el viento.

Bajé el tono de voz.

—¿Has olvidado cómo jadeaba hace poco a nuestra llegada? —dije—. Por voluntad de sus padres, Atria ha recibido una educación de espartíata. Podría ser muy hábil con la lanza y el escudo con la guardia siniestra, pero también con la diestra. En efecto, es ella la que ha confirmado que Tisámeno es zurdo.

—¿Crees que lo hizo adrede para inducirte a sospechar de él?

—Podría ser —admití.

—Pero ¿qué ha sido del arco, entonces?

—Podría haberse desembarazado de él para correr más deprisa.

En aquel instante, apareció Atria en el umbral de la estancia y se percató de las plumas de oca que yo había sacado de una de las dos cajas.

—¿Ha sido Tisámeno? —preguntó con voz trémula.

La escruté con una mirada severa.

—Todavía no es seguro —respondí.

Mis palabras salieron de la boca duras como pedruscos.

## XXI

### En el que Agistrata se alinea en defensa de su padre

Llegaron de toda la ciudad, algunas a pie, otras a bordo de carros tirados por mulos cargados de ánforas. Una multitud de mujeres espartiatas subía los escalones del templo con las ánforas colgadas de pértigas que pendían de los hombros. El cadáver de Dercilidas se encontraba aún en el interior del templo para que todos los ciudadanos pudieran acudir a rendirle homenaje. Estaba depositado en la penumbra, tendido al pie del altar y velado por algunas plañideras. Entré, Agesistrata, Estrepsíades y mi madre me vieron inmediatamente.

—¿Dónde está Filoxena? —me preguntó Agesistrata.

—Se ha quedado a hacer compañía a tu madre —respondí, cuando, en vez de «hacer compañía», hubiera tenido que decir «vigilar».

Las mujeres presentes en el templo tenían los ojos húmedos. Las suyas no eran lágrimas de tristeza, sino de indignación. No lloraban la muerte prematura del hombre, sino su insensatez, ya que un espartiatas no había sido

muerto en el campo de batalla, sino más bien a los pies de un altar. Para darle el último adiós cogían sus pies entre las manos y los besaban, apretaban sus manos inertes inundándolas de lágrimas y secaban la sangre del suelo con sus cabellos. Algunas incluso tiñeron sus palmas de la sangre de Dercilidas y se mancharon voluntariamente los blancos peplos.

—Lo hacen porque, cuando muere un espartiatá, muere también un pedazo de Esparta —explicó Agesistrata.

Y he aquí que, amortiguados los gritos de dolor, ahogados los llantos en la garganta y contenidas las lágrimas, las mujeres del templo volvieron a su trabajo. Algunas se pusieron piadosamente a los telares, mientras otras levantaron el cadáver y lo depositaron cuidadosamente en un lecho perforado, luego lo transportaron fuera del templo.

—¿Qué será de su cuerpo, ahora? —pregunté.

—Esas mujeres lo lavarán, lo ungirán con aceites aromáticos y lo vestirán para su viaje al Hades —respondió Agesistrata.

Las mujeres que se quedaron desocupadas tomaron los trapos, los mojaron con el agua guardada en las ánforas y lavaron la sangre del altar y del pavimento.

Asistí mudo a aquel triste trabajo. La diosa Ártemis Ortia miraba impasible lo desconocido, como si quisiera lanzar una admonición: «¡Ay del que viole la quietud de la virgen de los bosques, pues sus flechas van directas al corazón!».

—Las flechas... —dije, pensando en voz alta—. Ártemis caza con arco y flechas...

Ay del que ardía de deseo por ella, puesto que sus perros de patas veloces volvían inútil la fuga del corredor más ligero y sus garras se hundían en la carne hasta arrancarla.

—¿Cómo fue la visita a la viuda de Dercilidas? —me

preguntó Estrepsíades, apartándome de mis pensamientos.

—Más bien... instructiva —comenté, en realidad, afectado aún por aquel encuentro y por los acontecimientos posteriores.

Estrepsíades se mostró insatisfecho de mi respuesta, por lo que les puse al día sobre los últimos acontecimientos, incluidos los relativos al arquero misterioso que había atentado contra mi vida. Mi madre quedó muy turbada por ello.

—¡No puede haber sido mi padre! —exclamó Agesistrata. Me dirigí frontalmente a ella.

—Mentiría si te dijese que tu padre está libre de toda sospecha. Hay muchos elementos contra él.

Agesistrata meneó la cabeza.

—Si él hubiese sido mi raptor, le habría reconocido, durante los cinco días que me tuvo prisionera en el templo de Heracles.

—Pero dijiste que se presentó siempre con el yelmo calado y la capa para disimular el cuerpo por completo.

—Reconocería a mi padre hasta envuelto por completo en un sudario —dijo la muchacha.

—¿Reconocerías también a tu madre? —pregunté.

Mi pregunta la dejó sorprendida.

—¿Estás segura de que debajo de la apariencia de ese hoplita no se escondía una mujer?

—Yo no... —respondió confundida por la inesperada pregunta.

—¿El raptor no te dirigió la palabra?

—Nunca...

—Así pues, se trata de alguien que temía ser reconocido

por la voz. No te faltó nada, por tanto, temía por tu salud. Podría haberse tratado perfectamente de tu padre, como también de tu madre.

—¿Cómo puedes insinuar semejante cosa? —protestó la muchacha, indignada.

—Hace poco en tu casa faltaba el arco que generalmente se encuentra expuesto en la pared del andrón y no hace mucho que he estado a punto de morir por una flecha.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó retadoramente Agesistrata—. El de mi casa no es el único arco que existe en Esparta.

—No lo dudo; sin embargo, tu madre no ha sabido darme ninguna explicación acerca de su desaparición. O tal vez no ha querido.

—Mi padre va a menudo a cazar a los bosques de alrededor de Esparta. Lo habrá cogido él —dijo, y, tras una breve pausa, añadió—: para cazar.

—Para cazar, por supuesto —repetí distraídamente.

—¡No quiero oírte más! —exclamó exasperada la muchacha, e hizo ademán de alejarse, pero la retuve por un brazo.

—Un momento —dije, dejando escapar un largo suspiro—. Recapitulemos. El que me atacó en el templete de Heracles y que, muy probablemente, mató a Dercilidas combatió contra mí con la guardia a la derecha y acuchilló a Dercilidas con la mano izquierda; por tanto, es zurdo como tu padre.

Agesistrata se estremeció e hizo un amago de replicar algo, pero le hice seña de que esperara.

—O bien —continué— ha manejado las armas como un zurdo para inducirme a pensar que a quien estamos buscando es zurdo; de hecho, en este segundo caso, para

inducirnos a sospechar, equivocadamente, de tu padre.

—¿Y tú crees que mi madre habría preparado todo esto para inculpar a mi padre?

—Es una posibilidad —admití—. Sin embargo, no puedo hacer conciliar la tesis de su culpabilidad con un par de detalles que no consigo acabar de entender. El primero: está claro que las armas del delito son el puñal y el bastón de la propia víctima. Pero ¿cómo consiguió el asesino de Dercilidas entrar en este templo con su víctima, si de noche las puertas están cerradas con llave? Cinisca ha afirmado no haber perdido nunca de vista su copia. Por tanto, debemos comprobar qué ha sido de la llave de la otra guardiana del templo, Anaxandra.

—No la veo desde hace algunas horas —dijo Agesistrata.

—No me digas... —comenté.

—Pero, desde el día en que me liberasteis, el templo lo ha abierto siempre Cinisca —añadió la muchacha.

—No me digas... —repetí, intercambiando una mirada de inteligencia con Estrepsíades.

—Debes conducirme a casa de Anaxandra —dije a Agesistrata—. Espero encontrarla allí. He de hablar con ella con una cierta urgencia.

Salimos a toda prisa del templo y nos encaminamos a lo largo de la vía llamada «del quitón». El sol se ponía y se iba apagando lentamente detrás del monte Taigeto. Atravesamos casi toda la ciudad, hasta llegar al pueblo de Mesoia. Agesistrata se detuvo no lejos de la tumba de Leónidas, el célebre soberano de Esparta que durante las guerras persas, en torno a un siglo y medio antes, presidió con sólo trescientos espartiatas el paso de las Termópilas e impidió al ejército persa de Jerjes invadir el Ática.

—Anaxandra vive aquí —dijo Agesistrata, señalando una casa delante de nosotros.

Llamamos con insistencia, pero no respondió nadie. Me resigné a la idea de que no vería a Anaxandra. El manto de la noche había descendido sobre toda la Tierra.

—Quedan aún dos días para atrapar al asesino de Dercilidas —dije amargado—. Vámonos a casa.

Agestrata, mi madre y Estrepsíades se pusieron en camino, pero al cabo de pocos pasos los detuve de golpe.

—¿Qué pasa, por Zeus? —preguntó mi esclavo.

—Tú, Estrepsíades, quédate aquí. Escóndete en alguna parte y vigila la casa.

—¿Esconderme aquí afuera? —repitió él—. Pero de noche Esparta está llena de bandidos. Y luego hará frío...

—¡Vamos, Estrepsíades! —le reproché con algo de burla—. ¡Qué manera de quejarte! ¡Pareces una mujercita!

—Apenas vuelva Anaxandra, ven corriendo a avisarme —le ordené sin preocuparme de sus objeciones—. Por favor —añadí—. Aunque diese señales de vida en plena noche, corre a avisarme. No tenemos tiempo que perder.

En casa, Atria y Filoxena se habían ya retirado. Fui al aposento de Tisámeno, pero comprobé que no había vuelto. Su posición estaba seriamente comprometida. En las ventanas del gineceo vi luces, pero no subí. Si hubiera querido hablar conmigo, Filoxena habría bajado por propia voluntad.

—No bajaré —dijo mi madre antes de retirarse a su habitación.

—Esto te haría feliz —repliqué.

Ella meneó la cabeza.

—El hecho de que se mantenga alejada de ti la hace a tus ojos aún más deseable.

—No comprendo, madre —le confesé—. Si la tengo cerca,

no te parece bien. Si está lejos, te parece igual de mal. ¿Qué querrías?

Mi madre me puso la mano en el pecho con delicadeza.

—Quisiera que saliese de aquí dentro.

—Eso no depende de ella —dije suspirando.

—Filoxena lo sabe muy bien —comentó y, con el rostro sombrío, subió a su habitación.

Esperé con obstinación que Filoxena bajase, pero, después de que mi madre hubo subido, todas las luces del gineceo se apagaron y se hizo el silencio. Me retiré, me arrojé sobre la incómoda yacija y traté de cerrar los ojos, pero no conseguí conciliar el sueño. Me volví una y otra vez hasta que, no recuerdo cuánto tiempo hubo pasado, oí un ruido tras la puerta de mi habitación. Encendí la luz y me asomé. En el pasillo apareció Filoxena. También ella tenía una luz en la mano. Cuando me vio salir me puse rígido.

—Pensaba que Tisámeno había vuelto —dijo, como para justificar su presencia.

Meneé la cabeza.

—Lo he comprobado hace poco.

Entre nosotros se hizo el silencio. Mirábamos ambos al suelo.

—No volverá —sentenció Filoxena.

—Yo, en cambio, creo que lo hará.

—Tú no lo conoces.

—Tampoco tú —le repliqué—. En Atenas tenías un hermano llamado Tisámeno. Pero aquel joven no es el mismo hombre de hoy.

—Hace diecisiete años cometió un delito y huyó de Atenas. Entonces dejó a su familia y a su hermana menor, por lo que también hoy, tras el homicidio de Dercilidas,

puede haber escapado de Esparta abandonando a su mujer y a su hija.

—¿Le crees capaz de una maldad semejante?

Filoxena asintió con el rostro ensombrecido por la amargura.

—¿Qué ha sido de la familia del hombre al que Tisámeno quitó la vida? —pregunté.

—Soféneto tenía la edad de mi padre, pero no tenía mujer ni hijos —respondió ella—. En vida tenía aún padre, madre y unos tíos muy mayores. Sé de cierto que están todos muertos.

—¿Cómo es que estás segura de que no queda nadie de su familia?

—A la muerte de los padres, los bienes de la familia no fueron reclamados por ningún heredero, por lo que acabaron en manos de los especuladores.

Resoplé.

—El Hado se ha ensañado con Tisámeno. Ahora le está haciendo pagar las culpas de las que se manchó de joven.

Me volví hacia la estancia de Tisámeno, que no se encontraba lejos de aquella que ocupaba yo. La puerta estaba abierta. No llegaba ningún ruido del interior.

—¿Tú crees en el azar? —pregunté a Filoxena.

—A veces —respondió ella con un mohín risueño en el rostro.

Había siempre admirado su rapidez mental y la divertida ironía que sabía infundir en sus respuestas. Le sonreí.

—¿Consideras una casualidad que Agesistrata fuera retenida prisionera en el templo de Heracles donde Prótoo, el difunto marido de Anaxandra, hizo restaurar la estatua de la Hidra de Lerna?

—Soy filósofa, no adivina —precisó Filoxena—. Creo que solamente Anaxandra podría responderte.

Asentí.

—Por eso he dejado a Estrepsíades apostado delante de su casa, en espera de su regreso.

Filoxena rio quedamente.

—Pobre Estrepsíades —comentó divertida—. Espero por su bien que esa mujer dé señales de vida.

—Francamente, yo espero que no —dijo.

Filoxena me miró a los ojos. La luz de la lámpara de aceite que sostenía en la mano se reflejaba en las espléndidas esmeraldas engastadas en su rostro. De haber estado al aire libre, habría iluminado el cielo. Ella se acercó y me besó en los labios. Un intenso calor invadió mis miembros y me sentí confuso. Saboreé aquel beso por un instante que me pareció eterno.

—¿Por qué me haces esto? —le pregunté apartándome de ella.

—No quiero quedarme sola esta noche —dijo por toda respuesta, posándome una mano sobre el pecho.

Demócrito afirma que los dioses son inteligencias encerradas en un círculo de fuego en los confines del universo y que son ellos los que mueven las cometas, como también las lanzas de los hoplitas en la batalla, el polvo en los caminos y cualquier otra cosa en el interior del cosmos.

¿En qué absurda danza nos habían metido esos dioses crueles a Filoxena y a mí? ¿Qué ilusiones alimentaba en mi mente y en mi corazón confundido por el amor por esa mujer?

En el silencio sombrío que envolvió la casa, y que se extendió por toda Esparta, fue como si la ciudad se separase de la ecúmene y vagase por el cosmos infinito sin ningún

control, rehén de la locura sorda a la voz de la diosa Razón como también al coro de las inteligencias celestes, que de este círculo de fuego de Demócrito se esforzaban por mantener patéticamente todo bajo control, sin conseguirlo.

## XXII

### En el que las cuentas no salen

**D**os días.

Dos días nada más.

Luego se declararían la caza a los ilotas.

Fue una voz excitada que llamaba desde fuera la que me despertó a la mañana siguiente.

—¡Amo! ¡Amo!

Filoxena dormía entre mis brazos. Al despertar, el perfume de su piel y el calor de su cuerpo embriagaron mis sentidos. Hundí los dedos entre sus rizos e inspiré a fondo el olor. También Filoxena se despertó y, al ver mi rostro iluminado por la tenue luz de la aurora, se volvió de golpe.

—No me mires —me amonestó.

La contenté, volviéndome del otro lado. Ella levantó las pieles bajo las cuales habíamos dormido y se alzó de la yacija. Aunque se había dado la vuelta, pude admirarla igualmente a través del reflejo del espejo de bronce colgado de la pared. La vi esconder púdicamente su pecho con un brazo. Admiré su cuerpo armonioso, sus formas invitadoras, los rizos ligeramente desgreñados del lado donde había

apoyado la cabeza al dormir. Buscaba algo en el suelo. Se inclinó, recogió el peplo y se lo puso. Admiré su cuerpo durante unos instantes más, luego los redondos pechos, las sensuales curvas y las flexibles piernas fueron veladas por el vestido blanco. Se acercó a la ventana, se ató los cabellos con una cinta y miró hacia abajo.

—Es Estrepsíades —dijo, y, volviéndose hacia mí, se dio cuenta de que le observaba desde el espejo.

—¡Te he dicho que no me mires! —me reprochó con una dureza excesiva, que no me habría esperado.

—Perdóname... —imploré consternado, ya que no creía haber cometido un tan grave error, visto lo que había pasado también aquella noche. Pensé en lo distinta que era de la Filoxena nocturna, tan dulce, amorosa y sensual, tan parecida a Afrodita, casi totalmente extraña, a la Filoxena diurna, tan dura, fría e inflexible. Igual que Atenea.

Salí a toda prisa y fui al encuentro de Estrepsíades. Tenía una cara divertida, trastornada por la falta de sueño y de frío.

—¿Ha vuelto? —pregunté.

Estrepsíades hizo chasquear la lengua.

—En realidad no se había ido nunca —dijo—. Cuando llamamos, ayer por la tarde, ella estaba en casa. Simplemente, no nos abrió.

—¿Por qué no viniste entonces a avisarme antes? —le reproché.

—Porque lo he descubierto hace poco —se justificó el esclavo.

—¿Cómo es posible?

—Se le había terminado el agua. Ha salido para ir a por agua a la fuente más cercana.

Le di una palmada en el hombro.

—Has hecho un excelente trabajo, Estrepsíades —reconocí—. Ahora vete a descansar. Te lo has ganado.

Corrí hasta casa de Anaxandra y llamé tan fuerte que todos los vecinos se asomaron.

—¡Abre! —le intimé—. ¡Sé que estás en casa!

Poco después la puerta crujió y Anaxandra se presentó en la entrada.

—¿Por qué no me abriste ayer tarde? —le reproché.

—Soy una viuda que vive sola —respondió con un mohín burlón esculpido en el semblante—. No suelo abrir a desconocidos.

Comenzaba a estar harto del sarcasmo de los lacedemonios. Le mostré el anillo con el sello de Polidoro.

—Desconocido o no, responderás a algunas preguntas.

Anaxandra hizo un mohín divertido, como queriendo disminuir la autoridad que aquel anillo me confería.

—Entra —me dijo con tono imperioso, para dejar claro quién de los dos mandaba en su casa.

Comprendí que me las tenía que ver con un hueso duro de roer, por lo que fui enseguida al grano.

—¿Dónde está tu llave del templo de Ártemis Ortia?

—Es extraño que tú me la pidas —dijo ella—. La perdí hace unos días.

—Por eso recientemente ha sido Cinisca quien ha abierto las puertas del templo.

—En Atenas debéis de tener excelentes escuelas de lógica.

Hice caso omiso de la frase e insistí.

—¿Quién sabe que perdiste esa llave?

—No se lo he dicho a nadie, evidentemente —respondió

ella, altanera—. Pensaba encontrarla dentro de no mucho. Pero ahora empiezo a creer seriamente que alguien me la ha sustraído.

—¿Ah, sí? —dije, mostrando una irónica desconfianza—. ¿Sospechas de alguien?

Anaxandra se encogió de hombros.

—En Esparta tenemos dos dioses protectores. El primero es Ares, dios de la guerra, el segundo Hermes, dios de los ladrones.

—¡Ya! Motivos hay para sentirse orgullosos —comenté.

—Tal vez la robó el asesino de Dercilidas —planteó Anaxandra.

—Siempre que fuera robada de verdad —insinué.

La mujer se rio para sus adentros.

—No me digas que sospechas de mí.

Como en las otras casas de Esparta, también en aquella las paredes estaban adornadas con las armas.

—¿Perteneían a tu marido? —pregunté señalando un yelmo, una lanza y un escudo de hoplita colgados de una de las paredes.

Anaxandra asintió.

—¿Has conservado también su capa?

—La tengo entre sus efectos personales, en la que fue su habitación.

—¿Tiene también una barba falsa?

Anaxandra frunció el ceño.

—No entiendo —dijo.

—Sufrí una agresión en el templo de Heracles, el del bosque de Escofina, por parte de alguien que llevaba las armas de hoplita espartano. No lo reconocí, pero no excluyo

que pudiese ser una mujer disfrazada de hombre.

Por la expresión de asombro de Anaxandra tuve claro que había comenzado a comprender a qué me refería.

—En el caso de que ese hoplita fuese una mujer, ciertamente, llevaba una barba postiza para no parecer un hombre —proseguí.

—Yo no he tenido nunca una barba postiza —dijo arisca.

—¿Cuándo caíste en la cuenta de que no tenías ya la llave?

Anaxandra se lo pensó, o fingió hacerlo, pues la respuesta fue sorprendentemente precisa.

—El día en que volvió Agesistrata fue el último en que yo abrí el templo.

—¿Qué hiciste ese día?

—Lo de siempre.

Mi expresión elocuente fue un ruego de que fuera más explícita.

Resopló, molesta por mi indiscreción.

—Fui al templo para instruir a las muchachas destinadas a tejer el peplo de la diosa Ártemis Ortia y por la noche me fui a la fuente a buscar agua. Luego volví a casa.

—¿Con quién te cruzaste?

—Con las personas de siempre.

—¿También con Tisámeno y Atria, los padres de Agesistrata?

—No vi a Tisámeno —respondió Anaxandra—. Atria, en cambio, por la noche se encontraba precisamente en la fuente adonde había ido a por agua.

¿Estaba diciendo la verdad o estaba tratando de inducirme a sospechar de Atria? Debía procurar no dejarme

engañar. Aquella mujer parecía muy astuta.

—¿Cuándo te diste cuenta de que no tenías ya la llave del templo?

—Una vez en casa —dije—. La guardo en una bolsa que llevo siempre en bandolera. —Su mirada se iluminó de golpe—. Es probable que alguien me la quitara en la fuente mientras llenaba las ánforas de agua.

—¿También las mujeres en Esparta aprenden a convertirse en hábiles ladronas, como los hombres? —pregunté.

—De pequeños somos todos sometidos al mismo adiestramiento. Los hombres para convertirse en hoplitas valerosos. Las mujeres para parir hombres valerosos. En Esparta tenemos un lema: sólo nosotras las mujeres espartiatas engendramos hombres.

—¿Tienes hijos?

Anaxandra meneó la cabeza.

—Los dioses me han arrebatado a mi marido antes de que consiguiésemos tenerlos.

—He oído hablar de él —dije—. Prótoo, ¿no? Murió en Megalópolis. He oído decir que te sientes muy orgullosa de su valor.

—Toda mujer espartiatata se siente orgullosa de su marido muerto en la batalla.

—Sé también que Prótoo fue compañero de fiducia de Dercilidas.

—Lucharon juntos en Megalópolis.

—Y antes hicieron juntos un viaje a la isla de Sifnos con el difunto rey Agis.

Anaxandra asintió.

—Estás bien informado, por lo que veo.

—He descubierto que tu marido hizo restaurar la estatua de Hydra en el interior del templete de Heracles —dije, e hice una pausa—. Ese en el que se retuvo a Agesistrata raptada.

—Lo hizo en señal de agradecimiento a los dioses por el buen resultado de la misión de Sifnos.

—Esto también lo sé. Lo que no sé es por qué hizo restaurar la estatua de la Hydra, menos importante, y no la de Heracles, al que está dedicado el templete.

—Tampoco yo lo sé —confesó Anaxandra.

—¿Conservas aún los efectos personales de tu marido?

La mujer me llevó a una estancia rebosante de objetos.

—Toma asiento —dijo.

Pasé un buen rato examinando estatuas votivas, platos de ofrenda, copas y otros objetos de escaso valor que la mujer había conservado en recuerdo del difunto marido. Finalmente, descubrí la capa de Prótoo. Estaba colgada de la pared. La desplacé y descubrí una pequeña librería empotrada en el muro. En los compartimentos había apilados varios rollos uno encima del otro. Desenrollé un par y los consulté. Eran certificados de propiedad. También Prótoo había poseído varios terrenos. Finalmente encontré lo que buscaba: los informes de la restauración de la estatua de la Hydra. Los leí con atención. Y, tal como sospechaba, encontré algo poco claro.

—Por lo que he podido ver con mis ojos, la restauración de la Hydra fue ejecutada burdamente —hice notar a Anaxandra—. Y, sin embargo, según estos informes, el gasto por los trabajos fue ingente.

—No me he interesado nunca por este tipo de cuestiones. Le debieron de enredar los restauradores —concluyó Anaxandra.

—¿De veras lo crees? De haber sido enredado, ¿crees

que habría dejado su nombre grabado en el pedestal de la estatua? —Meneé la cabeza—. Además, no hay documentos de los que se pueda deducir la fuente de financiación. Se trata de muchos talentos y, por lo que sé, entre vosotros los espartiatas que os sentís orgullosos de vuestra frugalidad, no circulan monedas preciosas. ¿Dónde encontró los fondos para financiar la restauración?

—Utilizó una parte de la donación hecha por los sátrapas Farnabazo y Autofradates.

—Dercilidas y Prótoo eran los guardianes del oro y de la plata que los sátrapas os concedieron a vosotros los espartanos para financiar la rebelión contra los macedonios.

—Así es —confirmó Anaxandra.

Estaba cada vez más nerviosa. Hablar de aquella restauración no la hacía sentirse nada cómoda.

—Sin embargo, encuentro absurdo que haya gastado varios talentos por la simple restauración de esa estatua, como se dice en estos rollos —objeté.

—¿Estás insinuando que Prótoo se embolsó una parte de esos talentos?

—¡No estoy insinuando nada, por Cástor y Pólux! —respondí a tono—. Estoy diciendo que esa restauración no justifica en absoluto un gasto tan desproporcionado. ¿Comprendes lo fácil que es sospechar que ese trabajo fue un mero pretexto para sustraer indebidamente fondos de la donación que Esparta obtuvo de los dos sátrapas?

—¡Ésta es una acusación infamante! —protestó Anaxandra, indignada.

—Infamante o no... —fue mi respuesta. Entonces algo me distrajo. Junto a la librería vi un arco encordado. Era de excelente factura, hecho con unos enormes cuernos de buey. Lo cogí y se lo mostré a Anaxandra. Su rostro palideció.

—Lo utilizamos durante las ceremonias en honor de la diosa Ártemis —dijo.

—¿Por eso está encordado? —pregunté.

—Cuido mucho este objeto. Pertenece desde hace generaciones a mi familia. Mi estirpe tiene antiguos orígenes táuridos.

—Tus raíces se hunden en la misma tierra de la que fue traída la estatua lúnea de Ártemis Ortia —observé—, la diosa cazadora. —Luego hice una pausa— ¿Sabes usarlo?

—Todos en la familia, por tradición, hemos aprendido a usar el arco.

—¿Tienes también flechas?

—Solamente tres, simbólicas. Las guardo en el carcaj, al lado de la librería —dijo Anaxandra.

Lo comprobé y lo que vi me confirmó las sospechas que alimentaba.

El carcaj, en efecto, se encontraba donde Anaxandra me había indicado. Pero en su interior no había en absoluto guardadas tres flechas.

—Simbólicas o no —observé—, yo aquí no veo tres flechas. Hay una nada más.

## XXIII

### En el que el corazón es la caja de la inteligencia

**A**naxandra continuó declarándose inocente incluso cuando, por orden de los dos reyes, los hoplitas la metieron en prisión. Suplicaba a los magistrados y a todos sus conciudadanos que la creyeran: no tenía ni idea de qué se había hecho de las dos flechas que faltaban en su carcaj. No tenía idea, continuaba repitiendo, tampoco de dónde había ido a parar la llave del templo de Ártemis Ortia, que, en efecto, no fue encontrada ni después de una minuciosa inspección de los hoplitas enviados por los dos reyes a su casa. Y gran escándalo había suscitado el descubrimiento del fraude de Prótoo en detrimento de la ciudad.

Por su parte, los reyes Cleómenes y Eudamidas habían mostrado la máxima severidad respecto a la mujer. La habían asignado a la llamada Decas, la estancia de la muerte de las prisiones de Esparta, donde generalmente los condenados morían estrangulados. Una excelente estratagema para inducir a la mujer a confesar. Pero Anaxandra, pese a la amenaza de la condena a muerte, continuaba proclamándose inocente.

Su arresto por el homicidio de Dercilidas había sido recibido con gran alivio por las clases inferiores, en particular de los ilotas, que con el encarcelamiento de la mujer habían visto esfumarse la amenaza de la tan temida *krypteia*. Sin embargo, no dejó de suscitar también encendidas protestas por parte de los lacedemonios, que, contrariamente a los ilotas, no estaban dispuestos a creer en la culpabilidad de una de sus pares. A la cabeza de los defensores de su inocencia estaba Aristolco, que había pedido formalmente a los dos reyes la excarcelación de la mujer hasta que no se incoase un proceso en debida forma. El venerable geronte me había acusado a mí, entre otras cosas, de haber buscado al culpable del homicidio únicamente entre los espartiatas, descuidando la sospechosa desaparición de Tisámeno, que aún estaba en paradero desconocido, como también la pista juzgada por él más plausible, o sea, que el raptor de Agesistrata, además del asesino de Dercilidas, fuese un ilota. En otras palabras, continuaba sosteniendo la culpabilidad de Etímocles. Alimentando aquella polémica, Aristolco había hecho que el enfrentamiento entre las clases sociales de Esparta, en lugar de atenuarse, se acentuase ulteriormente.

Así pues, más que mejorar, con el arresto de Anaxandra, las cosas en Esparta empeoraron mucho. Empeoró, es más, se precipitó, también la situación entre Filoxena y mi madre, cuando esta última pensó en enfrentarse a la filósofa mientras estaba en mi compañía en el patio de casa.

—He comprendido perfectamente tu juego —comenzó diciendo mi madre.

—¿Qué juego? —preguntó Filoxena.

—Te finges desinteresada por mi hijo, pero de noche te escabulles fuera de tu habitación para meterte en su yacija. Un plan digno de la más astuta de las hechiceras.

—Madre, ¿cómo te atreves a hablarle así? —dije.

—No razones, hijo mío. Eres víctima de los

encantamientos de esta mujer. Pero no le permitiré que se burle de ti.

—¿Por qué crees que me estoy burlando de él? —le preguntó Filoxena.

Mi madre se detuvo delante de ella, indignada.

—Porque, al tiempo que le induces a amarte, huyes de él, alimentando por igual su amor y su sufrimiento. ¿Por qué no aclaras lo que quieres de él? Yo te diré por qué: porque lo estás atrayendo a una trampa. Has tejido un tela muy resistente, en la que lo has enredado. Ahora sólo esperas el momento adecuado para envolverlo en tu hilo inextricable, para deshacerte acto seguido de él una vez que hayas conseguido tu propósito, cualquiera que éste sea.

—¿Piensas que estoy tratando de embaucarlo? —preguntó Filoxena, indignada.

—Tú no lo amas. ¡Únicamente ambicionas su dinero! —la acusó mi madre.

—No me interesan en absoluto sus riquezas —le respondió Filoxena.

—Si es como dices, ¿por qué te obstinas en permanecer a su lado?

Filoxena la miró fijamente con una actitud forzada.

—Muy bien. ¡Si es así, me iré inmediatamente! —Y, dicho esto, subió al gineceo.

—¡Espera! —le grité, sin obtener ninguna respuesta—. ¡Muchas gracias! —dije, dirigiéndome a mi madre en el tono más amargo que hubiera empleado nunca en mi vida.

—Lo he hecho sólo por tu bien —replicó ella, impasible.

Subí a toda prisa al gineceo y me reuní con Filoxena, que estaba haciendo ya el equipaje. Mi corazón estaba roto.

—¿Partes sin descubrir qué final ha tenido tu hermano?

—le pregunté, esperando que ese asunto la empujara a quedarse.

—No sólo —respondió. Su actitud digna se había disuelto como nieve al sol y su voz estaba rota por un llanto de rabia—. Pero me llevaré también a Agesistrata conmigo.

La noticia me dejó sorprendido.

—¿Ella está de acuerdo?

—Ya le había hablado de eso. Será mejor para ella si se viene a vivir a Atenas, lejos de esta ciudad y... por su padre.

—¿Atria la dejará partir?

—No se lo he pedido aún. Pero en Atenas podré garantizar a esa muchacha una vida digna y una verdadera educación. Aquí en Esparta ha aprendido suficientemente a tejer y a emprenderla a patadas con la gente. Y ahora hay que cultivar un poco también el intelecto. Los espartanos tienen la lengua afilada, pero ni siquiera saben lo que es la filosofía.

—Te ruego, no hagas caso a mi madre —le imploré.

—Ha rebasado toda medida —dijo, tratando de dar un tono firme a la voz que le temblaba de la indignación. Filoxena dio un vistazo a mi mano derecha—. No has devuelto aún ese anillo —dijo—, señal de que quieres proseguir la indagación.

—No estoy convencido de la culpabilidad de Anaxandra.

—¿No es un poco tarde para decirlo? —me hizo notar, secándose las lágrimas que habían corrido a pesar de los esfuerzos por contenerlas—. ¿Primero la haces detener y luego te arrepientes?

—No podía callar a los magistrados de Esparta ciertas pruebas contra ella. Han sido los dos reyes quienes han decretado su arresto, no yo.

—Di la verdad. Sólo querías evitar la *krypteia* —observó

Filoxena—. Y con el arresto de Anaxandra has logrado tu propósito.

—Quiero encontrar al culpable —la corregí.

—Probablemente es ella.

—Ya —suspiré—. Muy probablemente... —dije.

Filoxena recobró la calma y, aunque con los ojos aún brillantes, levantó el pulgar.

—El arquero que casi nos mató el otro día disparó dos flechas idénticas a la que Anaxandra custodiaba en su carcaj. —Levantó el índice—. Anaxandra poseía un arco que tú mismo has encontrado encordado...

—Lo que no quita que aquellas flechas puedan haberle sido sustraídas por algún otro sin ella saberlo —objeté—. Como puede haberle sido sustraída también la llave del templo de Ártemis Ortia. La ley de Licurgo prohíbe poner cerraduras a las puertas de las casas para que los espartanos se habitúen a defenderse de los ladrones. Alguien puede haber entrado en la casa de Anaxandra para robarle esas flechas.

—¿Crees, pues, en su versión de los hechos? —me preguntó Filoxena—. ¿Consideras que la llave del templo le fue robada?

—Yo... —dudé—. No sé en qué creer.

—Ahora ya no es un problema tuyo —dijo Filoxena—. Hemos salvado a Agesistrata. Lo que había venido a hacer a Esparta, lo he hecho. El resto no es asunto mío. Para mí ha llegado la hora de volver a Atenas.

—Pero ¿qué se ha hecho del arco de Tisámemo? ¿No comprendes que no hay nada resuelto? Tal vez, como tú dices, haciendo detener a Anaxandra he evitado la *krypteia*, pero no estoy seguro de haber atrapado al verdadero culpable.

Filoxena, que tenía aún el pulgar y el índice alzados, extendió también el dedo medio.

—Anaxandra tenía las armas de su marido, con las que pudo haberse disfrazado para raptar a Agesistrata y asaltarte en el templete de Heracles. —Luego alzó también el anular—. Ella pudo haber atraído a Dercilidas al templo de Ártemis Ortia y, una vez dentro, haberlo aturcido con su propio bastón para rematarlo acto seguido con su puñal. —Por último, levantó el meñique, mostrándome la mano abierta—. En cuanto a la llave, por lo que sabemos, pudo haberla tirado más tarde a las aguas del Eurotas.

—Pero aquella noche Dercilidas se estaba dirigiendo a casa de la mujer...

—No te hagas el ingenuo, Apolófanes —dijo Filoxena—. Una mujer sabe cómo engatusar a un hombre, tanto si su mujer lo está esperando como si no.

—Lo que dices tiene un sentido —hube de reconocer—. Y, sin embargo, en esta reconstrucción tuya falta un detalle fundamental.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—El porqué.

Justo en aquel instante, Filoxena acababa de atar el último de los bultos de su equipaje.

—Sólo reconozco un error, pero garrafal, en lo que he hecho —dijo, recobrando un tono de voz firme—. No hubiera tenido que venir a anunciarte mi partida.

Estas cruelísimas palabras me rompieron el corazón. Filoxena pasó por mi lado y salió de la habitación, subió al gineceo y habló con Atria en el patio, sin siquiera preocuparse de mi madre, que se hallaba a pocos pasos de ellas. No mucho después, Filoxena montaba su yegua cargada de fardos de equipaje, y Agesistrata un segundo caballo, sobre cuyo lomo Atria había dispuesto provisiones y

los pocos bienes de la hija. Observé desde el umbral de casa las últimas fases de los preparativos antes de la partida. Estaba desesperado. Estrepsíades acabó de atar el equipaje al dorso de los corceles e hizo saber a Filoxena que todo estaba listo. Ya montada en su cabalgadura, la filósofa se volvió hacia mí y me dirigió una última mirada. Luego miró a mi madre con frialdad. Atria, conmovida, alzó una mano en señal de despedida hacia la hija y Agesistrata le mandó un beso. Las dos espolearon sus corceles, que partieron al galope, levantando con los cascos una densa nube de polvo.

—Ella debía venir a Esparta a ayudar a su hermano —comentó Estrepsíades, cuando ambas desaparecieron de la vista—. ¡En cambio, quienes nos quedamos en Esparta somos nosotros!

—Mejor así —replicó mi madre, vuelta hacia mí—. Nos quedaremos mientras tu corazón no se haya liberado de ella. Algunos sabios filósofos enseñan que el corazón es el receptáculo de la inteligencia. Tú, por el contrario, te obstinas en llenarlo de ella...

—El receptáculo —repetí, y, como si las palabras de mi madre hubiesen encendido una luz en mi intelecto, corrí a casa, ante las miradas asombradas de Atria, de mi madre y de mi esclavo.

Entré en la habitación de Tisámeno, hurgué por todas partes, hasta que por fin encontré lo que buscaba.

—Por Zeus, amo, ¿qué te ha dado? —preguntó mi esclavo alcanzándome entre jadeos.

—Buscaba esto —dije mostrando uno de los dos recipientes que ya había examinado—./Lo destapé y saqué los huesos de animal pulimentados.

—¿Sabes de qué son estos huesos? —pregunté a Estrepsíades.

El esclavo meneó la cabeza negativamente.

—Como están pulimentados, cuesta distinguirlos, pero no puede ser más que el astrágalo de un carnero.

Estrepsíades se encogió de hombros.

—¿Y qué pasa con esto?

—Es con esto, mi fiel esclavo, con lo que he comprendido dónde podemos encontrar a Tisámeno.

## XXIV

### En el que una deuda es una promesa

Volver al callejón donde habíamos sido asaltados por la turba de niños me produjo un estremecimiento. Había llevado a Midas conmigo, pero el asno se había mostrado de súbito nervioso y terco. Me había obligado a recorrer toda la calle a pie tirándole de las riendas.

—¡Así no me eres de ninguna ayuda, amigo! —le dije resoplando como un fuelle.

Durante aquella segunda visita en el callejón pude constatar su palidez con mayor conciencia. Los edificios a lo largo de la calle habían sido realizados con materiales improvisados. Se amontonaban uno sobre otro y cada cual se desarrollaba sobre un exceso de niveles. La altura de aquellas viviendas de precario equilibrio impedía a la luz del sol iluminar la calle del todo. Por los entornados postigos de algunas ventanas me espiaban con desconfianza rostros de mujeres. Algunos pequeños canales vertían arroyuelos malolientes directamente a la calle, difundiendo un hedor irrespirable. Cúmulos de desechos atraían decenas de perros sin dueño que se disputaban sobras incomedibles con ratas panzudas y agresivas. Las pocas personas con las que me

crucé fueron viejos periecos borrachos que apestaban a meados.

Una vez más, desde el primer momento en que puse los pies en aquel lugar, advertí sobre mí decenas de ojos que espiaban en la sombra.

Tenía que darme prisa.

Aferré por un brazo a un viejo que se había caído en la acera y lo ayudé a incorporarse. Estaba tan flaco que pesaba como un niño. Bien mirado, no era tan viejo. Tenía el rostro demacrado, el pelo y la barba asquerosos. Le costó un instante comprender qué estaba pasando. Me miró y me sonrió, exhibiendo sus dientes amarillentos. Me embistió con su fétido aliento, por lo que me volví de golpe y evité a duras penas una arcada. Le mostré uno de los huesos de carnero que había cogido del recipiente de Tisámeno.

—¿Dónde los puedo usar? —le pregunté.

El hombre observó los astrágalos y apuntó el dedo hacia la única barraca de aquella calle en cuya entrada había notado una continua animación.

—¡Claro! —dije, y, tras darle un óbolo ateniense al viejo, me encaminé en aquella dirección.

Até a Midas a un poste. A mi asno no le hacía ninguna gracia quedarse allí fuera a solas. Pateaba y daba cabezadas de forma continua como si quisiera liberarse de las riendas.

—Tranquilo, amigo —le consolé acariciándole el cuello—. No me llevará mucho.

A la entrada de la barraca había muchos periecos dispuestos en una fila disciplinada. Se dejaban registrar uno a uno por un energúmeno alto como una casa y grueso como una montaña, que exhibía amenazadoramente un cuchillo asegurado al cinto. Me puse a la cola y, cuando me llegó el turno, el hombre me miró de arriba abajo.

—Aquí se entra desarmado —tronó.

—Sólo llevo conmigo esto —dije, mostrándole una bolsa tintineante de dracmas.

No debí de infundirle mucha confianza, puesto que el energúmeno me puso su mano de forzado sobre el hombro y me clavó en el suelo. Aunque hubiera querido rebelarme contra aquel atropello, no lo hubiese conseguido.

—Quieto ahí —me intimidó, y me registró, palpándome de pies a cabeza. Tenía unos dedos duros como rocas—. Limpio —sentenció—. Entra.

Apenas hube entrado, me embistió un ruido ensordecedor. El interior estaba atestadísimo, maloliente y oscuro, aquí y allá iluminado por una lámpara de aceite. Había muchísimos hombres sentados en torno a unas mesas. En el centro de la sala, un tabernero grueso, calvo, con la cara roja y la barba sin cuidar hacía la guardia en una crátera llena de vino de cebada, al que dejaba acercarse sólo a los bebedores que le pagaban el importe de una bebida. Cogí una copa entre las muchas que encontré sobre una mesa y me acerqué a él. Le puse un puñado de piastras espartanas en la mano.

—Aquí no aceptamos esta chatarra —me dijo el huésped rechazando las piastras.

Debido a su estilo de vida frugal y a su desaprobación a acumular riquezas, los espartanos por ley acuñaban una sola moneda de hierro, a la que se privaba de temple con un baño de vinagre que desvalorizaba su aleación. De este modo, para acumular una suma considerable, un espartano hubiera tenido que reunir enormes cantidades de piastras, imposibles de llevar con uno ni de disimular. De ahí el rechazo del tabernero. Saqué de mi bolsa, pues, un óbolo ateniense. Cuando lo tuve en la mano, el hombre cambió totalmente de expresión.

—Con esto podría ofrecer de beber a todos los presentes hasta hacerles vomitar —exclamó maravillado.

—Pues es la moneda más pequeña que llevo —le hice notar.

Esas palabras encendieron en el rostro rojo del tabernero una mueca horrible que reconocí como una sonrisa.

—Si es así, sírvete, pues, lechugino ateniense.

Sumergí la copa en el vino de cebada y tomé un sorbo. El tabernero ahora estaba bien dispuesto respecto a mí, por lo que le mostré el hueso de carnero.

—¿Dónde puedo divertirme con esto? —pregunté.

—Allí al fondo —respondió el hombre indicando una mesa atestada de personas.

Me acerqué y finalmente tuve la confirmación de mis sospechas. En aquella mesa, entre los ruidosos canallas, identifiqué a Tisámeno. Me abrí paso entre el gentío, lo alcancé y lo cogí por el quitón, obligándole a volverse hacia mí.

—No le faltaba razón a mi madre cuando sospechaba que eres un asiduo de los burdeles. Pero no son los burdeles lo que te atraen, sino los garitos clandestinos.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó sorprendido al verme.

—Estás borracho —comprobé por los ojos vidriosos y el aliento fétido.

—¿Cómo me has encontrado?

—Gracias a esto —dije, mostrándole el hueso—. El astrágalo del carnero. ¿Qué mejor hueso para fabricar un dado de juego?

En la mesa de delante de nosotros decenas de jugadores apostaban en el lanzamiento de los astrágalos. A cada lance del juego, había quien se mostraba exultante y quien

maldecía.

—¡Así que no son los negocios de tu actividad los que van mal, sino que eres tú quien dilapida el dinero a los dados! Te lo juegas todo en este asqueroso garito. Filoxena tenía razón. Eres un miserable. El día en que nos salvaste de los niños de la calle no te encontrabas por casualidad en casa de un deudor de por aquí, como dijiste, sino que estabas aquí dilapidando tu dinero.

Tisámemo asintió.

—Oí un gran alboroto ahí fuera, salí y vi que os estaban acosando. Por lo que monté en el carro y corrí a salvaros.

Estaba, digamos, disgustado.

—Ya he visto suficiente. Vamos —ordené.

—No puedo irme —dijo Tisámemo, reteniéndome—. He acumulado demasiadas deudas. El amo del local no me dejará salir hasta que no le haya entregado la suma que le debo.

—¿Por esto no has vuelto a casa? —pregunté asombrado—. ¿Estás tratando de ganar en el juego la suma que, precisamente a causa del juego, debes devolver a ese malhechor?

—No puedo dejar este garito, al menos hasta que no tenga en mi poder una suma importante con la que pagar mis deudas.

Miré el costurón que le deformaba el rostro.

—Te lo hizo el energúmeno que está de guardia fuera del local, ¿verdad? —le pregunté.

Tisámemo bajó la mirada de la vergüenza.

—¡Y pensar que la hacías pasar por una herida de guerra!

—¿Qué podría decirle a mi mujer y a mi hija? —replicó él—. ¿Que soy un miserable jugador de juegos de azar? ¿Que

he empeñado en el juego todas nuestras ganancias, nuestra actividad y hasta nuestra casa?

Reflexioné un instante.

—¡Ahora comprendo la razón por la que enviaste esa petición de ayuda a tu hermana! —exclamé—. Las amenazas sobre las que escribiste a Filoxena no tenían nada que ver en absoluto con Dercilidas ni con tu propuesta de reforma de las clases sociales espartanas. Se trataba de la amenaza de acabar en la calle a causa del juego. Por eso te dirigiste a ella, porque esperabas convencerla para pagar tus deudas.

Tisámeno confirmó lo dicho con un largo suspiro:

—Pensaba que después de todos estos años su cólera hacia mí se habría aplacado. Contaba con revelarles a su llegada la verdadera razón de esa carta. Ella es muy rica, por lo que esperaba que estuviese dispuesta a ayudarme. Luego, inesperadamente, mi hija fue raptada y por voluntad del Hado vosotros la liberasteis. Pero, cuando llegasteis a Esparta, comprendí que Filoxena sentía aún rencor hacia mí y que no querría prestarme dinero. Por eso he preferido dejaros creer que la razón por la que había escrito esa carta tenía que ver con mis sinsabores con Dercilidas. Perdida toda esperanza de recibir una ayuda económica de mi hermana, mientras tú indagabas para encontrar al culpable del rapto, yo me he encerrado aquí dentro y he tratado de ganar la suma que me sacase de mis apuros. Pero, en vez de ganar, no he hecho sino perder más.

—Por tanto, ¿te encontrabas aquí la noche en que tu hija fue raptada?

Tisámeno bajó la mirada y asintió tristemente.

—En efecto, mentí cuando dije que me hallaba en casa. Sí, estaba aquí.

—Por tanto, ¿no fuiste tú quien organizó el rapto de Agesistrata?

—¡No! ¿Qué? ¡Yo..., claro que no! Cuando fue raptada, me encontraba en este lugar. Por eso no te lo dije y Atria no sabía dónde estaba. Ella no sabe que he vuelto a jugar, aunque creo que tiene sus sospechas. Soy un miserable, lo reconozco, pero ¿cómo puedes pensar que raptara a mi propia hija? —exclamó Tisámeno.

—¿Estabas también aquí la tarde en que yo fui agredido en el templete de Heracles, así como la noche en que murió Dercilidas?

—Los dioses y toda esta gentuza son mis testigos —confirmó Tisámeno—. Si no me crees, puedes preguntarle al tabernero, que es el dueño de este garito. No veo por qué debería mentirte.

—Es lo que pienso hacer inmediatamente —dije.

Alejé a Tisámeno de la mesa de juego y lo arrastré hasta delante del tabernero, que confirmó su versión.

No era él el hoplita zurdo que me había agredido, sino algún otro que había fingido ser zurdo, quizá para despertar las sospechas sobre el propio Tisámeno. Filoxena estaba en lo cierto. Su hermano no había cambiado en absoluto, era un miserable apostador, un esclavo del juego, un ser indigno de confianza, solapado y desconsiderado. Pero acerca de una cosa se había equivocado: él no era el asesino de Dercilidas.

—¿Te has llevado tú el arco de casa? —le pregunté.

—¿Qué tiene que ver ahora mi arco? —preguntó sorprendido.

—Alguien ha tratado de matarme disparándome las flechas que he descubierto que pertenecen a Anaxandra. Y el arco que tenías expuesto en tu casa ha desaparecido —le expliqué.

—Pero ¿qué cosas se te ocurren? —respondió él—. ¿Cómo crees que habría podido ir por ahí, por las calles de Esparta, blandiendo mi arco? ¡Los hoplitas de guardia en la

ciudad me habrían detenido sin siquiera pedirme explicaciones!

Ya, ¿cómo había hecho el arquero para desplazarse por la ciudad con arco y flechas sin ser visto por los hoplitas de guardia?

—En este momento, Anaxandra se encuentra en una celda de la cárcel de Esparta bajo la acusación de haber dado muerte a Dercilidas, haber raptado a tu hija y haber atentado por dos veces contra mi vida. Sin embargo, no estoy convencido del todo de su culpabilidad. La desaparición del arco de tu casa es muy sospechosa. Tu mujer no ha sabido darme una explicación.

—De veras no sé dónde ha ido a parar el arco... —hubo de admitir Tisámeno.

—Vamos. Ya estoy harto de este sitio —dije, pero el tabernero me detuvo.

—¿Dónde crees que te lo vas a llevar? —me recriminó con tono amenazador.

—Déjanos ir —le intimé.

—Este pingajo humano me debe un montón de dinero —explicó el dueño de la taberna—. ¿Qué dirías, lechugino ateniense, si le hicieras un préstamo a tu amigo? Hagámoslo así: paga tú sus deudas y os dejaré ir, libres como dos mariposillas.

Resoplé.

—De eso nada —repliqué—. Haremos más bien como te digo yo: quítate de en medio y déjanos salir.

El tabernero estalló en una risotada ronca y a continuación emitió un silbido ensordecedor. De golpe la puerta de la entrada se abrió de par en par, golpeando ruidosamente contra la pared. En el umbral reapareció el energúmeno que me había registrado. Sus ojos se clavaron

en mí duramente.

—Ven —me desafió el tabernero jactancioso—, si quieres salir sin pagar las deudas de tu amigo, tendrás que vértelas antes con mi hermano. ¡Si le convences a él, por mí está bien!

El energúmeno avanzó hacia nosotros, empujando a un lado a todos aquellos que le cerraban el paso.

—Nos quedamos. ¡No tenemos elección! —me sugirió Tisámeno, atemorizado por la presencia amenazadora de aquella montaña de grasa y músculos que se desplazaba hacia nosotros resoplando como un toro listo para la embestida.

—¿Estás armado? —susurré a Tisámeno.

—Nadie lo está aquí dentro —respondió.

Miré alrededor en busca de una escapatoria. Aquel local no tenía ventanas ni salidas secundarias. La única vía de salvación era eclipsada por aquel gigante que avanzaba inexorablemente. Sentía clavadas en mí las miradas de todos los presentes.

El energúmeno se me plantó delante con los puños en jarras, exhibiendo el tórax enorme y el vientre ancho y poderoso.

—Volved a la mesa y haced vuestras apuestas, como valientes —me ordenó, y con actitud intimidatoria me escupió en los pies.

—¿Me has escupido... en el calzado? —pregunté entre incrédulo y desconcertado. A la vista del escupitajo que manchaba mi calzado reluciente, dentro de mí prendió una ira incontenible mientras, desde lo alto de su mole, el gigante se compadecía de mi reacción.

—¡Has cometido el más grave error de tu vida! —le dije con los dientes apretados.

—Lo que hay que oír... —me echó en cara él, divertido. Pero no tuvo tiempo de añadir nada más. Cuanto sucedió a continuación duró sólo unos pocos instantes.

Con un movimiento sumamente rápido, aprovechando su excesiva seguridad, le arrebaté el cuchillo del cinto. Antes de que pudiera aferrarme con esos poderosos brazos, asesté un tajo preciso en un lado de su cabeza y su oreja izquierda rodó horrendamente por el suelo. Ante la mirada aterrada del tabernero, el energúmeno soltó un grito muy agudo, mientras que de su cabeza comenzaba a regar el suelo un copioso borbotón de sangre. El gigante, petrificado de dolor, se llevó ambas manos a la oreja que le faltaba, en el vano intento de taponar la sangre. Al hacerlo se quedó completamente indefenso. Dos cortes en los muslos le abrieron otras dos heridas profundas, de las que brotaron abundantes chorros de sangre. El gigante pegó un segundo grito desgarrador y, resbalando en su propia sangre, se desplomó con una sonora caída, preso de un terror mezclado de incredulidad. Todos los presentes asistieron a esta escena sin mover un solo músculo. Aquel hombre enorme, manchado con su propia sangre, rodaba míseramente de un lado a otro, gimiendo y maldiciendo a causa del dolor. El tabernero extrajo un puñal de la manga del quitón e intentó asestarme una puñalada. Yo la esquivé sin esfuerzo y de un puntapié le hice saltar el arma de la mano. Luego le apunté en la garganta con el cuchillo de su hermano.

—De rodillas —le ordené.

El hombre obedeció, petrificado por el miedo. Entretanto su hermano no sabía ya si aguantarse los muslos o la cabeza e imploraba cómicamente socorro.

—Haz que se calle —dije al tabernero.

Éste puso las manos temblorosas en la boca de su hermano en el intento de sofocar sus gritos, pero lo único que consiguió fue mancharse de sangre. De la boca del

gigante salían lamentos que el tabernero trataba en vano de ahogar.

—¿Fuisteis vosotros quienes raptasteis a la hija de Tisámeno para forzarle a pagar sus deudas? —pregunté al dueño de la taberna con el cuchillo en todo momento apuntado en su garganta.

—¡No, por todos los dioses, no hemos sido nosotros! —vociferó él, aterrorizado.

—Te conviene ser sincero conmigo —le intimé apretándole la punta del arma en la carótida.

El tabernero se puso a lloriquear como una mujercita.

—Yo no he hecho nada. ¡Nosotros no hemos hecho nada! —gritó desesperado.

Quedé convencido. Por lo demás, ninguno de los dos, ni por la corpulencia ni por la escasa habilidad en la lucha, podía ser el hoplita que me había agredido. Tanto más cuanto que ni el tabernero ni el energúmeno habrían estado en condiciones de enfrentarse a mí con la guardia diestra.

—Te conviene decirme quién ha sido —le amenacé con tono firme.

—¡No lo sé! —gritó el hombre con voz estridente, mientras se esforzaba por contener los aullidos de su agonizante hermano—. Si lo supiese, te lo diría. ¡Lo juro, lo juro!

De mi bolsa colmada de monedas extraje el anillo con el sello de Polidoro. Lo había mantenido oculto para entrar en el local de incógnito. Pero había llegado el momento de ponérmelo de nuevo.

—Pero si éste es... —exclamó el tabernero, desencajando los ojos.

A la vista del anillo, símbolo de ley y orden, todos los presentes en aquel garito pusieron pies en polvorosa,

temiendo verse metidos en problemas. Al cabo de poco, en el local apestoso a sudor y vino no quedamos más que nosotros cuatro.

—Éste es el sello de Polidoro —dije, completando la frase del tabernero—. En nombre de la autoridad que me confiere, si descubro que me has mentido, volveré a hacerte una visita. Pero entonces no será sólo una oreja lo que pierdas.

El hombre, pálido del miedo, comprendió perfectamente la amenaza, tanto que su reacción fue llevarse una mano para protegerse la ingle.

—Y, dado que he tenido que vérmelas con tu hermano, desde este momento las deudas que Tisámeno tenía contraídas contigo están saldadas. ¿Recuerdas? Dijiste que si convencíamos a tu hermano, podríamos salir sin pagar. Por lo que veo, me parece que no tiene nada en contra.

El tabernero se mordió la lengua y, resignado, asintió temblando como una hoja.

Cogí su puñal del suelo, luego me encaminé sin ser molestado hacia la salida seguido por un Tisámeno más incrédulo que aliviado.

Íbamos camino de casa, en compañía de un Midas decididamente más sereno, cuando vi venir a nuestro encuentro a Estrepsíades. Ponía la cara de trastorno de quien trae malas noticias.

—¿Qué haces fuera de casa? —le pregunté.

—He salido para venir en tu búsqueda. Temía que te hubieses metido en líos.

—¿Quieres decir que no has vigilado a Atria como te ordené?

Estrepsíades meneó la cabeza.

—Perdóname si te he desobedecido, amo. Hace poco he vuelto a casa, pero ella ya no estaba.

—¡Maldita sea, Estrepsíades! —le reproché preso de la cólera—. ¿Sabe mi madre quizá dónde ha ido?

—A decir verdad, a mi regreso tampoco la he encontrado a ella.

Al oír aquello, me inquieté.

—¿Dónde puede haberse metido? —pregunté.

—Mientras te buscaba, he oído lo que se dice en la ciudad —prosiguió el esclavo.

—¿Qué has oído?

—Parece que Aristolco ha convencido a los éforos para anular la orden de arresto de Anaxandra.

—¡Pero no pueden anular una medida tomada por los dos reyes! —exclamé.

—Poder sí que pueden —me corrigió Tisámene—. El poder de los éforos es amplísimo, sobre todo en el ámbito judicial.

—Por Cástor y Pólux, ¿cómo los habrá convencido el viejo?

—Ha demostrado que las pruebas presentadas contra Anaxandra no eran suficientes para incriminarla —explicó Estrepsíades—. Además, los dos reyes han hecho registrar de nuevo la casa de Anaxandra para recuperar la suma de la que se habría apropiado indebidamente Prótoo, pero no se ha encontrado un solo dárico, porque la donación hecha por la isla de Sifnos fue en dáricos persas. Así Aristolco se ha servido también de este otro elemento para hacer excarcelar a la mujer.

Maldije.

—La culpabilidad de Anaxandra no es segura, pero en cualquier caso sigue siendo sospechosa.

—Y, sin embargo, esto no ha bastado para retenerla en

prisión —precisó Estrepsíades—. Además, la excarcelación de Anaxandra ha permitido a Aristolco señalar de nuevo con el dedo acusador a los ilotas.

—¿Y luego? —pregunté, presagiando lo que de allí a unos instantes me anunciaría mi esclavo.

—Pues que —suspiró Estrepsíades— ha convencido a los éforos para que declaren por anticipado la *krypteia*.

## XXV

### En el que Heracles y Yolao derrotan a la Hidra

El bosque de Escotina era tan tupido que resultaba impenetrable para la luz del sol. En aquella oscuridad, Filoxena y Agesistrata avanzaban a paso de hombre: la densa vegetación impedía a sus corceles una andadura más expedita. Entre las altas encinas reinaba un silencio casi total, aquí y allá interrumpido por vagos susurros y esporádicos cantos de aves.

Desde que habían partido, Filoxena no había dirigido una palabra a su sobrina. Por su parte, Agesistrata estaba cada vez más arrepentida de haber seguido a su tía a medida que avanzaba hacia los confines de Laconia. La angustia por la suerte del padre no le daba tregua.

—No le has permitido siquiera darme una explicación — dijo Agesistrata.

Filoxena se volvió un instante hacia ella, luego fijó su atención en las crines de su yegua.

—No tenía nada que explicarte —replicó con frialdad—. Mi hermano es un asesino —hizo una breve pausa—, un asesino

y un fugitivo.

—He partido ignorando qué final ha tenido. Además, me habría gustado saber más sobre el homicidio que cometió. Es mi padre —proseguía Agesistrata, decidida— y, por más que el suyo sea un crimen que no tiene justificación, no me cabe en la cabeza que matara a un hombre sin una razón.

Filoxena suspiró. Para sus adentros reconoció que la muchacha tenía derecho a obtener lo que pedía, aunque fuese ya tarde para volver atrás. Pero, al mismo tiempo, consideraba que cualquier explicación que Tisámeno le hubiese dado no habría hecho más que empeorar su situación.

—Me parece que, más que cualquier otro daño, lo que tú no perdonas a mi padre es el haber dejado condenar a muerte a ese esclavo de vuestra casa —continuó Agesistrata.

—Filesio era inocente —explicó Filoxena—. Pagó con la vida en su lugar.

—Sin embargo, no era más que un esclavo... —trató de minimizar Agesistrata.

—No era un esclavo cualquiera —replicó con dureza Filoxena—. Filesio era el maestro de Tisámeno, y había decidido instruirme a escondidas también a mí, porque me consideraba más merecedora de aprender, pese a que fuese una niña nada más. Me instruyó a espaldas de mi padre, pero él lo descubrió y lo hizo azotar hasta casi matarlo. Filesio no por ello se detuvo y, cuando se curó de las heridas, continuó enseñándome a escondidas hasta el día en que mi hermano mató a Soféneto. Algún tiempo después, Filesio fue detenido ante mis propios ojos. El no opuso resistencia alguna. Era como si esperase ese momento desde que Tisámeno había sido arrestado. Cuando se lo llevaban, me recomendó no llorar por él. Dijo asimismo que todo había ocurrido para mi bien.

—¿Qué pretendía decir? —preguntó Agesistrata.

—No tengo la más remota idea —respondió Filoxena, entristecida por los recuerdos—, nunca he comprendido el sentido de estas palabras. El mismo día Filesio fue encerrado en la cárcel, condenado a muerte y ajusticiado.

Siguieron algunos instantes de silencio, luego Filoxena se convenció de que, en el fondo, Agesistrata tenía derecho a saber todo lo que sabía también ella.

—Antes de que lo arrastrasen fuera de casa, Filesio me dijo alguna otra cosa.

Agesistrata estaba pendiente de los labios de su tía.

—Me dijo que perdonara a Tisámeno porque no tenía culpa de lo que había pasado.

Agesistrata se sobresaltó.

—¡Si dijo eso, realmente ese esclavo podría haberlo inducido a cometer el homicidio durante la pelea! —exclamó la muchacha.

—Aunque fuera así, la mano que hirió mortalmente era la de tu padre.

—Estaba borracho, no lúcido. ¿No estás dispuesta a concederle ni un atenuante?

—Pero cuando se produjo la ejecución de Filesio estaba en sus cabales y no hizo nada por salvarlo. ¿Qué razón pudo tener Filesio para inducir a mi hermano a matar a Soféneto?

—¿Por qué, entonces, Filesio te habría rogado que perdonaras a mi padre?

—Debió de hacerlo para que no sintiese rencor hacia Tisámeno.

Agesistrata meneó la cabeza.

—¿Se puede saber por qué le sigues guardando tanto afecto a ese esclavo?

—Porque Filesio fue el primero en descubrir mi amor por el saber cuando era aún una niña y me enseñó a cultivarlo. Gracias a él he dedicado toda mi vida a la filosofía, en nombre de la cual he rechazado toda propuesta de matrimonio y no he cedido jamás al amor. El amor, en efecto, nos reduce a la condición de esclavos, mientras que para un filósofo la libertad es una condición irrenunciable si quiere alcanzar las cimas más altas del conocimiento. Si hoy soy una mujer libre, por Atenea, se lo debo únicamente a Filesio.

Al pronunciar aquella última frase, Filoxena se maravilló de sí misma. Era la primera vez que exteriorizaba lo que sentía haber albergado siempre en el ánimo.

Agesistrata suspiró.

—Eres una mujer libre, es cierto. Sin embargo, aunque continúe negándolo, Apolófanes te ama y su amor no te es en absoluto indiferente...

Filoxena se dio cuenta de que, al oír ese nombre, su corazón había empezado a latir a un ritmo acelerado.

—... pero te resulta más cómodo negar lo que sientes por él y refugiarte en el recuerdo de Filesio —prosiguió su sobrina—. Con los años te has convencido de que la gratitud por ese esclavo representa el sentimiento de afecto más alto que tú puedas sentir por un hombre. Admitámoslo, Filoxena, el recuerdo de Filesio es el de un hombre perfecto solamente porque está muerto, mientras que tú, prisionera de esta ilusión, te estás alejando de un hombre vivo que te ama sin compromisos. La pregunta que deberías hacerte es: ¿por cuánto tiempo estará dispuesto aún Apolófanes a esperarte?

—¿Qué sabes tú de mis sentimientos? —objetó Filoxena—. ¡No eres más que una muchacha!

—Seré todo lo muchacha que tú quieras —respondió Agesistrata—, pero quizá precisamente por eso no puedes

ocultarme a mí lo que tratas de negarte a ti misma con todas tus fuerzas. Tú, Filoxena, estás enamorada de Apolófanes...

A la filósofa le faltó el aliento para rebatir.

—Apolófanes te ha seguido hasta Esparta sin saber siquiera por qué venías —prosiguió Agesistrata—. Y, sin embargo, continúas huyendo de él. Tienes miedo del amor que sientes. Temes quedarte desilusionada, porque estás convencida de que no hay nada mejor que el recuerdo perfecto de Filesio...

—¡Ningún hombre será nunca puro de corazón como lo fue Filesio! —exclamó pesarosa Filoxena.

Agesistrata la hizo callar de golpe con un gesto de la mano.

Sin darse cuenta, durante la conversación ambas habían levantado el tono de voz y al hacerlo habían desatendido lo que pasaba a su alrededor. Oyeron claramente un susurro a sus espaldas. Se volvieron y de entre los matorrales apareció Sofronia a la grupa de su caballo al galope.

—¿Qué hace ésa aquí? —preguntó Filoxena, asombrada.

Sofronia se reunió con las dos mujeres y se volvió hacia la filósofa.

—Después de que os fuerais, he reflexionado sobre cómo me comporté y reconozco no haber actuado correctamente.

Filoxena miró incrédula a la mujer, que iba tocada con un velo.

—Sigues sin gustarme —le confesó Sofronia con sorprendente franqueza—, pero no tenía ningún derecho a alejarte de mi hijo. De este modo, no he hecho sino hacerlo infeliz. Desde que partisteis, las erinias me atormentan sin descanso, revoloteando en torno a mi cabeza y me atribuyen todas las causas de la infelicidad de mi hijo. ¡A mí, que siempre he actuado por su bien! No soporto la idea de que

Apolófanos me desprecie, por eso, te ruego, si tienes corazón, que vuelvas conmigo.

Agesistrata y Filoxena se miraron indecisas sobre qué hacer. Pero en aquel momento su atención se vio distraída por otra cosa.

—Escuchad... —susurró Agesistrata—, los pájaros han dejado de cantar.

Las tres mujeres oyeron claramente unos susurros provenientes de la espesura del bosque hacerse cada vez más claros.

—¿Te ha seguido alguien desde Esparta? —preguntó Agesistrata, pero Sofronia negó con decisión.

—Ni siquiera el viento —dijo Filoxena, notando que alrededor de ella las hojas no se movían.

Observó su yegua. Estaba nerviosa. Los susurros que oían no tardaron en verse acompañados de pasos afelpados que se acercaban cada vez más rápido. Y cada vez más amenazantes.

Oyeron un gruñido, al que se añadió otro. Luego otro más.

—¡Lobos! —gritó aterrorizada Agesistrata y, tras distinguir una salida por entre las encinas, azotó a su corcel, haciéndole partir al galope.

Filoxena y Sofronia la siguieron, justo en el instante en que una jauría de lobos aparecía en su campo visual. Corrían gruñendo espantosamente, atraídos por el apetitoso olor del sudor de los caballos. Las tres mujeres fustigaron a sus corceles, a los que el miedo hacía correr más rápido. Pero los lobos estaban hambrientos y acortaban distancias a cada zancada.

—¡Nos alcanzarán! —gritó desesperada Agesistrata, volviéndose hacia las otras dos.

La yegua de la filósofa galopaba a ojos cerrados por el terror cuando un lobo se separó de la jauría y empezó a correr al lado de Sofronia, mostrando sus largas y afiladas garras. Filoxena, temblando de miedo, desenfundó su puñal de debajo de la manga del peplo y lo empuñó lo más firmemente que pudo. Con un ladrido aterrador, el lobo se arrojó sobre la yegua de Sofronia alargando hacia delante las zarpas delanteras y la boca abierta, dispuesta a hincar los dientes en las carnes succulentas. Justo a tiempo, Filoxena traspasó al lobo en el cuello, salvándole la vida a Sofronia. Pero no consiguió extraer el arma de la herida. Tuvo que soltar la empuñadura para evitar hacerse arrastrar al suelo por el peso del lobo muerto.

—¡Gracias! —le gritó conmovida Sofronia.

El alivio duró poco, porque para matar a aquel lobo Filoxena había perdido la única arma que tenía. De pronto se sintió abatida y pensó que si Apolófanes hubiera estado allí con ella, se habría batido hasta la muerte con tal de salvarla. Sólo en ese momento se dio cuenta de que la única razón por la que no quería morir era que, si lo hacía, no volvería a abrazarlo.

Y mientras su yegua corría rauda como el viento para escapar de las garras de aquella jauría de lobos hambrientos, ella prorrumpió en un llanto desesperado, porque, al huir, había dejado en Esparta lo que más le importaba en el mundo.

Sólo en el colmo de la desesperación, precisamente cuando estaba por perderlo todo, había comprendido que aquello que más le importaba no era el saber.

—¡Por aquí, seguidme! —gritó Agesistrata.

La muchacha hizo tomar a su caballo un desvío lateral. Este giro fue tan brusco que expuso al animal a romperse los jarretes. Filoxena y Sofronia la siguieron, cogiendo por sorpresa a los lobos que iban a la cabeza de la jauría y les

pisaban los talones y que, debido al imprevisto cambio de dirección, cayeron unos sobre otros. No hizo falta mucho a Filoxena para comprender lo que tenía en la cabeza su sobrina y juzgó que, tal vez, había pensado acertadamente. En pocos instantes, en efecto, apareció ante ellas el templete de Heracles, donde el Fiado les había hecho encontrarse por primera vez. Era el refugio más próximo en el que las tres podían esperar hallar la salvación.

Agestrata fustigó al caballo y apuntó hacia la entrada del templete, seguida por Filoxena y Sofronia. De un salto, uno tras otro los corceles subieron la gradería y se precipitaron hacia el interior. Sólo cuando estuvieron dentro frenaron la carrera, pero iban lanzados a tal velocidad que no consiguieron detenerse de golpe. El corcel de Agestrata resbaló con los cascos sobre el liso mármol y cayó de costado, desarzonando a la muchacha. El animal se deslizó lanzado como un proyectil de catapulta hacia el fondo de la nave e impactó violentamente contra las estatuas de Heracles y de Hidra. La colisión provocó un estruendo ensordecedor. La estatua de Heracles se tambaleó y se separó del pedestal, desplomándose encima del caballo. Mejor suerte tuvo la Hidra, puesto que el impacto causó nada más que la separación de una de sus nueve cabezas.

Filoxena y Sofronia tuvieron tiempo de atenuar el impulso de sus corceles y así consiguieron evitar la caída. Bajaron del caballo, corrieron hacia la entrada y cerraron las hojas justo antes de que los lobos pudieran irrumpir. Una vez a salvo, oyeron los ladridos desesperados y el estridor terrorífico de los rasguños contra la madera de las puertas. Con lágrimas en los ojos, dejaron escapar un suspiro de alivio. Pero no era aún el momento de alegrarse. Dirigieron la mirada a la muchacha que yacía en el suelo y corrieron a socorrerla. La caída había sido brusca, pero los dioses habían querido que no se golpease la cabeza. En un primer examen, no se le encontró nada roto. Únicamente alguna escoriación y

un fuerte dolor en el costado sobre el que había aterrizado.

Apenas se hubo incorporado, Agesistrata quiso comprobar el estado de su caballo. Yacía inmóvil bajo la estatua de Heracles que, al caer, se había roto a la altura de la ingle. El impacto había sido tan violento que el animal, al dar contra el pedestal de las dos estatuas, se había roto el pescuezo, muriendo del golpe. Agesistrata abrazó a Filoxena y estalló en un llanto liberador, aliviada por haber escapado del peligro y, al mismo tiempo, dolorida por haber causado la muerte de su corcel con aquella loca carrera. Mientras los caballos supervivientes iban adelante y atrás por aquel espacio angosto, resoplando y pateando aún excitados por la carrera que acababan de hacer, Filoxena y Sofronia consolaron a la muchacha acariciándole la cabeza y se preguntaron qué dios había querido su salvación. El ojo de Filoxena se posó en la estatua de Heracles, que yacía aún sobre el caballo sin vida, rota limpiamente en dos pedazos. A continuación contempló la cabeza de la Hidra separada del busto del monstruo. Tal como había notado Apolófanes, pensó Filoxena, la restauración de la estatua había sido ejecutada con escaso esmero. Un detalle le llamó la atención más que nada: allí donde la cabeza se había separado, el cuerpo de la Hidra mostraba un orificio por el que asomaba una cuerdecilla.

Agesistrata notó el interés de su tía por aquella cuerdecilla.

—¿Qué será? —preguntó tras haberse enjugado las lágrimas.

—Creo que se trata de un tirante —respondió la filósofa, poco convencida.

—Probablemente servía para mantener la cabeza fijada al busto —añadió Sofronia—. Pero, francamente, nunca había visto técnicas de restauración tan precarias.

Filoxena leyó el nombre de Prótoo en el pedestal y

recordó lo que Apolófanes había dicho acerca de las cuentas de la restauración. La cifra gastada era con creces superior a la calidad y cantidad del trabajo realizado. ¿Cómo había podido Prótoo gastar tanto dinero en aquella restauración?

Agesistrata se acercó a la estatua de la Hidra.

—Ten cuidado —le avisó la filósofa—. El golpe puede haberla vuelto inestable.

Las ocho cabezas y la novena del suelo infundían aún mucho pavor. Agesistrata se acercó al busto de la estatua, rozó con los dedos las garras del monstruo sobre el pedestal y observó de cerca la cuerdecilla que despuntaba del busto. La cogió con dos dedos y tiró de ella hacia él. Desde el interior de la estatua se oyó un chasquido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sofronia.

—No lo sé —respondió Agesistrata, volviéndose hacia ella—. Parecía provenir de dentro de la estatua.

—Esta cuerdecilla ha accionado un mecanismo —observó Filoxena, que se acercó y llamó con los nudillos sobre el cuerpo del monstruo—. ¡El interior está hueco! —exclamó.

—Pero ¿qué clase de estatua es ésta? —se preguntó asombrada Sofronia.

Filoxena miró a su alrededor y descubrió una barra apoyada contra una de las paredes del templo. Fue a buscarla, la blandió con ambas manos y volvió hacia la estatua de la Hidra.

—¿Conocéis el mito de Heracles y de la Hidra? —preguntó la filósofa.

—Sin duda —respondió Agesistrata—. En uno de los doce trabajos impuestos por Euristeo, Heracles tuvo que enfrentarse a la Hidra de Lerna, el monstruo de nueve cabezas, una de las cuales era inmortal. Heracles se puso a prueba en la empresa, que se reveló enseguida muy ardua.

Cada vez que él cortaba una de las cabezas, de la herida crecían otras dos.

—Y, por tanto, ¿cómo hizo para matarla? —preguntó Filoxena invitando a su sobrina a proseguir.

Agesistrata estaba dispuesta a responder.

—Se hizo ayudar por su sobrino Yolao —explicó—. Actuaron juntos. Heracles cortaba las cabezas del monstruo y Yolao cauterizaba la herida con una antorcha, para que no crecieran otras cabezas del muñón.

—Pues bien —dijo Filoxena levantando la tranca por encima de la cabeza—, la coincidencia produce escalofríos. Yo seré Heracles —anunció contrayendo el rostro en una expresión autoritaria.

—Y yo seré Yolao —dijo Agesistrata intuyendo las intenciones de la filósofa.

Filoxena asestó un primer trancazo a una de las cabezas, que se separó del busto y cayó al suelo con gran estrépito. Se levantó mucho polvo. Agesistrata notó que también debajo de aquella cabeza se ocultaba una cuerdecilla y, así como Yolao siguió a Heracles cauterizando las heridas del monstruo infligidas por el héroe, tiró de la cuerdecilla hacia sí. También en este caso se oyó el chasquido dentro de la estatua. Excitadas, las dos procedieron del mismo modo, abatieron una a una las cabezas y tiraron de las cuerdecillas hasta que, sobre el busto de la estatua, no quedó más que la última cabeza: la inmortal. A diferencia de las otras, aquélla no era de piedra, sino de metal. Filoxena trató de asestarle un gran golpe con la tranca, pero ni siquiera la rasguñó, tanto que la vibración del contragolpe hizo que le volara de la mano la herramienta.

—¡Nunca conseguiremos romperla! —exclamó, vejada, Filoxena.

Sofronia notó que la cabeza inmortal era más pequeña y

compacta que las otras. El detalle que más le llamó la atención fue que su parte superior era chata.

—¿Cómo mató Heracles a la cabeza inmortal? —preguntó Sofronia.

—La aplastó con una maza —respondió Filoxena todavía jadeante por el esfuerzo.

Sofronia levantó del suelo un pedazo de estatua de Heracles con sus huesudos pero nada débiles brazos, y lo apoyó sobre la cabeza inmortal de la Hidra. Bajo aquel peso, la cabeza de metal se bajó de golpe y la estatua empezó a vibrar.

—¡Apartaos! —dijo Filoxena.

Sofronia y Agesistrata dieron un salto hacia atrás. El pavimento tembló. Como por obra de un prodigio, el pedestal de la estatua se desplazó hacia un lado con gran estruendo, descubriendo una abertura rectangular en el punto en que estaba colocada originalmente. Con gran sorpresa, las tres mujeres se asomaron a ella y vieron una escalera que conducía al subsuelo.

—Ésta no era en absoluto una estatua —dijo Sofronia—. ¡Era una cerradura! Y nosotros hemos encontrado la manera de abrirla.

La apertura que se había abierto a sus pies no era muy profunda. En una de las paredes del fondo resultaba perfectamente visible un postigo de madera.

—¿Qué habrá allí detrás? —preguntó Agesistrata.

Filoxena escrutó la escalera.

—Sólo hay una manera de descubrirlo.

Del equipaje del caballo muerto extrajeron un jarrito aún intacto que contenía aceite. Lo emplearon para untar unas cintas que envolvieron en torno a un bastón para fabricar una antorcha. La encendieron con pedernal, bajaron por la

escalera y desgoznaron el postigo. La polvareda que se levantó les hizo toser a las tres. No bien disminuyó el polvo, las mujeres vieron que se había abierto delante de ellas la entrada de una habitación subterránea. Avanzaron tendiendo la antorcha delante de los ojos y así pudieron darse cuenta de que el ambiente recién descubierto era muy amplio y estaba atestado de objetos. Filoxena hizo un rápido cálculo; debía de superar en amplitud el perímetro del propio templo. En su interior había depositadas en perfecto orden armas de todo tipo. Miles de armas. La filósofa les pasó revista, apuntando la antorcha de un lado a otro de la estancia. Había corazas, yelmos, espadas, lanzas y escudos apilados unos sobre otros. Filoxena quitó el polvo que recubría algunas corazas y se dio cuenta de que eran de excelente fabricación y estaban listas para su uso.

—¡Habrá miles! —exclamó Agesistrata, espantada por aquel descubrimiento.

—¡Es aquí donde fueron a parar los fondos que Prótoo había conseguido para la restauración de la estatua! —observó Filoxena, maravillada.

Un ruido imprevisto proveniente de la superficie hizo estremecerse a las tres mujeres. Los caballos de arriba relincharon.

—¿Los lobos habrán conseguido entrar? —preguntó Agesistrata, aterrada por el miedo.

Filoxena se encaminó hacia la salida, pero dos figuras se plantaron delante de ella y le cerraron el paso. Del susto dio un brinco hacia atrás. La primera de las dos formas franqueó la entrada envuelta en una nube de polvo. Filoxena sintió horror, puesto que le pareció que delante de ella se había materializado el dios Ares envuelto en niebla. La figura iba, en efecto, armada de yelmo y coraza, y envuelta en una capa escarlata que la cubría desde los hombros hasta los pies. Las trenzas y la barba salían de debajo del yelmo y conferían a

aquel hoplita un aspecto aterrador. Embrazaba el escudo espartano con la diestra y empuñaba la lanza con la siniestra.

Agesistrata lo vio y, reconociendo a su raptor, gritó espantada.

A la espalda del hoplita zurdo, la otra figura se mostró a las tres mujeres. Agesistrata, cada vez más incrédula, se estremeció. No le costó nada reconocer al hombre que había bajado allí con el hoplita, puesto que se había presentado a cara descubierta. Los ojos vivos de este último contemplaron maravillados a las mujeres. Su mano rascó las mejillas hundidas, rugosas por la barba sin arreglar. Se pasó la lengua por los dientes recubiertos de una pátina amarillenta de sarro.

—¡Por Zeus, hoy las sorpresas no acaban nunca! — exclamó Etímocles apuntando con su puñal a la garganta de Filoxena.

## XXVI

### En el que se saca agua de la fuente

**B**usqué a Atria y a mi madre durante el resto del día hasta el atardecer; sediento, me acerqué a una fuente para beber. Fue allí donde encontré a Atria. Llevaba una capa larga y estaba llenando las dos ánforas que tenía consigo. A sus pies había depositado un bastón. En torno a ella muchas otras mujeres esperaban su turno para llenar sus recipientes de agua. Sus ánforas pendían de pértigas llevadas a hombros.

—¿Estaba también mi madre contigo? —le pregunté, tras haberla alcanzado.

Atria meneó la cabeza. Resoplé, desconsolado.

—¿Dónde has estado durante todo este tiempo?

Atria me miró fijamente. Pareció asombrada por mi pregunta.

—Estar en casa me ponía melancólica. Me sentía muy triste por la partida de mi hija, por lo que he salido —se justificó—. He caminado por la ciudad sin un objeto preciso hasta hace poco.

Contemplé una vez más sus brazos membrudos.

—¿Sabes disparar con el arco? —le dije.

—Sin duda —respondió ella, desenvuelta—. ¿Acaso sospechas de mí? —añadió intuyendo mis pensamientos—. En cualquier caso, si hubiese sido yo el arquero que atentó contra tu vida, no habría necesitado una segunda flecha. Ese arco tiene una mira infalible.

Esas palabras me produjeron escalofríos.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó, sacudiéndome por la inquietud en la que sus palabras me habían sumido.

Sin más pérdida de tiempo le conté que había encontrado a Tisámeno en el garito clandestino.

—¡Por eso vamos a la ruina por ese maldito juego! —exclamó rota.

—Ahora está todo solucionado —la tranquilicé.

—Conocía su pasado —admitió Atria—. Sabía que de joven pasaba su tiempo dilapidando el dinero del padre, así como he sabido siempre lo del homicidio de ese Soféneto. Esperaba que el tiempo le haría sentar la cabeza.

—Tendrá necesidad de tu ayuda. Por lo menos estoy seguro de que no pondrá ya nunca más el pie en el garito del que le he sacado —dije—. La tarde en que mataron a Dercilidas, Tisámeno salió de casa y al poco saliste tú también. ¿Adónde te dirigiste? —le pregunté.

—Como ya te dije, me fui a buscarlo —repuso Atria—. Quería descubrir dónde se iba de vez en cuando sin decir nada. Lo busqué hasta la caída de la noche, pero no lo encontré. Así que me volví a casa.

—¿Alguien podría testimoniar que no pusiste los pies fuera de Esparta?

—No, nadie —contestó.

Reflexioné en silencio durante algunos instantes.

—Si la reforma de las clases sociales propuesta por Tisámeno fuese aprobada, resolvería muchos problemas económicos a tu familia, ¿no es cierto?

—¿Qué pretendes decir? —preguntó Atria.

—Si os convirtierais en espartiatas, obtendríais una renta fija que podría resolver vuestras finanzas, que actualmente andan por los suelos.

La mujer se puso de golpe como la grana.

—¿Sospechas que haya matado a Dercilidas porque era contrario a la reforma propuesta por Tisámeno?

Mientras Atria hablaba, vi acercarse a Cinisca. También ella llevaba una capa larga hasta los pies, bien cerrada por delante.

—Menudo valor el tuyo por haber hecho arrestar a Anaxandra —me dijo agresivamente la viuda—. Pero, gracias a los dioses, Aristolco ha conseguido sacarla de la cárcel.

—Su arresto fue decidido por los dos reyes. No fue decisión mía.

—Pero por tu culpa se ha visto enlodada la memoria de su marido. Has insinuado que Prótoo se ha apropiado indebidamente de una parte del dinero que le había sido concedido para la restauración del templo de Heracles —dijo Cinisca—. Y, sin embargo —añadió con un tono cargado de satisfacción—, los registros en su casa no han conducido al hallazgo de una sola moneda de oro o de plata.

—Lo cierto es que los gastos por la restauración resultan excesivos —insistí.

—Los magistrados consideran que Prótoo fue estafado por el escultor que realizó la restauración —explicó Cinisca—, que, en el ínterin, ha muerto.

—Era mi deber contarles a los dos reyes lo que había descubierto.

Cinisca hizo chasquear la lengua.

—No cuentes mentiras —espetó—. Has actuado así para proteger al marido de esta perieca, la única que habría tenido algo que ganar con la muerte de Dercilidas —dijo refiriéndose a Atria. Se acercó a mí, mirando con desdén el anillo que llevaba en el dedo—. Te estás aprovechando del poder que te ha sido conferido para poner a salvo poquito a poco a la familia del verdadero culpable. ¿No es así, ateniense?

—¡Por Cástor y Pólux, no estoy protegiendo a nadie! —respondí, y, sin dudarlo, le conté que había encontrado a Tisámeno, omitiendo, para salvaguardar ese poco de dignidad que le había quedado a este último, dónde lo había repescado.

—¡Por fin acabará en prisión y se hará justicia a Dercilidas! —exclamó Cinisca aliviada.

—¡Oh, no! —dije—. Si hay aquí un inocente, éste es precisamente Tisámeno. He comprobado su coartada y puedo afirmar con certeza que él no pudo haber matado a Dercilidas.

Cinisca soltó una torva carcajada.

—¿Así que no hay nadie culpable?

—Hay que partir de un elemento fundamental —repliqué—. De qué modo, y, sobre todo, por qué han desaparecido de casa de Tisámeno el arco, y de casa de Anaxandra las dos flechas. Hay un punto del que no tengo dudas: el arquero que casi me mató después de la visita a tu casa se ha servido precisamente del uno y de las otras.

—¿Por qué? —preguntó Cinisca.

—Para confundirnos. Quería repartir las sospechas entre Anaxandra, Tisámeno... —Aquí hice una pausa—. Y tú, Atria.

—No me quedaré para oír otras inferencias —espetó esta última—. He de volver a casa.

Y colgó las ánforas de la pértiga, la cargó sobre su hombro derecho, tras lo cual se alejó.

La pértiga.

Las ánforas.

Observando a Atria y a todas las mujeres de alrededor de la fuente intuí cómo el arquero podía haberse paseado por Esparta con arco y flechas sin llamar la atención. ¡Había usado el arco como pértiga portaánforas y las ánforas como receptáculo para las flechas! No había otra explicación. Quedaba por comprender, ahora, quién era aquel maldito arquero.

A mi vuelta a casa, Estrepsíades me informó de que mi madre no había regresado aún.

—¿Qué le habrá pasado? —pregunté con el ánimo apenado.

—Tiene el pellejo duro —trató de tranquilizarme mi esclavo—. Verás como pronto o tarde dará señales de vida.

Estrepsíades me informó también de que durante mi ausencia había llegado un enviado.

—Ha entregado esto —dijo, alargándome un rollo sellado—. Ha dicho que es estrictamente reservado.

Lo abrí y leí el contenido.

—Estoy invitado a participar en el banquete de esta noche en honor de los jóvenes que tomarán parte en la caza a los ilotas —informé a mi esclavo.

—Los espartiatas han decidido, pues, ir hasta el fondo de esa locura —comentó Estrepsíades.

—Esparta siempre ha basado su poder en el miedo —dije—. Pero el miedo engendra odio, y el odio, pronto o tarde, llama a la venganza. —Estrepsíades asintió—. Los ilotas son decenas de millares, mientras que los espartiatas son apenas un millar. Con sólo que los ilotas tuvieran las armas para

rebelarse, esta *krypteia* podría desencadenar, como reacción, una revuelta de proporciones inauditas que arrebataría para siempre a los lacedemonios la supremacía en Esparta.

## XXVII

### **En el que el gorrión nacido libre no quiere quedarse en la jaula**

**F**iloxena tanteó frenéticamente las paredes polvorientas en busca de una salida, pero no tardó en darse cuenta de que era totalmente inútil: del subterráneo del templo de Heracles, donde habían sido encerradas, no saldrían. El postigo de madera había sido cerrado desde fuera y no había manera de forzarlo desde el interior.

Agestrata estaba sentada en el suelo, con las piernas recogidas cerca del busto. Sofronia, apoyada contra la pared a su lado.

—Nuestros seres queridos nos creen de viaje hacia Atenas —dijo la muchacha—. Ninguno de ellos sabe que estamos encerradas aquí dentro.

—En cuanto a mí —dijo Sofronia—, no he dicho a nadie que venía a buscarte.

Filoxena se sintió tremendamente responsable por haber metido a las otras dos en aquella situación.

—Con sólo que no hubiese decidido partir, ahora nos encontraríamos las tres a buen recaudo en Esparta —

comentó amargamente.

—No te angusties —le respondió Sofronia, cuyo tono hacia ella se había suavizado mucho después de que la filósofa le hubiera salvado la vida.

—La culpa es mía, nada más. ¡Hubiera bastado con que no te hubiese empujado a irte!

Filoxena se miró las manos. Estaban sucias y temblaban. Las sacudió enérgicamente, luego volvió a observarlas, pero seguían temblando.

Cuando el hoplita zurdo y Etímocles le habían sorprendido precisamente en aquel subterráneo, habían llegado a la cabeza de un centenar de ilotas que se habían llevado todas las armas escondidas allí dentro y las habían transportado a la superficie. El hoplita se había ido de inmediato, pero los ilotas se habían quedado y durante el resto del día se habían afanado por trasladar las armas. Era ya de noche y el gran estruendo de la tarde recién pasada había cedido el paso a un triste silencio. Filoxena pensó que en toda su vida no había visto temblar jamás sus manos así. En su ánimo un demonio insinuó un presagio de muerte. Meneó la cabeza tratando de ahuyentar los pensamientos funestos y fue a atisbar por las rendijas del postigo desgoznado. A través de ellas miró hacia arriba, hacia lo alto de la escalera por la que habían bajado.

—Hay dos hombres de guardia.

—¿Están armados? —preguntó Agesistrata.

Filoxena asintió.

—Con lanza y escudo.

Sofronia suspiró.

—No hay forma humana de salir de aquí. No te afanes inútilmente —sugirió a la filósofa.

Filoxena empezó a caminar adelante y atrás en la

penumbra. Se miró de nuevo las manos. Temblaban. Estaba muy tensa.

—Los ilotas están preparando una insurrección —dijo.

Faltaba el aire allí abajo. Con dos dedos, Agesistrata se secó el sudor, que chorreaba sobre su pecho.

Filoxena dejó escapar un resoplido.

—¿Por qué precisamente ahora? —se preguntó en voz alta.

—¿Qué pretendes decir? —le preguntó Agesistrata.

Filoxena se acuclilló y buscó los ojos de su sobrina en la penumbra.

—Por los documentos encontrados en casa de Anaxandra, Apolófanes comprendió que Prótoo había invertido unas sumas excesivas para la restauración de la estatua de la Hidra. En la práctica, había hecho gastar a Esparta una suma muy superior a la que era necesaria. Cabía sospechar que escondía el descubierto en alguna parte. En cambio, ahora está claro que todo el oro destinado a este templo fue gastado por Prótoo en la realización de unos trabajos clandestinos: a espaldas de todos, hizo excavar este subterráneo secreto, donde escondió todas las armas que hemos encontrado. He aquí por qué no hizo restaurar también la estatua de Heracles. Le bastaba con arreglar la de la Hidra para sus fines, o bien para transformarla en una cerradura formidable.

—Prótoo cayó en la batalla hará unos diez años en Megalópolis, combatiendo contra los macedonios. Por tanto, estas armas se encuentran aquí abajo desde entonces —dijo Agesistrata.

—Exactamente. Pero ¿por qué los ilotas no han venido hasta ahora a llevárselas? ¿Por qué no se han servido de ellas antes para alzarse contra los espartiatas? —preguntó Filoxena, como si conociese ya la respuesta a aquella

pregunta.

—La razón sólo puede ser una —intervino Sofronia—. Porque hasta el día de hoy no sabían de su existencia.

—Es posible —se mostró de acuerdo Filoxena.

—Lo cual significa que tampoco Etímocles conocía el secreto guardado por la estatua de la Hidra —continuó Agesistrata—. Su pueblo no dista mucho de aquí. De haber sabido de la existencia de todas aquellas armas, ciertamente, no habría esperado diez años para preparar una insurrección.

—Ha sido el hoplita zurdo quien ha hecho descubrir las armas a Etímocles y a los otros ilotas —arguyó Filoxena—. Y lo ha hecho justamente hoy, conduciéndole aquí mientras nosotras tres nos encontramos en este subterráneo.

—El Hado nos han jugado una mala pasada —comentó Sofronia con amargura—. Estábamos en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Filoxena resopló.

—¿Tú crees en el Hado? —le preguntó.

—Que crea o no, ¿qué diferencia hay? —replicó desencantada Sofronia.

A Filoxena le gustó aquella respuesta, incluso en su carácter trágico, ingeniosa.

—El hoplita zurdo conocía la existencia del subterráneo y de las armas —prosiguió la filósofa—. Tras haber raptado a Agesistrata, no la escondió aquí por casualidad. Su plan giraba en torno a este templete.

—No te sigo —hubo de admitir Agesistrata.

—Un hoplita te raptó con el único fin de provocar un enfrentamiento entre las clases sociales de Esparta. Tú, la hija de un perieco, raptada por un misterioso hoplita con armadura de espartiatas. Por lo que he podido ver con mis propios ojos, ha conseguido crear enormes tensiones entre

los espartiatas y las clases inferiores. Se pensó equivocadamente que tu rapto fue organizado por Dercilidas para hacer fracasar la propuesta de reforma presentada por tu padre. Esta reforma, en efecto, no tenía nada que ver con tu rapto. El hoplita quería instigar a los espartiatas a la violencia contra los ilotas. Y, por consiguiente, a los ilotas a rebelarse contra sus amos. Ahora que el choque parece inevitable, el hoplita ha llevado a Etímocles al descubrimiento de todas estas armas con el fin de permitir así a los ilotas sublevarse.

Agesistrata asintió.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. Lo que pienso, sin embargo, es que antes de morir Prótoo no debía de haber revelado a muchos la existencia de este subterráneo y de todas estas armas. La única persona que considero que lo sabía es...

—Su mujer, Anaxandra —exclamó la joven.

—Un momento. Ese hoplita no podía ser Anaxandra —la interrumpió Filoxena—. Cuando partimos de Esparta, estaba en prisión.

—Ya —admitió Agesistrata—. Su arresto había conjurado la proclamación de la *krypteia* y había atenuado las fricciones entre los espartiatas y los ilotas. Pero, si los ilotas se estaban armando, significa que la *krypteia* ha sido declarada y que, por tanto...

Filoxena palideció.

—¡Y que, por tanto, Anaxandra ha recuperado la libertad! ¿Es posible que bajo la apariencia de ese hoplita se escondiese precisamente ella? ¡Si hace sólo un rato hubiese podido tirar de la barba para comprobar si era verdadera o postiza!

—Pero ¿cómo se explicaría el homicidio de Dercilidas en todo esto? —preguntó Agesistrata.

—Podría haber servido al homicida para aumentar la rabia de los espartiatas, hasta empujarlos a declarar la *krypteia* por anticipado —respondió Filoxena.

—Pero mi rapto había sido ya suficiente para hacer estallar el conflicto entre espartiatas, periecos e ilotas —hizo observar la muchacha.

—Se habría llegado también al enfrentamiento incluso sin el homicidio de Dercilidas.

Filoxena meditó en silencio sobre lo que había dicho su sobrina. Finalmente se sobresaltó.

—¿Y si, por el contrario,uviésemos que invertir los factores?

Agesistrata la miró con aire interrogativo.

Filoxena se tomó un momento para poner en orden sus ideas, y luego prosiguió.

—Hasta ahora hemos dado por descontado que el homicidio de Dercilidas ha servido para deteriorar las relaciones entre los espartiatas y los ilotas. ¿Y si, en cambio, el fin último del hoplita zurdo hubiese sido precisamente el asesinato de Dercilidas? En el fondo, las tensiones sociales podrían haberle servido solamente para echar una cortina de humo a quien había indagado sobre el homicidio.

—Habría sido muy astuto —hubo de admitir Agesistrata.

Del exterior de la estancia llegaron unos ruidos. Las tres mujeres se sobresaltaron. El postigo que obstruía la salida fue abierto con gran estrépito y, tras una nube de polvo, apareció uno de los dos ilotas puestos de guardia en aquella prisión. Armado con una lanza, era bajo de estatura, robusto, membrudo y con un cuello de toro. No tenía pinta de ser muy inteligente; sin embargo, a juzgar por su aspecto, Filoxena comprendió que ellas tres no habrían podido imponerse en un enfrentamiento físico.

—¡Contra la pared! —ordenó el ilota con tono amenazador, apuntando la lanza contra ellas.

Las mujeres obedecieron temblando de miedo y se acurrucaron en el punto del subterráneo más lejano de aquel hombre.

—¡Tomad! —dijo, y les arrojó a los pies un odre de piel semivacío.

—Tenéis bastante con el agua que hay aquí dentro —rezongó.

—¿Qué será de nosotras? —preguntó Sofronia, temblorosa.

El ilota le dirigió un mohín malicioso que le deformó el semblante.

—En las próximas horas vosotras tres os convertiréis en nuestras esclavas. Y cuando hayamos quedado satisfechos del todo, os mataremos.

Las prisioneras se estremecieron. El hombre se desternilló de la risa y dio dos pasos hacia ellas, pero enseguida su compañero lo llamó a lo alto de la escalera.

—Nos volveremos a ver pronto —se despidió el ilota con un tono que sonaba como una amenaza; cerró el postigo tras de sí y aseguró firmemente las trancas.

Agestrata sollozó y tembló de miedo, entre los brazos de Sofronia.

La filósofa se acercó a las dos.

—No temáis. No les permitiré que me rocen ni con un dedo siquiera.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó la joven entre un sollozo y otro—. La única salida está atrancada y, aunque consiguiéramos salir de este subterráneo, allí arriba están esos dos carceleros. ¡No tenemos ninguna esperanza!

Filoxena levantó la mano derecha. Todavía temblaba como una hoja expuesta al viento del Boreas. Contempló el anillo de su madre. En la superficie del camafeo, a la luz de las antorchas que penetraba por las rendijas del postigo, destacaba esculpido el rostro de Atenea. Sus ojos severos contemplaban el mundo, dispuestos a premiar generosamente la inteligencia y a castigar tremendamente la estupidez de los hombres. Si Filoxena quería la protección de la diosa, debía permanecer lúcida. Por tanto, ahuyentó de sí la desesperación a lo profundo de su ánimo y trató de tener bajo control el latido del corazón. Finalmente sus manos dejaron de temblar. Sólo entonces la filósofa acarició con delicadeza la cabeza de Agesistrata. Su sobrina percibió aquel gesto reconfortante y sintió un alivio inexplicable.

—No nos convertiremos nunca en esclavas de nadie — dijo Filoxena con un tono orgulloso—. Por nuestras venas corre sangre ateniense. Siempre he luchado por defender mi libertad y, por supuesto, no me doblegaré ahora a los ilotas de Esparta. Si los dioses quieren, moriré en este subterráneo. Pero, si he de morir aquí abajo, lo haré como una mujer libre.

## XXVIII

### En el que se arrojan pelotillas de miga de pan a un jarro

Había oído hablar de las comidas colectivas de los espartiatas. Sabía que Licurgo había importado la práctica de Creta, donde se los conocía como *andreia*. En Esparta, Licurgo las había llamado *fiditia*, término que recuerda la templanza, puesto que su finalidad era suscitar en los comensales el amor por la frugalidad, además de la amistad y el afecto entre todos los participantes.

A la caída de la noche, los espartiatas se reunieron, pues, en una gran fidicia organizada en el interior de uno de los muchos gimnasios de la ciudad para festejar el comienzo inminente de la *krypteia*. Los más mayores, echados en cómodos triclinios, llevaban los *himationes* abiertos dejando el busto a la vista, para que los más jóvenes admirasen su prestancia aún envidiable. Reparé también en Aristolco, recostado en un triclinio conversando con un efebo sentado a su lado. El viejo sostenía una escudilla de *melas zomós* y ofrecía sus bocados de carne al joven, mientras que él se contentaba con sorber la sopa negruzca.

Entre los muchos presentes, había también irenos, los

jóvenes que partirían a la caza de los ilotas aquella misma noche, al término de la comida colectiva. Todos se congratulaban y les ofrecían los bocados de carne más suculentos. Los comensales conversaban y bromeaban amenamente como hubieran hecho en Atenas los ciudadanos en tiempos de paz, durante la celebración de las Dionisias o de las Panateneas. En cambio, en Esparta se encontraba la manera de reír y de bromear en vísperas de una *kryptia*, festejando a unos jóvenes que no tardarían en llevar a cabo una matanza de hombres, mujeres y niños ilotas.

Cuando llegué a la fidicia se hizo un silencio repentino. Desde su lecho, Aristolco interrumpió la conversación y me miró fijamente con ojos duros. Se levantó y vino a mi encuentro en silencio, con las manos escondidas bajo la capa y la mirada clavada un poco más allá de los pies. Tal era la actitud púdica y circunspecta del típico espartiatas. Tenía un aspecto y un olor más bien agradables. Era notorio que en tiempo de paz los espartiatas se lavaban raramente y no hacían uso de ungüentos para perfumar el cuerpo. Muy distintas eran las costumbres durante las expediciones militares, cuando sus cuerpos habían de ser bien curados, perfumados y envueltos en las capas escarlatas. Los largos cabellos debían estar bien recogidos en trenzas y las armas perfectamente afiladas y brillantadas. Los espartanos eran conocidos de todos tanto por lo repulsivo en tiempos de paz como por su hermosura en tiempos de guerra, alegres y distinguidos en el aspecto en el momento más próximo a la muerte. Toda la jovialidad que acababa de notar en esta fidicia, en resumidas cuentas, no auguraba nada bueno.

—No todos son admitidos a la comida colectiva aquí en Esparta —me avisó Aristolco mientras continuaba con la mirada gacha—. Y menos que nadie los atenienses —añadió, y resonó un ultrajante estallido de carcajadas de los comensales.

Le mostré las piezas de caza que había traído conmigo.

—Conozco las costumbres. Uno no se presenta a las comidas colectivas sin traer algo.

Aristolco asintió complacido y me escrutó con aire divertido.

—Sea como fuere, en la ciudad de los pares, todos han de someterse a un juicio de admisión —me explicó el venerable geronte, luego dio unas palmadas y apareció en la sala un siervo con un jarro en equilibrio sobre la cabeza.

Los comensales cogieron miga de pan e hicieron muchas bolitas.

—Cuantos te quieran en esta fidicia echarán dentro de ese jarro la pelotilla de miga —explicó Aristolco señalando el recipiente sobre la cabeza del siervo—. Cuantos no te quieran la depositarán aplastada. Si al final de la votación se encuentra una sola miga aplastada, no serás admitido entre nosotros.

Oí varias carcajadas procedentes de la sala. Muchos bromeaban sobre mi exclusión, que era bastante probable, a juzgar por las miradas burlonas con las que me crucé. Y, sin embargo, ninguno se decidía a ser el primero en echar dentro del jarro su pelotilla de pan. Comprendí que todos esperaban ver cómo iba a votar Aristolco. El anciano tomó entre los dedos un pedazo de miga y lo echó dentro del jarro, luego de haber hecho una pelotilla. A partir de aquel momento todos los otros comensales expresaron su juicio. Nadie se mostró contrario a mi admisión en la fidicia.

—Esta ciudad no acaba nunca de asombrarme —hube de admitir.

—Los dioses escuchan las súplicas de todos —me sugirió Aristolco.

—Pero yo no he suplicado en absoluto a los dioses que me hicieran participar en esta fidicia.

Aristolco rio burlonamente.

—Lo he hecho yo.

Sonreí.

—El prestigio del que gozas entre los espartiatas es grande. Tu rostro ha condicionado el de todos los otros.

—Pocos espartanos han alcanzado mi venerable edad. Soy un miembro de la *gerusía* de unos treinta años —observó el anciano—. Todos me consideran un pilar de virtud y de cordura.

—¿Por eso tampoco los dos reyes han dudado en contradecirte cuando han insistido en declarar la *krypteia* anticipadamente?

Aristolco no captó mi provocación y me señaló un triclinio libre al lado del suyo.

—Acompáñame, ateniense. Hablaremos cuando te hayas saciado.

Me eché en el lecho junto al del venerable geronte y un siervo me ofreció una escudilla de sopa negra. Rehusar habría resultado inoportuno, tras mi admisión en la fidicia decretada con un juicio unánime. Probé esa especialidad y la encontré repulsiva.

—Tu paladar refinado, ateniense, no puede apreciar la comida de los verdaderos guerreros —comentó burlón Aristolco, que observaba divertido mi mueca de desagrado.

También conocía la práctica de los espartanos de bromear entre ellos durante las *fidicias*, para habituar el ánimo a no irritarse frente a una tomadura de pelo. De este modo, también la comida se convertía en un adiestramiento. Se acostumbraba a los cuerpos a soportar las comidas desagradables y a los ánimos a mantenerse serenos si se convertía uno en objeto de puyas.

—Creía que un verdadero guerrero se demostraba tal en la batalla, no en la mesa —respondí a tono.

—Si un hombre no quiere morir de hambre en tiempos de guerra, debe acostumbrarse a soportar los malos sabores en tiempos de paz.

—Pero así no saboreará jamás la paz y acabará por considerar la guerra una costumbre inevitable.

—Para un espartano la guerra es una costumbre inevitable —apostilló Aristolco.

—De este modo, lo será también para sus enemigos.

—Peor para ellos. Los guerreros más temidos son los espartanos.

—Y, sin embargo, en los últimos años habéis perdido muchas guerras.

El venerable geronte hizo una mueca, mostrando que había acusado un duro golpe, luego sonrió burlón.

—Se ve que, con el tiempo, hemos vuelto nuestra sopa demasiado gustosa.

Encontré divertida su agudeza y estallé en una carcajada sincera. Aristolco pareció agradecer mi rapidez mental. Es propio de la índole espartana aprender a no ofenderse por las ocurrencias ajenas, como también poner a prueba el temple del prójimo dirigiéndole puya y observando su reacción. Manteniendo unos nervios de acero, me había ganado su aprecio.

Tenía que enjuagar el sabor desagradable que me había quedado en la boca y por eso tomé vino, que, sin embargo, tenía un sabor fuerte y a roble. Al ver que no me gustaba tampoco éste, Aristolco rio divertido.

—¿Tan ridículo encuentras mi comportamiento? —pregunté—. Sentía el paladar pastoso, y en la garganta una densa pátina que me impedía tragar.

—Al menos tanto como tu aversión a la *krypteia* —respondió Aristolco.

—Habéis tomado una decisión insensata —sentenció sin medias tintas.

—Tú no eres espartiatas —replicó el anciano—, por tanto, no puedes comprender. En Esparta se aprende desde pequeño a trocar en provecho propio lo que todos consideran ventajoso. Así la pobreza se vuelve riqueza y la guerra se convierte en la única garantía para obtener la paz.

Meneé la cabeza. El vino era fuerte. La estancia empezó a dar vueltas. Pero tenía que seguir bebiendo para limpiar mi boca pastosa.

—Por tanto, ¿en esta ciudad se obtiene justicia cometiendo una injusticia? —pregunté con actitud voluntariamente provocativa.

—La caza a los ilotas no es en absoluto una injusticia —replicó el geronte.

—Convendrás conmigo al menos en que es un azar, desde el momento en que la habéis declarado so pretexto de vengar a Dercilidas, cuando no sabemos aún quién lo mató.

—Para ganar en una guerra hay que prever los movimientos del adversario.

—Siempre que se comprenda antes quién es, en efecto, el enemigo. ¿No fue Licurgo quien sugirió que no es conveniente hacer la guerra a los mismos pueblos, para evitar así que aprendan a defenderse? Vosotros los espartiatas no perdéis ocasión para ensañaros siempre y únicamente con los ilotas.

—Ellos son nuestra fuente principal de amenazas.

—Pero esta vez habéis sido vosotros, espartiatas, quienes hacéis que sean tales con vuestras acusaciones —le contradije.

—¿Tú crees que Etímocles no tiene nada que ver con el delito de Dercilidas? ¿De veras crees que ha sido Anaxandra

quien lo mató? —preguntó el geronte impaciente.

—Ignoro quién es el culpable —hube de admitir—, y a propósito de esto me guardo mucho de señalar con el dedo a alguien con tu misma seguridad.

Aristolco se rio de modo bilioso.

—Y mientras tú te tomas tu tiempo para reflexionar, ateniense, ¿hemos de quedarnos nosotros mirando? ¿Y si esos perros vinieran a masacrarnos por la noche, mientras esperamos que tú determines quién es el culpable?

—Yo digo que el malestar entre las clases sociales de Esparta son un obstáculo, no una ayuda, para la solución del caso.

—¿Estás diciendo que es por mi culpa por lo que no has encontrado todavía al culpable? —repuso con dureza Aristolco.

—Estoy diciendo que para encontrar al asesino de Dercilidas no tiene sentido organizar un exterminio de ilotas, sino que es necesario comprender quién se ha beneficiado con su muerte. ¿Qué ventaja habrían obtenido Etímocles y los ilotas, dado que vosotros ahora os estáis preparando para exterminarlos como moscas?

—¿A qué tipo de ventaja te refieres? —preguntó Aristolco, como si no hubiese ni oído siquiera lo que había dicho a continuación.

Había obtenido su completa atención. Había llegado el momento de dirigirle la pregunta que más me urgía.

—He encontrado, entre los documentos de Dercilidas que he examinado, unos apuntes para un discurso que habría pronunciado ante las autoridades de Esparta y en el que hacía referencia a una *rhetra*, una ley que quería proponer. En esos apuntes se menciona la ley, pero no se comprende del todo el contenido. Quisiera saber si Dercilidas te habló alguna vez de ella.

Aristolco asintió pensativo.

—Me habló vagamente de ella y de modo estrictamente confidencial —dijo—. Estaba reflexionando todavía sobre ella y decía que iba a necesitar un poco más de tiempo para formularla lo mejor posible antes de someterla a la discusión de los éforos.

—¿De qué se trataba?

—Pues de lo que me había dicho: quería introducir el uso de monedas de oro y de plata entre los espartiatas. Además, quería reformar el sistema de reparto de los predios rústicos, introduciendo la posibilidad para los espartiatas de comprar y vender los terrenos.

—¿Por qué? Por el momento, ¿cómo se asignan las tierras? —pregunté.

—La tierra se reparte de acuerdo con las necesidades y el número de los componentes de la familia de cada lacedemonio. Aquí en Esparta la tierra no se compra ni se vende porque, por voluntad de Licurgo, los espartiatas no pueden hacer uso del dinero. Aquel de nosotros que poseyera oro o plata no podría utilizarlos para comprar nada. Así ningún espartiatas puede volverse ávido, puesto que no puede hacer uso de su propia riqueza.

—Pero, si fuese aprobada una ley como la que tenía en la mente Dercilidas, en Esparta cambiarían muchas cosas.

—Sería una auténtica ruina —se le escapó a Aristolco.

—¿Por qué razón?

—Porque la introducción de las monedas de oro y de plata transformaría a los espartiatas en individuos ávidos y blandengues, dedicados nada más que a acumular bienes de lujo y riquezas. La moderación y la frugalidad en los gastos, que hoy consideramos las mejores virtudes lacedemonias, serían abandonadas en favor de la avidez y de la corrupción.

—Si la causa de la muerte de Dercilidas fuese precisamente esta ley, el asesino no podría ser un ilota, sino un espartiatas amante del orden impuesto por la ley de Licurgo.

Aristolco puso unos ojos como platos.

—No sospeches de mí, ateniense —me dijo—. Soy demasiado viejo para matar a un hombre en la plenitud de su vigor como era Dercilidas. —Y, cuando hubo pronunciado aquellas palabras, se puso en pie—. Sea como fuere, no puedo echarme atrás. Ha sido declarada la caza a los ilotas. Ahora debemos llegar hasta el final.

—Piénsatelo —le sugerí.

—No puedo hacerlo. Sería una muestra de debilidad a los ojos de los espartiatas.

—Te mostrarías, por el contrario, prudente —le contradije.

Aristolco hizo un mohín amargo.

—Eres un soñador, ateniense. Que sepas, sin embargo, que las cosas en el mundo real no funcionan como en el mundo de las ideas.

Suspiré.

—Pero también en este mundo a los hombres que cometen errores les está permitido retractarse.

—No aquí en Esparta —repuso el venerable geronte y, tras levantar una mano para impedirme alguna réplica, decretó concluido nuestro coloquio.

Ganó el centro de la sala y reunió a los irenos en torno a él, les ciñó la frente con unas cintas púrpura y entregó un puñal a cada uno.

—Marchad, hijos de Esparta —proclamó el geronte con voz orgullosa—. Partid y sembrad la muerte y la destrucción en las tierras de los ilotas con estos puñales. Que Enialio, el

antiguo dios de la guerra, os acompañe y lleve a Fobos, el terror, hasta dentro de las casas de todos nuestros enemigos. Los que sobrevivan recordarán para siempre a quién deben ciega obediencia. ¡Después de vuestro paso no osarán nunca más desafiaros, para no atraer la ira funesta de Esparta sobre sí mismos, así como sobre sus seres queridos!

Los jóvenes irenos se mostraron exultantes al oír las palabras del anciano.

—Y ahora vosotros, compañeros lacedemonios, ofreced comida a nuestros jóvenes, de modo que esta noche nos hagan sentirnos orgullosos de ellos.

Los irenos pasaron por entre los triclinios y recibieron los buenos auspicios de todos los comensales. Cuando acabó también aquella celebración, Aristolco los abrazó y los besó en la frente uno a uno.

—A vuestro regreso, festejaremos por adelantado vuestra merecida entrada en la vida adulta —concluyó el venerable geronte con los ojos brillantes y rebosantes de orgullo y emoción.

## XXIX

### En el que se implora ayuda para Agesistrata

Encerradas en aquel subterráneo, Agesistrata, Filoxena y Sofronia pasaban una noche en vela. A duras penas conseguían verse, dado que la luz de las antorchas penetraba del exterior sólo por las estrechas rendijas del postigo. No habían tocado la comida y se habían limitado a mojarse los labios con el agua que contenía el odre. Habían decidido racionarla, pues no sabían hasta cuándo habría de bastar.

El terror a ver reaparecer de un momento a otro al ilota que las había amenazado les impedía dejarse ganar por el sueño. Escuchaban, extenuadas y atemorizadas, cada ruido proveniente del exterior. De tanto en tanto se oía un ulular lejano. Filoxena se desplazó en sentido paralelo a la luz tenue que penetraba en el subterráneo y examinó por enésima vez su anillo.

—Deben de ser los mismos lobos a los que hemos escapado por los pelos —sugirió Agesistrata prestando oído a los aullidos.

—Los lobos son animales consagrados a Apolo —dijo

Filoxena—. Estamos presas porque el dios ha querido castigarnos.

—¿Por qué lo dices? —preguntó su sobrina.

—Cuando Tisámeneo me pidió que participara en el banquete en honor de Apolo, hubiera tenido que comer y libar con vosotros en agradecimiento por tu liberación. En cambio, no lo hice, razón por la cual el dios te ha llevado adonde estabas prisionera y nos ha encerrado a nosotras también contigo —explicó Filoxena.

Agestrata echó una mirada alrededor.

—El dios podría no habernos empujado aquí dentro para castigarnos, sino para descubrir este subterráneo y las armas que contenía.

Filoxena observó una vez más el anillo que llevaba en el dedo.

—¿Por qué sigues mirándolo? —le preguntó Sofronia.

Filoxena ocultó la mano de golpe tras la espalda y miró a la mujer como si la hubiese sorprendido mientras robaba algo.

—Vamos, dímelo —le animó Sofronia—. No haces más que mirar el anillo desde que estamos encerradas aquí abajo.

—Estaba pensando en una manera de salir de aquí —confesó Filoxena.

Sofronia frunció el ceño.

—Desengáñate. No hay forma humana de salir de este subterráneo.

Filoxena suspiró y mostró su mano.

—Yo creo, en cambio, que sí la hay.

Levantó la mano de modo que la luz tenue que penetraba por una rendija del postigo la iluminase y extendió los dedos. El camafeo con la imagen de Atenea resaltó ante los ojos de

Sofronia.

—Este anillo es el recuerdo más querido que tengo de mi madre —dijo Filoxena, y, acto seguido, se volvió hacia Agesistrata—. ¿Recuerdas cuando hablamos de Filesio, el esclavo que murió por culpa de tu padre?

La muchacha asintió abatida.

—Como ya sabes, mi madre le permitió instruirme en el gineceo, lejos de toda mirada indiscreta. Pero mi padre se acabó enterando gracias a una sierva de mi madre, por lo que hizo azotar a Filesio hasta casi dejarlo medio muerto. Como consecuencia de este hecho, mi madre dio con la manera de castigar severamente a esa esclava y, como había sido obligada por mi padre a presenciar el castigo de Filesio, también mi madre me obligó a presenciar a mí el castigo de la esclava que nos había traicionado. Fue algo aterrador. Nunca olvidaré sus alaridos de dolor ni la sangre que brotaba de su mano después de que mi madre la hubiese traspasado con una aguja, dejándola inválida para siempre. Antes de actuar, me regaló este anillo y me dijo que observara lo que se disponía a hacer por mi bien.

—¿Qué quería decir con ello? —preguntó Agesistrata.

—Entonces pensé que quería mostrarme cómo a veces para hacer justicia es necesario cometer una injusticia equiparable, si no superior, al agravio sufrido. Mi padre, en efecto, había empleado las mismas palabras cuando me había obligado a observar a Filesio mientras a una orden suya dos esclavos le desollaron la espalda a latigazos: «Observa, hija mía, es por tu bien».

—¿No era ése el mensaje de tu madre?

Filoxena meneó la cabeza.

—Después de que la esclava quedara inválida, fue cedida a un *porneion*. A partir de ese momento mi padre nos prohibió hablar de aquella historia, de modo que en mi casa

ya nadie dijo una palabra de lo que había sucedido. Durante muchos años, también después de la muerte de mi madre, me convencí de haber comprendido bien lo que había querido decirme, hasta hace algunos meses, cuando reencontré este anillo. Me lo puse en el dedo y sólo entonces comprendí que precisamente no había comprendido nada de lo que ella había querido enseñarme aquella vez.

—¿De qué modo este anillo te ha hecho comprender el verdadero mensaje de tu madre? —preguntó la joven.

Filoxena levantó otra mano y con dos dedos apretó el camafeo que, rodando hacia un lado, reveló un compartimento secreto. Agesistrata se quedó sin aliento. El interior de aquel pequeño vano estaba lleno de un polvo oscuro.

—Cuando me puse el anillo, descubrí este compartimento secreto debajo del camafeo. Contiene un fármaco letal.

Agesistrata y Sofronia miraron la joya de Filoxena con aire extrañado.

—¿Por qué te dio tu madre un anillo con un veneno mortal? —preguntó Sofronia, confusa.

—Para hacerme comprender lo que la vida le había enseñado.

—No logro entender —confesó Agesistrata.

—Tras lo que le había sucedido a Filesio, mi madre quería enseñarme que el hombre justo puede ver que se le niega la justicia. Pero el hombre verdaderamente libre no perderá nunca su libertad.

—Y, sin embargo, un hombre, por más que haya nacido libre, puede verse reducido a la esclavitud por un enemigo que conquista su ciudad, tal como le ha sucedido a Estrepsíades —objetó Sofronia.

—Filesio era un esclavo —dijo Filoxena—, pero pensaba

como un hombre libre. Por eso fue castigado por mi padre. Mi madre quería que comprendiese: el verdadero bien supremo para todo hombre es la libertad de pensamiento. Ella se pasó toda la vida sometida, primero a su padre y luego a su marido. Aunque era una ciudadana libre, nunca vivió verdaderamente su libertad. ¡Qué triste es verse reconocida por ley la propia condición de ciudadana libre, cuando luego las convenciones obligan a vivir como una esclava! Después de lo que le sucedió a Filesio, mi madre quería asegurarse de que no renunciaría a mi libertad.

—Pero... ¿y el veneno? —preguntó entonces Sofronia.

—Si me viese obligada alguna vez a elegir entre mi libertad y la muerte, podría ingerirlo. La dosis que contiene este vano secreto es suficiente para matar.

Sofronia palideció.

—¿Estás diciendo que el único modo de escapar a esta prisión es la muerte?

Filoxena meneó la cabeza.

—No es esto lo que quiero decir —precisó con una sonrisa desesperada—. No estoy dispuesta a dar esta satisfacción a quien nos ha encerrado aquí dentro. Ingeriendo una dosis mínima de este fármaco, sin embargo, una persona que goce de salud cae en un estado de muerte aparente. Si me tomase una pizca, nuestros dos carceleros me creerían muerta y vosotras podrías convencerlos de que me transportasen fuera del subterráneo para enterrarme. Pero, una vez despierta fuera de aquí, correría en busca de ayuda y finalmente volvería a liberaros también a vosotras dos.

Agestrata a punto estuvo de ponerse a llorar de la alegría. Era un plan aventurado, loco, pero por lo menos proporcionaba algo de esperanza.

—¿Has decidido hacerlo? —le preguntó.

—Por desgracia, no puedo —respondió Filoxena,

consternada.

Agesistrata y Sofronia se quedaron extrañadas.

La filósofa suspiró.

—No es por mí... —dijo, y, para hacer comprenderles lo que trataba de decir, se llevó una mano al vientre.

—¿Tú... esperas un hijo? —preguntó Agesistrata, incrédula, con ese hilo de voz que aún le permitía el asombro.

Filoxena asintió con una sonrisa de emoción en los labios.

Su sobrina se concedió un instante para asimilar la situación. Sofronia miró fijamente atónita a la filósofa durante unos instantes interminables.

—¿El padre es Apolófanes? —preguntó.

Filoxena asintió una vez más.

—Hará un par de meses descubrí que estaba encinta —explicó—, pero no me he visto con coraje para decírselo. Por eso hui de él sin darle ninguna explicación.

—Así pues, no lo abandonaste porque no lo querías... —dedujo Sofronia.

—Estaba aterrorizada. Temía que este niño acabaría con mi libertad. Fue entonces cuando encontré el anillo de mi madre, y ha sido precisamente este objeto el que me ha hecho tomar la decisión de abandonar a Apolófanes.

Agesistrata meneó la cabeza, contrariada.

—Pero él tiene derecho a saber que tendrá un hijo tuyo.

—En realidad, durante todo el tiempo en que he estado separada de Apolófanes, estaba decidida a desembarazarme de este niño. Pero me ha faltado el coraje.

—¿Cómo lo habrías hecho? —preguntó Sofronia.

—Precisamente con esto —respondió Filoxena, mostrando

el fármaco guardado en el vano secreto del anillo—. Pensaba en mi libertad, en todos los esfuerzos de mi madre y de Filesio encaminados a darme la instrucción que me ha permitido convertirme en una filósofa. La libertad es la herencia que ellos me han dejado. Y es el bien que aprecio por encima de cualquier otro.

—¿Más que el amor por Apolófanes? ¿Más que a tu hijo? —preguntó con tono provocador Sofronia.

Filoxena no reaccionó.

—No quiero renunciar a mi libertad, pero, porque precisamente creo en ella, no puedo negársela a mi hijo. Así pues, no puedo ingerir este fármaco para tratar de salvarnos. Si lo hiciese, en efecto, le mataría a él.

En el subterráneo en el que las tres estaban prisioneras se hizo de golpe el silencio. Podía oírse claramente su resuello. Fuera no se movía ni una hoja. De lejos un lobo elevó el enésimo aullido a la luna.

—Lo haré yo —dijo Sofronia, rompiendo el silencio.

—No puedes —objetó decidida Filoxena—. Eres de edad demasiado avanzada. Hasta una mínima dosis de este veneno podría matarte.

—No estoy tan decrepita como tú crees —replicó Sofronia, despechada—. Si este fármaco es nuestra única esperanza, debo intentarlo.

—No puedo permitírtelo —dijo Filoxena—. Si tú murieses por culpa de este veneno, Apolófanes no me lo perdonaría jamás...

Antes de que terminase la frase, Agesistrata se le arrojó encima y le sacó el anillo del dedo.

—¿Qué haces? —exclamó la filósofa.

Sin dignarse a responderle, la joven se llevó el anillo a los labios y se tragó rápidamente el polvo. Al cabo de pocos

instantes fue presa de violentos espasmos y cayó al suelo. Sofronia gritó de terror. Una espuma blanca salió de la boca de la muchacha, mientras rodaba por el suelo y sus ojos abiertos de par en par miraban suplicantes ya a Sofronia, ya a Filoxena.

—¡Has ingerido demasiado! —gritó Filoxena presa de la desesperación, impotente ante lo que le estaba pasando a su sobrina.

Se inclinó sobre ella y trató de limpiar la boca metiéndole los dedos dentro. Pero el veneno estaba haciendo ya su trágico efecto.

—¡Socorro! ¡Socorro! —llamaba entretanto Sofronia con voz desesperada.

—¿Qué pasa ahí abajo? —vociferó el ilota más bajo desde lo alto.

—Agesistrata se está... muriendo. ¡Venid, rápido! —imploró Sofronia con la voz rota.

—¡A otro perro con ese hueso! —espetó el otro ilota.

—¡Os lo ruego! —suplicó Filoxena, mientras el cuerpo de la muchacha dejaba de agitarse y permanecía inmóvil en el suelo.

Con el ánimo lleno de horror, acercó su rostro a su sobrina con la esperanza de percibir que respiraba. Pero de la boca de Agesistrata no salía ni el más débil suspiro. La filósofa, cada vez más abatida, aplicó entonces el oído al pecho. Cuando se dio cuenta de que no latía ya el corazón, prorrumpió en un lamento desgarrador.

Los dos ilotas se convencieron de que las prisioneras no estaban fingiendo. Bajaron al subterráneo y abrieron el postigo. A su entrada, encontraron a Filoxena y a Sofronia inclinadas sobre la muchacha exánime. Los dos carceleros maldijeron.

—Por todos los dioses, ¿qué demonios le ha pasado? — preguntó trastornado el ilota bajito.

Filoxena gritaba como si sus alaridos desesperados pudieran devolver a su sobrina a la vida. El otro ilota, un hombre calvo y seco de carnes, acercó su antorcha al rostro de la joven, pero la cercanía del fuego no provocó ninguna reacción en Agesistrata ni la hizo cambiar de expresión.

—Si está fingiendo para fastidiarnos, la verdad es que lo hace muy bien —comentó el ilota seco volviéndose hacia el bajito.

Su compañero emitió un gruñido.

—Déjame a mí... —dijo apartando bruscamente a su compañero y acercándose a la muchacha.

—¡No te atrevas a ultrajar su cuerpo! —le avisó amenazadora Filoxena, abalanzándose contra aquel ilota.

Éste aferró a la filósofa y la estampó a un lado, haciéndola rodar por el polvo.

—¡Apártate de mí! —le intimó severo.

El ilota más bajo se inclinó sobre el cuerpo de Agesistrata, lo examinó un instante de cerca, luego se volvió a levantar y le soltó un fuerte puntapié en un costado. El cuerpo de la muchacha rodó sobre sí mismo y quedó boca abajo, con un brazo aplastado bajo el pecho y el otro abandonado lejos del costado. Sólo un cuerpo sin vida podía mantener tan incómoda postura.

—¡Ésta está muerta de veras! —dedujo el ilota seco, rascándose la calva cabeza.

Otro suspiró molesto.

—No nos queda más que sacarla de aquí, no trae buena suerte dejar un cadáver pudriéndose dentro de un templo.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó el otro.

—La llevaremos arriba y en cuanto salga el sol la enterraremos en alguna parte del bosque.

Filoxena, tirada aún en el suelo, siguió gimiendo piadosamente. Sofronia trató en vano de consolarla. Los hombres subieron a la superficie y regresaron con un sudario. Envolvieron con él el cuerpo de Agesistrata, luego lo trasladaron fuera del subterráneo y cerraron el postigo, dejando a Filoxena y a Sofronia de nuevo en la oscuridad, desgarradas por el dolor.

En medio del silencio más angustioso, presa de un arrebato de desesperación, Filoxena se separó de Sofronia y buscó a tientas el anillo con el camafeo que Agesistrata, al caer, había hecho ir a parar al suelo. Removió largo rato entre el polvo del pavimento hasta que lo encontró.

—Por salvar a mi hijo he causado la muerte de Agesistrata. Nuestras vidas no valen este sacrificio.

Dicho esto, pidió perdón al hijo que crecía en su seno y acercó el anillo a la boca.

—¡No lo hagas, te lo ruego! —le imploró Sofronia, juntando las manos sobre el corazón henchido de desesperación.

Sólo en este momento Filoxena se dio cuenta de que el vano secreto del anillo estaba vacío.

Apolo le había hecho la enésima jugada.

Había hecho que Agesistrata se matase con su veneno y había impedido que ella se quitase la vida, a fin de que sufriese el tormento más atroz que habría podido sufrir nunca.

Las erinias, las antiguas diosas del remordimiento, empezaron, en efecto, a revolotear por encima de la cabeza como una bandada de buitres hambrientos, dispuestos a darle tormento hasta que su corazón dejase de latir.



## XXX

### En el que se recuerda la cordura de Glauco

Antes de partir para la *krypteia*, los irenos celebraron un último sacrificio propiciatorio. Trajeron un cordero a la luz de la luna y lo degollaron sobre un altar en presencia de un adivino. Éste interrogó a los dioses sobre el resultado de la caza, pero recibió respuestas dudosas que inquietaron los ánimos de los jóvenes próximos a partir. Para infundir en ellos el coraje necesario, Aristolco prometió grandes sacrificios a los dioses y abundantes libaciones, cuando los jóvenes espartiatas hubieran vuelto sanos y salvos de la caza. Además, les sugirió que comenzasen el exterminio precisamente en el pueblo de Etímocles, que el geronte consideraba el ilota más peligroso de todos. Que su pueblo fuese el primero en conocer la ferocidad de la nueva generación de espartiatas, de aquellos que llevarían a Esparta a la gloria y al esplendor del pasado.

Los irenos se envolvieron en pieles de lobo para confundirse con la noche y se encaminaron a pie, empujados por Ares, que infundía el justo ardor en sus ánimos. No habían dormido nada aquella noche y, sin embargo, no

sentían en absoluto el cansancio. Más bien, acusaban todo el peso de la responsabilidad que asumían sobre sus espaldas: del éxito de aquella caza dependía la paz de Esparta. Recorrieron un sendero oscuro a lo largo del inmenso bosque que se extendía hasta las cimas del Parnón. Avanzaron silenciosos para que ningún ilota descubriera su llegada.

Llegados a las cercanías del pueblo de Etímocles, se agazaparon detrás de las rocas y los arbustos. Se consultaron y estudiaron la estrategia mejor para asaltar el pueblo. Iban armados sólo de puñales, como quería la tradición: para acceder a la sociedad de los adultos debían demostrar que eran guerreros formidables incluso dotados de un armamento escaso. A la pálida luz de la luna el pueblo aparecía desierto y silencioso. De vez en cuando se oía un ululato lejano y, en respuesta, los perros puestos de guardia en los apriscos ladraban atemorizados. Los habitantes debían de estar durmiendo profundamente, ya que al ladrar de los perros nadie salía de casa a controlar que todo estuviese en orden. Los irenos acordaron dispersarse a lo largo del perímetro del pueblo y avanzar desde el exterior sembrando la muerte hacia el centro, para impedir así a eventuales fugitivos encontrar escapatoria en el bosque, una vez que la incursión hubiese comenzado. Su propósito era llevar a cabo una matanza sin precedentes. Al menos en el pueblo de Etímocles matarían a todos los ilotas, del primero al último. Aquella masacre serviría de admonición para todos los demás. En el futuro, al simple recuerdo de aquella cacería, ningún ilota osaría ya levantar la cresta en presencia de un espartiatas. Habían decidido asombrar a Aristolco y a todos los demás lacedemonios que los esperaban en Esparta.

Así, con el ánimo cargado de ardor, los irenos se separaron y cada uno ocupó la posición acordada. Cuando todos se hubieron apostado, uno de ellos dio un silbido de ave nocturna. Era la señal que ordenaba el inicio de la caza. Todos avanzaron seguros de sí mismos, dirigiéndose hacia

las cabañas periféricas del pueblo.

La primera sorpresa para los jóvenes irenos fue que, tras hacer irrupción en las cabañas, las encontraron completamente vacías. Volcaron yacijas y arcones, para estar seguros de que los ilotas no se hubieran escondido, pero, tras haber comprobado que las primeras cabañas estaban deshabitadas, salieron desilusionados y avanzaron hacia las del interior del pueblo.

La segunda sorpresa fue que no sólo las cabañas periféricas estaban desiertas, sino que también las de más adentro. Las cenizas en los hogares estaban frías. Señal de que los ilotas se hallaban lejos desde hacía varias horas.

La tercera sorpresa para los irenos fue que, pese a no haber ni rastro de ilotas, los habitantes habían dejado todo el ganado en el pueblo. El ganado ovino, las yeguas y los cerdos elevaron al cielo balidos, mugidos y gruñidos ensordecedores. El estruendo que produjo aquella mezcla de voces turbó los corazones de los jóvenes espartiatas.

¿Dónde habían ido a parar los ilotas de aquel pueblo? ¿Era posible que se hubieran enterado de su llegada? Pero ¿cómo había podido suceder? Por voluntad de Aristolco, la noticia de que la *krypteia* sería puesta en marcha justo aquella noche había sido divulgada solamente entre los lacedemonios. Ningún ilota habría podido saberlo. A menos que alguno de los compañeros los hubiese traicionado.

Uno tras otro se reencontraron en el centro del pueblo. Desconcertados, se preguntaron qué hacer. Volver a Esparta sin haber sumergido la hoja de sus puñales en la sangre ilota estaba fuera de discusión. La humillación a la que se verían sometidos delante de los adultos sería insostenible. Pero ¿dónde encontrar a aquellos cobardes fugitivos para cumplir con su deber?

Los jóvenes lacedemonios empezaron a discutir, mientras en todo el pueblo el ganado encerrado en los recintos y en

los establos continuaba sin descanso su concierto ruidoso. ¿Quién había avisado a los ilotas de su llegada? ¿Quién había traicionado a Esparta?

Ocupados como estaban en aquellas cuestiones, no habían advertido que los perros habían dejado de ladrar. Y tampoco habían reparado en el hecho de que alguien estaba avanzando en silencio desde la periferia del pueblo. Tras oír romperse una rama, los irenos guardaron silencio de improviso y volvieron la mirada hacia la oscuridad. Pese a no ver nada anómalo, se dieron cuenta de que ya no estaban solos y blandieron sus puñales, ansiosos de poder comenzar la caza. Se colocaron en círculo y esperaron, escrutando cada ángulo iluminado por la tenue luz de las estrellas. De la boca de alguien salió un rechinar de dientes. A algunos, con la piel de gallina, empezaron a temblarles los puñales en la mano. Algún otro trató de levantar los ánimos abatidos, incitando a los compañeros a ahuyentar el miedo del corazón: si los ilotas estaban al corriente de su presencia en el pueblo, podían ir armados a lo sumo de azadas y de horcas. Faltos del más mínimo adiestramiento militar, no podrían hacer nada contra unos jóvenes lacedemonios educados según la *agogé* espartana, la rígida educación militar que se les impartía desde niños. Reanimados por las palabras de los más intrépidos, todos los irenos recobraron su valor para prepararse de nuevo para la caza. Apenas aquellos bellacos salieran de las tinieblas, les saltarían encima lanzando al cielo el grito de Enialio.

De la oscuridad no apareció ningún ilota, pero de la nada se oyó surgir un silbido tremendo y uno de los irenos en el centro del pueblo gimió lastimeramente. Una flecha le había traspasado el vientre. El joven se dobló en dos y se desplomó en el polvo, luego se llevó las manos a la herida, casi incrédulo de lo que le estaba sucediendo. Los otros, espantados al ver a su compañero en el suelo, apretaron las filas. Aumentó entre ellos la desesperación más ciega. Habían

caído en una emboscada. Lo que más los aterró fue el haber sabido a costa de su compañero que los ilotas no estaban en absoluto armados de azadas y horcas, tal como creían, sino de arcos y flechas. Ellos, por el contrario, no tenían siquiera un escudo y en el centro del pueblo no había refugio alguno tras el cual esconderse de los arqueros. La única salvación con la que podían contar era escapar con cuanta fuerza les quedaba en las piernas. Pero no tuvieron tiempo de dar un solo paso cuando desde todos los ángulos del pueblo se abatió sobre ellos un lanzamiento de flechas poderoso e ininterrumpido. Los irenos no pudieron oponer defensa alguna y fueron traspasados miserablemente. Habían llegado hasta aquel pueblo para cumplir con un deber que los haría entrar en el glorioso círculo de los lacedemonios. Tenían que llevar a cabo una matanza y a continuación regresar victoriosos a Esparta, exhibiendo sus ropas empapadas con la sangre de los ilotas muertos. En cambio, eran sus cuerpos los que habían sido traspasados en los ijares, en el costado, en el cuello, en las sienes, en las piernas, sin ninguna piedad. Y era la suya, no la del enemigo, la sangre que ahora manchaba sus ropas.

Cuando también el último de los irenos cayó al suelo sobre sus compañeros muertos, con la garganta traspasada por un disparo despiadado, desde los meandros oscuros del pueblo se hicieron visibles decenas de arqueros. Eran los ilotas exultantes, eufóricos por haber evitado la matanza de sus familias y por haberse quitado de en medio con tanta facilidad a aquellos jóvenes, la flor de la nueva generación lacedemonia que Esparta había enviado para sembrar muerte y terror.

A la cabeza de todos los arqueros avanzaba un ilota que llevaba una coraza espartana, grebas y un yelmo con larga cimera. El joven herido por la primera flecha estaba aún vivo y se movía en el suelo afligido por unos dolores desgarradores. Cuando estuvo cerca de aquel ilota, el joven

lo reconoció. Aquellos ojos decididos. Aquel rostro flaco. Aquellos dientes con una pátina de sarro. En Esparta era conocido de todos.

Etímocles se dio cuenta de que aquel lacedemonio estaba vivo todavía y lo miraba intensamente. Parecía querer decirle algo, por eso se inclinó sobre él.

—No escaparás... a la ira... de Esparta —le aseguró el joven agonizante.

El ilota lo miró maravillado.

—No, necio ireno —le replicó—, será Esparta la que no escape a nuestra ira. Tenemos armas y hombres en gran cantidad. Al alba caeremos sobre vuestra ciudad y pondremos fin al dominio de los lacedemonios, así como a sus injusticias. Para nosotros por fin será el final de la esclavitud. Para vosotros lacedemonios, por el contrario, será simplemente el final.

Etímocles permaneció de rodillas observando a aquel joven mientras moría. Por su parte, el ireno sentía que las fuerzas le faltaban cada vez más rápidamente. Sin embargo, no apartó la mirada, se esforzó por sostener la del ilota. Inesperadamente, luego, emitió una risita que dejó a Etímocles pasmado.

—Armado como un espartiata, pareces una cabra con una corona de rey en la cabeza —le dijo el ireno, estallando en una risotada jadeante, pero sincera y divertida.

La risa de aquel joven que estaba a punto de morir hizo enfurecer a Etímocles.

—¿Cómo te atreves? —le dijo amenazador, preso de la rabia—. Debería infundirte miedo. Deberías estar desesperado. ¿Con qué desvergüenza osas burlarte de mí?

Casi había llegado a sentir compasión del joven lacedemonio, que formaba parte de una estirpe de opresores y de asesinos, pero que no por ello dejaba de ser un

muchacho moribundo. En cambio, aquel maldito se reía de él, mostrándole sin ningún miramiento el desprecio y la altivez típicos de su gente. El ireno se burlaba de su asesino incluso con una flecha clavada en el vientre, desplomado entre sus compañeros muertos, mientras esperaba que Ker llegase a atraparlo con sus garras.

Etímocles se quedó mudo por aquella risotada y sintió miedo. Se dio cuenta de que su enemigo no le temía nada a la muerte y pensó que ninguno de los espartiatas presentes se habría dejado vencer de haber podido enfrentarse a ellos armado de coraza, lanza y escudo.

De repente el joven se vio sacudido por violentos golpes de tos que le provocaron mucho dolor por culpa de la flecha clavada en el vientre. Se le nubló la vista y la figura ridícula de Etímocles ataviado como un lacedemonio se esfumó delante de él. En el instante antes de morir, le vino a la mente un pasaje de la *Ilíada*, su preferido. Era aquel en que Diomedes, hijo de Tideo, enfrentándose en la batalla a Glauco, hijo de Hipóloco, habiéndolo tomado por un dios, le preguntaba a qué estirpe pertenecía, si a la de los dioses o a la de los hombres. Glauco respondía a su enemigo con palabras que el joven espartiatas no había olvidado nunca. Y precisamente aquellas palabras él se las dijo a Etímocles, justo antes de expirar.

—La estirpe de los hombres es como la estirpe de las hojas. Aunque el viento hace caer algunas hojas, el bosque al florecer hace brotar otras en primavera. Así es la estirpe de los hombres; algunos nacen, otros mueren.

Etímocles se puso en pie y esas palabras empezaron a rondarle por la cabeza sin darle tregua. Comprendió que, tras haber ordenado la muerte de aquellos jóvenes, no podía ya echarse atrás. Tendría que mandar el ejército de los ilotas contra Esparta antes de que los lacedemonios tuvieran conocimiento de la muerte de sus pupilos. Si le daba tiempo

a Esparta de organizar una represalia, los ilotas no tendrían escapatoria. Éstos, por su parte, siempre podían contar con un ejército de miles de hombres, muchos de los cuales habían sido equipados con armamento de espartiatas merced a la donación de aquel misterioso hoplita zurdo. Etímocles casi se arrepintió para sus adentros de haber aceptado la propuesta del hoplita desconocido. Aquel extraño individuo le había arrancado un acuerdo: armas a cambio de poder. Acto seguido, le había conducido al templete de Heracles, donde le reveló la presencia de aquel inmenso depósito de armas en el subterráneo secreto. Lo había convencido para que organizara una insurrección contra los espartiatas, a consecuencia de la cual los ilotas conquistarían la libertad, podrían repartirse la tierra e impondrían la democracia en Esparta. A cambio de armas para combatir, los ilotas tendrían que aceptar al hoplita zurdo como su monarca visible, acogiendo todas las leyes que él les impusiera sin recurrir a ningún derecho de veto. Etímocles había aceptado, pero al llegar al templete y sorprender en el subterráneo a la hija de Tisámeno y a las otras dos mujeres, había comprendido en qué feo asunto se había metido. El hoplita zurdo debía de ser el autor del rapto de Agesistrata, así como, con toda probabilidad, del asesinato de Dercilidas. La rebelión de los ilotas comenzaba bajo el signo más infausto. Los dioses no saludarían favorablemente una revuelta que se había iniciado con el rapto de una virgen. Pero ahora ya era tarde para echarse atrás. Con gusto habría eliminado Etímocles a las intrusas. Habían visto demasiado, eran testigos incómodos, pero el hoplita zurdo había sido claro: había hecho comprender mediante gestos que nadie debía tocarles un pelo.

Así pues, la insurrección que Etímocles siempre había soñado estaba a punto de dar comienzo. Y, sin embargo, aunque hubiese esperado tanto ese momento, su ánimo estaba afligido por una gran inquietud. Tal vez, se preguntó,

si lo que lo había sumido en la más profunda turbación no habían sido las últimas palabras del joven lacedemonio. O bien la culpa había sido de su carcajada burlona, terriblemente vejatoria.

¿De qué profundidad, de qué consciencia, de qué orgullo rebosaba el ánimo de un espartiata que, al morir, citaba los versos de Homero, antes que suplicar piedad? Un solo espartiata, aunque inerme, valía en cuanto a virtud lo que cien ilotas armados, hubo de admitir para sí mismo Etímocles.

Si los espartiatas hubieran encontrado la manera de organizar una defensa contra su ataque inminente, aunque inferiores en número, habrían combatido con armas parejas.

Despuntaron los primeros albores.

Había que darse prisa.

## XXXI

### En el que se excava una fosa en el bosque

**L**legó la aurora con sus vividos colores de azafrán.

Durante todo el resto de la noche los dos ilotas de guardia del refugio habían oído a Filoxena y a Sofronia encerradas en el subterráneo desesperarse sin tregua. Con gran alivio, pues, a los primeros albores del día cargaron el cuerpo de la muchacha a lomos de la yegua de una de las prisioneras y se encaminaron hacia el bosque en busca de un lugar adecuado para darle sepultura.

Tras un breve trayecto, eligieron un punto en el que la tierra era blanda y las encinas de alrededor atenuaban la luz del sol. Los dos ilotas depositaron delicadamente en el suelo los restos envueltos en el sudario, apoyaron sus lanzas y los escudos de bronce en el tronco de una encina, ataron la brida de la yegua a una rama y comenzaron a excavar una fosa. Decidieron hacerla más bien profunda, por lo que trabajaron rápido hasta que se hizo de día. Cuando hubieron terminado, habían excavado una fosa de la altura de un hombre. Jadeantes por el esfuerzo, los dos salieron a la superficie y se sentaron al lado del gran cúmulo de tierra que habían

removido.

—Hemos de conseguir una piedra —dijo el más bajito, resoplando y limpiándose los brazos, las uñas y las piernas del mantillo.

—¿Para qué? —preguntó el seco.

—¡Serás idiota! —le reprochó su compañero—. Pues para ponerla encima de la tumba. Alguno habrá que querrá llorarla.

—¡Ah, ya! —dijo el otro, que no había caído.

Con la llegada repentina de la mañana el bosque se había reanimado. Desde las copas de los árboles se oyó graznar a los cuervos y se vio volar a los primeros gavilanes en busca de comida.

El seco miró a su alrededor.

—Aquí no hay piedras lo bastante grandes.

El otro soltó un bufido.

—Habrá que buscar una por los alrededores.

—Yo no cargo una piedra sobre la espalda por esta muerta —protestó el ilota calvo.

—¿No querrás que su fantasma te persiga en sueños para echarte en cara el no haberla enterrado como es debido? —preguntó el bajito.

El seco, impaciente, ante aquella amenaza se puso en pie sin añadir ninguna protesta más. Los dos se internaron en el bosque. Subieron en altura hasta un punto en el que la vegetación cedía paso a un paisaje más áspero, donde los árboles eran más escasos y la tierra desaparecía en favor de la piedra.

—Aquí encontraremos lo que buscamos —dijo el seco.

Eligieron una losa oblonga, no demasiado pequeña ni demasiado pesada de transportar entre dos. La levantaron y

emprendieron el descenso con cautela.

Vueltos a la fosa, algo los inquietó. El sudario con el que habían envuelto a la muchacha yacía en el suelo junto al cúmulo de tierra, pero estaba vacío.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó el seco, espantado.

Se miraron ambos incrédulos mientras sostenían aún la piedra con las manos.

—Alguien debe de habérselo llevado —dijo el bajito.

—¿Dónde están nuestras lanzas y los escudos? —preguntó el otro, al percatarse de que la yegua estaba aún atada a la rama pero no sus armas apoyadas ya contra la encina.

Un extraño silencio se había apoderado del bosque. Ni los cuervos graznaban ya, pero, encaramados en las ramas de los árboles, parecían ocupados en mirar fijamente a esos dos ilotas con sus ojos oscuros y torvos.

—¿Qué ha pasado aquí? —dijo el ilota bajito, oprimido por un mal presagio.

De pronto oyeron un crujido proveniente de detrás de la encina y vieron aparecer una silueta. Apenas se manifestó delante de ellos, dejaron caer al suelo la piedra, que produjo un ruido sordo. Una figura que empuñaba una de sus lanzas y blandía un escudo de bronce con la siniestra. Tenía el rostro del color de la cera, los labios azulados y unas ojeras oscuras. Su aspecto era aterrador. A duras penas el bajito y el seco reconocieron en aquella oscura presencia a la muchacha muerta que habían conducido a aquel lugar envuelta en el sudario.

—¡No puede ser! —susurró con un hilo de voz el ilota más bajo, mientras sentía retirarse la sangre de sus piernas como si se estuvieran transmutando en bloques de sal.

—¡Seas cual seas de las tres moiras, te ruego, oh, diosa

de los Infiernos, que me dejes vivir! —imploró el seco.

—Marchaos —ordenó la muchacha con voz débil y aterradora— y que no os vuelva a ver por aquí.

No necesitaron escuchar nada más para que, tras recobrar en un instante todas las fuerzas, pusieran pies en polvorosa en dirección opuesta al templo y desaparecieran en el bosque entre gritos de miedo.

Agesistrata suspiró de alivio y arrojó la lanza al suelo. Estaba aún muy débil y tenía en la boca un sabor amargo. Se había despertado de golpe del sueño de muerte causado por el fármaco y había notado un fuerte dolor en el costado. ¿Qué le había pasado? Lo último que recordaba era haber tragado el veneno contenido en el vano secreto del anillo de Filoxena. Tras haberse liberado del sudario, se había reencontrado en medio del bosque sola, aterrada, junto a una fosa y un cúmulo de tierra. La única presencia amiga era la yegua de Filoxena, que la había reconducido con la mente al presente. Había comprendido cuanto había sucedido. El fármaco había hecho efecto y ella había caído en un estado de muerte aparente. Los dos ilotas la habían creído muerta y habían decidido envolverla en un sudario; luego la habían conducido al bosque para enterrarla.

Agesistrata montó a caballo y volvió al galope al templo de Heracles, ya sin custodia. Una vez dentro, bajó al subterráneo, retiró la tranca y abrió el postigo. En el subterráneo, Filoxena y Sofronia yacían en el suelo la una abrazada a la otra. Dormían. El cansancio había prevalecido sobre el dolor. Agesistrata se acercó, se inclinó sobre ellas y las besó en la frente. Filoxena abrió los ojos y le pareció que la diosa Atenea en persona había descendido a liberarla bajo la apariencia de su difunta sobrina.

—Si eres una diosa —dijo la filósofa—, que sepas que no quiero ser liberada. El tormento por la muerte de Agesistrata no me da tregua.

Agesistrata, conmovida, la besó nuevamente y le acarició la cabeza.

—Los dioses me han devuelto al mundo de los vivos.

Sofronia miró a la muchacha e, incrédula, le tocó el rostro, le tomó las manos y sintió que estaban tibias. Convencida finalmente de que aquélla no era Atenea, sino su sobrina rediviva, Filoxena le arrojó los brazos al cuello y un llanto de alegría liberó su ánimo de los atroces tormentos que la habían afligido.

Felices de estar libres de nuevo, las mujeres montaron en las dos cabalgaduras supervivientes y decidieron volver a Esparta.

—Dejemos aquí las lanzas —dijo Filoxena—. Obstaculizarían la carrera. Nos llevaremos con nosotras sólo los escudos.

Partieron al galope, Filoxena y Agesistrata en la grupa de la yegua y Sofronia sobre su corcel. Pero no había pasado mucho tiempo desde que partieran, cuando Filoxena sufrió un desfallecimiento. De no haber sido por Agesistrata que la había sostenido en la silla, habría caído en la carrera.

Detuvieron las cabalgaduras.

—Deberías comer algo —dijo Sofronia a Filoxena—, pero no tenemos nada con nosotras.

—No me hagas caso —dijo Filoxena—. Fiemos de proseguir.

Agesistrata meneó la cabeza.

—Lleguémonos al pueblo de los ilotas. No está lejos. Encontraré comida, y así podremos matar el hambre y recuperar fuerzas.

—Es demasiado peligroso —objetó la filósofa—. Si te apresan, esta vez no te dejarán escapar.

La joven sonrió.

—No me pasará nada. Ya me he visto obligada a robar para comer. Vengo de Esparta, no sé si te acuerdas.

Se acercaron, pues, al pueblo. Agesistrata dejó a Filoxena al cuidado de Sofronia y entró. Al no ver a nadie por aquellos parajes, se introdujo en una cabaña sin custodia donde encontró requesón guardado en unos cestos. No esperaba tener tanta suerte. Robó una de las grandes porciones y salió. Dentro oyó el balido de algunas cabras. Aprovechó para ordeñar una cuyas ubres estaban henchidas de leche y llenó un gran recipiente. Mientras ordeñaba miraba a su alrededor recelosa, pero muy pronto se dio cuenta de que su circunspección era excesiva, dado que el pueblo parecía desierto. Inquieta, volvió donde estaban sus compañeras llevándoles el queso y la leche.

—¿Estás segura de que no hay nadie? —preguntó Filoxena a su sobrina cuando hubieron terminado de comer.

—Han dejado hasta el ganado encerrado en los recintos. Las cabras balaban plañideras, señal de que nadie las ordeña desde hace bastante tiempo.

Filoxena pretendió ir a echar un vistazo y, cuando se hubieron introducido en el pueblo, Agesistrata señaló las cabañas y las calles desiertas.

—No hay nadie —dijo, mostrando a las otras dos el pueblo desolado.

Recorrieron cada calle, hasta que llegaron al centro del pueblo. Allí las tres mujeres descubrieron con sumo horror los cuerpos de los jóvenes lacedemonios amontonados en el suelo uno sobre otro, traspasados por profusión de flechas. Agesistrata advirtió las pieles de lobo y los puñales en el suelo.

—Son los irenos enviados por Esparta para dar caza a los ilotas —dijo cogiendo del suelo uno de los muchos puñales—. Pero los ilotas debían de saber lo de la *krypteia*. Les ha

tendido una emboscada.

Filoxena miró a su alrededor angustiada.

—Debe de haberlos prevenido ese hoplita zurdo — observó—. Hemos de avisar cuanto antes a nuestros seres queridos.

Agesistrata sintió aumentar en su interior una preocupación terrorífica por la suerte de sus padres.

También Sofronia experimentó gran ansia.

—Vamos —dijo a las otras dos—. Sólo ruego a los dioses que no sea demasiado tarde.

## XXXII

### En el que un ejército invade Esparta

**A**lguien me despertó de sobresalto cogiéndome por el brazo y agitándome con fuerza.

—¡Estrepsíades! —exclamé, viendo delante de mí a mi esclavo, ocupado en sacudirme como a un andrajo—. ¡Hubiera tenido que reconocer tus delicadas manos!

Después de que los irenos hubieran partido para la *krypteia* en plena noche, había continuado la comida colectiva. En cuanto a mí, me había dormido en el triclinio. Me encontraba aún en la sala del gimnasio donde se había celebrado la fidicia, pero me había quedado solo.

—¡Amo, un ejército ingente de ilotas avanza hacia la ciudad! —me anunció Estrepsíades—. Los hoplitas lacedemonios se han alineado en los confines de Esparta, pero son demasiado pocos. No podrán resistir por mucho tiempo. Pronto los ilotas abrirán una brecha en las defensas y se desparramarán por las calles de la ciudad.

Espantado, me puse en pie sobre el triclinio.

—¿De qué parte han llegado?

—De los valles de oriente. Van armados con corazas,

lanzas, escudos, arcos y flechas.

—¿De dónde habrán sacado las armas? —pregunté, angustiado; Filoxena y Agesistrata habían ido precisamente en aquella dirección.

—¿Tienes noticias de mi madre? —pregunté.

Estrepsíades meneó la cabeza. Rogué a los dioses que no les hubiese pasado nada desagradable.

—¿Quién manda el ejército ilota? —le pregunté.

—Etímocles —respondió mi esclavo suspirando.

Me estremecí. Salimos a la carrera. Por las calles de Esparta había una gran algarabía. Por doquier, mujeres y hombres se ajetreaban transportando fuera de las casas el mobiliario, piedras arrancadas de algunos templos y trastos de todo tipo para levantar barricadas a lo largo de las calles principales. Al margen del recinto amurallado que comprendía los templos y las viviendas centrales de Esparta, se oía el ruido de las armas y el gran clamor de los guerreros que ya se enfrentaban en la batalla.

Corrimos al ágora, donde se había reunido la parte de los lacedemonios inhábil para la lucha, las mujeres, los niños y los ancianos. Asimismo se habían reunido en aquel punto los máximos cargos de la ciudad. En medio del gentío vociferante encontré al viejo Aristolco.

—Esperaban la vuelta de los irenos para agasajarlos, cuando por el contrario han llegado esos miserables armados como lacedemonios —dijo el viejo, los ojos lechosos llenos de incredulidad y de rabia—. Ningún enemigo se había atrevido jamás a llevar las armas hasta este valle.

—¿Adonde se dirigen? —pregunté.

—La mayor parte de ellos ha tomado al asalto los silos de almacenamiento. El resto está tratando de forzar las barricadas para venir a exterminarnos.

—Si les hubieseis hecho concesiones cuando estabais aún a tiempo...

—¿Tienes aún la desfachatez de hablar de concesiones, ateniense? —me reprochó el geronte—. Si hemos llegado a este punto, se debe únicamente a nuestra excesiva vacilación. Si Esparta cae en sus manos, será porque no hemos recurrido a la justa inhumanidad cuando hubiéramos tenido que hacerlo.

Alguien lanzó gritos de terror y señaló con el dedo al cielo. Levantamos la mirada. Desde detrás de las casas y los edificios se había alzado una nube de flechas tan densa que durante un instante oscureció el sol. Tras alcanzar el punto álgido de su parábola ascendente, cayó en picado hacia nosotros. Al ver abatirse aquella lluvia de dardos, los que se encontraban al aire libre corrieron precipitadamente debajo de los pórticos y trataron de protegerse detrás de las gruesas columnas de piedra. Los que se hallaban más en el centro del ágora, como nosotros, se refugiaron detrás de los grandes pedestales de las estatuas. Estrepsíades, Aristolco y yo encontramos refugio detrás de la estatua de Apolo Pitio. Apenas nos hubimos escondido a la espalda de la estatua, la lluvia de flechas se abatió con inmensa violencia, clavándose en el suelo, haciendo pedazos contra las estatuas de bronce y las columnas de los pórticos con gran fragor. Los muchos que se quedaron al descubierto fueron traspasados miserablemente y cayeron entre lamentables aullidos. Las estatuas de Apolo Pitio, de Ártemis y de Latona rechazaron decenas de flechas, desviando sus trayectorias lejos de nosotros. Terminado el ataque, descubrí a Cinisca resguardada detrás de la vecina estatua de Ártemis junto con el rey Cleómenes, el soberano más anciano. La mujer me hizo seña de que me acercara a ella. Corrí a donde estaba, mientras un segundo lanzamiento de flechas partía de las líneas enemigas.

—¡Si nos quedamos encerrados dentro de la Acrópolis,

antes o después nos matarán a todos! —grité, mientras con un espantoso ruido el segundo lanzamiento se abatía sobre nosotros, prisioneros en el ágora.

Una vez más, si no fuimos heridos, fue únicamente gracias a las estatuas de los dioses tras las cuales habíamos encontrado protección. Pero para muchos otros lacedemonios que salieron a salvo del primer ataque el Hado no fue tan benévolo.

—Hemos de encontrar un refugio seguro para todos — dije a Cinisca.

La mujer y el rey alzaron la mirada hacia la estatua de Ártemis que nos estaba haciendo de escudo.

—¡Refugiémonos en el templo de Ártemis Ortia! — propuso el rey Cleómenes.

—Pero es peligroso —objeté—. Está demasiado lejos de aquí. Los arqueros podrían dispararnos.

—Desde donde nos encontramos, los arqueros no pueden vernos si nos movemos en esa dirección —observó el rey.

—Majestad —respondí perplejo—, podría revelarse una trampa para anguilas.

—Si nos quedamos aquí, antes o después, caeremos todos muertos —replicó decidido el soberano.

Comprendí que el rey había tomado una decisión y que no podía hacer nada para que cambiara de idea. Miré a mi alrededor.

—No veo a Anaxandra —dije.

—Tampoco yo la he visto. ¡Si los ilotas la sorprendiesen aún en casa, no tendría escapatoria! —exclamó Cinisca con una mirada llena de angustia.

Reflexioné rápido sobre qué hacer.

—Que salgan todos de la Acrópolis y conducidlos al

templo de Ártemis Ortia —ordené—. Mi esclavo y yo recuperaremos a Anaxandra. Nos reuniremos con ella.

Un tercer lanzamiento de flechas se abatió en aquel instante sobre nosotros y llevó al Hades a muchos otros lacedemonios. Los gritos de los heridos y los llantos desesperados de los supervivientes aumentaron en desmesura. Volví a toda prisa detrás de la estatua de Apolo, luego informé a Aristolco y a Estrepsíades sobre qué había que hacer. Un instante después, mi esclavo y yo franqueábamos a toda prisa la puerta de la Acrópolis perseguidos por un cuarto tremendo lanzamiento de los arqueros ilotas.

A lo largo de las calles, algunas casas alcanzadas por las flechas incendiarias ya ardían. De sus tejados se alzaban densas columnas de humo negro. Muchos cadáveres yacían en tierra carbonizados, tendidos afuera de las salidas que vomitaban llamas y humo. Alcanzamos la casa de Anaxandra, que encontramos intacta. Con un empujón de Estrepsíades, la puerta de entrada cedió. Entramos y la llamamos con grandes voces, pero no obtuvimos respuesta.

—Hemos de encontrarla antes de que los ilotas hagan irrupción en esta zona —dijo Estrepsíades.

—Separémonos —propuse a mi esclavo, a quien envié a buscar a la mujer al gineceo. Yo proseguí el registro en las estancias de la planta baja.

Llamé de nuevo y así oí hacerlo también a Estrepsíades en la primera planta, pero inútilmente.

—Habrá encontrado refugio en otra parte —sugirió Estrepsíades, que se reunió conmigo en la planta inferior—. Tal vez ha pensado ya en dirigirse al templo de Ártemis Ortia.

—Es posible —dije—. Sin embargo, registremos una estancia más.

Todavía no había entrado en la habitación de Prótoo. Una vez dentro, lo que vimos nos dejó sin habla.

Anaxandra estaba tendida en el suelo, muerta. Revestida con la armadura de su marido, llevaba una barba postiza pegada al mentón. El yelmo descansaba junto a ella. Probablemente se le había soltado al caer. Tenía en la garganta un corte limpio y la sangre se confundía con el color de la capa escarlata con la que estaba envuelta. Embrazaba aún el escudo espartano en la derecha, mientras que la mano izquierda estaba libre. Una lanza se encontraba a poca distancia.

—¡Así que ella era el hoplita zurdo! —exclamó Estrepsíades.

—Eso parece —dije.

Contemplé en silencio los ojos de Anaxandra, que miraban fijamente inertes el techo.

Me acerqué al cuerpo. Tenía un color cerúleo. La toqué en un brazo. Estaba fría como el hielo. Miré a mi alrededor. La estancia parecía en orden. Me acerqué a la librería.

—¡Amo, hemos de irnos! —me reprendió Estrepsíades.

Noté algo nuevo, que no había descubierto durante mi visita anterior. En uno de los anaqueles había una llave.

—¡Es la llave del templo de Ártemis Ortia! —exclamé al leer la inscripción en el astil.

—Por tanto, mentía cuando decía que se la habían robado —comentó Estrepsíades—. En realidad, la había escondido en este anaquel.

—Extraño —observé—. Si la llave hubiese estado aquí durante mi primera visita, la habría visto. Por lo demás, a continuación la casa fue registrada, pero no se encontró nada relevante.

Al lado de la llave había un bastón cilíndrico de la largura

de un antebrazo.

—¿Y esto para qué sirve? —preguntó Estrepsíades.

Me encogí de hombros.

—No me fijé tampoco en esto durante mi visita.

Cogí uno de los muchos rollos colocados en los anaqueles y lo desenrollé.

—¿Qué es? —preguntó mi esclavo.

—Un certificado —respondí, tras haberlo leído—. Acredita la propiedad de una finca rústica.

—¿Por qué no devolvió Anaxandra las tierras de su marido después de su muerte? —preguntó Estrepsíades—. Por lo que sé, los lacedemonios reciben las tierras en consignación hasta su muerte, tras la cual vuelven a ser propiedad del Estado.

—La razón es muy simple —expliqué—. Este certificado no está a nombre de Prótoo, sino directamente de Anaxandra.

Cogí otro rollo y lo consulté.

—¡También esta finca está a nombre de ella!

Desenrollé todos los certificados guardados en aquella librería.

—Están casi todos a nombre de Anaxandra —exclamé.

—Era viuda, pero no tenía en absoluto necesidad de un nuevo marido que la mantuviese —comentó mi esclavo—. Pese a no tener oro o plata en casa, Anaxandra podía contar con una renta excepcional que estaba muy por encima de sus necesidades.

Oímos unos gritos desgarradores provenientes del exterior. Desenfundé la espada que Anaxandra mantenía asegurada al costado y embracé el escudo. Estrepsíades cogió la lanza del suelo.

—A ella las armas ya no le sirven —dijo como para justificarse.

Nos precipitamos afuera.

El fuego devoraba Esparta.

## XXXIII

### **En el que la esperanza es una luz tenue, pero es una luz**

**E**n el templo arreciaba una lucha despiadada.

Los ilotas hicieron irrupción a oleadas gritando como posesos y se arrojaron contra nuestra pequeña formación. Resistimos delante de la gran puerta incitados por el rey Eudamidas. El rey Cleómenes, más viejo, luchaba espalda contra espalda con los otros hoplitas. Al fondo de la nave los refugiados asistían inermes al desarrollo de la batalla. Nuestras armas segaban la vida de los rebeldes a medida que nos atacaban. Se había formado un cúmulo consistente de muertos delante de nosotros, pero otros enemigos avanzaban cada vez más numerosos y cada vez más aguerridos, incesantes como el granizo en plena tempestad.

En derredor, lenguas de fuego se alzaban inexorables hasta el techo y resquebrajaban las vigas, haciendo caer sobre nuestras cabezas proyectiles de madera y escombros. La luz de las llamas cegaba y quemaba. El humo obligaba a toser.

Desde debajo de la estatua de la diosa, que se había

caído hacia un lado, asomaban brazos y piernas de algunos espartiatas a los que no había dado tiempo de apartarse para evitar ser aplastados.

¿Cuánto más podríamos resistir? ¿Cuánto más aguantaría la estructura del templo, antes de ceder devorada por las llamas? ¿Cuánto sobreviviríamos aún antes de morir asfixiados por el humo?

Estrepsíades afrontaba al enemigo con valor. Sus manos poderosas empuñaban firmemente la lanza y no escatimaba golpes tremendos a cualquiera que se le pusiera por delante. Verlo luchar con tanto ardor encendió mi ánimo.

De improviso una columna se derrumbó a un lado y a punto estuvo de aplastar a las dos filas que se enfrentaban. Un gran fragor de piedras rotas destrozó los oídos. Dimos un salto hacia atrás justo a tiempo y por un instante se suspendió la lucha. Alcé los ojos. Lo que vi en el techo me alarmó.

—¡Está cediendo una viga! —grité a Estrepsíades, apuntando el dedo hacia lo alto.

El enemigo rebasó los restos de la columna hundida y se reanudó el choque. El tumulto de la batalla se mezcló con el crepitar de las llamas y con el llanto de los refugiados a nuestras espaldas.

Una voz entre las muchas llamó mi atención. Invocaba precisamente mi nombre. Me volví hacia la estatua caída. Entre Ártemis y las paredes del templo asomó la palma de una mano marchita, abierta, implorante. Me alejé de la refriega y me dirigí hacia esa mano tendida. Dejé la espada y el escudo en el suelo. Cuando cogí aquella mano, me estrechó con fuerza. Atisbé a través del hueco que había entre la madera de la estatua y la pared del templo.

—¡Aristolco! —exclamé, descubriendo allí detrás al venerable geronte.

Tenía el rostro ennegrecido por el humo, un tajo sanguinolento en la frente, los cabellos y la barba alborotados. Sus ojos parecían más vivos que nunca.

—¡Estamos atrapados aquí dentro! —gritó con su voz ronca y estentórea—. Está también conmigo Cinisca. Cuando se nos ha venido encima la estatua, para salvarme se ha arrojado sobre mí, se ha golpeado la cabeza y ha perdido el conocimiento. Ahora se está recuperando, pero debes sacarnos afuera.

La enorme cabeza de la estatua estaba encajada contra la pared. Dejé la mano del viejo y traté de moverla, sin conseguirlo.

—Imposible lograrlo por mí solo... —grité humillado.

La viga del techo crujió temiblemente. Una lluvia de astillas encendidas cayó sobre mí y sobre la estatua de la diosa que, impregnada de aceites aromáticos, se incendió en pocos instantes. La llamarada fue poderosa y me arrojó lejos.

Estrepsíades notó el calor repentino desprenderse a sus espaldas y se dio la vuelta, desviando la mirada de la lucha. Me vio darme contra el suelo y corrió en mi ayuda.

—¡Amo, aléjate! —me gritó dándome un tirón de un brazo.

De detrás de la estatua llegaban unos gritos de terror y peticiones de socorro.

—¡Por Cástor y Pólux, están aún vivos! —grité.

Estrepsíades tenía los ojos semicerrados por el gran calor que desprendía la estatua en llamas. Se protegió el rostro con un brazo y escuchó espantado aquellas voces.

—¡No tienen escapatoria, amo!

—¡Pero no puedo dejarlos morir así!

Me puse en pie, eché mano a la lanza de mi esclavo y volví hacia donde estaban los prisioneros. Blandí el asta de

fresno y clavé la punta de bronce entre la cabeza de Ártemis y la pared del templo. Hice palanca con el asta, pero mis fuerzas no fueron suficientes para mover la estatua. Estrepsíades intuyó mis intenciones y vino en mi auxilio. Semejante a Áyax Telamón, reunió todas sus fuerzas y con un grito tremendo apretó la punta de la lanza contra la pared. La cabeza de Ártemis resbaló lentamente a lo largo de la hoja de la lanza, se desprendió y el resto de la estatua rodó pesadamente al suelo, liberando a Aristolco y a Cinisca. Ennegrecidos por las llamas, trastornados, pero milagrosamente incólumes.

—¿Cómo te sientes? —grité a Cinisca en medio del fragor de las llamas y del enfrentamiento.

La viuda, pese a haber quedado aturdida por el golpe recibido, hizo ademán de estar bien.

Entretanto los rebeldes habían entrado en masa. Los hoplitas lacedemonios resistían con la fuerza de la desesperación. Algunos de ellos yacían en el suelo, traspasados por la hoja enemiga. En los ojos de los rebeldes podía leerse la alegría de matar. Querían superar la línea defensiva para lanzarse contra las mujeres, los ancianos y los niños inermes, para causar así horribles estragos. Aún tenían en los ojos a las queridas víctimas en las muchas cazas de ilotas convocadas por los lacedemonios. Eran muchas las vidas que debían vengar y muchos los abusos sufridos que trataban de lavar con sangre. Quizá demasiados para poder contentarse con las vidas de los pocos espartiatas refugiados en el interior de aquel templo. A lo largo de la formación de los hoplitas se abrió una brecha. La línea defensiva espartiatas se deshizo y, como un río en plena crecida que ha roto los diques y anega los campos sembrados, los ilotas irrumpieron en el templo sin más obstáculos. Los rebeldes avanzaron contra nosotros como una ola incontenible. Entre ellos y los refugiados no estábamos más que Estrepsíades y yo, solos contra todos. Mi

esclavo maldijo y blandió el asta, que por remover la estatua de Ártemis se había despuntado. Embracé nuevamente el escudo y apunté la espada hacia delante, dispuesto a vender cara la piel. La viga que teníamos encima gimió tremendamente. Se iba a hundir de un momento a otro sobre todos nosotros, sepultándonos bajo un enorme cúmulo de cascotes. Por tanto, continuaríamos luchando, seguros del fin que nos aguardaba. Los primeros enemigos nos alcanzaron. Una lanzada acertó a Estrepsíades en un brazo. Mi esclavo gimió de dolor, pero no se rindió y continuó lanzando mandobles, empuñando el asta con una sola mano. De un golpe se liberó de dos ilotas, haciéndolos volar hacia atrás sobre los compañeros que avanzaban a sus espaldas. Yo mismo fui atacado por dos rebeldes. Con el escudo rechacé a uno y con la espada traspasé al otro, que se desplomó al suelo herido de muerte. Extraje la hoja de la herida, satisfecho de aquel golpe magistral.

«¡Quizá sea mi última proeza antes de que el acero enemigo traspase mis carnes!», pensé. El calor era ya insoportable a causa de las llamas. El templo de Ártemis Orda era como el vientre de un horno. El acero de la espada y del escudo estaban candentes. Imposible mantenerlos aún en contacto con la piel. El aire en el fondo del templo se había vuelto irrespirable. Alguno ya se venía abajo destrozado por unas violentas toses.

Los rebeldes estaban a punto de arrollarnos. Podía descubrir su locura en los ojos, cuando, de golpe, algunas voces provenientes de la entrada distrajeron a todos los ilotas del asalto. Ni yo ni Estrepsíades conseguimos captar el significado de las palabras, pero los rebeldes se volvieron hacia la entrada y, con la misma furia con la que habían hecho irrupción en el templo, salieron dejándonos inexplicablemente vivos.

Una vez que el santuario fue desalojado de enemigos, incrédulos aún ayudamos a los refugiados a ganar la salida.

Apenas tuvimos tiempo de poner pie en el exterior cuando la viga sustentante se quebró y el techo cedió, cayendo sobre el pavimento. Una nube de polvo y humo negro nos embistió. Tosí con fuerza. Hicieron falta algunos minutos para que se atenuase la negra bruma, pero, cuando un poderoso soplo de viento limpió el aire, pudimos mirarnos finalmente a los ojos. Teníamos unos rostros trastornados y ennegrecidos por el humo. En la mirada, la misma incredulidad. Nos habíamos salvado.

Aristolco, con semblante sombrío, contemplaba de rodillas su ciudad devastada. Me aseguré del estado de Cinisca, que reposaba en el suelo delante de mí, aún demasiado débil para sostenerse en pie. Sobre su sien derecha era bien visible una hinchazón más bien lívida.

—¿Qué ha sido de Anaxandra? —me preguntó con la boca pastosa, como ebria.

Meneé la cabeza. Cinisca suspiró y alzó la mirada, esforzándose por contener las lágrimas.

Estrepsiades golpeó con el asta contra el suelo.

—Podían habernos exterminado a todos e irse antes de que el templo se desmoronase —comentó—. ¿Por qué han huido así, de improviso, dejándonos la posibilidad de salvarnos?

En sus palabras captó toda la desilusión del guerrero, que casi habría preferido caer en la batalla que salvarse de aquel modo. Tenía lágrimas en los ojos. No comprendió si por causa de las cenizas y del fuego, que dominaba el aire, o por el alivio o, también, por el desdén de haber sobrevivido. No se lo pregunté. No me parecía el momento adecuado.

Con un gesto rabioso mi esclavo arrojó lejos su lanza despuntada. Dio un grito al que Eco respondió, oculta entre las montañas. Quién sabe dónde.



## XXXIV

### En el que la estrategia es femenina

Filoxena detuvo la yegua en el paso que dominaba el valle. Las tres mujeres se estremecieron al descubrir las columnas de humo negro que subían de los tejados de Esparta al cielo para oscurecer la cima del Taigeto. La ciudad tan horriblemente desfigurada chocaba con el paisaje circundante, donde los viñedos y los olivos verdeantes se presentaban incólumes, ordenados y pujantes.

La yegua de la filósofa bufó, lanzando espumarajos y empapada de sudor. Había sido lanzada a galope tendido desde el pueblo de los ilotas para llegar cuanto antes, y por tanto estaba exhausta. Bajaron hacia la ciudad, pero cuanto más se acercaban, más horripilante se hacía el espectáculo. Cuando hubieron alcanzado la orilla del Eurotas, vieron desde la otra parte del puente la batalla en pleno desarrollo. El fragor de la lucha, fruto del entrechocar de armas y gritos de los hoplitas enzarzados en el enfrentamiento, la hizo estremecer.

—Si entramos en la ciudad, nos matarán —dijo Agesistrata.

Filoxena alzó el escudo y dirigió la mirada por encima de

éste. Desde aquel punto era bien visible el pueblo de Limne. El templo de Ártemis Ortia en la otra orilla del río estaba en llamas y cientos de rebeldes lo estaban tomando al asalto.

—¡Allá arriba! —Filoxena señaló el templo—. Entre esos rebeldes está también Etímocles.

Agesistrata reconoció al ilota que le había sorprendido en el subterráneo del templo de Heracles junto con el hoplita zurdo. Etímocles llevaba el yelmo alzado sobre la cabeza y, desde lo alto de la gradería del santuario, incitaba a los rebeldes con grandes voces.

—Están irrumpiendo en el templo —dijo Sofronia.

—Quieren hacer salir a los refugiados —observó Filoxena y, cuando hubo pronunciado aquellas palabras, advirtió una punzada tremenda en el vientre.

—¿Estás bien? —le preguntó la madre de Apolófanes.

Ella asintió, pero su palidez delató su mentira.

—Estás demasiado cansada —comentó Sofronia—. Deberías descansar, o el niño podría resentirse.

—Hemos de hacer salir a los rebeldes del templo —dijo Filoxena por toda respuesta, con la voz que casi no le salía de los labios.

No hacía más que mirar fijamente al templo de Ártemis Ortia. Un presagio oscuro le atenazaba el pecho.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotras tres solas contra cientos de rebeldes? —preguntó Agesistrata.

Del otro lado del puente se alzaban edificios muy grandes, donde los hoplitas lacedemonios oponían una resistencia desesperada al asalto de cientos de rebeldes.

—¿Qué son esos edificios? —le preguntó Filoxena.

—Son los silos de almacenamiento —respondió la muchacha—. Los espartiatas guardan allí las reservas de

grano que los ilotas les entregan en forma de tributo.

Filoxena se reanimó, fulgurada por un pensamiento repentino. Miró el camafeo de su anillo y fue como si la diosa Atenea en persona hubiera descendido del Olimpo para susurrarle algo al oído.

—Debemos al menos intentarlo —dijo como hablando a una entidad invisible.

Tras hacer dar la vuelta a la yegua hacia la cadena del Parnón, tomó por el camino por el que habían llegado.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Sofronia, después de haber acicateado a su caballo tras el de la filósofa.

Galoparon hasta alcanzar la dorsal de una colina desde la cual se dominaba toda Esparta. Filoxena detuvo la yegua y bajó a tierra con el escudo embrazado. Miró al cielo. Era avanzada la mañana y el sol resplandecía ya en lo alto sobre la cadena del Parnón.

—¡Alabado sea Apolo por este cielo! —exclamó Filoxena que, volviéndose hacia la ciudad, extendió el escudo delante de sí y lo hizo oscilar sobre su brazo.

—Por todos los dioses —dijo Agesistrata, temiendo que la filósofa hubiese enloquecido de golpe—, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Estoy transmitiendo unas órdenes con el reflejo del escudo —explicó Filoxena sin volverse—. Sólo pido que los oficiales lacedemonios me hagan caso.

La joven se quedó sin aliento.

—¿Qué les estás comunicando?

—Que abandonen las defensas de los silos de almacenamiento —respondió Filoxena.

—¡Pero es una locura! —exclamó Agesistrata—. ¿Cómo sobrevivirá Esparta sin esas reservas?

—¿Y cómo sobrevivirá si no rechaza a los rebeldes? — replicó la filósofa, sin interrumpir la transmisión del mensaje.

—Ha sido el hambre, ante todo, la que ha empujado a todos estos ilotas a rebelarse —continuó Filoxena—. Por eso, si liberamos los almacenes de toda defensa, los ilotas los tomarán al asalto en masa para saquear las reservas de alimentos de sus amos. Estos rebeldes no tienen un adiestramiento militar igual que el de los lacedemonios. Hagamos una maniobra de distracción y desviarán su atención de la lucha. Entonces, Etímocles no estará en condiciones ya de gobernar a su ejército.

Agesistrata miró maravillada a su tía.

—¿Dónde has aprendido a transmitir mensajes con los reflejos de la luz del sol?

Filoxena sonrió.

—Mi padre era un lochagos, un suboficial del ejército de Atenas. Yo no soy espartana, pero no veo por qué no debería conocer los secretos del arte de la guerra.

Como si ella, desde lo alto de aquella colina, pudiera mover los hilos de tantos muñecos que se agitaban más abajo, en Esparta enormes masas de rebeldes abandonaron los lugares que tenían bajo asedio y se dirigieron hacia los silos de almacenamiento.

—¡Por todos los dioses, la cosa funciona! —exclamó pasmada Agesistrata.

Poco a poco, las tres mujeres vieron que también el templo de Ártemis Ortia era abandonado por los rebeldes. Filoxena lanzó un grito de alegría y por sus mejillas corrieron cálidas las lágrimas de alivio.

Pero, de golpe, el brazo que sostenía el escudo se aflojó y cayó pesado sobre el costado. Las rodillas no aguantaron y la filósofa se desplomó al suelo.

Su vista se nubló mientras, encima de ella, Sofronia y Agesistrata la llamaban y la sacudían desesperadas. En aquel instante se oyó un fuerte estruendo y el templo de Ártemis Ortia se desmoronó, desapareciendo bajo una densa nube de humo y cenizas.

Para Filoxena la luz del sol se hizo débil y las montañas circundantes perdieron consistencia, esfumándose como nubes a la claridad del día.

La filósofa dirigió su último pensamiento al niño que llevaba en su seno.

Se preguntó si era varón o hembra.

## XXXV

### En el que se busca bajo los escombros

**T**erminada la rebelión, Agesistrata y mi madre trajeron de vuelta a la ciudad a Filoxena sin conocimiento. Tisámeno le dio hospedaje en su casa y, por orden de Aristolco, fue confiada al cuidado del médico más ilustre de Esparta. Toda la morada de Tisámeno y Atria, así como las otras que habían sobrevivido a la destrucción, se convirtieron en un hospital para los muchos heridos que la insurrección había dejado en las calles de la ciudad.

El médico visitó a Filoxena y le hizo tomarse una decocción. Por la noche se despidió dándonos órdenes de vigilarla. Sólo si superaba la noche, podríamos estar seguros de que sobreviviría.

Me quedé a su lado durante toda la noche observando impotente su sueño agitado. Desesperado, prometí ingentes sacrificios a Ártemis. Contemplé el rostro térreo de Filoxena mientras se contraía a la luz de un lamparilla de aceite. Imploré a Cástor, a Pólux y a todos los dioses venerados en Esparta para que salvaran la vida de la que había conjurado la caída de su ciudad.

Las primeras luces del día penetraron en el cuarto e

iluminaron el rostro exangüe de Filoxena. Me mantenía despierto a duras penas tras una noche entera insomne. Pero algo me inducía a resistir, aunque la luz que había mantenido encendida durante toda la noche, como mi esperanza, estaba a punto de agotarse. Noté un movimiento de la cabeza de Filoxena. Al principio pensé que no era más que pura sugestión mía, pero luego me acerqué para observar mejor. Ella arrugó la frente y finalmente con gran esfuerzo abrió los ojos.

Me abandoné a un llanto liberador. Filoxena me miró fijamente en silencio, luego lo hizo a su alrededor, incrédula.

—¿Cómo has llegado aquí? —preguntó con voz débil.

Le estreché una mano.

—Si estás sana y salva, se lo debes a mi madre y a Agesistrata.

Filoxena cerró de nuevo un instante los ojos. Estaba exhausta. Para ella la noche había sido una larga lucha.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté con voz rota por la emoción.

—Débil —susurró.

Lentamente volvió la mirada hacia la ventana por la que penetraba la claridad rojiza de la aurora. Entorné los postigos. Hasta la luz más tenue parecía molestarla.

—¿Dónde está Agesistrata?

—No te fatigues —le sugerí.

Pero ella insistió en saber de su sobrina.

—Está en las ruinas del templo de Ártemis Ortia. Se ha ofrecido para prestar los primeros auxilios. Hay muchos cuerpos a los que dar sepultura y gran cantidad de escombros que remover. Además, hay que poner a buen recaudo lo que se ha salvado del hundimiento.

Filoxena asintió y cerró los ojos una vez más.

Suspiré. Había llegado el momento de afrontar la cuestión.

—Mi madre me ha dicho lo del niño.

De golpe ella volvió a abrir los ojos; luego, tras haberme mirado en silencio, desvió la mirada hacia un lado.

—No te obligaré a hacer nada contra tu voluntad. Te lo prometo —le aseguré.

Filoxena volvió a mirarme. Su mano se posó sobre el regazo.

—Quiero que crezca sano y fuerte, como su padre.

Aquellas palabras me infundieron una alegría inmensa. Era la primera vez que me llamaban «padre».

—También yo lo quiero —dije—. El médico ha dicho que el niño estará bien. Necesitáis reposo los dos.

Los ojos de Filoxena se enrojecieron. Cálidas lágrimas regaron sus mejillas.

—Temía que no lo conseguiría, después de todo lo que he sufrido —suspiró entre sollozos.

Por toda respuesta la besé en la frente.

—La revuelta fue sofocada sólo gracias a ti. Tus mensajes desde la colina convencieron a los oficiales lacedemonios para que retirasen las defensas de los silos. Los rebeldes dejaron de golpe de luchar y asaltaron las provisiones, temiendo quedarse con las manos vacías. Los hoplitas lacedemonios tenían todo a su favor para reorganizar la ofensiva, rodearon a los rebeldes y les causaron estragos. Muchos han conseguido escapar, pero la conquista de Esparta ha sido conjurada. Los dos reyes y Aristolco te consideran una heroína.

—¿Qué ha sido de Etímocles? —preguntó sin dar en

aparición ninguna importancia a cuanto le acababa de contar.

—Siguió luchando con unos pocos leales, pero los espartiatas consiguieron imponerse también. Etímocles fue capturado y por orden de Aristolco se le ha sometido a tortura. Ayer me encargué del interrogatorio personalmente.

—¿Qué ha confesado?

—Dijo haber recibido un mensaje anónimo, hace tiempo, con el que alguien le prometía armas para levantarse contra Esparta. A cambio, ese anónimo proponía un acuerdo. Pretendía reinar sobre la nueva democracia que los ilotas impondrían a Esparta. Se convertiría en el garante de la libertad para todos los ilotas y llevaría a cabo una redistribución equitativa de las tierras. Hemos verificado que cuanto ha confesado es cierto. Los hoplitas mandados a inspeccionar su cabaña han encontrado ese mensaje precisamente allí. Y, sin embargo, Etímocles me ha jurado que no había tenido ningún papel en la muerte de Dercilidas y tampoco en el rapto de Agesistrata.

—¿Y tú le has creído?

—Ha negado su responsabilidad bajo torturas atroces. Habría podido afirmar lo contrario, aunque sólo fuera para que cesara el suplicio. En cambio, no lo ha hecho. Sí, estoy convencido de que ha dicho la verdad.

—¿Cómo llegó ese mensaje a Etímocles? —preguntó Filoxena.

—Se lo entregó uno de los niños lacedemonios. En el estado en que están obligados a vivir, esos chiquillos harían cualquier cosa por matar el hambre, así el hoplita zurdo se ha aprovechado de ellos para mantener los contactos con Etímocles. Supongo que se ha servido de los niños también para espiarnos. Esos mocosos no nos han perdido nunca de vista desde nuestra llegada. He aquí cómo el hoplita supo

que me había dirigido al templete de Heracles, la vez que me atacó. De todos modos, el mensaje del hoplita estaba redactado en código cifrado y fue descifrado por Etímocles mediante una escitala.

—¿Una escitala? —repitió Filoxena—. Un sistema de comunicación empleado en el ejército espartano para enviar mensajes secretos. Se escribe la orden en una franja finísima de cuero enrollada sobre un bastón y a continuación se la manda al destinatario, que sólo puede leerla si cuenta con un bastón idéntico al del que lo envía. Para el enemigo que intercepte el mensaje no hay manera de descifrarlo, a menos que tenga el bastón del largo y del grosor exactos.

—Uno de los dos bastones, en efecto, ha sido encontrado en casa de Etímocles —le referí—. Él mismo ha confesado haberlo recibido de uno de los pequeños mensajeros, separadamente de la tira de cuero. Otro bastón idéntico se hallaba en casa de Anaxandra. Lo encontré yo mismo, justo ayer.

—Así pues, ¿es ella el hoplita zurdo? ¿Y ella la responsable de todo esto?

—Parece que sí —respondí—. Pero nunca podrá confirmarlo. Ha muerto. Yo mismo he descubierto el cuerpo sin vida en su casa, mientras en la ciudad arreciaba la revuelta.

—Podría haberla eliminado Etímocles. Obtenidas las armas, habrá pensado en quitársela de en medio para no entregarle la corona de soberana de la nueva Esparta.

—Todo hace pensar que ha sido así —hube de admitir—. Y, sin embargo, él negó bajo tortura haberla matado, como negó haber sospechado siquiera que era ella el hoplita zurdo.

—No pareces convencido en absoluto de la culpabilidad de Anaxandra —dedujo Filoxena.

Suspiré.

—Fui yo quien la encontré muerta en su casa. Debo reconocerlo: llevaba armas de hoplita. Además, en la habitación en que yacía el cadáver hallé con gran facilidad la llave del templo que hasta ese momento parecía haber desaparecido. Se me reveló todo de modo muy claro —dije, y, mirando a Filoxena directamente a los ojos, después de una breve pausa proseguí—: Éste es el quid de la cuestión: de improviso todo se me hizo un poco hasta demasiado claro.

En aquel momento, Tisámemo y Atria se asomaron a la entrada de la estancia.

—¡Loados sean los dioses! —exclamó Atria, aliviada al ver a Filoxena consciente.

Mi mirada se posó severa sobre ella. La mujer de Tisámemo me miró circunspecta y, tras alguna frase apresurada de circunstancias, se despidió con una excusa. Tisámemo escrutó destrozado a la mujer que se iba y, justo en ese momento, llegó Estrepsíades. Tenía un brazo vendado y varios rasguños en el rostro. Al ver que Filoxena había recuperado el conocimiento, se mostró sereno.

—Vengo de la prisión —me dijo—. Etímocles ha muerto. No ha aguantado los suplicios.

Se me escapó una maldición.

—¡Yo estaba en contra de que lo torturasen! —exclamé—. Pero Aristolco no ha querido atender a razones.

—Para el geronte y para los altos cargos de Esparta, el caso está cerrado —me comunicó mi esclavo.

Hice chocar mi puño con mi palma.

—¡Por Cástor y Pólux, no para mí!

Confié a Filoxena al cuidado de Estrepsíades y corrí en busca de Aristolco. Lo encontré ante las ruinas del templo de Ártemis Ortia, ocupado en hacer ofrendas. Una venda le cubría la herida en la cabeza.

—Debemos estar agradecidos a la diosa por haber conjurado la caída de Esparta —me dijo satisfecho.

—Ha sido un error torturar a muerte a Etímocles —le reproché—. Habría podido revelarnos cosas útiles para atrapar al asesino de Dercilidas y de Anaxandra.

Aristolco no se ofendió por mi tono irreverente.

—La revuelta ha sido sofocada y el cabecilla de los insurgentes ha muerto. Sólo esto cuenta para mí —cortó tajante.

—¿Qué me dices del hoplita zurdo, el que ha proporcionado las armas a los insurgentes? ¿No te interesa descubrir su identidad?

El venerable geronte se volvió hacia mí con semblante sombrío.

—Sólo Anaxandra podía saber lo de las armas escondidas por su marido bajo el templete de Heracles. Etímocles debió de matarla para no compartir con ella los méritos de la victoria que ya saboreaba.

—No pudo haber sido Etímocles —le contradije—. Quien la mató quería que lo creyésemos, pero, cuando entré en la casa de Anaxandra, los rebeldes no habían hecho aún irrupción en aquella zona de Esparta. Tras haberle cortado el cuello, el asesino la revistió con la armadura de su marido, teniendo cuidado de dejar el yelmo en el suelo junto a la víctima para hacernos creer que se le había caído mientras Anaxandra se desplomaba de un golpe mortal.

—¿Cómo puedes estar seguro de que el asesino no la degolló mientras ella llevaba ya las armas de su marido? —objetó Aristolco.

—La parte inferior del yelmo sobresale para protección del cuello y, por tanto, si Anaxandra lo hubiese llevado, su atacante habría tenido grandes dificultades para abrirle la garganta de una oreja a otra. En cambio, la herida mortal es

muy limpia y amplia, lo que significa que la hoja no encontró ningún impedimento.

Aristolco asintió con aire grave.

—Tras haber dispuesto el cuerpo a su antojo en aquella estancia —proseguí—, el homicida dejó la llave del templo y el bastón de la escitala en un lugar que fuese fácil encontrarlos, en la librería, tras lo cual se fue. Desde un principio me pareció evidente que el cadáver había sido colocado en la estancia de Prótoo precisamente para que nosotros rencontrásemos esos dos objetos, de modo que nos convenciésemos de la culpabilidad de Anaxandra.

—Pero ¿qué otros podían estar enterados de la existencia de las armas escondidas en el templete de Heracles? —preguntó el geronte.

Alcé la vista hacia los restos del templo de Ártemis desmoronado. Me retrotraje al día anterior, cuando, encerrado en el templo de Ártemis Ortia, escrutaba con angustia la viga sustentante que cedía devorada por el fuego. De golpe tuve una intuición.

—¡Tal vez hay una manera de descubrirlo! —dije, y cogí a Aristolco por un brazo.

—Por todos los dioses —exclamó el viejo, indignado por aquella actitud irreverente por mi parte—. ¿Cómo osas...?

Un puñado de hoplitas lacedemonios de la escolta del geronte se me arrojaron encima y me apuntaron contra una selva de astas de punta de bronce. Les mostré el sello de Polidoro y les ordené seguirme. Llegamos a la casa de Cinisca. El fuego había dañado las chambranas y renegrado los muros. El tejado estaba carbonizado. Entramos y señalé la viga sustentante del techo a Aristolco.

—A pesar del incendio, el tejado no se ha hundido —le hice observar—. Mérito de esa viga sólida que no se ha caído.

—Me alegro por Cinisca —comentó Aristolco, sin

comprender adonde quería ir a parar.

—¿Por qué había de preocuparse tanto Dercilidas de la viga sustentante del techo, cuando los espartiatas rehúyen toda forma de atención a la casa porque se la considera impropia?

Ordené a los hoplitas subir al tejado. Regresaron al poco, aterrados.

—Por todos los dioses, ¿qué os pasa? —les preguntó Aristolco al ver sus caras.

Los hoplitas, sin decir una palabra, le mostraron lo que habían encontrado ahí arriba.

—¡Pero si son dáricos de oro! —exclamó el geronte mirando incrédulo las monedas persas que le habían traído—. ¿Dónde las habéis hallado?

—Debajo de las tejas del tejado —respondió un hoplita—. Hay una infinidad, allí arriba, de oro y de plata.

—El oro y la plata pesan mucho —hice notar—. Dercilidas reforzó el techo con una viga resistente para que no cediese bajo el peso del oro que tenía allí escondido.

Aristolco se quedó perplejo.

—Cuando volvieron de Sifnos, Prótoo y Dercilidas se quedaron con una parte del dinero recibido de los sátrapas persas —dije aventurando una explicación—. Prótoo utilizó su parte de botín para adquirir secretamente las armas y para esconderlas bajo el templo de Heracles. Por eso, cuando su casa fue registrada por orden de los dos reyes, no se encontró ni rastro de dáricos. Considero que Dercilidas, en cambio, pensó en esconder su parte en el tejado de su casa.

—Dercilidas y Prótoo eran cómplices... —susurró el geronte incrédulo.

Volví a pensar en mi primera visita a aquella casa.

—También Cinisca conservó en su casa las armas de su

marido tras su muerte.

Me dirigí a la sala principal. Las armas de Dercilidas estaban renegridas por el humo del incendio, pero intactas aún en las paredes. Sólo la capa escarlata, colgada allí por Cinisca tras mi visita, no se había salvado. Se había convertido en un cúmulo de cenizas que descansaba en el suelo. Descolgué el escudo de la pared y lo examiné con cuidado. En la parte cóncava noté la hendidura utilizada durante las marchas como funda de la espada. La escruté de cerca con extrema atención. Me detuve en las melladuras y sus otros muchos signos dejados por las espadas y las lanzas de los adversarios que se habían medido en la batalla con Dercilidas. Tuve un sobresalto.

—Estas señales... —balbuceé preso de una excitación febril.

Acto seguido, volví el escudo del lado cóncavo para examinar aquel objeto con mayor atención y entre el revestimiento interno de cuero y el metal descubrí algo que no habría pensado encontrar jamás. El extremo de un papiro. Incrustado allí detrás había escapado al incendio. Lo cogí con dos dedos y tiré de él delicadamente. Salió una hoja más bien larga que alguien había insertado con sumo cuidado. En ella había escrito algo tanto de un lado como del otro. Y lo que leí me dejó sin habla.

—He estado ciego... —exclamé, mientras Aristolco me miraba mudo.

—¿Qué has descubierto, ateniense? —me preguntó el viejo, ansioso por saber—. ¡Habla!

Justo en aquel instante me distrajo la llegada inesperada de Tisámeno. Su ojo sano se le veía ensombrecido por una angustia que me dejó sorprendido.

—¡Habla! —le ordené presagiando malas noticias.

—Fíloxena y tu madre han desaparecido —anunció

Tisámeno—. Hace poco Cinisca ha entrado en la habitación de Filoxena para cerciorarse de cómo estaba. Estrepsíades y yo hemos salido en busca de comida para ellas, pero a la vuelta Filoxena, Sofronia y Cinisca habían desaparecido. Las han visto huir a caballo. Estrepsíades se ha lanzado tras sus pasos.

¡Y yo, que había sospechado de Atria! ¿Cómo había podido no comprender antes la verdad? El papiro que ahora tenía en mis manos me había aclarado ya el misterio. Pero quizá había llegado demasiado tarde.

—¿Adónde se han dirigido? —pregunté con el corazón lleno de angustia.

Tisámeno volvió el rostro hacia occidente.

—Las han visto dirigirse hacia el monte Taigeto.

No esperé más y me precipité fuera de la casa.

Tisámeno me siguió.

—¡Coge mi caballo! —dijo mostrándome el corcel atado en el camino.

Subí a la silla de un salto.

—Una última cosa —me dijo y, mientras retenía el caballo por la brida, me entregó el puñal—. Ten cuidado. Algunos testigos han dicho que Cinisca va armada.

## XXXVI

### En el que se juzgan las bellas acciones

Lanzado al galope, seguí las huellas recientes de dos cabalgaduras que me llevaron hasta unas rocas en las pendientes del Taigeto, donde es tradición que las madres espartanas arrojen a los recién nacidos no aptos o deformes. Poco antes de llegar allí vislumbré dos caballos. No lejos, vi a Estrepsíades, que sostenía a mi madre al abrigo de un saliente rocoso. Me descubrió y con gestos me invitó a reunirme con él.

—Cinisca y Filoxena se encuentran algo delante de esta roca —me explicó, una vez que me hube apeado del caballo. El esclavo tenía el rostro tenso. Mi madre estaba trastornada.

—¿Te ha hecho daño? —le pregunté.

—Sólo he pasado mucho miedo —respondió tratando de tranquilizarme—. Mientras veníamos aquí, Cinisca me ha abandonado por el camino. Mi presencia la hacía demorarse demasiado. Se ha llevado con ella a Filoxena de rehén a las rocas.

—¿Qué se propone?

Mi madre meneó la cabeza y no respondió.

Me asomé más allá de la roca, pero Estrepsíades me retuvo por un brazo.

—No permitirá que te acerques —me amonestó.

Le hice seña de que no se preocupara y me asomé por el otro lado. Cinisca se hallaba en el extremo de un saliente rocoso suspendido sobre una sima y sostenía a Filoxena de pie delante de ella. La filósofa estaba pálida y tambaleante sobre las piernas. Por su parte, tampoco la viuda espartíata parecía hallarse en la plenitud de sus fuerzas. Tenía el rostro marcado por numerosos rasguños y por la llamativa lividez en la sien derecha, pero, a diferencia de la filósofa, sus miembros mostraban un vigor del que no la habría considerado nunca capaz, visto todo cuanto había pasado en el templo de Ártemis Ortia. Sus ojos estaban encendidos de una locura sombría. Las fuerzas que aún le permitían sostenerse de pie y retener como rehén a Filoxena, nacían de su desesperación; un regalo de Fobos, dios del miedo, y no de Ares, dios de la guerra.

Apenas me descubrió, Cinisca pareció alegrarse de verme e imitó con los labios una sonrisa insana. Se refugió de golpe detrás de Filoxena y apuntó el puñal contra su garganta. A sus espaldas se abría el vacío.

—Por fin has llegado —me reconvino.

Puse las manos arriba en señal de rendición.

—¿Me estabas esperando?

—Tira el arma —me ordenó, advirtiendo el puñal que llevaba al cinto.

No tenía elección, de modo que lo saqué y lo arrojé en el abismo. Oí el metal chocar varias veces contra la desnuda y áspera roca durante unos largos e interminables instantes.

—Desde el comienzo de esta indagación he considerado importante un detalle: durante todo el tiempo en que fue rehén de su raptor, la virgen Agesistrata no sufrió nunca

ningún tipo de violencia —expliqué, para ganar tiempo—. Un detalle de no poca importancia, que me llevó a sospechar antes de uno y luego de otro de sus padres. Seguidamente este detalle me ha convencido de que, aunque el raptor no tenía nada que ver con la familia, no debía de ser un hombre, sino una mujer.

—No te muevas y mantén las manos arriba —me advirtió Cinisca con serena resolución.

—He encontrado los dáricos escondidos debajo de las tejas del tejado —la informé—. No tienes ya escapatoria. Todos ahora ya en Esparta saben que eres culpable.

Cinisca rio.

—En Esparta no saben nada —exclamó histérica, y tras un instante añadió —: Y tampoco tú sabes nada.

—Sé que, cuando descubrí el cuerpo de Anaxandra en su casa, noté que no revelaba signos de lucha. Precisamente este detalle me indujo a pensar que Anaxandra no se defendió de quien la mató, lo cual significa sólo una cosa: que su asesino es alguien de quien ella se fiaba. Recuerdo haber advertido el mismo detalle después de haber examinado el cadáver de Dercilidas en el templo de Ártemis Ortia. Salvo la herida en la nuca que lo dejó aturdido y la puñalada que lo mató, tu marido no mostraba ninguna otra señal de lucha. También en ese caso el asesino golpeó sin darle tiempo a su víctima a defenderse. Desde un primer momento encontré la cosa insólita, dado que un espartiatá difícilmente se deja sorprender por un agresor. El único lugar en el que Dercilidas debía de sentirse completamente seguro la noche en que fue asesinado era su casa. Por tanto, estoy convencido de que me mentiste cuando dijiste que tu marido no había llegado a casa después de haber dejado la fidicia. Le hiciste entrar, esperaste a que se desciiñese del *bakterion* y del puñal, y luego empleaste el bastón para aturdirlo. Gracias al adiestramiento al que os sometéis también vosotras, las

mujeres espartiatas, no debe de haber sido un problema transportar a un Dercilidas sin sentido hasta el templo de Ártemis Ortia, colocarlo a los pies del altar y clavarle su propio puñal en la garganta. Seguro que no debe de haberte visto nadie, desde el momento que por la noche las calles de Esparta no están iluminadas por antorchas, como quiere la ley de Licurgo. En cuanto a Anaxandra, imagino que le pusiste encima las armas de su marido sólo después de haberla matado, para hacerme creer que era ella el hoplita zurdo y que había sido degollada por Etímocles. Pero, para tu desgracia, cuando llegué a su casa los rebeldes no habían alcanzado aún esa zona de Esparta. Además, cuando la encontré muerta, su cuerpo estaba ya frío, señal de que había sido asesinada muchas horas antes. Creo que la tarde en que nos encontramos en la fuente tú acababas de volver del templo de Heracles, adonde habías conducido a Etímocles y sus ilotas al descubrimiento de las armas de Prótoo. Por eso llevabas esa capa larga y cerrada por delante: disimulabas la coraza de hoplita con la que ibas todavía revestida. Pero antes habías ido a matar a Anaxandra a su casa. Después de haberle cortado el cuello, pusiste en la estantería de su librería la llave del templo que, previamente, le habías robado y el bastón en el que tú misma trazaste la escitala para comunicarte con Etímocles. Conocías bien esa casa, puesto que te habías introducido ya a hurtadillas cuando robaste las dos flechas del carcaj, igual que en la casa de Tisámemo para sustraer su arco. Tu plan comenzó con el rapto de Agesistrata, preparado arteramente para atraer las sospechas sobre tu marido. Querías, en efecto, que ese acontecimiento confrontase a los periecos y los ilotas con los espartiatas. Tu plan no sufrió gran alteración tras la liberación de Agesistrata. Cuando a continuación me agrediste en el templo de Heracles, me indujiste a sospechar de Tisámemo, que es zurdo. Por eso te enfrentaste conmigo embrazando el escudo con la derecha. Esa misma noche mataste a Dercilidas.

—Me congratulo contigo, Apolófanes —se complació Cinisca, sinceramente maravillada—. ¿También has comprendido la razón por la que maté a mi marido?

—Creo que todo gira en torno a esa *rhetra* que quería hacer aprobar. Dercilidas le había hablado de ello a Aristolco, pero en realidad lo que el venerable geronte sabía no era nada respecto al verdadero proyecto de ley que tu marido tenía en mente. No lo he descubierto hasta hace poco, al encontrar el texto completo de la ley escondido en el escudo de tu marido.

—Has sido hábil en hallarlo —hubo de reconocer Cinisca—. ¿Cómo se te ha ocurrido buscarlo precisamente allí?

—He advertido el escudo colgado en la pared de tu casa y me he acordado del escudo del hoplita zurdo que me asaltó en el templete de Heracles. Como puedes imaginarte, las melladuras y los rasguños de las armas enemigas dejan en todo escudo un dibujo que lo hace único e inconfundible. Cuando el hoplita zurdo me atacó en el templete de Heracles, las señales en su escudo me quedaron grabadas en la mente de modo indeleble. Así, hace poco, mientras estaba en tu casa, he examinado las señales del escudo de Dercilidas y me he dado cuenta de que precisamente me encontraba ante el escudo del hoplita zurdo. Excitado por el descubrimiento, lo he examinado también por su parte interna y he encontrado escondido allí un papiro. La sorpresa ha sido mayúscula al darme cuenta de que en esa hoja estaba transcrita por entero la *rhetra* en la que estaba trabajando Dercilidas.

Lentamente extraje la hoja enrollada de debajo del quitón.

—Imagino que tú no quisiste desembarazarte de este documento porque la otra cara de la hoja constituye uno de tus certificados de propiedad rústica, que debes conservar, en el caso de que te sea discutida la propiedad de esa tierra.

Por eso, para mantenerlo escondido de todos, pero no pudiendo liberarte de él, debes de haber pensado en el escudo como en el escondite más seguro.

—Pues bien, dado que está en tu poder, supongo que habrás leído la *rhetra* —dijo Cinisca.

Asentí.

—En él había mucho más de lo que Dercilidas había confiado a Aristolco. Tu marido quería introducir el uso de las monedas de oro y de plata entre los espartiatas, así como la compraventa de los terrenos, pero también quería limitar la libertad de las mujeres en la gestión del patrimonio familiar. Dercilidas no tenía hijos, ni el menor interés en dejártelo todo a ti, en el caso de que muriese prematuramente. Si la *rhetra* que figura en este rollo hubiese sido aprobada, para ti y para todas las viudas de Esparta habría sido la ruina. Consultando los documentos de Anaxandra, he descubierto que aquella mujer poseía numerosas tierras. Pero también tú eres propietaria de muchísimas tierras. He aquí la razón por la que muchas viudas espartiatas no consiguen tranquilizarse: gracias a sus rentas pueden vivir independientes de los hombres. No tienen ninguna necesidad de tener a su lado un marido que los provea de su sustento. Y al contrario, muchos espartiatas viven en la indigencia precisamente a causa del hecho de que, a la muerte de un espartiatas casado, las tierras nunca pasan a poder de la ciudad para ser repartidas, como prevé la ley de Licurgo, sino que se convierten en propiedad de las viudas y, por tanto, no pueden ser reclamadas por nadie. Cuando te enteraste de la existencia de esa ley, temiste que si era aprobada, y posteriormente Dercilidas moría, caerías en la ruina. Por eso estudiaste un plan para matarlo, antes de que pudiera hacer aprobar esa *rhetra*. La ley de Dercilidas, en efecto, preveía también otro punto a tu favor: la sustracción de los terrenos a vosotras las mujeres, que perderíais así la posibilidad de heredarlas. En resumen, una vez que quedarais viudas,

vuestras tierras serían confiscadas y adjudicadas al mejor postor. La finalidad de la ley es clara: Dercilidas quería obligar a las viudas a casarse de nuevo para hacerlas engendrar hijos con sus nuevos maridos. Así Esparta podría incrementar el número de lacedemonios sin tener que anexionar por la fuerza a la clase de los espartiatas a los mejores de los periecos y de los ilotas, como propone en cambio Tisámemo. Pero todo esto iba en perjuicio tuyo y de todas las mujeres espartiatas. Por esto mataste a tu marido.

—Has descubierto mucho más de lo que pensaba —hubo de admitir asombrada Cinisca.

—Pero tu plan no terminaba con el homicidio de Dercilidas. Querías ir más allá —proseguí—. Eliminado tu marido, no podías estar segura de que en el futuro ningún otro propondría una *rhetra* parecida a la que él tenía en la mente. Por eso decidiste aprovechar la cólera de los ilotas que tú habías desencadenado y propusiste a Etímocles organizar la insurrección. Para transmitirle tus mensajes anónimos, has reclutado a algunos niños espartiatas para que, a cambio de comida, hagan de correos. Ofreciste a Etímocles la posibilidad de liberar a todos los ilotas de la esclavitud, además de una equitativa redistribución de las tierras cultivables, a cambio de la corona de Esparta. Etímocles aceptó y así le has proporcionado las armas para llevar a cabo la revuelta. Tu conocías la existencia de esas armas. Sabías que se encontraban en el templo de Heracles. Lo que no sabías era cómo acceder al subterráneo para retirarlas.

—¿Cómo te atreves a sostener que conocía la existencia de las armas? —preguntó Cinisca.

—Porque de lo contrario no habrías matado a Anaxandra. He encontrado los dáricos de oro y de plata escondidos en el tejado de tu casa. Dercilidas y Prótoo sustrajeron parte de los talentos recibidos de los sátrapas para financiar las revueltas

contra los macedonios de hace diez años y se las repartieron. Prótoo empleó su parte para construir el subterráneo secreto y para custodiar las armas en él, mientras Dercilidas decidió guardar sus dáricos en casa. Me había fijado en la viga sólida de tu casa. Dercilidas pensó en reforzarla para poner a buen recaudo su tesoro secreto, por tanto, no podías desconocer la existencia de ese dinero, como tampoco cómo había gastado Prótoo su parte. Tal vez Dercilidas quería comprarse otras tierras, una vez que su *rhetra* fuera aprobada. La cosa no te habría desagradado, pero, si esa ley hubiera entrado en vigor, a su muerte habrías perdido todas las propiedades de la familia. Tras dar muerte a Dercilidas, querías echar a los espartiatas del poder sirviéndote de los ilotas, así te habías introducido en casa de Anaxandra y la habías convencido de que te revelase cómo se podía acceder al subterráneo. Cuando ella te lo dijo, la mataste, corriste disfrazada de hoplita a donde estaba Etímocles y le condujiste al templo de Heracles, donde sorprendiste a Filoxena, Agesistrata y a mi madre. ¡Qué sorpresa debió de ser para ti encontrarlas allí abajo! ¡Habían conseguido accionar el mecanismo de apertura de la trampilla sin tener que matar a nadie!

—Me quedé sorprendida, en efecto —comentó Cinisca—. Lo único que me hace menos amarga la derrota es que mi plan fuera arruinado por otras mujeres. En cuanto a Anaxandra, confiaba en mí. Cuando se lo pregunté, me explicó cómo llegar al subterráneo y así, para recompensar su confianza, le revelé mi nuevo proyecto para Esparta. Soñaba con que la ciudad pudiera ser gobernada por una oligarquía formada sólo por mujeres espartiatas. Pero ella demostró ser hostil a mis propósitos. ¡Por eso me vi obligada a matarla!

—Tu error principal ha sido diseminar demasiados falsos indicios. Para atentar contra mi vida, después de que fui a interrogarte, te serviste del arco de Tisámemo y de las flechas de Anaxandra. De haber sido ella la que hubiera intentado

matarme, ¿por qué habría tenido que robar el arco de Tisámeno, para luego utilizar las propias flechas? Y, viceversa, ¿por qué Tisámeno o su mujer Atria habrían usado su propio arco, pero no las flechas que él estaba acostumbrado a fabricarse para la caza? Hasta anteayer no comprendí cómo conseguiste sustraer el arco de la casa de Tisámeno sin que nadie sospechase mientras lo llevabas contigo por las calles de Esparta. Lo utilizaste como pértiga para llevar las ánforas al hombro, ¿no es así?

Cinisca dejó escapar una carcajada histérica.

—Debo admitirlo, has sido muy hábil, para ser hombre. Pero ahora ha llegado el momento de que sea esta mujer la que pague por el fracaso de mi plan —dijo sacudiendo a Filoxena.

La filósofa estaba demasiado débil para oponer la menor resistencia.

—¿Cómo piensas salir de ésta? Aunque mates a Filoxena, no tienes escapatoria. No harás sino empeorar tu situación.

Cinisca se encogió de hombros y con lágrimas en los ojos respondió:

—Soy consciente de no tener ninguna esperanza. ¡Será mejor que me vengue de quien ha roto mis sueños! —gritó transfigurada de rostro por la rabia—. La antigua ley de Licurgo ha atribuido siempre gran consideración a nosotras las mujeres lacedemonias. Con nuestros maridos permanentemente dedicados a ejercicios y expediciones militares, hemos sido siempre nosotras, las mujeres espartiatas, las que hemos sacado adelante esta ciudad. Nuestra voz ha sido siempre muy considerada, tanto que en el resto de Grecia se dice que sólo nosotras, las mujeres espartanas, mandamos a los hombres. Pero Dercilidas quería cambiar las cosas. De haber aprobado esa *rhetra*, nosotras habríamos perdido todo el prestigio que Licurgo nos atribuyó. —Cinisca se permitió una pausa. Suspiró triste—: En sus

orígenes, el plan de Dercilidas no era éste. En cuanto él y Prótoo regresaron de Sifnos, se repartieron una porción del botín obtenido por los sátrapas persas. Con su parte, Prótoo compró las armas y las escondió en el subterráneo del templete de Heracles, mientras que Dercilidas escondió sus dáricos en el tejado de nuestra casa para pagar a los mercenarios en el momento oportuno. Su plan, en efecto, era sublevar a los espartanos para expulsar del trono a los soberanos de las dos familias Euripóntidas y Agíadas, que consideraban ya indignas de gobernar nuestra ciudad. Ellas dos ocuparían el puesto y darían inicio a dos nuevas dinastías reales. Pero Prótoo cayó en la batalla de Megalópolis sin haber revelado a Dercilidas la manera de recuperar las armas, y así él tuvo que abandonar la idea de la rebelión contra los reyes porque Anaxandra, muerto su marido, no quiso nunca revelarles cómo acceder al subterráneo. Estaban en posesión de una montaña de dáricos de oro y de plata, pero no podían servirse de ellos, a menos que la ley de Licurgo fuese modificada. Así fue como Dercilidas comenzó a pensar en aquella maldita *rhetra*, a causa de la cual nosotras las mujeres habríamos perdido el derecho a mantener la propiedad de las tierras de familia y, con ello, todo el peso que teníamos en la vida de la ciudad. Nos habríamos convertido en esclavas de nuestros hombres y, una vez viudas, habríamos perdido también nuestras rentas. En tales circunstancias, no tendríamos elección: deberíamos casarnos en segundas nupcias con el primer inepto que nos fuera presentado como pretendiente, como sucede en las otras ciudades de Grecia. —La viuda, pese a estar cansada, se reanimó, inflamada por sus propias palabras que resonaban entre las paredes de las montañas circundantes—. No podía aceptar que esto pasase, por lo que estudié una manera de apartar a los espartiatas del gobierno. Quería tomar posesión como soberana de la ciudad. Los ilotas únicamente me servían para hacer la guerra. Pero, terminada la revuelta y obtenida la corona de Esparta, instauraría una nueva

oligarquía regida por las mujeres espartanas. Nosotras las mujeres ocuparíamos el puesto que, de hecho, aquí en Esparta nos corresponde desde siempre, el del mando. Por tal motivo no maté a Agesistrata, a esta mujer y a tu madre, cuando tuve ocasión de hacerlo. Pese a no ser espartiatas, habían demostrado tener gran inteligencia. Me vendrían bien en la nueva Esparta. Les perdoné la vida porque les habría ofrecido un papel de mando en la nueva oligarquía espartana. ¡He aquí por qué encuentro ultrajante que haya sido precisamente esta mujer la que haya hecho fracasar mi conquista de la ciudad! Me causó un gran dolor matar a Anaxandra, pero también ella se había demostrado hostil a mi plan. ¡Y ahora, otra mujer pagará con la vida por no haber comprendido qué disfrute habría sacado ella misma de mi revolución!

Terminado aquel discurso, Cinisca levantó con la diestra la barbilla de Filoxena, mientras con la siniestra blandió el puñal, que centelleó a la luz del sol.

¡También ella era zurda! ¡Así que no había fingido para inducirme a sospechar de Tisámeno!

Filoxena, resignada al amargo Hado, no reaccionó. Las piernas se me habían petrificado del espanto. En aquellos pocos instantes de vida que le quedaban a Filoxena, me esforcé desesperadamente en pensar cómo habría podido arrancarla de las garras de Cinisca. Pero no había nada que yo pudiera hacer para salvarla.

—¡Muere! —gritó la espartiatas con voz aterradora, y apretó el puñal en torno al mango del cuchillo, dispuesta a hundir la hoja en la garganta de Filoxena.

En aquel preciso momento algo silbó entre mi hombro y mi oreja derecha, como si una golondrina en vuelo se hubiera lanzado hasta donde yo estaba para capturar un abejorro succulento que llevar de cena a sus crías hambrientas. El rayo que cruzó por mi lado era una flecha disparada desde un

punto remoto a mis espaldas. Me pasó rozando y en un instante cubrió la distancia que me separaba de las dos mujeres en equilibrio sobre el despeñadero. Traspasó a Cinisca en plena frente, pasando justo por encima de la cabeza de Filoxena. Cinisca se puso rígida de pies a cabeza, como fulminada. Reviró los ojos y su cuerpo sin vida se desplomó al suelo. Yo me puse exultante, feliz de ver libre a Filoxena. Pero un dios quiso jugar aún una mala pasada. Un brazal de Cinisca se había enredado en el peplo de Filoxena, de modo que, cuando el cadáver de la viuda rodó hacia abajo por el estrecho saliente de roca, la filósofa se vio arrastrada a su vez hacia el abismo.

—¡Socorro! —gritó Filoxena antes de desaparecer en el vacío.

Aquel grito atroz me sacó del estado de terror que me había anclado las piernas en el suelo. Tras una rápida carrerilla, me arrojé sobre el saliente rocoso y alargándome cuanto pude aferré justo a tiempo una mano de Filoxena. Pero el peso muerto de Cinisca me arrastró también a mí al vacío. Con el corazón en un puño, lanzando hacia lo alto la mano libre, me agarré al vuelo a la roca, evitando así precipitarme en el abismo. Nos quedamos suspendidos entre cielo y tierra. Colgábamos en el vacío con ese cadáver enganchado a las ropas de Filoxena, que, casi por venganza, pugnaba con su propio peso para hacerle soltar la presa. Además, la mano de Filoxena era demasiado débil para apretar la mía y resbalaba lentamente, como si estuviese untada con mantequilla.

—¡Resiste, por favor! —le grité.

El cuerpo de Cinisca por debajo de Filoxena parecía aumentar de peso a cada oscilación. Sentí que no tardaría en perder el asidero. Filoxena me dirigió una mirada suplicante que sumió a mi corazón en el más tétrico desconsuelo. Mis fuerzas, en efecto, eran insuficientes para salvar a ambos,

pero nunca la dejaría precipitarse en el vacío para salvarme a mí mismo. No habría soportado sobrevivirle y pasar el resto de mis días atormentado por las erinias. Los dedos de Filoxena, cada vez más débiles, escapaban de mis manos. La animé una vez más a aguantar. Luego, una fuerza inmensa me aferró por un brazo y me levantó, poniéndonos a mí y a Filoxena a buen recaudo.

—¡Estrepsíades! ¡Mi querido Estrepsíades! —grité conmovido, reconociendo en mi esclavo a nuestro salvador.

Nos había salvado a ambos con su fuerza descomunal. Como el cadáver de Cinisca volvió arriba colgado de las ropas de Filoxena, Estrepsíades desenvainó su puñal y cortó el jirón de tela al que el brazal de la viuda se había enganchado. El cuerpo de la espartiatá fue rápidamente tragado por el vacío y rebotó con violencia sobre las aguzadas rocas, produciendo ruidos espeluznantes de quebrantamiento de huesos y de tejidos machacados por la dura piedra. Al término de la larga caída, con un sordo sonido, Cinisca se despanzurró en el fondo del abismo y allí quedó yaciendo inerte, con la flecha aún plantada en medio de la frente.

Me arrastré al lado de Filoxena y la besé temblando, sin poder creer que la había salvado.

Aún sumido en la ansiedad del momento, advertí una presencia a nuestras espaldas y me volví de sopetón, dispuesto a reaccionar a otro peligro, pero mi premura fue excesiva. Detrás de nosotros, en efecto, había aparecido Atria a lomos de Midas.

—Espero que me perdones si he tomado prestado tu asno —dijo la mujer de Tisámeno—. En mi establo no había quedado más que esta cabalgadura.

En el puño, la mujer de Tisámeno sujetaba un arco encordado, hecho con unos grandes cuernos de buey.

—¡Ése es el arco de Anaxandra! —exclamé.

Atria asintió.

—Lo considero mío, al menos hasta que no se encuentre el que nos ha sido robado.

Colgaba de su costado un carcaj vacío.

—¿Has venido hasta aquí con una sola flecha? —pregunté maravillado.

—Te lo dije —me sonrió Atria—. Con el arco soy de una puntería infalible.

La miré maravillado. Faltó un tris para que su flecha no se clavara en mi nuca; en cambio había traspasado a Cinisca, salvando a Filoxena de una muerte segura.

—¡De veras, un despiadado, impecable golpe magistral!  
—No pude dejar de reconocerlo.

## XXXVII

### **En el que es siempre mejor conservar las cosas**

**E**l médico nos sugirió aplazar la partida para Atenas. Había que conceder a Filoxena el tiempo para recuperarse de los últimos acontecimientos que habían puesto su salud a dura prueba. Durante todo el período de la convalecencia de Filoxena, Tisámemo se demostró tan atento con su hermana como Agesistrata y Atria, que no le hicieron echar de menos nada.

En el ínterin, en Esparta había empezado la reconstrucción de las viviendas y de los templos destruidos por los rebeldes. Los espartiatas consiguieron restablecer el orden en toda Laconia. La ciudad, pese a estar marcada por las luchas, recomenzó lentamente a vivir. A fin de garantizar la paz entre las clases sociales, los dos reyes insistieron y finalmente convencieron a los éforos y a los gerontes de que no se ensañaran con los ilotas. Etímocles, el cabecilla de la revuelta, había muerto y entre los ilotas no había ningún otro líder en condiciones de mandarles en otras insurrecciones. Por parte de los espartiatas, no hubo represalias ni expediciones de castigo; es más, se permitió a los ilotas

quedarse con las provisiones que habían sustraído de los silos de la ciudad, pero a cambio los reyes habían pretendido la restitución de todas las armas. En cuanto a la propuesta de reforma avanzada por Tisámeno, no fue ya considerada por las autoridades espartiatas.

Con el tiempo, Filoxena se recuperó, pero cuando llegó el momento de partir, el responso de un oráculo nos impuso prolongar nuestra permanencia en Esparta hasta el final del embarazo.

Una mañana, mientras velaba a Filoxena que descansaba en su yacija, la puerta de la estancia se abrió de par en par. Hicieron su entrada Atria y una mujer más bien anciana.

—Ésta es Leucipida —nos dijo Atria—. Es una comadrona muy experta. Desde hace décadas asiste al parto de las mujeres de esta ciudad. Me ayudó incluso a mí cuando tuve a Agesistrata.

La vieja Leucipida se sostenía en pie ligeramente encorvada. Tenía el cabello blanco recogido en la nuca y el rostro rugoso que reflejaba una expresión austera. Vestía un largo peplo gris. A pesar de su postura insegura, tenía una mirada extremadamente viva. Filoxena y yo le dirigimos un gesto de saludo, al que la comadrona respondió con una voz ronca. Sus ojos avispados se posaron inmediatamente sobre el vientre de Filoxena.

—Has llegado casi a término —comentó la vieja notando el volumen del vientre de Filoxena.

Se acercó a la yacija y, sin cumplidos, posó ambas manos huesudas, semejantes a garras, sobre su vientre. Instintivamente la filósofa se puso rígida.

—Debes fiarte —la tranquilizó Atria—. Leucipida sabe perfectamente lo que hace.

La comadrona empezó a palpar con energía el vientre de Filoxena.

—¡Estás totalmente contraída! —le reprochó Leucipida, invitándola a relajar los músculos.

Filoxena obedeció y, espirando profundamente, relajó los miembros en la yacija.

—Así está mejor —aprobó severa la mujer.

Los dedos artríticos palpaban con extrema sabiduría de una parte a otra, provocando no raramente alguna punzada dolorosa a Filoxena, como pude notar por la expresión de su rostro. Y sin embargo, Leucipida parecía actuar con plena conciencia. De pronto sus manos se detuvieron y escrutó en silencio el barrigón, asumiendo una expresión meditativa.

—¿Algo va mal? —le preguntó Atria con temerosa reverencia.

La comadrona no se dio prisa por responder. Quedamos todos con el aliento en suspenso hasta que el rostro preocupado de Leucipida se distendió sereno.

—Has demostrado ser una mujer fuerte, por eso has infundido en tu hijo el vigor de un héroe —dijo la anciana a Filoxena—. El niño ha adoptado la posición correcta. Parirás dentro de dos días como máximo. Estate preparada.

Aquella tarde mi madre vino a verme a mi habitación. Lo que me sorprendió, puesto que acabábamos de despedirnos al final de la cena.

—¿A qué debo tu visita? —le pregunté, invitándola a acomodarse en un taburete.

Ella se sentó e inspiró a fondo.

—Dentro de poco nacerá tu hijo —dijo.

Asentí.

—Cuando haya nacido, tú y Filoxena deberéis pensar en darle una familia.

—¿Qué tratas de decir, madre?

Mi pregunta la sorprendió.

—¿Que qué trato de decir? Pues que Filoxena y tú debéis casaros.

Resoplé.

—Nunca hemos hablado de ello.

—Por la gran Hera, ¿y por qué no?

Tomé sus manos entre las mías.

—Porque le he prometido a Filoxena que no la obligaré a hacer nada contra su voluntad.

—¿Cómo sabes que no aceptaría la boda si no habéis hablado de ello? —preguntó mi madre.

—Para Filoxena el bien máspreciado es la libertad —respondí—. No quiero que ella me vea como un impedimento a este bien irrenunciable.

—Pero ¿no piensas en el bien de tu hijo? —preguntó ella con tono de reproche.

—Daré a mi hijo todo lo que necesite —la tranquilicé—. No dejaré que le falte de nada.

Mi madre emitió un largo suspiro, desprendió sus manos de mi presión y se alzó del taburete, para significar que nuestra breve conversación estaba a punto de concluir.

—Cuando naciste, tu padre y yo éramos muy pobres. No teníamos nada que ofrecerte —dijo—. Tu hijo tiene necesidad de una sola cosa, la misma que nosotros estuvimos en condiciones de ofrecerte a ti: una familia.

Me puse en pie y estreché una vez más sus manos entre las mías.

—Tendrá siempre a su lado a su padre y a su madre —dije—, pero sería feliz sabiendo que mi hijo podrá contar también con los cuidados de su abuela.

Mis palabras hicieron enrojecer los ojos de mi madre y

los colmaron de lágrimas. Se llevó una mano al pecho, como para contener el corazón colmado de alegría hasta el punto de estallar.

—Te lo reconozco: eres muy hábil en escabullirte con las palabras de las cuestiones que me importan, hijo mío — comentó emocionada—. No es mi intención estropear este momento de alegría, por eso no insistiré más, por hoy — añadió—. De todos modos, que sepas que tu hijo podrá contar siempre conmigo.

Con puntualidad irreprochable, Filoxena parió al segundo día de la visita de la comadrona y dio a luz un varón. Apenas se nos permitió, mi madre, Estrepsíades y yo entramos en la habitación de Filoxena. La encontramos sentada en la yacija con el niño en brazos, cubierto por una capa escarlata. Allí al lado, Leucipida reordenaba su instrumental y las ropas sucias asistida por una mujer más joven y robusta, de rostro redondo y mejillas rollizas.

—¿Por qué no habéis puesto los pañales al niño? —le reprochó mi madre, contrariada al ver que un brazo y una pierna del pequeño asomaban desnudos bajo la capa—. A un recién nacido hay que ceñirle con pañales estrechos si se quiere que sus miembros crezcan sanos y rectos. ¡Ésta es la costumbre en Atenas!

—Visto que ha nacido aquí, Apolófanes y yo hemos decidido criar a nuestro hijo según los preceptos de Esparta —le respondió Filoxena—. No le hemos puesto pañales porque la costumbre de esta ciudad impone que las articulaciones de los recién nacidos queden libres, para adquirir mayor destreza. Además, como primera cuna nuestro hijo tendrá un escudo espartano y en los primeros tiempos será lavado con vino, que lo volverá inmune a la enfermedad sagrada [\[1\]](#).

Mi madre enmudeció y no objetó nada, aunque estaba claro por su expresión que nuestras decisiones no le habían gustado en absoluto.

—Ahora dejemos solos por un instante a los padres con su niño —dijo Leucipida, y acompañó a Estrepsíades y a mi madre al exterior.

El pequeño tenía un rostro dulce y dormía un sueño profundo y sereno. Por el contrario, Filoxena aparecía extenuada. Los cabellos le caían pesados a los lados del rostro y sobre el pecho hinchado.

—Ha querido que le diese de mamar enseguida —susurró—. Una vez saciado, se ha dormido.

—Es muy mofletudo. Tiene un aspecto sano —dije.

Filoxena miró al niño complacida. Con un gesto delicado de la mano se apartó un mechón que se le había caído delante de los ojos.

—¿Qué nombre le pondremos? —me preguntó.

De los pliegues de mi quitón saqué el anillo que me habían confiado los dos reyes de Esparta. Filoxena se quedó sorprendida.

—¿Tienes aún contigo ese anillo? —preguntó.

—Nadie me ha pedido que lo devolviera —repuse.

Metí el anillo entre los pliegues de la capa escarlata en que estaba envuelto el niño.

—Llamaremos a nuestro hijo Polidoro —dije—, en honor del gran soberano de Esparta que en tiempos antiguos reinó con humanidad y sentido de la justicia. Quiero que este anillo sea suyo. Que le dé las virtudes del gran rey espartano.

Filoxena me miró fijamente con los ojos llenos de lágrimas. El pequeño Polidoro tenía sus mismos rasgos armoniosos y decididos. Y mi boca. Dormía sereno y mientras tanto percibía el olor de su madre. El olor de la paz y del

amor.

—Polidoro —repitió Filoxena mirando a su hijo, como para aprobar aquel nombre.

—Significa «don múltiple» —dije— y, en efecto, con su nacimiento, los dioses han querido concederme más de un don. Te he reencontrado a ti y, contigo, le he tenido a él.

Filoxena sonrió, pero casi inmediatamente un pensamiento sombrío empañó su expresión.

—El filósofo Heráclito afirma que la naturaleza ansia los contrarios —observó—. De los contrarios, y no de los semejantes, saca la naturaleza el acuerdo. Eso dice Heráclito.

—¿Crees, pues, que tras una alegría inmensa, dada por el nacimiento de Polidoro, seguirá para ti una tristeza no menos inmensa? —le pregunté.

Filoxena suspiró y no respondió.

Miré a mi pequeño Polidoro con afecto.

—Nosotros los hombres envidiamos a los dioses que son inmortales —dije—. Los dioses, por el contrario, nos envidian a nosotros porque amamos. Nosotros, los mortales, conocemos el amor, pero estamos condenados a pagar este privilegio viviendo una vida con un comienzo y un final. Si hay una verdad que hemos de aprender y aceptar, es que no existe el amor sin la muerte.

—A nosotros los humanos nos ha sido concedido gozar plenamente de la felicidad—comentó Filoxena.

—¿Acaso temes que, por la felicidad que siento ahora por el nacimiento de nuestro hijo, los dioses te privarán de tu libertad?

Filoxena sonrió triste y se encogió de hombros en señal de resignación.

—Heráclito afirma también que todo lo que se arrastra sobre la faz de la Tierra está custodiado por el rayo de un

dios. Tal vez la idea que me he hecho de la libertad no es más que mera ilusión. —Para gran sorpresa mía, se tranquilizó y dijo—: Por favor, ayúdame ahora a quitarme el anillo de mi madre.

Le saqué del dedo el anillo con el camafeo de Atenea, procurando no desvelar al niño, luego ella recuperó mi anillo entre los pliegues de la capa escarlata y los contempló ambos en la palma de su mano. Al cabo de unos instantes, los depositó a los pies del recién nacido.

—Lo que cuenta, ahora, es que nuestro hijo crezca sabio y justo, como el rey Polidoro, pero también libre como el agua de los ríos. El agua, ya se sabe, discurre a lo largo de recorridos prefijados, pero en las estaciones de crecida acumula una fuerza tal que arrastra y arrolla con su impetuosidad y acaba por modificar el cauce mismo por el que está forzado a discurrir. Te ruego, Apolófanes, que lo cojas un momento contigo...

Recibí al pequeño entre mis brazos, un fardo tan ligero y al mismo tiempo tan pesado; tan frágil y, sin embargo, tan tenaz, tanto como sólo puede serlo la propia vida. El pequeño rostro de Polidoro se contrajo en un mohín. En el sueño había percibido en torno suyo un nuevo olor, el mío, y aprendía a reconocerlo. No le desagradó, desde el momento que siguió durmiendo en paz. Un olor, el del padre, que con el tiempo le evocaría seguridad y rectitud. Sonrió.

—Estrepsíades no ve llegada la hora de enseñarte los rudimentos de la lucha —le susurré—. Quiere hacer de ti un atleta imbatible.

Poco tiempo después del nacimiento de Polidoro se celebró la fiesta de Ártemis Ortia. La nueva estatua de la diosa fue cubierta con la vestidura tejida por las vírgenes

espartanas y todos los recién nacidos fueron llevados a rendirle homenaje. Llevamos también a nuestro hijo y en señal de buen augurio sacrificamos a la diosa un lechón.

Al final de la fiesta llegó el momento de regresar a Atenas. El adiós a la familia de Tisámemo fue conmovedor. Agesistrata le había tomado mucho cariño a Polidoro y le regaló a Filoxena una cuna de juncos que había hecho con sus propias manos, embellecida con ornamentos elaborados. La colocamos sobre el lomo de Midas, donde Polidoro afrontaría el viaje hasta Atenas. Filoxena insistió mucho para que Agesistrata viniese con nosotros, pero la muchacha se lo repensó. Decidió quedarse al lado de su padre y de su madre en la ciudad a la que siempre había pertenecido. Polidoro dormía en su nueva cuna un sueño apacible con los puños recogidos sobre el pecho. Sus ojos cerrados tenían la forma de pequeñas almendras. Había pasado las últimas noches escuchando su respirar. Desde que naciera, rogaba a los dioses para que hiciesen de mí un buen padre, tal y como había sido el mío para mí.

Antes de la partida, Tisámemo entregó un rollo a Filoxena.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—El discurso que pronuncié hace diecisiete años para mi defensa en el tribunal —respondió Tisámemo—. Lo he conservado todos estos años.

El rostro de Filoxena se ensombreció.

—No hubiera querido volver sobre esa historia.

—En cambio, yo sí querría que antes de partir lo leyese, dado que quizá no nos volvamos a ver más.

Filoxena, aunque contrariada, desenrolló el documento. Pero en cuanto sus ojos se posaron sobre la hoja desplegada delante de ella prorrumpió en un llanto inconsolable.

—Esta letra... —exclamó con la voz rota por los sollozos.

Tisámeno se emocionó y también en las mejillas asomaron cálidas lágrimas.

—No comprendo —hube de admitir, mientras Filoxena dejaba caer la hoja al suelo y estrechaba a Tisámeno en un abrazo. Lleno de curiosidad, recogí aquella hoja y leí ávidamente el contenido. Traía con todo detalle la defensa que atribuía al esclavo tan querido a Filoxena toda la responsabilidad del homicidio de un hombre llamado Soféneto.

Tisámeno, abrazado a la hermana, se volvió hacia mí.

—Siempre lo sospeché, pero ahora tengo la certeza —dijo—. Ese discurso no fue escrito por ningún logógrafo amigo de mi padre. Quien lo escribió fue Filesio mismo, de su puño y letra.

# EPÍLOGO

## Lo que nadie sabrá jamás

**D**espués de la fustigación, Filesio pasó varios días entre la vida y la muerte.

*Las heridas en la espalda derramaron mucha sangre y provocaron una fiebre que le causó un tormento durante días. Cuando se temió lo peor, la madre de Filoxena hizo venir a casa un médico que curó al esclavo con un ungüento y le practicó una sangría para rebajar la fiebre. Gracias a esos cuidados Filesio escapó a la muerte y al cabo de poco tiempo conseguí ponerlo de nuevo en pie.*

*Algunas semanas después, Glaucón, el padre de Filoxena, subió a lo alto de la Acrópolis y entró en el templo de Atenea Pártenos acompañada precisamente por Filesio. Rogó ante la estatua de la diosa y a continuación ordenó al esclavo que dejara una ofrenda al sacerdote. Saliendo del templo, en medio del ir y venir de gente, descubrió a su amigo Soféneto, que subía la gradería. El amigo llevaba un largo quitón blanco, cuya punta superior se echaba sobre el hombro izquierdo de manera que dejaba al descubierto el pecho y el brazo derecho. Tenía el rostro hinchado y rojizo, bordeado por una barba poblada y entrecana. A nadie se le*

*escapaba ese colorido suyo, signo de su afección, que a menudo se transmutaba en ansiedad incontrolable, por la buena comida y por el vino. Un hombre totalmente incapaz de abstenerse de toda clase de vicios y de placeres, ajenos a los cánones de sobriedad y morigeración caros a los atenienses más virtuosos.*

*—¡Qué extraña casualidad encontrarse en este lugar! — exclamó Soféneto, jadeante por la subida, viendo llegar a su encuentro a Glaucón.*

*—En realidad, estoy agradecido a los dioses por este encuentro —confesó el padre de Filoxena.*

*Filesio se detuvo a una cierta distancia de los dos aristoi, no demasiado lejos, para no parecer un esclavo indolente, ni demasiado cerca, para no parecer un esclavo entrometido.*

*Soféneto frunció el ceño.*

*—Si me estabas buscando, podrías haber ido a mi casa. Ya conoces la calle.*

*—En realidad, es la diosa Atenea la que ha querido que nos encontráramos. He venido al templo para rezarle a fin de que me ayude a resolver una cuestión delicada. ¡Y he aquí que te me apareces tú justo a la salida del templo!*

*—¿Cómo podría ayudarte? —preguntó lleno de curiosidad Soféneto.*

*Glaucón tomó a su amigo del brazo e hizo un aparte con él, lejos del ir y venir de la entrada.*

*—Mira, amigo mío —le confió—, la guerra contra Filipo de Macedonia se vuelve cada vez más dispendiosa. Justo por esto el Consejo de los Quinientos ha sorteado los nombres de los tetrarcas que deberán financiar la construcción de nuevos trirremes que enviar contra la flota macedonia.*

*Soféneto asintió, haciendo bailar la papada.*

*—Estoy al corriente —dijo.*

*Glaucón se aclaró la voz, inquieto.*

*—También debes de saber que yo soy uno de los tetrarcas elegidos a suertes.*

*—¡Oh, claro! —exclamó Soféneto sonriendo—. Por eso te doy mi enhorabuena, amigo mío. Es un gran honor para un ciudadano financiar la construcción de una trirreme y ponerse a su mando para la defensa de la ciudad. Estoy realmente orgulloso de ti...*

*—Sí... —le interrumpió Glaucón levantando las palmas de las manos—, he venido al templo precisamente para que la diosa me ayudase a encontrar un modo de evitar esta amenaza.*

*Soféneto miró incrédulo al amigo.*

*—¡Pero no puedes negarte! —exclamó—. Ningún ciudadano se ha echado nunca atrás, tras haber sido elegido a suertes. Es nuestro deber contribuir a la defensa de la ciudad cuando somos llamados a hacerlo.*

*Soféneto hizo una pausa y se acercó a Glaucón como para confiarle un secreto.*

*—¡Es un dinero bien gastado! ¿No has pensado que podrías sacar grandes beneficios de tu carrera política? Gracias a la popularidad de la que gozan, los tetrarcas acaban siempre asumiendo encargos institucionales de prestigio. Nadie se atrevería a meterse contra ti.*

*El diálogo de los dos aristoi se prolongaba y así Filesio, aún dolorido a causa de las cicatrices en la espalda, se apoyó contra una columna no distante de ellos. Era tal el ir y venir de ciudadanos en el templo que ni Glaucón ni Soféneto se dieron cuenta de la proximidad del esclavo. Éste, desde donde se encontraba, podía oír muy bien lo que los dos se decían.*

*—Me consta que obtendría grandes ventajas —prosiguió Glaucón—. Pero acabo de adiestrar a mi costa un coro de las*

*Grandes Dionisias. Como sabrás, he contratado a los mejores coreutas y he llamado para que los dirija al más conocido de todos los corifeos. Querría que los certámenes trágicos de este año fuesen recordados como los más hermosos que se han celebrado nunca, por lo que he gastado mucho. Más de lo debido.*

*—Comprendo —murmuró Glaucón, mesándose la barba que recubría su voluminosa papada—. Y así, como has empleado tus haberes en la organización de las Dionisias, ahora que deberías aprestar un trirreme no dispones del dinero suficiente.*

*Glaucón suspiró.*

*—¿Acaso habría podido prever que esta guerra se revelaría tan dura de ganar para Atenas? ¡El verano pasado, sin ir más lejos, los macedonios habían sido derrotados en Cefiso por dos veces! Hace pocos días, en cambio, ha llegado la noticia de que Filipo ha ocupado Anfisa y, después de haber cumplido con sus deberes anfictiónicos, ha tomado Delfos y Naupatos, ha regresado a la Fócide y obligado al ejército de la liga antimacedonia a retirarse a Queronea, en Beoda.*

*—La guerra ha tomado un cariz imprevisto, lo reconozco —hubo de admitir Soféneto—, pero estaba claro que Filipo no pararía hasta romper la red de alianzas creada por Demóstenes contra él.*

*Glaucón alargó los brazos en señal de resignación y no añadió más.*

*—Así pues, ¿quieres que yo financie en tu lugar la preparación de la trirreme?*

*—Te ruego que me ayudes —le suplicó Glaucón.*

*Soféneto rumió en silencio durante unos instantes, sopesando con la mirada al amigo que lo miraba fijamente con aire suplicante.*

—Si llegáramos a un acuerdo razonable, podría incluso aceptar —dijo finalmente mostrando un mohín burlón que a Glaucón no le gustó ni pizca.

—No podría pedir nada mejor —dijo, lleno de sospecha—. Pero ¿qué puedo ofrecerte yo a cambio de tu espléndida generosidad?

—Algo tienes —repuso Soféneto apuntándole con el índice regordete en el pecho—. Yo financiaré tu trirreme. A cambio, tú me darás como esposa a tu hija.

Al oír aquella propuesta, Filesio se sobresaltó detrás de la columna.

—¿Filoxena? —preguntó estupefacto Glaucón—, Pero si no tiene más que seis años, mientras que tú tienes mi edad. Podrías ser su padre.

—No me casaré con ella de inmediato, se entiende —precisó Soféneto—. Pero, en espera de alcanzar la edad para casarse, la harás venir a vivir a mi casa. Quiero que sepas que haré que no le falte de nada. Tendrá numerosas siervas a su servicio y todo un gineceo a su completa disposición.

Desde su emplazamiento, Filesio rogó a la diosa para que infundiese una pizca de sentido común a su amo, de modo que le hiciera reflexionar sobre aquella propuesta absurda.

—Mira que la mía es una oferta muy generosa —añadió Soféneto en un tono casi intimidatorio—. Si en Atenas se llegara a saber que tu esclavo entraba y salía del gineceo cómo y cuándo le parecía, tu casa se vería afectada por un enorme escándalo. En ese punto, dudo que tu hija encontrase un solo pretendiente dispuesto a tomarla como esposa.

—¿Cómo es que sabes eso de mi esclavo? —preguntó Glaucón, espantado. No le hizo falta mucho para comprender que la propuesta de su amigo se había convertido de repente en un chantaje—. Sólo una persona puede haberte hablado

de ello —dedujo acto seguido, dirigiéndole a Soféneto una mirada de desprecio—. Sólo puede haber sido la sierva de mi mujer que vendí recientemente. Así pues, eres un frecuentador de ese porneion.

—Por un óbolo, los esclavos dicen pestes de sus amos —confesó Soféneto—. De modo que no tienes por qué temer más a esa esclava: tras haberme revelado tu pequeño secretito de familia, he dispuesto que le fuese cortada la lengua.

—¿Eres tú, pues, el único que lo sabe, aparte de ella?

Soféneto asintió:

—Puedes estar seguro. Ahora soy yo el guardián de tu secreto.

Glaucón dejó escapar un largo suspiro.

—No estoy dispuesto a entregar a mi hija a un hombre como tú —dijo.

Soféneto se encogió de hombros.

—Siendo así, reza para que Atenea te ayude a encontrar a otro ciudadano acaudalado dispuesto a ayudarte. —Y, tras levantar una mano en señal de despedida, se encaminó hacia la entrada del templo.

—¡Espera! —le detuvo Glaucón.

Soféneto se volvió hacia él.

—¿Qué más tienes que decir? —le preguntó.

Glaucón se le acercó.

—Con lo que sabes, podrías arruinar la reputación de mi familia en cualquier momento. —Entonces, tras alargar la mano derecha hacia delante, se la ofreció a Soféneto—. Temo que no tenga elección.

—No, por Zeus. Ninguna —dijo Soféneto sellando el pacto con un fuerte apretón de manos.

*De camino a casa, Glaucón no dirigió una sola palabra a su esclavo. No tuvo siquiera la precaución de enterarse de si había escuchado la conversación que había tenido con Soféneto ni mucho menos lo amenazó para que se guardara de revelar a quien fuera su contenido. Filesio, por su parte, se dio cuenta de que su amo no le dirigía la mirada por temor a leerle en los ojos toda su reprensión.*

*—Dentro de unos días anunciaré a mi mujer que Filoxena se trasladará a casa de mi amigo Soféneto para reparar la conducta escandalosa que se ha mantenido en mi casa a mis espaldas —anunció Glaucón a Filesio poco antes de llegar a casa—. Quiero que sepas que, si Filoxena deja mi casa tan pequeña, es debido únicamente a ti y a su madre. Es responsabilidad exclusivamente vuestra. ¡No mía! —repuso rojo como la grana, con una voz más aguda de lo habitual a causa de la vistosa alteración del humor.*

*El amo había, pues, decidido no revelar a su mujer la verdadera razón por la que había estrechado aquel pacto con Soféneto. Por lo demás, pensó Filesio, Glaucón no confiaría nunca a nadie que se había visto obligado a ceder a su hija a un hombre anciano y corrupto solamente para evitar cumplir con sus deberes de tetrarca. Si la cosa se hacía pública, su prestigio sufriría una deshonra que nada podría lavar. Tras regresar a casa, Filesio experimentó un vivo desprecio por su amo, que había decidido sacrificar a su propia hija con tal de mantener íntegra su imagen pública. Aquel hombre que despreciaba más que a cualquier otro era el que detentaba la posesión de su propia vida.*

*Aquella noche hubiera tenido que haber luna llena, en cambio, el cielo se tiñó de un negro de pez. Filesio salió al patio, alzó la vista y vio que había en curso un eclipse de luna. En medio del patio, al lado de la estatua de Atenea, estaba la pequeña Filoxena. Tenía una mano apoyada en el pedestal de la estatua como para apretar el peplo de la diosa. Sus grandes ojos verdes apuntaban hacia el cielo.*

*—¿Qué observas? —le preguntó el esclavo. La pequeña tenía una mirada encantada.*

*Filoxena le hizo seña de que bajara el tono de la voz para no despertar a nadie.*

*—Miro la Luna —susurró.*

*Filesio se le acercó y escrutó el disco lunar oscurecido parcialmente por la sombra de la Tierra.*

*—¿Qué haces que no duermes? —prosiguió el esclavo, arrodillándose junto a ella.*

*Filoxena apartó la mirada de la Luna y lo miró fijamente.*

*—He leído lo que dice Aristóteles sobre los eclipses. Quería verlo con mis propios ojos —dijo la pequeña.*

*—¿Tú... has leído a Aristóteles? —preguntó maravillado el esclavo.*

*Filoxena asintió.*

*—Mientras el médico te curaba, he estudiado a escondidas tus apuntes. Según Aristóteles, se puede comprender que la Tierra es una esfera, y no un disco plano, porque su sombra proyectada sobre la Luna durante el eclipse es redonda.*

*—¡Si tu padre te hubiese descubierto, lo habrías pasado mal! —le reprochó Filesio.*

*—No me importa —repuso la pequeña con decisión.*

*Fue entonces cuando se dio cuenta de lo muy presuntuoso que había sido hasta ese momento. Siempre creyó que fue él quien había provocado en aquella muchacha la chispa del conocimiento, pero estaba equivocado de medio a medio.*

*En aquel cielo nocturno, las estrellas resplandecían de modo insólitamente intenso, casi arrogante, mientras que los grandes ojos de Filoxena le observaban maravillada. Filesio*

vio que aquellos ojos despedían las chispas que Prometeo robó a Zeus para dárselas a los hombres, de modo que pudieran defenderse del frío y de los animales feroces. Pensó que aquella niña era un presente de los dioses y que las llamas despedidas por sus grandes ojos verdes no deberían apagarse nunca.

—Muy pronto podrás leer todo cuanto quieras —dijo el esclavo a la pequeña—. Serás finalmente libre.

Filoxena no dio mucha importancia a aquellas palabras, cuyo sentido, por otra parte, no había comprendido. Tampoco entendía la razón por la que el rostro de Filesio se había abierto a una sonrisa tan plácida, mientras que sus ojos se habían humedecido de lágrimas. La pequeña se sintió embargada por una tan grande como inexplicable sensación de consuelo.

—¿Acaso mi padre ha cambiado de idea? ¿Podré finalmente seguir tus clases con su consentimiento? —preguntó.

El esclavo meneó la cabeza.

—Yo no tengo nada más que enseñarte.

Filesio se puso en pie y se acercó hasta encontrarse ante el busto de la diosa. La mirada de Atenea se prolongaba más allá de su delgada figura de esclavo, hacia horizontes mucho más lejanos. Filesio contempló el yelmo guerrero de la diosa y juró que encontraría la manera de liberar a Filoxena del pacto que su padre había establecido con Soféneto. Actuaría de modo que recayeran todas las responsabilidades sobre él y recurriría para ello a cualquier medio.

—Las estrellas brillan en el cielo, mientras que las piedras reposan en el suelo —dijo el esclavo a Filoxena.

Todos los elementos tienen su sitio en la naturaleza. El fuego asciende y la piedra descende, en busca de la quietud. También Filesio, como todo lo que lo rodeaba, basta aquel

*momento había buscado su sitio en el mundo.*

*Y finalmente, gracias a la pequeña Filoxena, lo había encontrado.*

**Fin**

PEABODY & LTC



# Notas

1. La epilepsia. [↑](#)